

Elena Montagud

SECRETOS DE PLACER

VOLVERÁS
A
SOÑAR



TRILOGÍA DEL PLACER



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Melissa y Héctor han decidido contraer matrimonio, pero a veces la vida depara algunas sorpresas... y no todas son bonitos regalos de boda.

Héctor ama a Melissa con todas sus fuerzas y, precisamente por eso, sabe que hay cosas de su pasado que no puede contarle.

Melissa sabe que hay sombras en la vida de Héctor que nunca se han disipado del todo. Ahora está decidida a hacer lo que sea para protegerlo de ellas. Incluso traicionarlo.

Elena Montagud

Secretos de placer
Trilogía del placer – 3

A ti, lector/a, para que nunca dejes de soñar

Me detengo ante la lápida de esa mujer a la que no he conocido y que, sin embargo, ocupa un hueco doloroso entre nosotros. Su sombra se me antoja cada vez más alargada. Contemplo las palabras grabadas en la losa de mármol y, durante un momento, me pregunto —una vez más— si lo poco que él me ha contado acerca de su historia es real. Leo: «Naima Safont. Cariñosa hija, amante novia, excelente profesional y carismática mujer. Jamás te olvidaremos. Nos dejaste demasiado pronto...».

Un escalofrío más helador de lo normal me recorre la espalda, y tengo que contenerme para no echarme a temblar ante el rostro de esa fotografía que me devuelve la mirada. Deduzco que Naima era apreciada por todo el mundo. Incluso sus compañeros de trabajo quisieron participar en su afectuosa despedida. También Héctor, por supuesto. No parece que estuviera enfadado con ella por lo que le hizo.

Introduzco las manos en los bolsillos de la chaqueta y niego con la cabeza, arrepentida de haber venido hasta el cementerio. ¿Qué pretendo obtener de esta visita? Aquí nadie va a obsequiarme con las respuestas que, últimamente, mi corazón necesita.

—¿Quién eras en realidad, Naima? —pregunto a la mujer de la foto como si pudiese contestarme. Me acerco un poco más a la losa y constato el asombroso parecido que existe entre nosotras, y eso a pesar de que Naima está muy joven en ese retrato—. Te habría traído unas flores, pero no sé cuáles te gustaban. De hecho, no sé nada de ti. Ni siquiera a qué te dedicabas exactamente. Es extraño, ¿no? Con lo mucho que tu recuerdo nos ha afectado y, aun así, eres una completa desconocida para mí.

Me quedo callada unos segundos con la mente en otra parte, hasta que reparo en una familia que llora un par de lápidas más allá; en especial me fijo en la niña pequeña, que no puede controlar unos gemidos cargados de pena. Ante esa imagen un pinchazo me atraviesa el corazón y decido que ya es hora de marcharme. No me gustan nada los cementerios, menos aún la tristeza que emana de todo en ellos, incluso de los cipreses. Además, Héctor está a punto de llegar del

trabajo, y se preguntará por qué no estoy en casa escribiendo.

Avanzo hacia la familia con timidez y un tanto nerviosa. Debo pasar por su lado necesariamente para salir. Cuando estoy a escasos metros, una mujer se separa del grupo y echa a andar. No sé los motivos, pero hay algo en su modo de caminar —rápido, pero al mismo tiempo elegante— que me provoca una gran inquietud. Yo también ando con premura, dispuesta a alcanzar a esa figura que parece huir. Ignoro con qué me encontraré, y tampoco entiendo las voces de mi cabeza que me dicen que continúe hacia delante.

A medida que me aproximo esa mujer me resulta tremendamente familiar. Tiene el cabello muy oscuro, largo hasta la mitad de la espalda. Va vestida con un elegante abrigo negro que le llega hasta las rodillas y, a pesar de sus altos tacones, avanza resuelta. La verdad es que casi está corriendo; incluso tengo que apretar el paso para alcanzarla. De repente aprecio que se le cae algo blanco del bolsillo, y pienso que es la oportunidad perfecta para llamar su atención.

—¡Eh, señora! —exclamo justo en el momento en que dobla una esquina.

Llego hasta el objeto y lo recojo. Se trata de un immaculado pañuelo con unas iniciales bordadas en color dorado en uno de los bordes: «N. S». El corazón me brinca en el pecho ante esas dos simples letras que, por algún extraño motivo, se me antojan una premonición. Trato de convencerme de que tan sólo es una coincidencia, así que continúo avanzando hasta la esquina por la que la mujer ha desaparecido. Lo hago más despacio, un poco asustada.

Asomo la cabeza con cuidado porque no quiero que nadie me vea, a pesar de que hace unos segundos anhelaba encontrarme con ella. Para mi sorpresa, esa calle del cementerio está completamente vacía. Ni rastro de la dueña del pañuelo. Doy un par de pasos más y entrecierro los ojos, no sea que estén jugándome una mala pasada. Pero no, aquí no hay nadie. ¿Cómo es posible que la mujer de cabellos oscuros se haya esfumado? La calle no tiene salida; termina en el muro, por lo que la única opción es trepar por él y después saltar al otro lado. Creo que está demasiado alto para que ella lo haya intentado. Además, ¿qué motivos tendría para hacer esa tontería?

—Me estoy volviendo loca —murmuro con una sonrisa nerviosa.

Y entonces noto a mi espalda un vientecillo helador, como si alguien se hubiera colocado detrás de mí. Al darme la vuelta me topo con los inexpresivos ojos de la mujer que, tiempo atrás, Héctor amó. Un grito se me congela en la garganta y me echo a temblar.

Naima me observa como una muñeca, sin reflejar ningún tipo de sentimiento en los ojos o en el rostro. En la foto que Héctor me enseñó, era una mujer muy expresiva, de mirada despierta y seductora; sin embargo, la figura que tengo delante parece haber perdido todo rastro de vida. «¡Y es que así es!», pienso. Tengo delante a una persona que murió años atrás en un accidente de tráfico.

—Hace tanto tiempo que él no viene... —susurra en ese momento la triste

copia de Naima con una voz hueca y sin apenas separar los labios—. Dime, Melissa, ¿por qué dejó de visitarme? ¿Es que no nos merecemos, todos, un perdón?

Me llevo una temblorosa mano a la boca y niego con la cabeza, sin poder articular palabra. No sé qué debo contestarle. Es que no puedo hablar. Me he quedado sin palabras. Naima me mira sin parpadear y acerca su rostro al mío.

—Yo era culpable, pero él también lo fue —añade la Naima que tengo delante—. Y ninguno de los dos supimos perdonarnos. —A pesar de estar contando algo triste y doloroso, su tono y sus gestos son anodinos—. Pero tú, Melissa, ¿sabrás perdonarlo a él?

—¿Melissa?

Me sobresalto al notar una mano en mi hombro. No es la de Naima, sino la de Héctor, que me observa preocupado.

—¿Una pesadilla?

Parpadeo atontada y me doy cuenta de que me he quedado dormida con la cabeza apoyada en el escritorio. El Word todavía está abierto, a mitad de capítulo de la nueva novela que estoy escribiendo. Últimamente no descanso mucho con tal de cumplir los plazos, así que doy cabezadas en cualquier parte.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto con una terrible sensación de malestar en todo el cuerpo a causa del maldito sueño.

—Estabas muy agitada, murmurando palabras incoherentes.

—¿De verdad?

Abro mucho los ojos, totalmente sorprendida. Recuerdo los últimos segundos del sueño, la pregunta de Naima. Sacudo la cabeza con tal de alejarlos de mí.

Héctor y yo nos quedamos en silencio. Aparto la mirada y la dirijo a la pantalla del ordenador. Descubro algo entre las frases escritas que me paraliza el corazón: me he dirigido a uno de los personajes con el nombre de Naima. Si Héctor se da cuenta se preguntará qué sucede, así que con toda la rapidez del mundo cierro el portátil y me vuelvo hacia él esbozando una sonrisa falsa.

—¿En serio estás bien?

—Lo estoy —asiento, tratando de mostrarme segura.

—¿Qué soñabas para gritar así?

Me coge de las manos y las cubre con las suyas, aún frías. Supongo que acaba de llegar a casa.

—Pues... ahora mismo no lo recuerdo. —Miento, ya que todas las escenas del sueño están fijas en mi mente.

—Trabajas demasiado. —Me mira con severidad—. No permitas que te supere, como me pasó a mí.

Sus palabras me dejan helada. La verdad es que parece que se hayan cambiado las tornas. Héctor se muestra mucho más fuerte y, aunque ambos

sabemos que todavía no se ha recuperado por completo de su última recaída, todo marcha mucho mejor. El psiquiatra le redujo la dosis de pastillas y ahora tan sólo va un día al mes a la consulta, la mayoría de las veces únicamente para someterse a un control o para desahogarse si está estresado a causa del trabajo. Me está demostrando día a día que lo de Naima ya pasó. Hace dos meses que retomamos nuestra relación, y creo que ha superado esos dolorosos recuerdos. Yo, por el contrario... No sé lo que me pasa. No es que esté todo el día pensando en esa mujer, pero hay algo que ha cambiado en mí, y no para bien.

Tres semanas después de mi fallida boda con Germán y de mi regreso a los brazos de Héctor decidimos tomarnos unas merecidas vacaciones para relajarnos, lejos de cuanto aquí nos rodeaba. Nos fuimos a México dos semanas y, sin duda, fueron las mejores de mi vida. No tuve en la cabeza nada más que a Héctor, sus almendrados y enamorados ojos deslizándose por mi piel y sus manos creando en ella nuevas huellas.

Naima no apareció en mi mente ni por un segundo. Tampoco Germán. Y me parece que a Héctor le ocurrió lo mismo. Tan sólo estábamos nosotros dos, nuestros cuerpos deseosos el uno del otro, nuestras manos perdiéndose en las expectantes pieles. Sin embargo, al instalarme en su apartamento una vez más sentí que caían sobre mí recuerdos que no me pertenecían. Me propuse hacer caso omiso. Y lo logré. Bueno, al menos eso creía, hasta que hace un mes tuve mi primer sueño. Éste ha sido el tercero. Hablé con Dania y con Ana acerca de lo que me pasaba, pero no estaban de acuerdo. La primera insistió en que tenía que poner a Héctor entre la espada y la pared para que me contara todo lo que quisiera saber acerca de ella; Ana, por su parte, se mostró reacia.

—¿Estás loca, Dania? —Ana miró a mi amiga como a una extraterrestre—. Héctor es un hombre sensible que lo ha pasado muy mal. ¿Cómo quieres que le hable a la que es la mujer de su vida de otra que lo destruyó? —Después volví los ojos hacia mí y me dirigió un gesto severo—. No te entiendo, Mel. Pensaba que todo eso ya te daba igual, que habíais hablado de ello para superarlo. Si él lo está haciendo, ¿por qué tú no?

—Sí lo hago. Sólo ha sido un sueño. Mi subconsciente, no yo —me excusé.

Y después de esa vez ya no volví a hablar de Naima con ninguna de las dos. Al fin y al cabo, hasta hoy no había vuelto a tener otra pesadilla. Además, estoy segura de que la causa es el estrés, y reconozco que mi subconsciente de verdad está alterado.

—Mel, quizá necesites mantener una charla con mi psiquiatra. —La voz de Héctor me saca de mis pensamientos.

—¿Qué? Ni hablar. —Niego con la cabeza poniendo morros.

—Sé lo importantes que son tus novelas para ti y todo lo que tienes que conseguir, y luego está la constante atención que debes prestar a tus lectoras en las redes sociales —continúa él—. Todo eso es muy duro.

—No necesito a tu psiquiatra. Sabes que no me cae bien. —Me cruzo de brazos como una niña.

—¿Todavía crees que fue él quien me convenció de que te dejara? —Suelta una risita y me acaricia la mano—. Vamos, ya te dije que era una mentira. La decisión la tomé yo. Ya lo hemos hablado.

—Aun así, no me gusta. Lo aguanto porque, en parte, te ha ayudado.

Héctor sacude la cabeza al tiempo que chasquea la lengua. Mientras lo observo se me ocurre algo, una idea que pasa de manera muy fugaz por mi mente, aunque la suelto sin pensarlo.

—¿Y si buscamos otro piso?

Héctor me mira con el ceño arrugado. Inclino la cabeza hacia delante, fingiendo indiferencia.

—¿No te gusta éste?

—No es eso... Es que quizá se nos quede pequeño.

—¿Pequeño? ¿Para qué? —Parpadea un tanto confundido.

—Es un apartamento muy bonito, con tu toque personal, pero me gustaría algo más grande...

—¿Me estás diciendo que quieres que dejemos de ser dos, Melissa?

Esboza una sonrisa que me provoca sorpresa. No me había parado a pensar que pudiera hacerle ilusión empezar a crear una familia.

—No... Quiero decir, ¡claro que sí! Pero no en este momento. —Me hago un lío yo misma. Por supuesto que quiero hijos, pero justo ahora, con lo ocupada que estoy con las novelas, no es buena idea.

—Entonces no necesitamos mudarnos aún, ¿no? Si no hay nada que te moleste de este apartamento, está bien para nosotros dos. —Se queda callado al decir esa última frase. Al cabo de unos segundos aparece en sus ojos un brillo de entendimiento.

—Creo que iré a hacer la cena —anuncio, y me levanto como si me hubieran puesto un muelle en el trasero.

Héctor se me queda mirando con los ojos muy abiertos y, antes de que pueda dar dos pasos, me ha cogido de la mano otra vez.

—¿Qué es lo que no te gusta de este piso, Melissa? —Me escruta con sus ojos almendrados, provocando que regrese la molesta sensación que he tenido por culpa del sueño.

—No es nada. Me gusta, pero prefiero las casas antes que los pisos.

—Tú vivías en uno...

—¡Eso me recuerda que debo poner un anuncio para alquilarlo!

Me mantengo en mi propósito de llevar la conversación a otro terreno. Sin embargo, Héctor se ha dado cuenta de que algo sucede y sus siguientes palabras me lo confirman.

—Ella no vivió aquí, si es lo que te preocupa.

El silencio nos envuelve. Inquietante y pesado, tanto que me parece notarlo en la piel. Abro la boca con tal de decir algo, pero tampoco tengo claro qué. Mis preguntas no son demasiado convenientes para él. Y no quiero remover sus recuerdos con ellas. Soy yo quien tiene que olvidar todo ese asunto. ¿Cómo voy a preguntarle si Naima mantuvo una relación amorosa o sexual con su padre? Porque desde luego que es un asunto que me reconcome desde que conocí a Álvaro. Héctor contestó que no, pero luego se desdijo y planteó que tenía dudas. ¿Y cómo cuestionar su actitud? ¿Cómo interrogarlo acerca de los motivos por los que aguantó esa situación durante tanto tiempo? No quiso contarme apenas nada y, cuando empezó a pensar sobre ello, todo se fue al traste. Y no, no puede volver a ocurrir. Debo evitarlo. Aun así, al final mi garganta suelta las palabras que le da la gana.

—¿Ah, no?

—Este piso lo compré hacia el final de nuestra relación. Lo hice para cambiar de aires y revivir lo nuestro. Además, a Naima le gustaba esta zona. Pero no nos dio tiempo a mudarnos... Murió antes. —Se le quiebra la voz. Todavía siente dolor cuando habla de ella y, aunque me pone nerviosa, supongo que es normal—. Pasamos alguna noche aquí, pero nada más. No pudimos crear un hogar.

Me quedo callada. La verdad es que la primera vez que entré en el apartamento no hallé en él ninguna huella de mujer, ni siquiera esos rastros del pasado que, por mucho que intenten borrarse, se quedan.

Me apoyo en el respaldo de la silla y procuro disimular mi inquietud. «Venga, Mel... Tan sólo estás así por el maldito sueño. Luego se te pasará porque tienes muchas más cosas en las que centrar tu cabecita, y más importantes».

En serio, normalmente no me acuerdo de Naima; puedo vivir aquí, podría hacerlo incluso si Héctor y ella hubieran compartido la vida en cada uno de estos rincones. Ya me quedé en este piso algunos meses. Tengo que pensar que estamos construyendo un hogar. El nuestro y de nadie más.

—Sabes que en otras circunstancias te hablaría de... —dice, pero no le dejo terminar.

Alzo una mano al tiempo que me acerco a él. Le paso los brazos alrededor del cuello en un gesto cariñoso.

—En realidad no necesito que hables. ¿Para qué? Estamos intentando labrarnos nuestro camino y de momento nos va bien, ¿no? —Le sonrío. Me estoy animando solita.

Héctor me devuelve la sonrisa y se muerde el labio inferior, un tanto pensativo. De repente su mano se posa en mi trasero. Lo miro como si fuera un descarado.

—¡Oiga! —exclamo bromeando—. ¿Qué se supone que está haciendo?

—¿No hablábamos antes de niños...?

—¿Qué niños? —Me hago la tonta.

—Digo y o que podríamos ponernos manos a la obra, ¿no?

Le doy un cachete en el hombro, y luego me hago la remolona, me zafo de él y echo a correr por el pasillo. Me sigue el juego y trota en pos de mí, hasta que me alcanza ante la puerta de la cocina y me empuja suavemente contra la pared. Suelto una risita que Héctor me acalla con un beso lento impregnado de ternura y adoración. Esta vez su mano no viaja hasta mi trasero sino que se queda en mi vientre y lo acaricia. Es una hermosa sensación, pero me pone nerviosa y se me escapa otra risa. Cuando se aparta tiene una mirada diferente.

—¿No te da un poco de envidia la tripita de Ana?

—Pues no, porque como no se le nota nada...

—¡No me seas tan mala!

Me abraza de forma cariñosa, y ladoo el rostro sonriendo para eludir su mirada. Me parece increíble que estemos hablando de hijos, así de repente, como quien no quiere la cosa. A ver, está claro que ambos tenemos una edad más que perfecta y que nuestra situación económica no es mala —por no decir que es mejor que buena—, pero no es algo que debamos decidir a lo loco.

—¡Oye! —exclamo de pronto—. ¿Tienes ya el regalo de Dania? —Acabo de recordar que la próxima semana es su cumpleaños y que vamos a celebrarlo a lo grande (en el Dreams, cómo no) con muchos de sus amigos.

—Me lo traen mañana —me anuncia Héctor—. Y pedí uno también para tu hermana.

—¿En serio? —Me da la risa—. No le hará gracia.

—Cuando lo use, verás si se ríe o no. —Esboza una mueca pícaro. Sus manos, de nuevo, recorriendo mi cuerpo y despertándolo—. ¿Por qué no lo probamos tú y yo ahora?

Me echo a reír. Y esta vez corro en sentido contrario, hacia nuestra habitación. Me encanta provocar a Héctor, que no duda ni un segundo en lanzarse a por mí. Antes de llegar a la puerta ya tengo sus manos enganchadas a mi cintura. Con tan sólo ese roce, un agradable cosquilleo invade mi vientre. Él lo masajea y, a continuación, desliza una mano hasta mi pubis, acariciándolo por encima de la ropa.

—Hoy tengo tantas ganas de ti... —susurra en mi oído.

Me encojo de hombros con una risita. Notar su pecho contra mi espalda es algo que siempre me pone a cien.

—¿Sólo hoy? —pregunto haciéndome la coqueta.

—Hoy y cada día. Cada minuto, cada segundo... Me paso las horas pensando en mil maneras de follarte.

Me chupetea el lóbulo de la oreja. Logro soltarme de su abrazo y entro en la habitación. Corre tras de mí y, sin previo aviso, me empuja contra la cama. Caigo boca abajo con una enorme sonrisa en el rostro, y se me escapa un jadeo

en cuanto se coloca sobre mí, aplastándome con su peso.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de hacer bebés? —me pregunta.

—¿Otra vez con eso? —murmuro con la voz ahogada por las sábanas.

—Lo que más me gusta es todo lo de antes. Todo lo que voy a hacerte ahora mismo... —Su voz es tan sensual que el cosquilleo que había aparecido en mi vientre camina hacia mi sexo.

Héctor me da la vuelta y me coloca de cara a él. Me veo reflejada en sus ojos brillantes y oscurecidos por la excitación. Se aprieta contra mi cuerpo para rozarse. Está durísimo, y me excita hasta límites insospechados. Me contoneo con la intención de conseguir más placer. Dios mío, notar su polla contra mi cadera es una sensación sublime.

—Hoy haré que toques el cielo —exhala depositando un beso en la comisura de mis labios.

Lo abrazo sin poder contenerme. Sus músculos se mueven bajo mis dedos, y los recorro al tiempo que flexiono las rodillas y con las piernas le rodeo la cintura. Esboza una sonrisa orgullosa. De inmediato me ha subido la falda y aparta a un lado mis braguitas.

—¿Ni siquiera vas a quitarme la ropa? —susurro picarona.

—Estoy tan cachondo que lo único que quiero hacer es meterme en ti.

Abro la boca para protestar, pero la suya no me da tregua. Me devora con todas sus ganas, y lo cierto es que son muchas. Su lengua me busca, y cuando me encuentra ambos jadeamos acosados por el placer. Tampoco yo quiero que me desnude. Lo que quiero es que me folle aquí, ahora, sin preámbulos, con esas palabras sucias que tanto me gustan en muchas ocasiones. Arqueo la espalda con tal de rozarme más.

—Tú también estás juguetona...

—¡No sabes cuánto...!

Héctor se muerde el labio inferior al tiempo que niega con la cabeza.

—Y pensar que antes eras una recatada aburrida...

—Hace mucho que no lo soy.

—Lo sé, y me alegro. —Suelta una risita.

Me quita las bragas sin más demora. Se recrea unos segundos en mi humedad, observándose con una mirada de lo más caliente. Gimo al notar sus dedos en mis pliegues, que toca de manera experta. Tan sólo sus caricias son capaces de hacerme creer que no existe nada más que él y yo.

—¿Lo quieres fuerte, Melissa? —me pregunta mientras se desabrocha los pantalones y se los baja.

—Lo quiero como tú me lo das —lo provocho, moviendo las caderas.

Su bóxer vuela por la habitación. Héctor me agarra de los muslos y tira de mí hasta que mi trasero queda fuera de la cama. Me alza las piernas y las apoya en sus hombros. Se me escapa otra risita, pero ésta acaba ahogada por su embestida.

—¡Dios! —exclamo cerrando los ojos.

Me ha dolido. Me ha dado placer. Me ha hecho desear más.

—¿Te... gusta... así? —Se le entrecorta la voz a causa de la agitación.

Asiento con la cabeza y le dedico una mirada bañada por la excitación. Héctor sale de mí. Hace que me sienta vacía, pero un segundo después lo tengo otra vez dentro con una nueva estocada. Jadeo. Me aferro a las sábanas y libero mi mente para centrarme sólo en las sensaciones que me provoca. Casi me parece que su polla roza mis entrañas. Es tan sucio, tan excitante, tan *sexy* hacerlo en esta posición que las oleadas de placer me recorren entera.

—¿Quieres más?

—Todo, Héctor... Lo quiero todo —gimo.

Su sexo me devora. Poco a poco mis paredes se acostumbran a las violentas sacudidas y me abandono por completo. Si sigue follándome con esta dureza, acabaré por correrme antes de tiempo. Sin embargo, su siguiente movimiento es salir de mí y cambiarme de postura. Me coge como una pluma y me coloca sobre la cama a cuatro patas. Me sube la falda por encima del trasero y me da una suave palmadita que me pone tremendamente cachonda.

A continuación me está explorando con la lengua. Me roza el clitoris, lo succiona y le da un pequeño mordisquito. Me contoneo, sin poder dejar de gemir. Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior. Me siento como la mujer más *sexy* del mundo, y eso sólo lo logra él.

—Tu sabor me vuelve loco —gruñe con los labios pegados a mi sexo. Pasa un dedo por él, extendiendo toda mi humedad.

Se aparta y se sitúa detrás de mí. Su pene roza mi entrada, y me remuevo ansiosa por que se adentre de nuevo en mi intimidad y la conquiste. Lleva una mano hasta el borde de mi camiseta y me la sube, dejando al descubierto mis pechos. Me aprieta uno, tira del pezón. Y de repente se cuela en mi interior otra vez. Mi gemido resuena en la habitación y me divierto pensando en que los vecinos hablarán sobre nuestros juegos.

Héctor se balancea adelante y atrás, con unas embestidas tan potentes que a punto está de dejarme sin respiración. Para mi sorpresa, me atrapa un mechón de cabello, lo enreda en su mano y tira de él. Se me escapa otro jadeo y tengo la sensación de que, en cualquier momento, me desharé.

—¡Dios...! Melissa, eres preciosa —jadea con la otra mano clavada en mis caderas para ayudarse en los movimientos.

Lo único que puedo hacer es gemir, morderme el labio inferior y cerrar los ojos. Héctor no me da tregua, y mi sexo cada vez está más húmedo. Una nueva cachetada me hace sonreír. La presión en el cuero cabelludo me excita más si cabe. Los gruñidos y jadeos de Héctor me provocan cosquillas en el vientre, en las extremidades, en el sexo.

—Joder, me voy... —Apenas puedo componer la frase.

Acelera las embestidas, empujándome hacia el colchón. Tengo que agarrarme con fuerza a las sábanas para no caer de la cama, pero al final me dejo ir hacia delante con una mejilla apoyada en la almohada. Se inclina sobre mí. Su peso en mi espalda me hace sentir que no existe nada más maravilloso que esto.

—Tampoco me queda mucho... —me avisa.

Me muevo yo también con tal de alcanzar el orgasmo lo más pronto posible. Su polla se incrusta en mí una vez más y suelto otro chillido. Acabamos los dos tumbados, yo aplastada contra la cama y él encima de mí. Me recorre todo el cuerpo con las manos, me coge de una mejilla y me ladea la cara hacia él para poder besarme. Es un beso repleto de ganas, de excitación, de deseo, de lujuria, pero también de amor. Jadeo contra su boca, bebiéndome el sabor de su excitación. Acelera los movimientos, y todo mi cuerpo se tensa.

—Héctor, por favor... —le suplico—. Tú conmigo...

—Espera, espera...

Un increíble grito se me escapa cuando alcanzo el orgasmo. Mi sexo se contrae, apresando el suyo, que palpita. Mientras me corro con todo el cuerpo, la mente y el alma, noto la tibieza de Héctor en mi interior. Suelta un par de palabrotas y apoya los labios en mi mejilla. Es un gesto que me provoca una ternura infinita.

—¡Dios! Ha sido... —murmura sin respiración.

—Ha sido brutal —termino por él.

Se echa a reír y apura las últimas sacudidas acariciándome la piel desnuda del costado. Deposita un beso en mi mejilla y, segundos después, se tumba boca arriba con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción en el rostro. Me pego a él, me apretujo contra su cuerpo.

—¿Y esto es lo que se hace para buscar bebés? —pregunto haciéndome la tonta.

Héctor vuelve a reír.

—No sé si tan sucio...

—Pues me gusta así.

Lo beso en el hombro, y aprieto los muslos para retener el placer que he sentido. Mi sexo todavía palpita y, para mi sorpresa, reparo en que tengo unas ganas enormes de continuar jugando.

—¿Melissa? —Héctor me observa con una sonrisa.

Sin darme tiempo a responder, me sube sobre él. Empiezo a moverme hacia delante y hacia atrás, rozando nuestros sexos desnudos. El suyo va endureciéndose poco a poco. Me sujeta de las caderas.

—¿No te has quedado satisfecha?

Me inclino y le doy un mordisquito en el labio inferior. Reacciona de inmediato y apoya una mano en mi nuca para besarme con fruición.

—Me has prometido que tocaría el cielo. Y lo he rozado, pero... —le digo juguetona.

Héctor sonríe.

Y el resto de la noche lo pasamos memorizando nuestros cuerpos, impregnando las sábanas de gemidos y placer, y matándonos de amor.

LE=LIBROS

Mi teléfono vibra al lado del ratón. ¡Ay, no...! No quiero cogerlo en estos instantes porque estoy en medio de una escena difícil que me ha costado mucho construir. Así que dejo que vibre y vibre, con la esperanza de que la persona que está llamando se canse. Sin embargo, casi un minuto después continúa insistiendo, y al dirigir los ojos al móvil descubro que es Aarón. Son las diez de la mañana de un domingo. Me alarma que esté despierto a estas horas. Descuelgo con toda la rapidez del mundo, preocupada por si recibo una mala noticia.

—¿Aarón?

—Dania me está tocando bien tocadas mis partes.

No sé muy bien por qué, pero desde hace unas semanas mi amigo está más educado y dice menos palabrotas.

—Espera, espera... No entiendo nada. ¿Qué pasa? —pregunto, y le doy al iconito del disco duro del ordenador para guardar el documento, por si acaso.

—Pues que anoche vino al Dreams y acabó como una cuba, y en uno de sus ataques de bipolaridad me dijo que no iba a celebrar su cumpleaños y que me fuera a la mierda. Así porque sí, ¿eh? —me explica en un tono de voz muy serio, algo extraño en él. Vamos, que le molestó un montón la respuesta de nuestra amiga.

—¿Seguro que fue « así porque sí » ? ¿No le hiciste o dijiste nada?

Se queda callado unos segundos, hasta que insisto. Entonces suelta un suspiro resignado.

—A ver, estaba bailando con tres tíos a la vez.

—¿Y...?

—Se dejaba manosear.

—¿Y...?

—Mel, no me parece bien. Últimamente está más alocada que nunca.

—Pero ¿es que ahora eres su padre?

Me levanto del escritorio y me encamino a la cocina en busca de una pieza de fruta. Héctor ha salido a correr; supongo que no tardará en llegar.

—No, pero esa actitud puede acarrearle problemas.

—Dania es mayorcita.

Me decido por un melocotón. Para pelarlo, me pego el móvil a la oreja y me lo apoyo en el hombro, aunque al final decido conectar el altavoz.

—Habla con ella, Mel.

—Ya lo hago.

—Hace semanas que no os veis —dice como si reprobara mi actitud.

—Estoy ocupada, Aarón —alego. Me siento un poco atacada. ¿A qué viene esto?—. Dentro de unos días será su cumpleaños y podremos hablar cara a cara. Pero de momento tenemos que conformarnos con hacerlo por teléfono, WhatsApp o Facebook.

—Está muy rara. No es ella.

—Vale, quizá está un poquito más alocada, pero siempre le ha gustado salir de fiesta y cazar. —Me meto un pedazo de melocotón en la boca, apoyada en la encimera.

—No es eso. Está taciturna. No es la Dania alegre de antes.

Suelto un suspiro. Madre mía, ¡qué pesado! Al final, para que se calle, voy a tener que sacar un ratito y quedar con ella. Lo que pasa es que me he hecho un *planning* para cada día, y me viene fatal. Está claro que la amistad no debe descuidarse, pero Dania tampoco me ha propuesto vernos... Ahora que lo pienso, es raro. ¿Por qué no me insiste en ir de fiesta o comer juntas? Antes solíamos hacerlo, ya fuera para que me preguntara por mi relación o para que me contara las suyas. Va a ser cierto que está extraña.

—Esta tarde la llamo —digo a Aarón para que se quede tranquilo.

—Convéncela de que celebremos su cumpleaños. Joder, llevo semanas planeándolo todo para que salga bien. ¡Si hasta le he preparado un boy...!

—¿Cómo? ¡Creía que eso era para las despedidas de soltera! —Me echo a reír.

—En realidad el chico es uno de mis nuevos empleados. Pensé que a Dania le gustaría.

Me imagino a Aarón encogiéndose de hombros, como si fuera una idea

maravillosa. Sólo a él se le ocurriría algo así.

—¿Has podido preguntar a esa banda si quieren tocar en el local?

Hace unos meses que unos jovencuelos del pueblo de Dania han empezado a cosechar éxitos musicales. Tocan en varios locales y les está yendo bien. Sabemos que a ella le gustan bastante y pensamos que sería una buena idea que amenizaran su fiesta de cumpleaños.

—Me darán una respuesta durante esta semana —responde de mal humor—. Se les ha subido la fama a la cabeza a esos críos, y eso que aún no son nada. Parece mentira que no sepan con quién hablan.

—Vaya, no son los únicos a los que se les ha subido... —Me termino el melocotón y tiro la piel al cubo de la basura—. Bueno, piensa que a tu local no va el tipo de gente para la que ellos tocan. —Abro el grifo del fregadero y me lavo las manos.

—Mel —dice, y enfatiza mi nombre como si fuera una cría que no entiende las cosas—, el Dreams es la polla. Cualquiera se moriría por tocar o pinchar en él, delante de cientos de personas.

Pongo los ojos en blanco, suspiro para mis adentros y niego con la cabeza. Aarón cada vez está más obsesionado con el local. Está claro que ahora es uno de los más famosos y exclusivos de la ciudad, y entiendo que debe mantener esa reputación, pero, como todos nosotros, trabaja demasiado. Y el mundo de la noche es mucho más duro. ¡Él también necesita divertirse... y de otra forma!

—Bueno, Aarón, te dejo. Voy a ver si termino un capítulo que tengo a medias.

Observo el calendario de la cocina. Hoy le toca cocinar a Héctor. Menos mal, porque no me había planteado hacer nada. Cojo el móvil, quito el altavoz y me lo acerco a la oreja.

—¿Cómo llevas la nueva novela? —me pregunta. A pesar de estar muy centrado en lo suyo, Aarón siempre saca tiempo para interesarse por los demás, y lo hace de manera sincera.

—Pues... Me está costando sacarla adelante.

Salgo de la cocina y regreso al despacho, donde la pantalla del ordenador se ha apagado. Me siento ante el escritorio y pulso una tecla al azar para encenderla.

—¿Y eso por qué, Mel? Pero ¡si tú ya eres una superescritora!

—El problema es precisamente ése, que ya me conoce mucha gente. —Apoyo la barbilla en la mano libre, con cansancio—. Tengo un miedo atroz a defraudar.

—No lo harás. Si algo bueno hay en ti es que tienes un montón de ideas y todas estupendas.

—Sí, pero no quiero bajar la calidad.

—¡Deja las inseguridades! —exclama en tono cantarín—. A esa Mel no la

quiero por aquí. —Se queda callado unos segundos y luego me pregunta—: Oye, ¿y qué tal con...?

—¡Eehh, prohibido mencionar su nombre! —No le dejo terminar. Básicamente Germán y yo nos enviamos los correos de rigor para hablar de asuntos relacionados con las novelas, las presentaciones y poco más. Él ni siquiera ha venido a eventos en los que he participado. Y lo entiendo, vamos.

—Di a Héctor que esta noche lo llamo para charlar un rato.

—¡Díselo tú! —respondo. ¡Me trata como si fuera su mensajera!

Nos despedimos riéndonos, y en cuanto deposito el teléfono sobre el escritorio me pongo a releer las últimas frases del capítulo. No sé si ahora conseguiré retomar el ritmo tan bueno que tenía. Me rasco la cabeza en busca de las musas, pero parece que se han esfumado en tan sólo unos minutos de cháchara con Aarón. Como presiento que no seré capaz de continuar con esto, decido no esperar hasta la tarde para llamar a Dania. Es probable que esté durmiendo la mona, pero así la despierto. Que se tome un ibuprofeno y que se espabile.

Marco su número, que me sé de memoria por todas las veces que hablamos, y espero a que me dé señal, pero no sucede nada. O lo tiene apagado o se ha quedado sin cobertura. Tecleo el del fijo con la esperanza de que me lo coja, pero nada, no responde. Quizá no ha pasado la noche en su piso. Es algo totalmente normal en ella porque no suele llevarse hombres a casa; no le gusta.

Oye, que nuestra querida amiga ni responde al móvil ni al teléfono de su casa. Esta tarde volveré a intentarlo, ¿vale? Para que veas que no la dejo de lado ;{

Vuelvo a poner el móvil sobre el escritorio, pero Aarón no tarda ni dos minutos en contestarme. Ay, por Dios, esta mañana va a ser muy poco productiva.

Estará con una resaca horrible. En serio, no sabes cómo iba de mal. Espero que la regañes de lo lindo. Hablamos, nena.

Me levanto y voy a la cocina para prepararme un té. De normal me relaja, y escribo mucho más calmada cuando estoy bebiendo uno. Héctor tiene tal variedad que siempre me cuesta decidirme. Me quedo observando los sobrecitos hasta que al final elijo el té verde con sabor a jengibre y naranja. Cinco minutos después abandono la cocina con la intención de arrastrar de los pelos a mis musas, pero justo en el momento en el que estoy a punto de teclear me llega un correo a la bandeja de entrada. ¡Por favor! En otras circunstancias no lo miraría, pero he acertado a ver que se trataba de un mensaje de mi editorial. En concreto,

de mi editor. De Germán, vamos. Ya no me preocupa que me envíe *emails*, aunque me resulta raro que lo haga un domingo. De repente me pongo blanca. ¿Y si me han adelantado el plazo de entrega? ¡Ay, madre, que me da!

Salgo del Word y me meto en el correo a toda prisa. No hay ningún asunto en su mensaje. Ni pone «urgente» ni nada; aun así, mi cabeza está convencida de que se trata de algún problema con mis novelas. Lo abro con la certeza de que voy a encontrarme con una horrible crítica... o algo peor.

De: germanm@editorlumeria.com

Asunto:

Hola, Melissa:

Siento enviarte un correo en domingo, pero me ha parecido absolutamente necesario. Estaba solo en casa, meditabundo, y he creído que era el momento más adecuado. No quiero que pienses que este mensaje es uno de los que te escribí durante un tiempo con tal de atraerte hacia mí. Sabes que eso ya quedó atrás y que, aunque me cueste reconocerlo, tengo más que aceptada tu decisión; fue la correcta.

La cuestión es que desde mañana ya no seré tu editor. Te preguntarás qué ha sucedido. Pues, básicamente, que pedí un traslado a otro sello. Creí que no me lo concederían, por eso no te había contado nada al respecto. Y aunque me lo notificaron hace ya unas semanas, reconozco que tampoco se me ocurría cómo comunicártelo. No voy a decirte algo que ya sabes, porque no es el momento y porque, realmente, ya no importa. Sólo deseo explicarte que lo hago porque necesito leer otro tipo de novelas. Vale, seré claro: cada vez que leo una tuya te descubro en la historia, en los personajes, en cada una de las palabras. Y me resulta duro, Melissa. Así que esto será lo mejor para los dos ya que imagino que a ti, después de todo, tampoco te resulta cómoda esta situación.

Además, ese sello se encuentra en Barcelona, así que me mudo allí. Para ser más exactos, el jueves ya estaré durmiendo en mi nuevo piso, que se encuentra muy cerca de las Ramblas. Aunque pienses que no, ¡lo he conseguido a muy buen precio! No es grande ni muy moderno, pero sí suficiente para mí. La verdad es que siempre soñamos con vivir en una ciudad como Barcelona, ¿eh? Es una oportunidad fantástica.

En cuanto a tu nueva editora, creo que os llevaréis bien. Es muy inteligente, adora leer y ya te adelanto que sabe muchísimo de literatura. Mucho más que yo, ya lo verás. Se llama Marta Hernández, y lo más seguro es que mañana o pasado te envíe ya un correo. Está al tanto de todo, de manera que no será necesario que le expliques nada. Eso sí:

cumple con tus plazos de entrega porque es un poco más estricta que yo con eso. Pero bueno, como siempre llegas a tiempo, es algo de lo que no debemos preocuparnos.

En fin, Melissa, no quiero molestarte más, pues estoy seguro de que ahora mismo estás ocupadísima con la novela. Espero que me perdones si no continúo leyéndola. Los capítulos que me has ido enviando me han parecido increíblemente buenos, pero... Tenía una sensación rara, y el corazón me brincaba en el pecho sin que fuera capaz de detenerlo. De todos modos la leeré. Lo haré cuando pueda recordarte con serenidad... y mi maldito corazón se esté quietecito en su sitio.

Espero que todo te esté yendo fenomenal. Los correos que nos hemos escrito han sido meramente profesionales, así que no es que sepa mucho de ti ahora. Pero vamos, estoy más que seguro de que sí, de que estarás feliz y radiante.

Cuídate,

Germán

P. D.: ¿Sabes que estoy escribiendo otra vez? Un cuento para niños. Y dirás: «¿Cómo es posible, si él jamás mostró interés en eso?». Pues ya ves lo que son las cosas. Resulta que los hijos de un compañero de trabajo vienen, todos los viernes, a la oficina porque él se está separando de su mujer y le tocan los fines de semana. La cuestión es que se los lleva al Burger King y esas cosas, ya sabes... Un viernes me dijo que si quería acompañarlos, pues nos llevamos muy bien. Y no sé cómo, pero acabé contándoles cuentos, y ellos no dejaban de mirarme emocionados y me pedían más. Su padre me animó entonces a que intentara escribir algo. Le hice caso... y aquí estoy. Es una historia de terror para niños. Es difícil, pero me gusta. Ya sé que no es como lo de la novela histórica sobre Alejandro Magno, pero la verdad es que estoy disfrutando más con esto.

P. D. 2: El otro día ese compañero me descubrió una canción que me encantó. La comparto contigo. <https://www.youtube.com/>

L=LIBROS

Me quedo patidifusa tras leer todo el correo de Germán. Habría esperado cualquier cosa menos esto. En un principio pensé que quizá lo mejor era no volver a trabajar juntos, pero al final, entre unas cosas y otras, fui dejando de lado el asunto... y tampoco es que me sintiera fatal. No hablábamos sobre nosotros, ni siquiera nos hacíamos preguntas personales. Parecía como si no hubiera pasado nada malo. Tan sólo éramos una escritora y su editor. Y como nos comunicábamos mediante correos, no existía ningún problema. De habernos tratado a menudo cara a cara, es posible que hubiera resultado todo más complicado. Nuestro intento fallido de boda aún planea entre nosotros.

Sospechaba que pudiera estar molesto, pero no que le resultara tan difícil. La verdad es que cuando los escritores plasmamos las historias no nos paramos a pensar cuánto hay de nosotros en ellas. Tan sólo nos damos cuenta una vez que las hemos terminado y, en ocasiones, ni siquiera en esos momentos. Pero los lectores que nos conocen pueden apreciar retazos de nuestra alma en ellas. Pedacitos de nosotros que vamos dejando en las páginas.

Agacho la cabeza, con una sensación de nostalgia que, aunque no es del todo desagradable, me provoca, no obstante, un extraño vacío. No estaba tan mal tener a Germán como editor. Me hacía sentir bien porque la culpabilidad desaparecía. Sin embargo, ahora no puedo evitar sentirme rara. Y no sé qué debo

hacer. Germán se va este próximo jueves a Barcelona, e imagino que tardará en volver. En su correo no había ninguna indirecta para quedar ni nada por el estilo, así que supongo que ésta ha sido su manera de despedirse. Pero, no sé por qué, ahora mismo no me basta. No puedo dejar que se vaya sin saber que está bien.

Me quedo un buen rato pensativa, hasta que Héctor regresa de su mañana de ejercicio, me saluda con un fuerte y cariñoso beso y se dirige a la ducha. Luego, mientras él hace la comida, continúo en mi despacho, fingiendo que escribo aunque, en realidad, estoy meditando acerca de qué hacer con Germán. Le escribo un correo en menos de dos minutos.

De: melissapolanco@gmail.com

Asunto: ¿No nos despedimos?

Querido Germán:

¿Por qué no quedamos antes de que te vayas, nos tomamos un café y nos despedimos?

Un abrazo,

Melissa

Sin embargo, tras releerlo me doy cuenta de que estoy siendo demasiado amable; quizá me esté colando. Si él no me ha propuesto quedar, por algo será. No debería pedírselo yo, así que borro el correo y me dispongo a escribirle otro.

De: melissapolanco@gmail.com

Asunto: ¡No me lo puedo creer!

Germán:

¿Cómo es que te vas del sello? ¿Qué es eso de que ya no serás mi editor? ¿Crees que podré controlar mis nervios trabajando con alguien que no conozco y que, encima, es más estricto que tú, por lo que cuentas?

Puedo entender lo que me dices, pero no estoy muy contenta. Me gustaba esta forma de trabajar que teníamos. Además, saber que estabas ahí, aunque fuera detrás de una pantalla, me tranquilizaba y no me hacía sentir culpable.

Te agradezco que tú mismo seas quien me comunique tu marcha... Pero ¡podrías haberlo hecho antes!

Melissa

Uf, es demasiado impulsivo, ¿no? Parece que esté muy molesta por su decisión, y no es plan de que haga cábalas sobre lo que no es. No me he detenido a pensar mientras lo escribía y me ha salido un mensaje indignado. Lo borro apretando la tecla como si me fuese la vida en ello. Oigo a Héctor trastear en la cocina. Ha puesto la radio en el canal de música clásica, y está tarareando la melodía que suena y que no conozco.

De: melissapolanco@gmail.com

Asunto: ¡Qué pena!

Germán:

Me había acostumbrado a trabajar contigo. Has sido un buen editor. Sin embargo, entiendo tu decisión y la respeto. Supongo que no es fácil para ninguno de los dos. Bueno, si te soy sincera, yo estaba bien, pero si te pidiera que continuaras siendo mi editor demostraría ser muy egoísta.

Me alegro muchísimo de que te vayas a Barcelona porque es verdad que siempre dijimos que nos gustaría estar allí. Y encima en una zona tan buena. ¿Estás preparado para hablar catalán? Bueno, tampoco te costará demasiado. ¿En qué sello trabajarás ahora? Siento curiosidad.

Eso que me explicas de que estás escribiendo un cuento es... isorprendente! ¿Se te ha despertado el instinto paternal? Así que una historia de terror infantil... Qué fascinante. ¿Y ya no retomarás la novela sobre Alejandro Magno? Investigaste mucho para dejarlo todo ahora. Puede que en tu nueva vida tengas más tiempo. O quizá no, porque imagino que leer un manuscrito tras otro debe de ser estresante.

En fin, si te apetece, cuando ya estés instalado en Barcelona y te sientas un poco más tranquilo, escíbeme para contarme qué tal te va.

Un beso,

Melissa

Bueno, este último *email* no me parece tan mal. Lo leo una vez más, y luego otra y otra. ¿Qué hago? ¿Se lo envió o no? En ese momento Héctor me llama desde la cocina y doy un brinco. El dedo me funciona solo y pulsa la tecla « ENVIAR ».

Voy a la cocina y descubro a Héctor removiendo la sopa que ha hecho. Me pide que le ayude a sacar la lubina del horno. Le echo un vistazo y me río al darme cuenta de que lleva mi delantal. Todos los domingos que le toca cocinar se lo pone.

—¡Tendré que regalarte uno especial para ti! —le digo tirando de la tela con

una sonrisa.

Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo.

—¿Por qué? ¿Es que éste no me queda bien? —Se señala el delantal rosita con corazones que lo adornan desde el pecho.

—Bueno... He de reconocer que te da un toque *sexy*. —Lo abrazo y bajo mis manos hasta su trasero para acariciárselo.

—¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Productiva? —Me aparta un mechón de pelo con cariño y deja un beso en mi frente.

—No he podido terminar el capítulo que empecé ayer. —Suelto un suspiro de frustración. Si es que, entre unas cosas y otras, se me ha ido la mañana.

—Estoy seguro de que te dará tiempo. —Me coge de la barbilla y me alza el rostro para mirarme fijamente a los ojos—. ¿Va todo bien?

Me conoce demasiado, aunque no es que sea muy buena disimulando, la verdad.

—Aarón me ha llamado esta mañana. Me ha dicho que Dania se presentó borracha en el Dreams y que le gritó que no quiere celebrar su cumpleaños.

—Pero ¿qué le pasa? —Se le dibuja una arruga de preocupación en la frente.

—Pues no sé. Tengo que llamarla otra vez... Es que antes no ha cogido el teléfono.

Héctor asiente, se vuelve, apaga el fuego donde hierva el caldo y coge dos platos para servirlo. Mientras tanto me hago con todo lo necesario para poner la mesa.

—Germán me ha enviado un correo. —Como Héctor no se inmuta (debe de pensar que se trata de un *email* de trabajo), me apresuro a añadir—: A partir de mañana ya no será mi editor.

—¿Y eso? —Deja de servir la sopa y alza la cabeza para mirarme.

—Se va a Barcelona —continúo en un tono de voz más serio del que querría.

—¿Lo trasladan allí? —Se ha apoyado en la encimera y está observándome con curiosidad.

—Bueno, más bien ha sido él quien lo ha decidido.

Aparto la vista y jugueteo con las servilletas que tengo en la mano. Héctor no pregunta nada, pero es lo suficientemente inteligente para entender lo que ocurre.

—¿Y qué piensas tú?

—La vida es así. —Me encojo de hombros, como restando importancia a algo que, en realidad, me ha dejado desconcertada.

—¿Habéis quedado para despediros? —La pregunta de Héctor me sorprende.

—No creo que sea una buena idea. —Niego con la cabeza.

Se acerca a mí y me toma de las manos, y capto en sus ojos una expresión que no logro entender.

—Dicen que las despedidas no son bonitas ni felices... —Se pasa la lengua por el labio inferior, en un gesto pensativo—. Y mucho menos fáciles. Sin

embargo, a veces es necesario hacerlas. Te aseguro que es preferible despedirse que no hacerlo. Y, siempre, con la certeza de que hemos aceptado todo lo que una vez no supimos perdonar.

Héctor se queda callado y esboza una sonrisa un poco triste. Ahora entiendo a qué se refiere. Él no pudo despedirse de Naima. ¿Le recordará eso la conciencia?

Me deja en la cocina con las servilletas y los cubiertos en vilo y se marcha al comedor con los platos. Cuando regresa todavía estoy en la misma posición, rumiando sobre la situación. Me quita lo que tengo en las manos, me da un suave beso en la mejilla y me dice:

—Piénsalo.

Me sorprende este nuevo Héctor tan comprensivo. Pero la verdad es que me gusta, me hace sentir tranquila. El anterior jamás me habría dicho que fuera a visitar a Germán por última vez.

Durante la comida hablamos sobre su trabajo, y también sobre nuestros amigos y el cumpleaños de Dania. Por la tarde intento trabajar en la novela, pero apenas escribo un par de párrafos porque me paso el rato alerta por si me llega algún correo de Germán en respuesta al mío. No sucede nada de eso, así que por la noche procuro olvidarme del asunto. Lo logro cuando los dedos de Héctor exploran mi cuerpo en la cama.

—Te noto muy tensa... ¿Puedo ayudarla a relajarse, señorita Polanco?—me pregunta en un susurro travieso.

—Inténtelo, señor Palmer —le contesto con una media sonrisa.

Sus dedos bajan hasta mis muslos y me los acaricia. De inmediato unas agradables cosquillas se instalan en mi sexo. Me sube la camiseta que uso para dormir y deja libres mis pechos. Les echa una mirada cargada de deseo que a mí me hace sentir superorgullosa y después los ataca. Su lengua lame un pezón; luego el otro. Los mordisquea y sopla en ellos hasta que se me ponen tan duros que incluso me duelen.

—Veamos qué hay por aquí...

Como ya no llevo puestas más que las braguitas, descubre mi humedad y suelta una risita. Me pego a él y esbozo una sonrisa sin decir nada.

—¡Pero si estás lista para saborearte!

Me echo a reír y le doy unos cuantos besos en la mejilla. Me atrapa por la nuca y me guía hasta su boca. Nuestros labios se unen en un beso delicioso, húmedo, salpicado de excitación y deseo. En su sabor puedo apreciar las ganas que me tiene. Mordisqueo su labio inferior y él jadea sobre mi boca. Tiene una mano atrapando uno de mis pechos y la otra apoyada en mi trasero, masajeándomelo.

—¿Sabes lo que me gustaría hoy? —le pregunto, sorprendida ante mi propia idea. Héctor me mira expectante—. Ver cómo te tocas delante de mí. Y hacer

yo lo mismo.

Esboza una gran sonrisa y se le oscurece la mirada. Asiente y aparta la manta. Se levanta de la cama y se coloca junto a ella. Aprecia su excitante bulto, ansioso por ser liberado del pantalón del pijama. Contengo la respiración cuando Héctor se lo baja; su miembro aparece en toda su mejor expresión de la excitación. Me encantaría metérmelo en la boca, pero me da mucho morbo observarlo masturbándose. En cuanto empieza a tocarse hago lo mismo por encima de mis braguitas. Estoy tan húmeda que puedo notar a la perfección mi propio sexo. Héctor me estudia con la boca entreabierta y los ojos brillantes.

—Así... Tócate tú también para mí. Quiero correrme mientras tú también lo haces.

Asiento y me bajo las braguitas hasta quitármelas. Me coloco frente a él para que pueda ver mejor mi sexo rasurado. Sonríe sacudiendo la cabeza, y percibo que acelera las caricias en su pene.

—¿Te gustaría que me fuera en algún sitio en especial? —me pregunta.

—Aquí... —Le señalo mis pechos y los ojos aún le brillan más.

Observo cómo se contraen los músculos de su abdomen mientras se masturba. Me estoy poniendo tan cachonda que mis dedos se deslizan a la perfección por todo mi mojado sexo. Me separo los labios y juego con ellos otorgándoles lentas caricias. Los ojos de Héctor no se apartan de mí ni un momento. Se le escapa un gemido que provoca que a mí también me salga uno. Me introduzco suavemente un dedo y lo muevo. Héctor se toca cada vez más rápido, dejando escapar un jadeo tras otro. Entrecierra los ojos y entreabre los labios, permitiéndome ver la puntita de su rosada lengua.

—¡Dios...! Melissa, no pares, sigue tocándote así... Estoy a punto de explotar —jadea.

Me arrimo a él y me siento al borde de la cama sin dejar de acariciarme. Acerco el rostro a su pene. Su mano, moviéndose a una velocidad desorbitada, casi choca contra mi nariz, pero no me importa. Deseo chuparlo, saborearlo. Saco la lengua al tiempo que aproxima su polla sin detener sus movimientos. Lamo con ganas mientras me pellizco el clitoris y suelto un grito.

—Melissa... Ya, joder...

Me inclino hacia atrás, y acerca su pene a mis pechos, me atrapa uno y me lo estruja. Observó cómo le vibra y, segundos después, me llena. El líquido está tan caliente que aún me excito más. Héctor se derrama entre mis pechos hasta que no puede más y deja escapar un suspiro ahogado. Desliza la mirada por mi cuerpo, y entonces se acuclilla ante la cama, me abre de piernas, aparta mi mano y la sustituye por su boca. Un grito ahogado sale de mi garganta cuando su lengua azota mi clitoris.

—¡No pares! —le pido.

Niega con la cabeza y continúa con su exploración. Mis pechos suben y

bajan; me cuesta respirar. Me tumbo y me retuerzo, con cientos de luces de placer iluminando mi cuerpo. La lengua de Héctor recorre todo mi sexo, me lame los labios, sorbe mi clitoris y me deja vacía de pensamientos. Tan sólo puedo sentir y dejarme llevar por la oleada de cosquillas que va subiendo desde la planta de mis pies. Apoyo una mano en la cabeza de Héctor y le tiro del cabello.

—Un poco más... —susurro. Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos, preparada para recibir el máximo placer.

Héctor me mordisquea el clitoris, da unos cuantos lametones rodeando mi orificio, se atreve a introducir la lengua un poquito... Y a mí se me escapa un grito y, con él, la vida por cada uno de los poros de la piel. Me retuerzo bajo su abrazo y le clavo las uñas en los hombros. Me aprieta más contra su rostro y llena su boca de mí. Siento que me elevo, que rozo el techo, que navego por estas cuatro paredes, que reboto en mi cuerpo y, por fin, que trasciendo. Los orgasmos con Héctor son milagrosos.

—Madre mía... —murmuro con agotamiento cuando se separa. Aún tiene los labios húmedos y al besarme me traspasa mi sabor.

—¿He conseguido que te relajés? —me pregunta tumbándose a mi lado. Apoya una mano en mi vientre y me lo acaricia haciendo circulitos.

—La verdad es que bastante... Ha hecho un buen trabajo, señor Palmer.

Se echa a reír. Nos abrazamos hasta que, unos minutos después, él se queda dormido. Yo todavía me paso un ratito escuchando su respiración.

LELIBROS

El lunes y el martes, mientras Héctor se marcha al trabajo, consigo escribir un par de capítulos y adecentar un poco la casa. Continúo esperando una respuesta de Germán, pero no me atrevo a escribirle otro correo para decirle que quedemos, ya que me da miedo que me dé un no. El miércoles por la noche doy vueltas en la cama sin parar. Héctor trata de ayudarme a conciliar el sueño, pero no lo logra. El jueves, antes de irse a trabajar, se inclina sobre mí en el lecho, me

da un beso en la frente y me susurra:

—Reconcíliate contigo misma.

Me paso la mañana haciendo faenas domésticas para tranquilizarme. Las palabras de Héctor me taladran la cabeza. Al final, cuando queda poco para el mediodía, entro en la ducha a toda prisa, me visto y salgo del piso sin saber muy bien cómo me he decidido. Lo cierto es que ni siquiera sé a qué hora se va Germán, ya que no me lo dijo. Y lo que me preocupa es qué le diré cuando esté delante de él. ¿Le pediré disculpas por haberlo dejado plantado ante el altar? ¿Le desearé que todo le vaya bien? Era mucho más sencillo hablar por correo acerca de mis novelas y punto.

Cuando llego al pueblo de Germán ya es la hora de comer y mi estómago no deja de hacer ruidos. Consigo encontrar aparcamiento pronto porque es un barrio bastante tranquilo. No pasamos ni un solo día en su piso, ya que desde un principio le pedí que se mudara al mío cuando intentamos retomar lo nuestro. Aun así, lo visité un par de veces, y lo recuerdo informal y con ese toque intelectual que tiene Germán. Estoy a punto de pulsar el timbre cuando la portera se asoma y se me queda mirando.

—¿A quién buscas? —Es una señora de unos sesenta años con un moño bien estirado y unos ojillos brillantes. Por suerte, no se acuerda de mí.

—A Germán. Vive en el segundo. Es un chico moreno, alto, con ojos azules...

—Se ha ido esta mañana. Es que se muda a Barcelona. —Dicho esto, la mujer vuelve a su garita y me deja sola con una sensación de vacío terrible.

Bueno, esto era previsible. He llegado tarde y ha sido mi culpa. Podría haber venido el martes, o ayer. Pero no, he decidido que tenía que ser justo el último día. Agacho la cabeza y me dirijo hacia el coche con una opresión en el estómago que no logro comprender. «A ver, Mel, que no pasa nada. Siempre puedes enviarle otro correo o un *whatsapp* para despedirte de él». Sin embargo, hay algo en mí que me indica que deseaba ver sus ojos una vez más. Estoy a punto de alcanzar el coche cuando oigo voces. Reconozco una de ellas. ¡Es la de Germán! Me vuelvo y lo veo, a lo lejos, hablando con la portera. «¡Será tonta la tía...! ¿No me había dicho que ya se había ido?». Germán lleva una caja enorme en los brazos y la mujer lo ayuda transportando una maleta gigantesca.

Lo observo con curiosidad. Tan sólo puedo verlo de perfil, pero aprecio su fina barba, su nariz respingona y su cuidado cuerpo. No parece estar mal. Y eso hace que me sienta un poco mejor y, al mismo tiempo, muy nerviosa. He venido hasta aquí para despedirme de él y, sin embargo, ahora tengo los pies pegados al suelo.

Germán me da la espalda y camina en sentido contrario, con la portera a su lado. Clavo los ojos en su pelo y me retuerzo las manos, con un grito que lleva su nombre pegado a la garganta. Y entonces sucede algo raro. Como si él hubiera adivinado mi presencia, se da la vuelta de repente y escruta la calle. Segundos

después me ve, y puedo advertir la sorpresa en su rostro. Detiene su avance, con lo que pienso que va a venir hasta donde estoy. Pero no lo hace. Me muerdo el labio inferior y, como si todo estuviera sucediendo fuera de mí, agito una mano en señal de saludo y, al mismo tiempo, de despedida. Él me dedica una de esas sonrisas suyas que, después de todo, son tan familiares para mí. Levanta el pulgar para indicarme que todo va bien. Agacho la cabeza con timidez y también sonrío. Cuando la alzo, todavía está quieto mirándome, con la portera cotilla a su lado. Descubro en sus ojos agradecimiento, cariño y perdón.

Por fin. Yo se lo concedí cuando regresó. Y él me lo está otorgando ahora. Me aparto un mechón de pelo de la cara, con los nervios correteando con sus cientos de patitas por mi cuerpo, pero también empezando a sentir una agradable sensación. Germán ladea la cabeza, se lleva dos dedos a los labios y me lanza un beso. Lo imito y espero hasta que desaparece tras doblar la esquina. Regreso al coche con sus ojos clavados en mí mente, pero esta vez no hay ningún sentimiento más allá del cariño y de la tranquilidad. Después de todo, no ha sido tan difícil. No hemos necesitado palabras, ni un acercamiento. Germán me ha agradecido que viniera hasta aquí con cada uno de sus gestos.

Me dejo caer en el asiento con un suspiro. Entonces recuerdo que me adjuntó un enlace de YouTube en su correo y que no lo abrí. Me dijo que se trataba de una canción que le descubrió un compañero de trabajo y que le gustaba mucho. Saco el móvil de mi bolso y accedo a Gmail. Rebusco entre un montón de mensajes publicitarios hasta encontrar el de Germán. Entro en el enlace y subo el volumen.

Se trata de una canción titulada *To Build a Home* de un grupo llamado The Cinematic Orchestra. No la conozco, pero en cuanto empieza a sonar el corazón me palpita con la melodía y luego con cada una de las frases del cantante. «*There is a house built out of stone. Wooden floors, walls and window sills. Tables and chairs worn by all of the dust. This is a place where I don't feel alone. This is a place where I feel at home. And I built a home for you, for me. Until it disappeared from me, from you. And now, it's time to leave and turn to dust*». («Hay una casa construida de piedra. Suelos de madera, paredes y marcos de las ventanas. Mesas y sillas cubiertas de polvo. Es un lugar donde no me siento solo. Es un lugar donde me siento como en casa. Y construí un hogar para ti, para mí. Hasta que desapareció de mí, de ti. Y ahora es tiempo de irse y convertirse en polvo»).

Cuando termino de escucharla tengo un nudo en la garganta. Ese tipo de nudos que te duelen tanto porque estás aguantando las lágrimas. Al final, las dejo salir. Supongo que Germán se siente identificado con esta canción. Tiempo atrás habría pensado que me la enviaba para molestarme, pero ahora sé que ha cambiado —en realidad, todos lo hemos hecho y para bien— y que tan sólo ha querido compartirla conmigo porque sabía que me gustaría.

Mientras conduzco la escucho una vez más. Ya no lloro, ahora sonrío.

Germán y yo construimos un hogar que desapareció y que tiempo después intentamos reconstruir sin lograrlo. Pero, al fin y al cabo, luchamos por ello y, de todo eso, nos quedarán tantas cosas buenas que no puedo evitar sentirme bien. Tal como dice la canción, ya es momento de abandonar ese hogar, de ser polvo y volar libres hacia nuestras nuevas vidas.

He conseguido hacer lo que Héctor me aconsejó: reconciliarme con Germán y, por fin, conmigo misma.

LE LIBROS

Aarón corre de aquí para allá, alterado y con una mala leche que no es normal en él. No para de soltar gritos a las dos empleadas y al camarero que, supuestamente, hará de boy para nuestra amiga. Se llama Diego y se ha presentado muy emocionado cuando hemos llegado porque ha pensado que yo era Dania. Me parece que es más joven que nosotros; veintisiete años, le echo. Es extrovertido, simpático, alegre y muy atractivo, la verdad. Lleva el pelo bastante corto, pero advierto que es castaño claro. Tiene unos ojos marrones achinados que le dan un aire algo infantil. A mí me ha caído bien de inmediato, por lo que me sabe mal que Aarón le chille tanto.

—¿No crees que te estás pasando con el chico? —le insinúo acercándome a él.

—Mel, si no los espabilo, la fiesta va a salir como el culo.

—La fiesta va a salir estupendamente porque estamos todos los amigos de Dania... —Me doy la vuelta y le señalo toda la gente que está en el local—. ¿Y quiénes son éstos? Apenas conozco a la mitad.

—Algunos son conocidos de Dania. Me dejó su agenda y los llamé. Los demás son clientes asiduos que se dejan una buena pasta —me explica al tiempo que observa al DJ que ha contratado mientras conecta todos sus aparatos.

—No entiendo por qué tienen que estar en el cumpleaños de nuestra amiga —

protesto. No me hace ninguna gracia—. Pensaba que cerrarías el local.

Aarón enarca una ceja, pero no dice nada. Me aprieta el hombro como disculpándose porque debe dejarme sola para ir a hablar con unos clientes. Los observo con disimulo: son dos hombres muy bien vestidos, con aspecto de ricachones, pero también con cara de oler mierda. Vamos, que estoy segura de que son unos remilgados.

—No te hace mucha gracia todo esto, ¿verdad?

Diego ha interrumpido mis pensamientos. Ladeo el rostro y le dedico una sonrisa.

—Pues la verdad es que habría preferido ir a cenar a un bonito restaurante y después a un lugar tranquilo.

—Todavía estáis a tiempo de hacerlo. —Coge una bayeta y limpia de la barra los restos de chupitos que han dejado unos clientes.

—Quita, quita, que Aarón nos mataría. —Apoyo el codo en la madera y me quedo mirando a Diego con curiosidad—. He estado muy encerrada en mí misma últimamente. Estuve aquí hace un mes más o menos y no recuerdo que esto fuese así.

—¿Así cómo? —Me mira con extrañeza.

—Pues con tanta gente, tan *cool*. Recuerdo el día que conocí a Aarón. Me dijo entonces que no le gustaban estos ambientes, que se había cansado de ellos, y que por eso apenas pisaba el Dreams. —Sacudo la cabeza rememorando esa época—. Y míralo ahora, ¡está como pez en el agua!

Diego y yo nos volvemos hacia Aarón, quien no se cansa de saludar, de estrechar manos de hombres y de besar mejillas de mujeres.

—Le va muy bien —dice Diego, y asiente.

—Lo único que no quiero es que se obsesione con esto. Hoy está de un humor de perros. —Tuerzo el gesto.

—¿Sólo hoy?

Se echa a reír. Levanta el índice, va hasta los estantes con docenas de botellas y coge una de tequila. Sirve dos chupitos y me acerca el salero. Le sonrío y me echo un poco en el dorso de la mano.

—¿Por qué brindamos? —pregunto divertida.

—Para que Aarón no me chille más esta noche —responde riéndose.

Nos lamemos la sal y a continuación nos bebemos el chupito de un trago. Casi me atraganto con el jugo de la rodaja de limón porque me da la risa tonta.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —Siento curiosidad.

—Más o menos un mes. Pero de momento sólo vengo los sábados. Estoy pensando en plantear a Aarón que me contrate los viernes —me explica mientras retira los vasitos.

—¿Te gusta que te regañen?

Me echo a reír. Él también sonrío y luego niega con la cabeza.

—Me gusta este sitio. Y Aarón me cae bien.

—Ya que llevas aquí un mes debes de conocer a Dania. Es que como antes pensabas que era yo...

—Puede que sí. ¿Viene mucho por el Dreams?

—La semana pasada estuvo. —Omito que se emborrachó—. Es muy llamativa: alta, guapa, pelirroja.

—Vienen muchas chicas así por aquí.

Me guiña un ojo y después se aleja para atender a las dos mujeres que se han acercado a la barra. Me vuelvo hacia ellas con disimulo. Pues sí, una de las dos es pelirroja, como Dania, y también tiene unos pechos enormes.

En cuanto se marchan vuelvo a interrogar a Diego. Cada vez me cae mejor.

—¿Y no te molesta tener que hacer de boy para mi amiga?

—Aarón me comentó la idea y fui yo quien se ofreció. Va a pagarme bien y necesito la pasta.

No le pregunto para qué, pero él, como si me conociera de toda la vida, me lo cuenta.

—Vivo con mi madre. No es porque sea un vago ni nada de eso. Es que va en silla de ruedas y no tiene a nadie más. Mi padre murió hace dos años y, desde entonces, cuido de ella. —Se queda callado, pensativo y con la sonrisa menos ancha que antes—. No tenemos mucho. —Se encoge de hombros—. Así que todo el dinero que pueda ganar ¡bienvenido sea!

Asiento con la cabeza. Estoy a punto de comentarle que me parece muy buen hijo cuando noto que me vibra el móvil. Lo saco del bolsillo y descubro el nombre de Héctor en la pantalla. Hay tanto ruido aquí dentro que no puedo entender una sola palabra de lo que me dice cuando contesto. Me disculpo ante Diego y me encamino hacia la salida, pero justo en ese momento entran Dania y mi novio al local. Mi amiga tiene cara de perro, como si realmente no le apeteciera nada de nada celebrar su cumpleaños. Es más, Héctor la lleva agarrada por los hombros. La verdad es que lo he mandado a él a casa de Dania porque sabía que no podría negarse a venir ante la labia de mi novio. A mí, en cambio, me habría costado más convencerla.

—Ya estamos aquí. —Héctor me saluda con un beso en los labios que me sabe a gloria.

—Guapísima... —Abrazo a mi amiga; la noto rígida entre mis brazos. Con lo efusiva que ha sido siempre al saludar y ahora mismo lo único que hace es darme dos pequeños besos de lo más desganados—. ¿Cómo estás, Dania?

Observo atentamente su rostro en busca de alguna señal. Lo que descubro son unas grandes ojeras debajo de las toneladas de maquillaje que se ha puesto.

—Bien. —Y esboza una sonrisa.

—¿Preparada para una gran noche? —le pregunto tratando de mostrarme animada.

—No me hace ninguna gracia cumplir tantos años —me suelta con una mueca.

—¡Pero si estamos jovencísimas! —exclamo cogiéndola del brazo.

Hago una señal a Héctor para que se vaya a buscar a Aarón, y Dania y yo nos quedemos a solas.

—Porque tú lo eres más que yo... —Dania hace un puchero, pero al final se deja llevar hacia la barra.

Por favor, ¡si sólo nos llevamos un año!

—¡Diego! —Llamo al camarero y éste acude a toda prisa. Cuando descubre a Dania a mi lado se queda como paralizado. En realidad no me asombra porque ella provoca esas reacciones en la mayoría de los hombres. Me inclino hacia delante para que pueda oírme—. Ésta es la cumpleaños.

—Hola, Dania. Encantado. Yo soy Diego.

En lugar de darle dos besos, le tiende la mano. Mi amiga lo observa como si fuera un bicho raro. Y, aunque le devuelve el saludo, para nada es como los usuales de ella, tan llenos de seducción. No me lo explico, porque creo que Diego es el tipo de hombre que le gusta, aunque sea más joven que ella. Vamos, que no sería el primer yogurín que la atrae.

—Ponme algo fuerte —le pide un tanto seria.

Diego abre la boca, como si quisiera decir algo, pero al final se lo piensa mejor y nos da la espalda para preparar uno de los famosos cócteles del Dreams.

Miro a Dania con expresión interrogativa, y se encoge de hombros para restar importancia a su forma de comportarse. Aguardo a que Diego le sirva la bebida y, para mi sorpresa, me entrega otra. Le doy las gracias con una sonrisa, pero la verdad es que sólo tiene ojos para mi amiga. Vamos, que al chico le ha gustado y mucho. Sin embargo, como se da cuenta de que Dania no le hace ni caso, se despidе de nosotras con una inclinación de cabeza y se aleja para hablar con sus compañeras.

—Es guapo el nuevo camarero de Aarón, ¿eh? —dejo caer.

—Tiene buen culo —observa ella bebiendo de su pajita. El cóctel baja hasta la mitad con tan sólo un sorbo. Madre mía, cómo le da al alpiste.

—Pues luego vas a tener una sorpresa suya —le digo de forma misteriosa.

Dania me mira con los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso saldrá de una tarta totalmente desnudo? —Sonríe, y pienso por un momento que esta Dania se acerca más a la que yo conozco.

—Aarón le dijo que quería traerte un boy y él se ofreció.

—¿Qué me estás contando? Aarón cada día tiene ideas más tontas. —Suelta un suspiro y da otro trago a su bebida, acabándose la. No espera ni un segundo: llama a Diego con una mano y le pide otro cóctel.

—¡Que todavía no ha empezado la fiesta! —le recuerdo poniéndome un poco nerviosa. Si ya lleva dos cócteles bien cargados, va a ocurrirle lo mismo que el otro día—. Todavía tiene que llegar Ana.

—Estoy entrando en calor, Mel —me dice un tanto molesta.

—Oye, sé que últimamente no nos hemos visto mucho, que no te he preguntado si...

Me deja con la palabra en la boca porque suelta tal grito que me asusto. Señala con una de sus largas uñas algo a mi espalda, y entonces me vuelvo y descubro qué es lo que ha despertado en ella semejante emoción. Acaba de entrar la banda que le gusta tanto. En ese momento Aarón se acerca a los músicos, los saluda y después acuden hasta nosotras.

—Éstos son Sin Calma y Con Prisas.

Nos presenta a cada uno de ellos, y con cada saludo Dania se emociona más. En persona parecen mucho más jóvenes de lo que aparentan en las fotos. La verdad es que yo no he escuchado nada de ellos, así que no puedo opinar, pero me los imagino como El Canto del Loco o algo por el estilo.

Mientras se dirigen hacia el escenario Dania se lanza a los brazos de Aarón y le estampa un pedazo de morreo. Que conste que ya no son nada. Desde que lo dejaron no han vuelto a tener ni un rollete. Pero parece que la efusividad de mi amiga ha regresado.

—¡No me puedo creer que hayas hecho esto por mí! —chilla abrazada a Aarón como una lapa.

—Ahora sí me quieres, ¿no? —le dice él en tono reprobatorio, pero en el rostro tiene una sonrisa. Le acaricia el pelo como si fuera una niña.

—Ya sabes que me encantan. —Le da otro beso, esta vez en la mejilla.

Aarón se vuelve hacia mí y me guiña un ojo. Después vuelve a dejarnos a solas para dirigirse a donde está el grupo de música.

—Te ha gustado la sorpresa, ¿eh? —Le froto el brazo con cariño.

—Es que, en serio, cuando los veas tocar te vas a morir de amor —me dice ella sin apartar la vista del escenario.

La veo tan contenta que no quiero chafarle el momento, pero la verdad es que me muero de ganas por continuar la conversación de antes que, en el fondo, ni habíamos empezado. Así que me inclino sobre ella, con mis labios pegados a su oído, dispuesta a sonsacarle qué es lo que le pasa. Sin embargo, antes de poder hablar, alguien me hace cosquillas en la cintura y doy un brinco.

—¡Mel, cariño! —Me doy la vuelta y me topo con la cara de mi hermana. Nos fundimos en un efusivo abrazo y, de inmediato, bajo la vista hasta su tripita. ¡Ay, por favor, que ya se le nota! Ella repara en mi cara de sorpresa y suelta una risita—. No te esperabas esto, ¿eh?

—Pero si no hace tanto que no nos vemos —digo, como si fuera algo superextraño.

—Esto va así de rápido. Dentro de poco estaré como una foca.

Me coge una mano y la acerca a su vientre. Me quedo esperando unos segundos, pero no noto nada. ¿Cuándo dará pataditas?

Félix y Héctor llegan en ese momento, gesticulando muy emocionados. Supongo que estarán hablando de algún concierto de música clásica o de alguna ópera. En cuanto me ve, Félix también me abraza con fuerza. Tiene un brillo especial en los ojos y parece muy contento. Supongo que tanto Ana como él sienten que están cumpliendo sus sueños. Y creo que, a este paso, voy a ser la tía más orgullosa del mundo.

—Me muero de ganas por saber qué es lo que llevas ahí. Me encantaría que fuese una nena —digo a mi hermana con una sonrisa.

Tras saludos y más saludos, empieza la fiesta. Me quedo con Héctor, mi hermana y mi cuñado, y Dania se pierde por el local para saludar a los amigos y conocidos que han venido. Las camareras circulan por el Dreams con bandejas repletas de bocaditos y de cócteles especiales para la ocasión.

—¿Dónde está Dania?! —pregunto a Aarón, que no deja de corretear de aquí para allá.

—¡Ni idea! —exclama él por encima de la música. Se sube al escenario en cuanto el DJ deja de pinchar temas. La gente se da cuenta de que algo pasa y se vuelve al oír a Aarón—. ¡Buenas noches a todos! Hoy el Dreams acoge una celebración especial... ¡Es el cumpleaños de una de mis mejores amigas! Dania, por favor, ven aquí ahora mismo.

La buscamos por entre la gente y, al cabo de unos segundos, ella aparece con esos andares tan elegantes y felinos que tiene. Bueno, ahora se asemeja otra vez más a esa Dania segura, fuerte y seductora. Ni siquiera se molesta en bajarse el corto vestido cuando sube al escenario. ¡Que se le va a ver todo, leches! Aarón le permite que coja el micro y que dirija unas palabras a la concurrencia. No todos los congregados han venido aquí por ella, pero eso a Dania le da exactamente igual.

—¡Gracias por venir! No me apetecía mucho celebrar mi cumpleaños, pero ahora estoy tan contenta... —Se le traban las palabras. Chasqueo la lengua. A saber cuánto habrá bebido durante este rato—. Mi amigo me ha traído este fantástico grupo al que adoro. —Señala a la banda, que ya se ha colocado en el escenario y sonríe al auditorio—. Después van a pasarme un pene por la cara...

La gente ríe aunque no entiende lo que Dania quiere decir. Me vuelvo hacia Diego, que tiene los ojos muy abiertos y una expresión sorprendida en el rostro. Me encojo de hombros como disculpándome.

—Y ya veremos cómo acaba la noche. Lo que sí os digo ahora es... ¡que empiece la fiesta! —Dania suelta un grito y el público se une a ella como si la conociera de toda la vida.

Mientras bajan del escenario suenan los primeros acordes de Sin Calma y

Con Prisas. ¡Y la verdad es que son geniales! Su música es de un estilo cercano al *rock* y al *swing*, y con la primera canción la gente se muestra ya de lo más emocionada. Incluso mueven el cuerpo aquellos de los que, por su aspecto, nunca habría dicho que les gustara este ritmo.

—¡Está genial! —exclama Ana mientras baila con Félix.

Vaya, sí que la ha cambiado el embarazo. Con lo sosa que era, por favor.

Dania y Aarón también están dándolo todo en medio de la pista, rodeados de un montón de personas que los acompañan con palmas. Héctor me tiende una mano y con un gesto me pide que nos unamos a ellos. Bailamos todas las canciones sin parar hasta que nos falta el aire en los pulmones. Me río, salto, grito, tropiezo. De vez en cuando lanzo miradas de soslayo a Dania, pero la descubro tan sonriente que me quedo tranquila. También me fijo en que Aarón no deja de mirar a una mujer que se encuentra no muy lejos de nosotros, sentada a la barra. Cuando sus ojos se cruzan ambos sonríen con timidez. ¿Qué? ¿Aarón tímido? ¿Desde cuándo?

—Esa chica viene muy a menudo, y sola. Qué extraño, ¿no? —me explica Dania cuando el grupo termina su concierto. Por suerte, se le ha bajado la borrachera con los bailes—. Creo que a Aarón le gusta. —Me dedica una sonrisa picarona.

—¿Y él todavía no se ha presentado? —pregunto con curiosidad.

—En realidad ella se presentó a él una noche. Estaba sola, como siempre, junto a la barra y le dijo que se llamaba Alice. —Dania la observa de forma disimulada. Dirijo también los ojos hacia esa mujer, que ahora está pidiendo algo a una de las camareras—. Creo que es francesa, pero no tiene apenas acento. Llevará mucho tiempo viviendo aquí. Pero vamos, por lo que sé, Aarón y ella no han llegado a tener un contacto más estrecho. Lo único que hacen es hablar aquí.

—¡Qué raro, joder! —Hasta se me ha escapado una palabrota de lo asombrada que estoy—. Y encima el tío no me ha contado nada. Ya le diré cuatro cosas, ya —murmuro un tanto molesta.

No nos da tiempo a hablar sobre nada más porque Aarón se lleva a Dania. Subimos hasta el segundo piso mientras el resto de la gente se queda abajo bailando con la música que pincha el DJ. Aarón nos ha preparado el reservado más grande y ha colocado una silla en el centro para Dania. A pesar de las reticencias que ha mostrado antes, ahora se la ve emocionada con la idea de que el boy se contonee para ella. Nos sentamos en los sillones de los rincones y esperamos dando palmas. Hasta Ana está divirtiéndose, pero cuando Diego aparece con una careta de cuero, un collar alrededor del cuello y un látigo entre las manos a mi hermanita se le abre tanto la boca que casi le llega al suelo. Héctor y Félix sueltan una carcajada y Dania un grito de emoción.

—¡Acércate, que voy a darte tu castigo! —exclama mi amiga agarrando el látigo.

Durante unos cinco o seis minutos Diego baila para Dania de manera muy sensual. La verdad es que el chico lo hace tan bien que no puedo evitar preguntarme si, quizá, ésta no sea su primera vez. Dania se entrega en el espectáculo, se divierte dando golpecitos a Diego en el trasero, aunque también se lo estruja en alguna que otra ocasión. Héctor, Aarón y Félix no pueden dejar de reír, y Ana, de vez en cuando, me lanza miradas escandalizadas. Me alegro muchísimo de que mi amiga esté comportándose tal como es, de que esta noche haya dejado atrás la tristeza, sea por lo que sea. Eso sí, en cuanto pasen unos días, tengo que quedar con ella para hablar sobre el asunto.

—Esto es para ti.

Terminado el espectáculo, cuando Diego acaba de marcharse para cambiarse, Héctor entrega a Dania el regalo que le hemos comprado entre todos. Es un conjunto de ropa interior bien caro y precioso, de esos que a ella le encantan. Después le da el que nosotros dos hemos elegido. También entrega uno a mi hermana, que nos mira un tanto confundida.

—Pero ¡si no es mi cumpleaños! —dice con nerviosismo.

Dania ya ha abierto el suyo: es un patito como el mío, pero el suyo va vestido de cuero negro y lleva una mordaza en la boca. Se echa a reír y pide a Aarón que le haga una foto dándole un beso en el piquito. En ese momento oímos a Félix soltar una carcajada y a mi hermana llamándome a gritos.

—¡Mel! Pero ¿qué es esto? —Nos muestra su regalo. También es un pato, todo de color rosa, con unas plumas alrededor del cuello en plan diva.

—¡El tuyo está chulísimo! —exclama Dania. Se sienta a su lado y pide a Aarón otra foto, en la que mi hermana sale con gesto horrorizado.

—Hemos pensado que a Félix y a ti os vendrá muy bien dentro de unos meses, cuando no te veas los pies por culpa de la tripa —le digo guiñándole un ojo.

Ana se pone como un tomate, pero la verdad es que a mi cuñado sí que parece hacerle gracia.

—¡Ahora las tres tenemos un patito del que disfrutar! —chilla Dania toda emocionada—. No sé cómo bautizarlo...

—*Ducky* y a sabes que está cogido —le digo riéndome.

El resto de la noche lo pasamos felices, recordando viejas anécdotas y hablando sobre planes futuros. Félix y mi hermana se retiran a las dos y media porque ella está un poco cansada y empieza a tener náuseas. Le doy un abrazo bien grande y me despido con la promesa de que pronto nos veremos. La verdad es que no quiero perderme ni una de las etapas de su embarazo. A las cuatro Héctor y yo anunciamos nuestra marcha.

—Ya os vais a copular, ¿eh? —Dania me abraza con fuerza, a diferencia de la forma débil en que me había saludado.

—A ver si el viernes que viene puedes sacar un ratito para comer juntas —le

digo—. Tenemos que hablar. No lo hacemos en serio desde que... —Estoy a punto de recordarle que no lo hacemos desde que rompió con su último novio, con el que había durado más que con ninguno y con el que de verdad se la veía contenta. Incluso hablaron de boda. Pero un día nos dijo que lo habían dejado y no quiso explicarnos los motivos.

Ella se pone seria de repente, alza un dedo y lo posa en mis labios negando con la cabeza. La miro con los ojos muy abiertos.

—Ya hablaremos, Mel. —Me da un empujón hacia Héctor. Acabo de ver una sombra en sus ojos—. Venga, id a disfrutar. Me quedo un rato más con Aarón.

Quiero preguntarle si de verdad está bien, si necesita que me quede con ella, pero con un gesto me indica que me vaya. Le advierto con la mirada que del viernes no pasa.

Héctor y yo caminamos en silencio hasta el coche y, una vez dentro, suelto un suspiro.

—Menuda noche... ¡Cuántas emociones!

—Pero al final todo ha ido bien, ¿no? —Me dedica una de esas sonrisas tuyas tan cálidas.

—Aarón tiene razón: Dania está muy rara. Espero que el viernes quiera quedar y me explique qué le sucede.

—Puede que su última ruptura la haya dejado más tocada —opina Héctor mientras mira por el retrovisor.

—Pero ella no es así...

—Melissa, todos caemos alguna vez.

Me dan ganas de decirle que no, que Dania jamás lo hará, que ella es la amiga fuerte y alegre. Sin embargo, en esta ocasión no estoy tan segura de mis creencias.

Ya en el piso, a pesar de que son las tantas, le digo a Héctor que voy a llenarme una bañera. Apesto a tabaco y a alcohol, y son olores que odio meter en la cama. Estoy en el agua con un montón de sales y de espuma cuando Héctor entra en el cuarto de baño. Va desnudo y lleva las manos ocultas a la espalda.

—¿Compartimos? —pregunta sonriente, aunque sabe perfectamente que le diré que sí.

Me echo hacia delante para que se coloque detrás de mí. En cuanto lo noto pegado a mí se me escapa un pequeño gemido. Todavía no hemos hecho nada, pero su sexo ya ha despertado y está rozándome la parte baja de la espalda.

—Mira lo que he traído —me susurra al oído.

Estira un brazo, abre la mano y me muestra a mi *Ducky*. Me echo a reír y me apoyo en su pecho. Pasa la otra mano por delante y la posa sobre uno de mis senos, acariciándomelo con suavidad.

—He pensado que entre *Ducky* y yo podemos hacer que te relajés... —Su

voz cada vez es más sensual. Me mordisquea el lóbulo de la oreja. Su respiración profunda me excita.

—No lo dudo —murmuro con los ojos cerrados.

Aprieta el pato y enseguida el sonido inconfundible de la vibración quiebra el silencio. Lo apoya en mi cuello y va deslizándolo por él. Unas agradables cosquillas me inundan y me estiro en la bañera dispuesta a pasarlo bien.

—Dime, cariño, ¿por dónde quieres que pasee a *Ducky*?

—Por aquí... —Me señalo los pechos.

Héctor desliza el patito hasta mis pezones y hace círculos en ellos con él. Suelto un suspiro y esbozo una sonrisa. Mientras tanto su mano baja por mi vientre hasta mi sexo. Separo las piernas rápidamente, ansiosa por sentir sus dedos en mí.

—¿Y ahí? ¿Quieres notar a *Ducky* ahí? —Su respiración entrecortada junto a mi oreja me provoca. La mía se acelera con cada avance del juguete por mi cuerpo. Héctor lo va bajando por mi piel, arrancándome cosquillas y suspiros—. ¿O prefieres sentir otra cosa?

Le suplico que lo segundo, pero de todas formas no me hace caso y continúa jugando con *Ducky*. De repente la colita del pato vibra sobre mi clitoris, que ya se encuentra hinchado, y se me escapa un gemido. A continuación noto los dedos de Héctor abriéndose paso por entre los pliegues de mi sexo. Él mismo me abre las piernas más y se acomoda en mi espalda de manera que noto la presión de su pene contra mi trasero, ansioso de meterse en mí. Otro gemido sale de mi garganta en cuanto uno de sus dedos hace círculos en mi interior. Mueve el vibrador de arriba abajo sobre mi clitoris, provocando que cada vez me excite más. El placer que sabe darme este hombre es inaudito.

—¿Y si te follo contra esa pared, Melissa?

Ladeo la cabeza hacia el lugar que me está indicando. Asiento con la boca seca. Dejaría que me lo hiciera en cualquier parte, y la verdad es que ahora mismo me apetece un poco de ese sexo salvaje que él me da.

No alcanzo a decir nada porque ya ha salido de la bañera y, en cuestión de segundos, me está sacando. Me arrastra hasta la pared de tal manera que no toco el suelo con los pies. Me muevo y consigo aferrarme con las piernas a su cintura antes de que mi espalda impacte contra la pared. Nos besamos con ganas, buscando nuestras lenguas y jugando con ellas de esa forma tan sensual que tanto nos gusta. Sus manos recorren toda mi piel, húmeda en parte por el agua de la bañera, en parte por el sudor que empieza a perlarle a causa de la excitación. Héctor tiene las mejillas coloradas debido al vapor del baño, y eso le da un aspecto tremendamente excitante. Clavo los talones en su trasero y echo el mío hacia delante, rozando mi sexo contra el tuyo.

—Tómame, por favor —le ruego.

Como él también está muy excitado, no me hace esperar más. Me coge bien

de los muslos, para que no me resbale, y empuja contra mi sexo. En cuanto lo noto dentro de mí suelto un largo gemido. Héctor empieza a moverse con dureza, tal como me gusta en muchas ocasiones. Me encanta hacerlo en esta postura, atrapada contra la pared por todo su cuerpo, que choca con el mío. Muerdo sus labios, se los chupo, tiro de ellos. Clava sus dedos en mi piel, jadeando en mi boca, musitándome palabras subidas de tono, pero también de amor.

—Jamás... —susurra entrecortadamente. Mis jadeos se unen a los suyos con cada una de las embestidas—. Jamás... dejaré de hacerte el amor, Melissa. — Me besa una vez más, traspasándome el sabor de su excitación—. Siempre que estoy dentro de ti siento que nos merecemos la vida.

Me aprieto contra él, apoyando las manos en sus hombros con la intención de acompañar nuestros movimientos. Le clavo las uñas al notar su sexo en lo más profundo del vientre.

Se me escapa un gemido tras otro, hasta que me doy cuenta de que el orgasmo acude a mí. Héctor aumenta las sacudidas, de manera más rápida e intensa, haciendo que lo note en cada uno de los rincones de mi ser. Cuando se deja ir, sonrío. Y segundos después yo también me libero. Le arañó la espalda y chilló como si me fuera la vida en ello. Hacer el amor con Héctor es como si volviera a nacer.

—Te quiero —dice mientras nos damos besitos.

Nos quedamos así unos minutos, él todavía agarrándome, yo aún con la espalda contra la pared. Entonces veo en sus ojos algo diferente: ilusión y esperanza, pero también algo de inquietud. Me dispongo a preguntarle qué sucede, pero no me da tiempo porque se adelanta y suelta algo que me deja sin respiración:

—¿Nos casamos?

LE LIBROS

—¡Dios...! Mel, éstas son preciosas, ¿no crees? —Ana se vuelve hacia mí con los ojos brillando como dos estrellas.

Estamos mirando cortinas en Leroy Merlin para la casa que Félix y ella han comprado en una de las mejores urbanizaciones de su pueblo. Prefieren que el bebé crezca en un ambiente más sano, a pesar de que el lugar donde viven ahora también es tranquilo y para nada contaminado.

Observo las cortinas con los labios apretados, sin saber qué decir. La verdad es que a mí me parecen horribles todas por las que se encapricha mi hermana. Parecen sacadas de la época de Matusalén. ¿Es que esta mujer no va a ser nunca un poco más moderna? Tampoco es que quiera que sea la más *fashion* de Valencia, pero ¡por favor!, que abandone ese pensamiento de que el hotelé es bonito.

—¿Te gustan o no? —insiste mirándome con el ceño fruncido.

—Pues... —No quiero herir sus sentimientos, ya que desde que se quedó embarazada está mucho más sensible, pero tampoco quiero que haga de su casa un desastre—. Mira, voy a serte sincera: me recuerdan a las que tenía nuestra abuela.

Ana se me queda mirando con expresión horrorizada. A continuación echa otro vistazo a las cortinas de flores —¡qué horror!, en serio— y luego sus ojos

vuelven a posarse en mí.

—¿Estás insinuando que soy una vieja?

Hala, ya se ha enfadado. ¡Madre mía con las hormonas!

—Claro que no, Ana. Pero... reconoce que esas cortinas son feas.

Un matrimonio que pasa por nuestro lado las mira con disimulo. Mi hermana alza la barbilla con expresión orgullosa y ellos se alejan apresuradamente.

—Quizá el embarazo haya cambiado mis gustos —se excusa, y se aparta de las cortinas.

Me dan ganas de decirle que no, que siempre los ha tenido así, pero me callo para no desanimarla más.

—Venga, vamos a ver otras.

Le dedico una sonrisa y continuamos caminando por los pasillos.

Voy mostrándole algunas que me gustan y que me parecen perfectas para su casa, pero pone peros a todas. Que si una es «demasiado colorida» —la de las flores parecía el arcoíris, por favor—, que si otra parece «sacada de un puticlub», que si la siguiente no les pega a Félix y a ella.

—Mira, Ana... —Me detengo al final del pasillo, con poca paciencia ya en el cuerpo—. No sé para qué me pides que venga a darte consejos si no te gusta nada de lo que te propongo. —Arruga el entrecejo de nuevo y me mira un poco molesta—. Ahora podría estar adelantando la novela.

—Ay, chica, qué pesada con eso...

Se vuelve y se larga por donde hemos venido. Suelto una exclamación y la sigo, un tanto indignada.

—¡Oye, que tengo plazos de entrega!

—¡Deberías empezar tú también a mirar cosas para la casa! —me regaña como a una niña chica.

Vale, ya me parecía extraño que Ana no lo sacara a relucir.

Todavía no he contestado a la propuesta que Héctor me hizo hace cuatro semanas. Le dije que claro que me casaría con él, pero no todavía. Hace apenas tres meses que subía los escalones del altar dispuesta a casarme con otro hombre, aunque claro, todo era una farsa. Me engañé a mí misma por completo. Y ahora la proposición de Héctor me ha asustado muchísimo. Ésta será mi tercera boda. Vale, no: las dos anteriores fueron intentos —y encima con el mismo hombre— que no llegaron a buen puerto. A mi cabeza le ha dado por pensar que soy un imán para las bodas gafadas. Sin embargo, cuando se lo dije a Ana se puso a llorar como una histérica. Alegó que eran las hormonas, pero lo que le pasaba es que estaba más entusiasmada que yo.

—Ana, ¿recuerdas que apenas hace tres meses ocurrió lo de *Novia a la fuga II*? —le dije. Así es como mis amigos graciosillos han querido denominar el incidente.

—Es que, a ver, es Héctor con quien tendrías que haberte casado desde un

principio. De ser tú, yo habría celebrado la boda en ese momento. Si, total, ya lo tenías todo preparado. Habríamos sustituido el nombre de Germán por el de Héctor y ya está.

—Eso sólo pasa en las películas.

Mis amigos están locos perdidos y por lo que se ve piensan que el amor es para chiflados que se arriesgan. Ana se lo contó a Aarón, éste a Dania... y la pelirroja ya estaba llamándome tres días después para gritarme que le dijera a Héctor que sí. Como si fuera tan fácil. A ver, yo estoy enamoradísima de él, y que volvamos a estar juntos es para mí un sueño. Entiendo que me lo haya pedido porque es algo perfectamente lógico entre dos personas que se aman. Y supongo que él desea, después de todo lo que hemos sufrido, poner algo de normalidad en nuestra relación. Pero necesito pensar y, al fin y al cabo, para mí casarse no es algo necesario. Es decir, que amo a Héctor sin tener que firmar un papel.

—Mel, ¿me escuchas? —Mi hermana está zarandeándome como si no hubiera un mañana.

—¡Dime! —exclamo apartando el brazo por el que me tiene atrapada. ¡Que me va a desmontar!

—¿Qué te parecen éstas? —Ana señala unas cortinas de tela fresca y color crema. ¡Son maravillosas!

—Me parecen perfectas para el salón —respondo asintiendo con la cabeza.

—¿Crees que a Félix le gustarán?

—A cualquiera le gustarían, en serio. —Incluso a mí me apetece comprarlas y colocarlas en el amplio ventanal del apartamento de Héctor.

Al final se decide por éstas. Suelto un suspiro aliviado porque ya me había hecho a la idea de pasar otra hora caminando por estos pasillos. Y encima todavía quiere que miremos alfombras para el salón, para el comedor y para la habitación de matrimonio. Me va a dar algo. A mí que esto de la decoración nunca me ha gustado. Mi pisito era de lo más sencillo.

Son casi las dos —y llevamos por el mundo, es decir, por Leroy Merlin, desde las diez— cuando terminamos la sesión de compras. Evidentemente, faltan muchísimas más cosas, pero lo dejamos para otro día, que Ana ya ha empezado a cansarse. ¡Cuatro horas después, leches! Y eso que va con la panza. A mí que me duelen las piernas y los riñones casi desde que llegamos.

—¿A qué hora hemos quedado con esa gente? —me pregunta mientras esperamos a que le tomen la dirección para enviarle las compras.

—En quince minutos.

Como es sábado hemos aprovechado para comer todo el grupete en el polígono industrial de Alfajar. Bueno, Félix esta vez no puede acompañarnos porque se reúne con un futuro cliente bastante importante. Ya que Aarón no paraba de decirme que estoy perdidísima con lo de la novela, preparé la cita con

tal de que se callara. También aprovecharé y pediré a Dania que nos quedemos nosotras dos un rato más. A pesar de que me prometió que nos veríamos, se ha mostrado más esquivo desde su cumple. No he dejado de llamarla, de proponerle planes, y a todos me ha dicho que no. Incluso a los de irnos de marcha. Eso no es para nada normal en ella. ¿Y si hoy tampoco viene?

Escribo un mensaje en el chat del grupo de WhatsApp para informar a los amiguetes de que Ana y yo ya nos dirigimos a por el coche para ir a Alfafar. Mientras conduzco suena el inconfundible pitido de la aplicación. Ana saca su móvil del bolso para mirar si es un mensaje del grupo.

—Aarón pregunta que dónde comeremos.

—Por mí en el Foster's.

Mi hermana me mira de reojo y chasquea la lengua. Le pregunto qué pasa, pero no me contesta porque está tecleando.

—No cuidas tu alimentación —me dice en cuanto termina, y guarda el móvil.

—¿Perdona? Es sábado y me apetece comer alguna tontería.

—La verdad es que me muero de hambre, pero no quiero una de esas hamburguesas grasientas.

—Pues te pides una ensalada.

Me mira otra vez de reojo como si estuviera loca. Unos minutos después llegamos al polígono de Alfafar. Me cuesta un poco encontrar aparcamiento, y cuando atisbo uno está lejos del restaurante, pero ¡qué se le va a hacer! Observo los coches por si reconozco el de mi novio o el de mis amigos, pero la verdad es que no. ¿Aún no habrán llegado? Sin embargo, cuando nos acercamos al Foster's descubro a Héctor y a Aarón en la puerta. El segundo alza la mano y nos saluda.

—¡Perdida! —exclama a modo de saludo.

Me da un achuchón bien cariñoso. Aunque, bueno, a Héctor también se los da. Él es así: le gusta el contacto. Es más, hace lo mismo con Ana, que, tímida, agacha la cabeza porque está claro que le recuerda la especie de rollete que tuvieron.

Héctor alarga el brazo y me tiende la mano. Me encanta cuando me besa ahí, como un caballero. Me vuelvo otra vez hacia Aarón y le pregunto:

—¿Va a venir Dania?

—Nena, y yo qué sé. No ha escrito nada en el chat del grupo. —Se encoge de hombros. En ese momento le suenan las tripas y todos nos echamos a reír—. Podríamos esperar dentro, ¿no? Y vamos pidiendo algo.

Los tres estamos conformes con su propuesta. Soy yo quien avisa a Dania de que estamos en el Foster's, le suplico que venga y le pido, por favor, que no tarde. Suele contestar bastante rápido porque siempre tiene el móvil en las manos. Sin embargo, quince minutos después, cuando ya tenemos nuestras bebidas en la mesa y también un plato con algo para picar, todavía no ha roto su silencio. Decidimos pedir los platos principales, y acto seguido amenazo a Dania por

WhatsApp con que si se retrasa se perderá una de sus hamburguesas favoritas.

Mientras devoro un costillar a la miel que está para morirse de placer, y Ana y Aarón charlan sobre sus trabajos, me fijo en la mirada de Héctor. La verdad es que desde que me hizo aquella pregunta me observa más que de costumbre, y siempre lo hace con una sonrisa que se me antoja un poco insistente. Quizá es sólo mi imaginación y lo único que pasa es que le gusta mirarme. No ha vuelto a preguntármelo ni ha mencionado nada sobre el asunto, pero tampoco dijo que se tratara de una broma ni nada por el estilo. Y es que esas miraditas a mí me parecen interrogantes, como si tratara de descubrir qué estoy pensando.

—Oye, Aarón... —interrumpo su charla con mi hermana con tal de que Héctor desvíe su atención de mí—. En su fiesta de cumple, Dania me comentó algo sobre una chica...

Nuestro amigo se queda callado, con la boca entreabierta y una sonrisita ladeada. Así pues, es verdad lo que Dania me explicó. ¡Lo he pillado! Me pongo seria y finjo más enfado del que tengo.

—Se supone que somos amigos. ¿Por qué no me has contado nada?

—¿Qué es lo que quieres que te cuente?

Se inclina hacia delante, todavía con su enorme hamburguesa entre las manos. Durante unos segundos lanza una mirada a Héctor y ambos sonríen. ¡Será posible!

—¿Así que hasta mi novio sabe más que yo? No me gustan nada los secretitos.

Dejo el costillar a medias y me limpio las manos con la servilleta. Ana continúa comiendo su ensalada César; está en ascuas.

—No hay secretitos ni nada de lo que estás pensando. —Aarón da un bocado a su hamburguesa y mastica más fuerte que de costumbre, observándome con expresión divertida.

—No es lo que Dania me dijo. No sé lo que os lleváis entre manos, pero es como si pasarais de mí.

—Pero tú estás muy liada con tus historias... —continúa Aarón después de haberse tragado la carne.

—¿Así que es eso? —Arqueo una ceja y esta vez sí que lo miro con un enfado real—. ¿Me estáis apartando un poco sólo porque tengo trabajo que hacer y quedo menos con vosotros?

Héctor y Aarón se miran, y luego el segundo se encoge de hombros. Mi novio me coge una mano y me la acaricia con suavidad, pero la aparto y me cruzo de brazos bastante molesta.

—Que no, preciosa, de verdad. —Aarón se inclina más e intenta acariciarme la barbilla—. Que es una broma. No te estamos haciendo de lado. —Se echa hacia atrás y apoya la espalda en la silla, estirándose. Ana y yo contemplamos embelesadas sus músculos marcados bajo el jersey—. Lo que pasa es que no he

encontrado el momento para contarte nada. Y tampoco es que haya nada que decir.

—Bueno, tanto como que no hay nada... —lo interrumpe Héctor en ese instante. Los miro alternativamente, incluso escruto a mi hermana por si sabe algo y está ocultándomelo también, pero ella se encoge de hombros. Mi novio mira a Aarón como pidiéndole permiso para decir algo—. Chicas, que nuestro Aarón está coladito.

—Eh, eh, perdona, ¿de eso nada! —Niega con la cabeza como si estar enamorado fuera algo terrible.

—Pero ¡eso es fantástico! —Mi hermana, que está a su lado, le da unos cachetitos en el hombro.

—No adelantemos acontecimientos. —Aarón alza una mano para pedirnos silencio—. Yo no me enamoro con tanta rapidez como otros. No soy tan ñoño. —Dedica una sonrisa burlona a Héctor.

—¡Oye! —exclamo todavía un poco molesta.

—Déjalo. —Héctor también está riéndose—. Se comporta así porque sabe que es la verdad y eso lo asusta.

—A ver —nos interrumpe Aarón, muy serio—, la chica me gusta. Es preciosa, inteligente, simpática, cariñosa...

—¡Madre mía, cuántos halagos! —Me echo a reír y mi amigo me lanza una mirada mortífera.

—... Pero eso no quiere decir que ya esté loco por ella.

—Sólo un poquito. —Héctor continúa pinchándolo, y le doy un golpecito en la mano para que se calle.

—Y si es todas esas cosas tan maravillosas, ¿por qué no habéis quedado todavía? —pregunto a Aarón, recordando lo que Dania me dijo.

Él guarda silencio y me mira con los ojos entrecerrados.

—Le da miedo. —Otra vez Héctor respondiendo por él. Joder, ¡sí que sabe cosas! Voy a tener que enfrascarme menos en las novelas y salir más al mundo real—. Resulta que aún no ha pensado en tirársela.

—¿Cómo? No entiendo... —Parpadeo confundida.

—A ver, evidentemente la tía le gusta y algún día se acostará con ella —prosigue mi novio con esa sonrisita que no se le borra. Aarón ha agachado la cabeza. ¡No puede ser que se comporte así, por favor!—. De todos modos, lo que quiero decir y lo que siente él es que Alice no es sólo un polvo. Vamos, que le gusta de verdad aunque no lo reconozca.

—Pero ¡eso es maravilloso, en serio! —repite mi hermana dando palmaditas. Sí, con el embarazo también demuestra sus alegrías de manera efusiva—. Sentirte así significa que esa chica te ha llegado hondo.

—No nos equivoquemos —dice en ese momento nuestro amigo alzando el rostro—. Lo que sucede es que Alice es diferente de otras mujeres. Me ha

contado algo sobre su situación personal y no es buena. Está pasándolo mal y no quiero joderla —nos explica con un brillo en los ojos. En serio, ¿por qué le brillan tanto? Vamos, es que ni conmigo se comportó así. Qué tío, está coladito por los huesos de esa chica y aún tiene la cara dura de negarlo.

—Pero tú eres un hombre sensible también —le dice Ana en ese momento. Aarón se vuelve hacia ella y le dedica una sonrisa agradecida—. Aunque pienses que no, sabes cómo tratar a las mujeres de todas las formas posibles. A mí me ayudaste mucho.

—Doy fe —intervengo con mi costillar grasiento entre los dedos.

—En mi humilde opinión, deberías tener una cita con esa chica para conocerla mejor —prosigue Ana.

—Hemos hablado mucho en el Dreams. Antes acudía únicamente los sábados, y lo hacía sola porque esa situación difícil la ha llevado a no tener muchos amigos, pero ahora también se pasa algún viernes que otro.

—No entiendo qué es lo que te asusta tanto, Aarón. —Me limpio la grasa de los dedos con la servilleta y la dejo en la mesa—. No es la primera vez que sientes algo por alguien, y sé que estás deseando una relación duradera.

Mi amigo esboza una sonrisa un tanto melancólica.

—El problema es que la situación de Alice no es nada fácil, como os digo. —Se queda callado unos instantes porque el camarero ha acudido a preguntarnos si queremos postre. ¡Vaya que sí! Si casi es lo mejor de aquí. Yo me pido un *brownie*, Ana unas tortitas, y Héctor y Aarón cafés. En cuanto el chico se marcha, conmino con un gesto a Aarón a que continúe. Estoy ansiosa por saber—. Se separó de su marido. Él... bueno, él no es que esté muy contento con eso. Y luego está el hecho de que Alice tiene dos hijos.

—Vaya —murmuro desviando la vista hacia otro lado. Ahora entiendo un poquito más que Aarón se muestre dubitativo.

—¿Y qué? —Es Ana quien lanza esa pregunta, por supuesto. Aarón se vuelve hacia ella y la mira con el ceño fruncido—. Precisamente si esa mujer te gusta tanto, deberías intentar ayudarla a ser feliz de nuevo. Las separaciones son tan terribles... —Suelta un suspiro—. Todavía recuerdo lo mal que lo pasé cuando Félix y yo casi lo dejamos. En serio, tú me ayudaste muchísimo —le dice otra vez—. Y, por lo que cuentas, la tal Alice necesita ahora una mano. Aunque sólo sea una amiga, pero le vendría muy bien. Y encima con dos hijos... Pobrecita.

—Pues parece muy joven para tener dos hijos. ¿Cuántos años tienen? —pregunto llena de curiosidad apartando los brazos de la mesa para que el camarero deje mi maravilloso postre.

—La niña tiene cinco y el niño ocho.

—¿En serio? —Abro mucho los ojos—. ¿Y ella?

—No lo sé. Seguramente los mismos que yo, o puede que uno más.

—Y nosotros aún aquí, sin casarnos, sin familia... —dice Héctor en ese

momento.

—¿Eso ha sido una pullita? Me vuelvo hacia él y lo miro con gesto asustado.

—Oye, cariño, habla por ti. Yo ya estoy bien casadita y con familia de camino. —Ana apoya la espalda en la silla y su panza aparece en todo su esplendor. Se la acaricia unos segundos bajo nuestra atenta mirada. Un poco más y soltamos un « ¡ooooooooh!» ñoñete en toda regla.

—A mí siempre me has dicho que no tenga miedo —recuerdo a mi amigo señalándolo con la cuchara manchada de chocolate—. Así que eso es lo que te digo y o a ti. Por una cita que tengáis, no pasará nada.

En ese momento descubro una melena familiar acercándose hacia nosotros. ¡Es Dania! Alzo la mano y la saludo con alegría. Vaya, al menos ha venido aunque sea para los cafés. Aarón y Ana se dan la vuelta para ver a quién estoy saludando.

—¡Hombre, menos mal! —exclama él.

—Hola, chicos... —La voz de Dania es ronca y está impregnada de cansancio.

Héctor pregunta a una pareja que está a nuestro lado si puede coger una silla que no utilizan. Cuando ellos asienten, se la acerca a Dania, quien se deja caer como si estuviera agotada.

—¿Estuviste anoche de fiesta? —le pregunto un poco enfadada—. Sabías que habíamos quedado para comer todos juntos.

Alza una mano pidiéndome silencio. Luego se la lleva a la boca y ahoga una arcada. Pero ¿qué le pasa?

—¿Estás bien? ¿Quieres un poco de agua? —Le tiendo mi vaso, en el que queda un culito. Ella niega con la cabeza.

—Creo que las resacas ya no te sientan muy bien —le dice Aarón en plan de broma.

—No hables de lo que ignoras —le corta nuestra amiga de muy mal humor.

Todos nos miramos con gesto sorprendido. Si ella siempre ha sido la primera en bromear, ¿qué le pasa?

Mientras nos terminamos el postre me dedico a observarla por si saco algo en claro. No tiene buena cara. Se nota que ha dormido poco y mal, pero la verdad es que no creo que esté así por la resaca; más bien la veo nerviosa. Ha cogido el sobrecito del azúcar del café de Héctor y no deja de agitarlo sin llegar a rasgarlo, por no mencionar que su pierna se mueve como si fuera a darle un telele.

Una vez que hemos acabado de comer salimos del Foster's para charlar un rato más. Félix ha enviado un mensaje a Ana preguntándole si quiere que venga a por ella para ir a mirar ropita para el bebé. Cuando nos lo dice se nos vuelve a caer la baba. Aarón nos informa de que debe irse al local porque hoy ha organizado una fiesta temática: la gente tiene que entrar disfrazada como en una mascarada.

—Cómo te lo curras, ¿no? —Le acaricio la mejilla con una sonrisa y luego le susurro al oído—: Si hoy va esa chica... Alice, ¿verdad? —Él asiente—. Proponle ir a tomar algo otro día. Seguro que se alegra. —Le guiño un ojo.

Estoy volviéndome hacia Héctor para preguntarle qué es lo que le apetece hacer cuando Dania me agarra del brazo para hablarme en un aparte. La miro sin comprender.

—¿Puedes quedarte un rato más y charlamos? —Parece ansiosa y asustada.

—Claro... —Aprieto su mano demostrándole que estoy aquí. ¿Qué es lo que le sucede?—. Cariño... —Llamo a Héctor y él se acerca con su magnífica sonrisa—. Voy a tomar algo con Dania, ¿vale? —Como él también sabe que nuestra amiga ha estado rara, entiende que es para hablar y asiente con la cabeza.

—Aprovecho y hago una visitita a mis padres —me dice dándome un suave beso en la mejilla. Ladeo el rostro para que termine en los labios.

—Nos vemos esta noche —murmuro aferrada a su nuca.

Después nos despedimos de Aarón y de Ana, que se va hacia el centro comercial MN4 para esperar a Félix.

—¿Podemos ir a una cafetería en la que no haya mucha gente? —me pregunta Dania de camino a los coches.

—Claro. En nuestra barriada hay una que está bien y es bastante tranquila.

—Te sigo. —Dania me señala su automóvil, que está aparcado no muy lejos del mío.

—Ahora vengo.

Voy hacia mi coche con la cabeza hecha un lío. Entre lo del enamoramiento de Aarón, lo misteriosa que está mi amiga y Héctor lanzándome miraditas insistentes, no sé qué pensar ni cómo sentirme. La verdad, tengo un poco de agobio. Y ni siquiera sé qué esperar de Dania. Lo único que se me ocurre es que todavía se siente triste por la ruptura con su ex. Pero ¡lo dejó ella como hizo con Aarón!

Salgo del hueco donde he aparcado y voy hacia la calle en la que está mi amiga, que ya me espera en su vehículo para dirigirnos a la capital. Tardamos unos veinte minutos en llegar al barrio donde vivimos Héctor y yo porque hay un tráfico para morirse. Salgo del coche y me acerco al de Dania. Está sentada con gesto pensativo. En la radio suena *Chandelier*, de Sia.

—Es triste —me dice de repente refiriéndose a la canción.

La he oído otras veces, pero ésta es la primera que atiendo a la letra. « *Sun is up, I'm a mess. Gotta get out now, gotta run from this. Here comes the shame, here comes the shame...* ». (« El sol ha salido, soy un desastre. Tengo que salir de esto, tengo que correr. Aquí viene la vergüenza, aquí viene la vergüenza... »).

Dania alza el rostro y me mira. Tiene lágrimas en los ojos.

—Yo también soy un desastre, ¿verdad?

Me asusto al verla de esa forma porque ella nunca se ha comportado así.

Rodeo el coche a toda prisa, abro la puerta y me meto en él, sentándome a su lado. Ella se lanza a mis brazos y descarga todo lo que lleva dentro. La dejo llorar y llorar, hasta que los hipidos casi le impiden respirar. Entonces le propongo ir a tomar una tila para que se tranquilice, a lo que se niega una y otra vez.

—No puedo. No puedo salir. No quiero. Me da todo miedo... —solloza con los ojos y los labios hinchados.

—Chis... —Le acaricio su pelo de fuego e intento calmarla, pero está de los nervios—. ¿Qué sucede? ¿Por qué no me has dicho antes que estabas tan mal?

—No podía.

—¿Por qué no? —La cojo de la barbilla y le levanto el rostro para mirarla fijamente—. Oye, si es porque pensabas que no iba a importarme lo tuyo... —Me quedo callada, un tanto avergonzada—. Sé que he estado muy centrada en lo de los libros y quizá no os he prestado la atención suficiente, pero eres una de mis mejores amigas y siempre estaré aquí para ti.

—Lo sé, Mel. —Asiente. Rebusco en mi bolso, saco un paquete de pañuelos y le tiendo uno—. Pero es que, en serio, me siento tan horrible...

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Es por lo de tu ex? —Le aparto un mechón de pelo húmedo que está a punto de metérsele en la boca.

—Hay algo de eso, sí...

—No quisiste explicarnos lo que había sucedido —le recuerdo.

—¡Porque había herido mi orgullo! Lo pillé con su exnovia en casa, Mel... —Sus ojos desprenden tristeza—. Lo quería, ¿sabes? Realmente había empezado a enamorarme de él.

—Lo siento, cielo —respondo, totalmente sorprendida. Dania apoya la cabeza en mi pecho una vez más y vuelve a echarse a llorar—. Tendrías que habérnoslo dicho. Sabes que yo también he pasado por algo así. Pensaba que habías sido tú quien había terminado con la relación.

—No sabía qué hacer y me encerré en mí. Estaba tan dolida... —Niega con la cabeza y luego la alza para mirarme con una sonrisa triste—. Ya ves, Dania hecha una mierda, la que siempre aconsejaba jugar con los hombres.

Le acaricio la barbilla. En realidad, ya tenía claro que mi amiga, al igual que cualquier persona, también ha deseado más de una vez encontrar el amor. Lo que pasaba era que se refugiaba tras ese escudo de mujer dura que se había creado, y ahora se está dando cuenta de lo que quiere de verdad.

—¿Y no sería posible hablar con él si tanto lo echas de menos?

—No, Mel. Él ya me da igual. Me demostró que le importo un carajo y, además, volvió con su ex. Lo pasé muy mal, por eso intenté olvidarlo con fiestas, alcohol y... otros hombres. Menuda gilipollez.

—Entonces ¿por qué estás así si te da igual?

Dania guarda silencio unos instantes durante los cuales me observa con

cautela. Con un gesto le pido que hable, pero aún está más nerviosa que antes. Al poco agacha la cabeza, un tanto avergonzada, y susurra:

—Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿De él? —pregunto totalmente sorprendida.

—No, Mel. —Niega con la cabeza, y de nuevo las lágrimas corren por sus mejillas.

—¿Entonces...?

—No sé quién es el padre.

Abro la boca, sin saber qué contestar. El secreto de mi amiga me ha dejado descolocada, y lo único que puedo hacer es acariciar su hermoso cabello y susurrarle palabras cariñosas mientras desborda su dolor y vergüenza sobre mi pecho.

LE LIBROS

A pesar de haber contenido el llanto mientras calmaba a mi amiga, en cuanto llego a casa lo suelto todo. Jamás había visto a Dania como hoy, y ha sido terrible. Nunca se me habría pasado por la cabeza que lo que tenía que contarme era algo así. No puedo juzgarla porque sé lo doloroso que es que te abandonen cuando amas a alguien. Cometes locuras con tal de enterrar el horrible dolor que te atenaza cada músculo, en especial el corazón. Y encima puedo entender que haya sido mucho más difícil para ella, acostumbrada a hacerse la dura, a fingir que el amor no le interesa cuando en realidad se siente sola.

Dania es una persona como cualquier otra, que necesita amar y ser amada por alguien que la mime cuando esté enferma, que la abraza por las noches en la cama y que le diga lo bonito que es vivir a su lado. Quiso convencerse de que podía pasar sus días sin amor simplemente por miedo a arriesgar y, cuando se atrevió a dar un paso más, se ha derrumbado tal como ella había previsto. Quizá muchos piensen que se lo tenía merecido por haber jugado con los hombres. Pero eso no es cierto: Dania jamás los usó, ya que ellos buscaban lo mismo. Es más, me atrevo a decir que fue ella quien jugó consigo misma. Se sentía muy sola, y yo, que he sido una de sus mejores amigas, no me detuve a reflexionar sobre ello. Por eso ahora no puedo evitar sentirme una persona horrible.

De repente oigo las llaves en la cerradura. Me doy cuenta de que todavía

estoy a oscuras en el salón, con la mirada fija en la ciudad que se extiende ante el amplio ventanal. Me he pasado toda la tarde con la mente en otra parte: en la tristeza de mi amiga.

—¿Melissa?

—Estoy aquí —atino a contestar con voz pastosa. Me llevo las manos al rostro y descubro en él rastros de lágrimas secas. Madre mía, tendré todo el maquillaje corrido.

—¿Qué haces a oscuras? —me pregunta Héctor cuando llega a la puerta del salón.

—Nada.

—¿Sucede algo? —Un matiz de preocupación en su voz.

Enciende la luz, que se me antoja demasiado brillante y me hace parpadear. Debo de tener una cara horrible porque me mira con gesto raro.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —Abandona su puesto en la puerta y corre hasta mí.

—Sí, sí... —Ladeo la cara, pero lo cierto es que ya no puedo ocultarme más.

—Has estado llorando. —Me pasa un dedo por debajo del ojo y, cuando lo retira, hay una mancha negra en él de mi máscara de pestañas.

—Sí.

—Pero... ¿por qué? ¿Acaso habéis discutido Dania y tú? —Me lanza una pregunta tras otra sin darme apenas tiempo a pensar.

—No, qué va... —murmuro con voz entrecortada.

Dania me ha pedido que no cuente nada a nadie todavía. No tiene claro lo que va a hacer con el embarazo. Se ha planteado distintas soluciones, alguna de ellas bastante dolorosa. Pero, como siempre digo, ¿quién soy yo para juzgarla?

—¿Entonces...? —El tono de Héctor aumenta en preocupación.

Alzo el rostro para mirarlo y así intentar calmarlo.

—Es sólo que me he puesto a escribir un capítulo muy duro y me ha dado la llorera tonta. —Héctor sabe que pongo el alma en mis historias y que alguna vez he llorado mientras escribía, así que suena bastante creíble.

—¿De verdad es sólo eso? —No parece muy convencido, pero asiento una y otra vez hasta que suspira y se encoge de hombros—. Cariño, no tienes que tomártelo tan a pecho. Ya sé que lo vives, pero a veces sufres... y no me gusta.

—Intentaré que la próxima novela sea una comedia. —Fuerzo una sonrisa.

—¿Quieres que te prepare algo para cenar? —Acoge mi rostro entre sus manos, hasta pasar los dedos por mi nuca, y me atrae para darme un beso.

—Claro —asiento, sin borrar esa sonrisa que es bien falsa y que no entiendo cómo es posible que Héctor crea.

Durante la cena dejo que sea él quien me cuente qué tal ha ido la visita a sus padres. Este año se van de viaje las dos semanas de Navidad y le han propuesto que los acompañemos.

—No sé... Déjame pensarlo unos días. —Lo que en realidad deseo decirle es que no tengo ganas de ir a ninguna parte porque quiero quedarme con mi amiga.

—Mi madre también ha dicho que te pregunte si te apetece ir a cenar con ellos para celebrar tu cumpleaños.

Alzo la cabeza, totalmente sorprendida. ¡Por Dios, pero si es el 26 de noviembre! Tan sólo quedan dos semanas y ni me acordaba. ¿Cómo puedo estar tan atolondrada últimamente?

—Claro. Me parece perfecto celebrarlo con ellos —respondo, y ataco sin ganas el último trozo de carne que quedaba en el plato.

Héctor me estudia un tanto extrañado, pero no dice nada. Tampoco quiero confesarle que cuando estoy cerca de su padre me siento incómoda. Y creo que es algo mutuo. Tanto Álvaro como yo aceptamos la situación e intentamos adaptarnos a ella, pero es difícil. Es más que probable que Héctor lo sepa, pero nunca me ha comentado nada al respecto.

—¿Y, al final, Dania qué quería? —me pregunta mientras me ayuda a recoger la mesa.

Agacho la cabeza con tal de que no descubra que todo lo que voy a decirle no es verdad.

—Nada, que está un poco triste por lo de su ex.

—Pero si fue ella quien lo dejó... —exclama, y no le da tiempo a terminar la frase porque se me caen el tenedor y el cuchillo al suelo con un gran estrépito. Se agacha para recogerlos y, al tendérmelos, me observa con una ceja arqueada—. ¿De verdad no pasa nada?

—Bueno... es que me sabe fatal que esté así —respondo ocultándome el rostro con el pelo. Voy hacia la cocina seguida por Héctor—. Dania no es la mujer dura que quiere hacernos creer.

—Eso está claro, Melissa —apunta poniendo su plato y sus cubiertos en la pila. Se arremanga y abre el grifo para fregar—. Y sé de lo que estoy hablando. Recuérdate a mí tiempo atrás.

—No entiendo por qué tendemos a ocultar nuestros sentimientos —opino al tiempo que cojo un trapo para ayudarle a secar los cacharros.

—A veces lo hacemos por miedo al rechazo —me dice sin apartar la vista del fregadero—. Casi siempre porque nos damos miedo e intentamos huir de nosotros mismos.

Niego con la cabeza, aunque sé que tiene razón. Lo sé porque durante mucho tiempo no fui capaz de afrontar mis problemas e intenté escapar de ellos. Aun hoy continúo haciéndolo. Y Héctor también. Si no fuera así, ambos podríamos hablar sin problemas de todo nuestro pasado. Sin embargo, hemos preferido acallararlo. Quizá sea lo que la mayor parte de las personas hacemos: esconder en el trastero esas historias que tememos recuperar por no encontrarnos con nuestro auténtico yo.

Antes de dormir hacemos el amor y, aunque procuro ponerle ganas, Héctor se da cuenta de que tengo la mente en otra parte. Me da miedo que dude de mí o algo por el estilo como sucedió antes; no obstante, se muestra de lo más comprensivo y me abraza hasta que consigo dormirme.

Los días siguientes todavía tengo en mí una tristeza extraña. Me siento fatal por mi amiga, pero también por ocultar a Héctor lo que está ocurriendo. No quiero fallar a Dania; tampoco quiero mentir a mi novio. Mientras él está en el trabajo me dedico a intercambiar *whatsapps* con ella. Se esfuerza por mostrarse como la antigua Dania, pero realmente ya nada es igual. Y es que ahora hay otra vida creciendo en su interior, y ella sabe todo lo que supone.

¿Has vuelto a pensar en eso?

Sí... Creo que sería lo mejor, Mel. ¿Estarías dispuesta a acompañarme?

Tardo más que otras veces en contestarle porque no sé qué decirle. Al final acepto, aunque no estoy segura. Ni siquiera sé si es lo que ella quiere. Creo que, en el fondo, está asustada y no ve otra solución. No es que esté siendo egoísta. Sé que ahora mismo ya le da igual perder esa vida suya de fiestas y de hacer lo que le da la gana. Lo que le pasa es que tiene mucho miedo a no ser una buena madre. No me lo ha confesado, pero lo intuyo.

Llega la noche en que Héctor y yo cenaremos con sus padres con motivo de mi cumpleaños. No tengo ganas. Es más, precisamente por eso ni siquiera he preparado una fiesta, a pesar de que Aarón no ha dejado de insistir.

—Eres peor que Dania —me dijo hace dos días cuando intentaba convencerme para celebrarlo—. ¿Qué os pasa últimamente?

—A ver, Aarón, voy a explicarte algo: hay cosas más importantes que las fiestas —respondí un tanto molesta.

—¡Pero es tu cumpleaños, Mel!

—Este año no me apetece un fiestón. Eso estaba bien cuando era una veinteañera —bufé, intentando explicarme—. Prefiero algo más tranquilo. No sé, podemos ir a cenar...

—Había pensado en prepararte algo espectacular en el Dreams.

—Joder, tío, ¡qué obsesionado estás con el local! —le medio grité. Y colgué.

Luego me sentí fatal por haberle hablado así, pero es que estaba sacándome de mis casillas. Entre lo de Dania y pensar que tenía que cenar con el padre de Héctor, cada vez me sentía más nerviosa. Al día siguiente le envié un mensaje de disculpa al que él no se ha molestado en contestar. ¡Pues muy bien, Aarón! Lo que me pide el cuerpo ahora es llamarlo y gritarle que se quede con sus fiestas y su Dreams, y que madure un poco.

—Estás preciosa, Melissa. —Héctor interrumpe mis pensamientos cargados de mala leche y me dibuja una sonrisa al agarrarme de la cintura—. Aunque la verdad es que siempre lo estás.

—Eres un adulador —respondo coqueta. Me llevo una mano al vientre y me cojo un michelín—. Mira, de tanto estar sentada escribiendo, he engordado.

—Aburrida... —Sonríe al oír el apodo que me dedicó desde que empezamos nuestra aventura—. Tus curvas me abren las puertas del cielo.

Me coge de las caderas y me arrima a él. Posa sus labios sobre los míos y me besa con un ardor que despierta todo mi cuerpo.

—Siempre haces que me ponga tontorrón cuando tenemos una cita.

Me separo de él porque, si no, al final me quedaré en casa para comérmelo enterito.

Estoy terminando de aplicarme el maquillaje cuando él entra en el cuarto de baño y se me queda mirando con una expresión que no logro descifrar. Le dedico una sonrisa a través del espejo, pero no me la devuelve.

—¿Te has tomado la pastilla? —le pregunto, pues justo acabo de acordarme.

Asiente con la cabeza. Se acerca a mí y se coloca a mi lado, estudiando mi rostro a través del cristal. Lo interrogo con la mirada.

—¿Sucede algo, Melissa?

—¿Por qué dices eso?

—Has estado muy seria estas semanas. —Me tiende el colorete. Se sabe de memoria todos los pasos que sigo para maquillarme y eso es algo que me hace sentir bien—. ¿No te apetece que vayamos a cenar?

—No, qué va. No es eso, Héctor —me apresuro a contestar.

—¿Te molesta la presencia de mi padre? No es sencillo, pero está intentándolo. Y sé que tú también.

—Que no es eso, créeme.

Dejo el colorete en el lavamanos y me vuelvo hacia Héctor, que no deja de observarme con preocupación.

—¿Entonces...?

No puedo mentirle más. Durante todos estos días se me ha hecho un mundo tener que ocultarle la verdad. Sé que Dania me pidió que no dijera nada, pero es que amo a Héctor más que a nada y necesito que me reconforte. Necesito que me diga que todo va a irle bien a mi amiga.

—Dania está esperando un bebé.

—¿Qué?! —Abre mucho los ojos, totalmente sorprendido. Asiento con la cabeza, temerosa. Él boquea un par de veces, hasta que al final logra preguntar —: ¿Y quién es el padre? ¿El ex?

—No lo sabe.

—Dios... —Se lleva una mano al rostro y se frota los ojos—. ¿Cómo ha podido pasar?

—No sé. —Me encojo de hombros, y comienzo a hacer girar el pintalabios entre los dedos—. Su ex le puso los cuernos. Es verdad, de un tiempo para acá ha hecho muchas locuras, pero no podemos enfadarnos con ella. Se sentía sola y perdida. Sabes lo que es estar muy jodido.

—Madre mía... —Héctor se revuelve el pelo, completamente confundido. Sé que él también aprecia muchísimo a Dania—. ¿Y qué va a hacer?

—Ha pensado en abortar. —Casi se me traba la última palabra.

—¡¿Qué?! —Héctor alza la voz. Le pido con un gesto que se tranquilice—. Pero ¿cómo va a hacer eso? ¡Es su hijo, joder!

—Está sola en esto, Héctor. ¡No sabe de quién es ese bebé!

—¡Pero no puede terminar con una vida así como así! —exclama, aparentemente muy nervioso.

—No entraré en ese debate —le digo levantando una mano—. Lo importante ahora es que nuestra amiga esté bien, y tenemos que apoyarla en la decisión que tome.

—¿Desde cuándo sabe que está embarazada?

—El mes pasado no le bajó la regla. Se hizo la prueba a principios de este mes y le salió positiva.

—¡Debería habernos contado algo antes!

No añadimos nada; no sabemos qué más decir. Sé que le he fastidiado la cena con sus padres, pero ya no podía callar el secreto de Dania. De todas formas, está a buen recaudo con Héctor. Nos marchamos en silencio, y también en el coche el mutismo nos envuelve.

—Si está preocupada por el dinero, nosotros podríamos ayudarla. —Es Héctor el que lo rompe.

—No es eso. Es sólo que está asustada, que no sabe cómo hacer frente a la situación. No sé si ella alguna vez se ha visto como madre. No aún, al menos. ¿Entiendes?

—Esto es una puta mierda.

—¡No hables así! —le regaña. Me recuerda a aquella vez, antes de salir juntos, en la que me dijo que era una malhablada.

—No puede hacer eso —murmura remarcando su opinión de antes.

Paso de contestarle porque jamás nos pondríamos de acuerdo. A mí también me parece algo precipitada la decisión de Dania, pero no sé cómo actuaría yo en su lugar.

Llegamos al restaurante con el silencio impregnado en nuestras pieles. Los padres de Héctor están esperándonos dentro. Hemos quedado en el Canalla Bistro, un local que en los últimos tiempos ha ido adquiriendo fama y está muy bien considerado. Su chef consiguió hace un par de años una estrella Michelin. Tiene un toque bastante moderno, divertido y dinámico, dirigido especialmente a clientes jóvenes. Vamos, que no es el restaurante donde los padres de Héctor

están acostumbrados a comer, pero sé que Teresa lo ha elegido para mí.

—¡Hola! —Me saluda con su habitual cariño.

Le doy dos besos y un abrazo. Teresa me ayudó muchísimo cuando Héctor estuvo tan mal, y la aprecio. Siempre lo haré. Después me acerco a Álvaro y también lo beso, aunque sin apenas rozarlo.

—¿Lleváis mucho esperando? —les pregunta Héctor.

—Qué va, cielo. Acabamos de llegar. —Teresa le acaricia la mejilla en un gesto muy tierno—. ¿Cómo estáis? —Nos mira a ambos con una sonrisa que le desaparece en cuanto repara en nuestro semblante serio.

—Bueno, no muy bien. Es por una amiga, que está en un mal momento —le explica Héctor.

—Lo siento mucho. —También Teresa se pone seria. Es una mujer que, aunque a primera vista parece muy fría, es bastante empática—. Espero que las cosas se solucionen para vuestra amiga.

Un camarero se acerca a nosotros y nos invita a pasar. Mientras nos guía por las mesas, Álvaro nos informa de que nunca habían venido a este restaurante, tal como yo había imaginado.

—¿Qué tal? ¿Os gusta? —quiere saber Teresa.

—Está genial. Me encanta, de verdad —le digo con una sonrisa.

—Tuvimos que reservar porque suele estar lleno. —Teresa echa un vistazo a su alrededor una vez que nos hemos sentado—. Hay muchos jóvenes, ¿no? Me parece que tú y yo no pegamos aquí, Álvaro —dice a su marido con una sonrisa.

—Pero si vosotros estáis estupendos —los halago.

Héctor apoya su mano sobre la mía en un gesto cariñoso.

—Hay comida un poco rara, ¿no? —Álvaro echa un vistazo a la carta que nos ha traído el camarero—. ¿Qué es *pizza Okonomiyaki*? —pregunta casi sin poder pronunciar esa palabra.

—Tienes ahí los ingredientes, papá.

—Creo que me pediré un entrecot de vaca. —Se dirige a su mujer—. Y encima es ecológica.

—¡Y para dos personas! De acuerdo, pidamos eso. —Teresa alza la vista hacia nosotros—. Y vosotros, ¿qué queréis?

—Yo una piadina de lomo a la pimienta —dice Héctor sin apartar los ojos de su carta.

—Pues yo... —Uf, si es que hay tantos platos que me llaman la atención... No he probado ninguno y me gustaría degustarlos todos. Como me están esperando, digo el primero que había pensado—. Canelón de aguacate relleno de tartar de bonito.

—¿Y eso qué es? —pregunta Teresa.

—No lo sé seguro, pero suena bien —respondo.

Los cuatro reímos.

Observo a Álvaro con disimulo todavía con la carta delante de mi cara. En un momento dado presiente mi mirada y levanta la suya, posándola unos segundos en mí. He de reconocer que el padre de Héctor es un hombre que se conserva muy bien. Y es eso precisamente lo que me hace pensar que la aventura entre su exnuera y él puede que no fuera tan descabellada. Como no aparta los ojos, al final soy yo quien lo hago. Ladeo el rostro y me llevo una mano al cuello porque ha empezado a picarme. Héctor se da cuenta y me regaña en silencio.

—¿Qué tal va lo de tus libros? Por lo que nos ha contado Héctor genial, ¿no? —me pregunta en ese momento su madre.

—La verdad es que es un sueño hecho realidad —respondo esbozando una sonrisa—. Jamás habría imaginado que mi vida cambiaría tanto en tan poco tiempo.

—Eso es porque eres buena, Melissa —interviene su padre.

Abro la boca, sorprendida. Normalmente Álvaro no se dirige a mí de esta forma. Héctor me coge de la mano por debajo de la mesa y me la aprieta. Creo que lo que quiere decirme sin palabras es que su padre está intentando que tengamos una relación tranquila.

—Gracias —murmuro un poco nerviosa.

Mientras cenamos lanzo unas cuantas miradas disimuladas a Teresa y no puedo evitar preguntarme si ella se imaginó algo, en el caso de que hubiera existido lo que yo creo, claro. «Basta ya, Melissa. ¿Es que no puedes apartar todos esos pensamientos y centrarte en disfrutar de tu cumpleaños? Lo que sucediera es cosa de ellos. Tú no formas parte de eso. Y, además, quizá estás imaginándote cosas que no son, que tienes la imaginación demasiado suelta», me regaña a mí misma en silencio.

—Héctor nos ha hablado acerca de la buena noticia. —Teresa me saca de mis pensamientos y me deja atontada.

¿Perdón? ¿Qué buena noticia? Me vuelvo hacia mi novio y lo miro con los ojos bien abiertos. ¿Es que acaso les ha contado que me ha pedido matrimonio?

—¿Cómo? —La miro a ella otra vez.

—Me refiero a lo de la traducción de tu segundo libro. Es genial, ¿no? Quiere decir que va a viajar más, que podrán conocerle fuera de España.

—Ah, claro... Es fantástico, sí. —Asiento con una sonrisa forzada.

«En serio, Mel, ¡te estás obsesionando con tonterías! —me regaña—. Además, ¿qué habría de malo en que Héctor les hubiera contado que quiere que nos casemos? Es perfectamente normal, son sus padres. Lo que pasa es que tú sigues dándole vueltas a esa cabecita tuya y no sabes ni dónde estás».

—¿Os apetece que vayamos a tomar una copa? —propone Álvaro con los ojos fijos en mí una vez más. Y mi mano en el cuello rascándolo como si no hubiera un mañana.

—Podríamos acercarnos al bar de vuestro amigo, ¿no? —Teresa apoya la

barbilla en las manos y nos mira con una sonrisa.

—Cierto. Vayamos a hacer una visitilla a Aarón —dice Héctor.

Alarga el brazo para llamar al camarero. Al final todos nos peleamos por ver quién paga la cena. Quiero hacerlo yo por ser la cumpleañera, pero Teresa se niega en redondo precisamente por eso, porque afirma que debo ser la invitada. Y la verdad es que ha sido una cena cara, para qué mentir. Ellos pueden permitírselo, pero me da vergüenza.

Cuando llegamos al Dreams Álvaro y Teresa se quedan anonadados. Supongo que al verlo desde fuera piensan que no es un lugar para ellos, pero lo cierto es que al local cada vez acude más gente de todas las edades. Excepto menores, claro. Aarón ha sabido captar a todo un abanico de clientes con sus diferentes salas con música variada.

—¡Vaya, esto es grandísimo! —grita Teresa una vez que hemos entrado. Como de costumbre, a pesar de no ser muy tarde, ya se encuentra lleno.

—¡Voy a buscar a Aarón! —exclamo al oído de Héctor—. ¿Qué os pido de beber?

—Tráenos un *gin-tonic* a cada uno. —Me da un beso en la mejilla antes de marcharme en dirección a la barra.

Tengo que abrirme paso a codazos. Madre mía, cómo está la peña dándole todo al ritmo de Pitbull y su *Fireball*. Me muevo con cautela imaginando que en cualquier momento aparecerá Aarón y me agarrará con su habitual energía para bailar. Es más, yo misma tarareo la cancioncilla. ¡Es de lo más pegadiza! « *I was born in a flame. Mama said that everyone would know my name. I'm the best you've never had* ». (« Nací en llamas. Mamá dijo que todos conocerían mi nombre. Soy lo mejor que has tenido nunca »).

—*Fireball!* —canto a grito pelado cuando descubro a Diego en la barra preparando cócteles mientras baila.

—¡Eh, Mel! —exclama con una sonrisa de oreja a oreja. Se inclina hacia delante por encima de la barra para darme dos besos. Tiene el desparpajo de Aarón. Mi amigo ha sabido elegir a un buen camarero—. ¿Qué haces por aquí?

—¡Es mi cumpleaños!

—¡Vaya, pues muchas felicidades!

Sin decirle nada, ya está preparando unos chupitos a toda velocidad. Me entrega uno y él se queda otro. Nos los tragamos de golpe después de entrechocar los pequeños vasos.

—¡Dioooo! —exclamo golpeando la barra con el culo del vasito. La garganta me arde—. ¿Qué es lo que me has dado? —le pregunto con cara de chupar limones.

—¡Se llama Desvirgator! —me grita Diego al oído.

—Sí, hijo, sí, ¡eso lo ha conseguido! ¡Me ha desvirgado la garganta por completo!

—Lleva ginebra, Martini y anís —me explica guiñándome un ojo y separándose para ir a atender a un par de chicos.

Unos minutos después regresa a donde estoy y se me queda mirando como si estuviese pensando algo y no se atreviera a decirlo.

—¿Qué pasa?

—¿Y tu amiga? ¿No viene hoy?

—¿Te refieres a Dania? —Diego asiente con la cabeza, con una sonrisilla que me indica lo mucho que le gusta la pelirroja—. Es que no he quedado con ella. He cenado con los padres de mi pareja. —Me quedo callada, observando a las otras camareras de aspecto provocador que atienden superanimadas a la clientela—. Oye, ¿y dónde está tu jefe mandón? —Me refiero a Aarón, por supuesto.

Diego se encoge de hombros. Sirve unos chupitos a unas muchachas que no tendrán más de dieciocho años y que van acompañadas de unos señores que ya tienen cierta edad. Luego me contesta:

—Pues la verdad es que no lo sé. Tendría que haber llegado hace un rato, pero no ha aparecido aún.

En ese momento me doy cuenta de que uno de los hombres que van con las chicas le está pasando una bolsita a una de ellas de forma disimulada. Pero ¡lo he visto! Y reconozco a la perfección ese polvito blanco. Me vuelvo hacia Diego y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Te has dado cuenta?

—¿De qué, Mel?

Espero a que los cuatro clientes se marchen y me inclino hacia delante para susurrarle:

—Uno de esos viejos acaba de darle... algo a la chica rubia —explico, y recalco el « algo» .

Diego no contesta. Me lo quedo mirando, insistiéndole en silencio, pero se hace el disimulado.

—¿Aarón sabe que...?

No me da tiempo a continuar porque justo entonces el móvil me vibra en el bolsito. Lo saco y al mirar la pantalla leo el nombre de Aarón. Hablando del rey de Roma... Descuelgo y me pego el móvil a la oreja, aunque no tengo claro que logre escuchar nada aquí dentro.

—¿Sí?

No soy capaz de entender lo que Aarón... Me tapo el orificio de la oreja libre con dos dedos y vuelvo a preguntar, hasta que consigo descifrar unas palabras que me ponen los pelos de punta:

—Dania está en el hospital.

LE=LIBROS

—Te harás sangre...

Héctor aparta una mano del volante para cogerme los dedos. Dios, no puedo dejar de rascarme de manera histérica. Me resisto, pero al final le hago caso y dejo de arañarme la piel. Me dedico a mirar por la ventanilla con la cabeza llena de pensamientos terribles. « Por favor, que Dania esté bien ». Es mi mejor amiga y, ahora que he comprendido lo sola y perdida que se siente, debo ayudarla más que nunca, permanecer a su lado y demostrarle que es capaz de hacer frente a lo que venga.

—Todo irá bien —susurra Héctor, aunque su tono de voz denota que también él está preocupado.

Aarón no me ha explicado qué sucede exactamente porque aún no ha podido hablar con los médicos que atienden a Dania, pero tengo claros los motivos por los que mi amiga está en el hospital. Oh, Dios mío... Oh, Dios mío. Y si eso que estoy pensando ha sucedido, ¿qué voy a decirle? ¿Podré mirarla a los ojos sin estallar en llanto? Hace poco me confesó que cada vez estaba más segura de su decisión, pero realmente no creo que deseara hacerlo.

—Dania es fuerte —vuelve a decir Héctor.

Giro la cabeza hacia él y lo miro con unas tremendas ganas de llorar.

—¿Tú crees? —Suelto un suspiro y trato de contener las lágrimas, que ya me

escuecen en los ojos—. Por muy fuerte que una sea, esto sería un golpe tremendo. Para cualquier mujer lo es.

—No adelantemos acontecimientos.

Aprieta los dientes y los huesos de su mandíbula se le marcan otorgándole ese aspecto sensual que tanto me gusta. Estiro la mano y le acaricio la mejilla, luchando para que se vaya de mi cabeza ese color rojo brillante que aparece al pensar en Dania.

Como no puedo estar quieta, saco el móvil del bolso y entro en el registro para llamar a Aarón. Da señal, pero no lo coge. Suelto un bufido de impaciencia.

—Amor, lo habrá puesto en silencio. Recuerda dónde está.

—¿Por qué Dania no me ha llamado a mí?

—Porque no habrá querido hacerte pasar por esto.

Cinco minutos después llegamos a La Fe. Ni siquiera espero a que Héctor acabe de aparcar para salir del coche y echar a correr hacia las puertas. Un enfermero me observa con curiosidad cuando paso ante él como una exhalación con el vestido de noche y los tacones que me había puesto para la celebración. También unas cuantas personas alzan la cabeza en cuanto entro en la sala de espera con el irritante taconeo por banda sonora. Diviso a Aarón al fondo, derrengado en una de las sillas más retiradas, con la cabeza gacha y un vasito de plástico entre las manos.

—Aarón... —susurro atemorizada ante la visión de su pálido rostro—. ¿Y Dania?

—Están visitándola aún. No me han dejado estar presente.

Héctor, que acaba de llegar, se sitúa a mi lado, pasándome el brazo por la espalda en un intento por tranquilizarme.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —pregunto con voz chillona.

La señora que está un par de sillas más allá nos observa con curiosidad.

Aarón niega con la cabeza. Hay una expresión de tristeza en su rostro que me sacude hasta muy dentro.

—¿Ella ha...? —insisto, sin poder pronunciar esas palabras horribles. Héctor me aprieta la cintura.

—No lo sé. —Aarón vuelve a negar y se pasa una mano por el cabello en un gesto nervioso—. Ha empezado a sentir fuertes dolores y me ha llamado llorando, muy asustada. Cuando he acudido, tenía el pantalón manchado, y también lo estaba el sofá... —Se le quiebra la voz.

Me tapo la boca con una mano. Mi corazón trata de salirse del pecho. Me sobrevienen unas terribles ganas de llorar, pero me contengo.

—¿Por qué cojones no me lo habíais contado? —Aarón me mira con disgusto.

Aparto los ojos, un poco avergonzada, sin saber qué decir. Entiendo que esté enfadado, pero no podía desvelar el secreto de mi amiga si ella no se sentía preparada. Me dispongo a decirle que lo siento cuando oigo una vocecilla a

nuestra espalda. Aarón se levanta de golpe y, al volverme, me encuentro con una chica, alta y rubia, de aspecto frágil. Sin embargo, sus ojos, de un azul muy claro, denotan fortaleza. Su piel es muy blanca y delicada. Parece preocupada y no aparta la vista de Aarón. La reconozco: es la chica del local, la que le gusta a mi amigo.

—Alice... —Él me aparta con suavidad para adelantarse y cogerle una mano. Héctor me da un golpecito—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupada —dice ella esbozando una sonrisa nerviosa—. Como me has llamado tan agitado... —Tiene un ligero acento francés, aunque apenas se le nota—. He pensado que sería algo grave y que necesitarías compañía.

—Alice y yo habíamos quedado, pero he tenido que cancelarlo —nos explica Aarón.

—Esto es mucho más importante que ir al cine —asegura ella con voz calmada. Desliza sus vivos ojos hacia Héctor y hacia mí y nos saluda—. Soy Alice, una amiga de Aarón.

—Yo soy Melissa. Encantada. —No es el mejor momento para conocernos, pero, aunque me cuesta dibujarla, le dedico una sonrisa.

—Sí... Aarón me ha hablado de ti. Y también de ti. —Se vuelve hacia Héctor y le estrecha la mano.

—¿Habéis llamado a los padres de Dania? —pregunta Héctor segundos después.

—No me lo ha permitido. —Aarón se muerde el labio inferior.

Me fijo en que aún no se ha soltado de Alice. Esta mujer realmente le gusta, y me parece un gesto muy bonito que ella haya venido hasta aquí.

De repente me acuerdo de la extraña escena que he presenciado en el Dreams, me refiero a cuando he descubierto a ese hombre dándole a la chica la bolsita. Me encantaría comentárselo a Aarón, pero no es oportuno ahora, por supuesto, cuando lo único que ansiamos conocer todos es el estado de salud de Dania.

Nos sentamos a la espera de alguna noticia. Los minutos se hacen tan largos y pesados que tengo que levantarme una y otra vez para no caer en la desesperación. Camino hasta la máquina de café, la miro sin verla, me rasco el cuello de forma compulsiva. Pienso en aquella noche en la que estuve en el hospital porque Héctor casi pierde la vida. Y ahora, ¿habrá desaparecido una sin haber tenido ninguna oportunidad?

No puedo evitar dejar paso a un sinfín de pensamientos oscuros. Pienso en lo injusta que puede llegar a ser la vida en ocasiones. En lo sencillo que, a veces, es perderla. Uno nunca se para a pensar que puede tocarle a él, que puede ser el siguiente en desvanecerse, o que quizá la persona que duerme a su lado se convertirá en polvo en un abrir y cerrar de ojos. Se me escapa un sollozo y de inmediato tengo a Héctor a mi lado.

—Cariño, va a ir bien. El bebé de Dania es tan fuerte como ella.

No me salen las palabras, así que sólo me abrazo a él y lloro en su hombro, manchándole de maquillaje la impoluta camisa. Aarón y Alice nos miran desde sus sillas con expresión abatida. Diez minutos después resuena a través de los altavoces una voz reclamando a los acompañantes de Dania.

—Yo, por favor. Dejadme ir —les suplico.

No rechistan. Pregunto a uno de los enfermeros adónde debo ir y me indica el box. Casi me parece que estoy dando los mismos pasos que aquella noche. Por un instante creo que encontraré a Héctor con los goteros y una expresión de desolación en el rostro. Pero esta vez es la mirada de Dania la que se cruza con la mía cuando entro en la habitación. Está pálida y ojerosa e incluso parece que su pelo, tan cuidado siempre, haya perdido brillo.

—Mel —dice en voz bajita. Una voz impregnada de cansancio.

—Dania... —Me sitúa a su lado con un nudo en la garganta. Le tomo una mano para traspasarle todo mi cariño. Se echa a llorar y se me escapa un grito pequeño—. No —digo negando con la cabeza una y otra vez—. No...

Dania casi se atraganta con el llanto; es incapaz de hablar ahora, pero, al fin, esboza una sonrisa que me sorprende.

—Estamos bien, Mel.

—¡¿Qué?! —Abro mucho los ojos y, sin pensar en nada más, me lanzo sobre ella y la achucho con todas mis fuerzas. Al apartarme, ambas estamos llorando otra vez—. Entonces ¿no...?

Dania se lleva una mano al vientre. Hay una expresión diferente en su rostro, la de una mujer decidida.

—Continúa aquí —afirma en un tono cariñoso—. Ha sido un aviso, pero no ha ocurrido nada malo. Al final se ha quedado conmigo.

—Dios, Dania, ¡cuánto me alegro!

Vuelvo a abrazarla, llevándome casi el gotero por el camino. Reímos hasta que un médico viene para avisarnos de que van a trasladarla a planta, ya que es mejor que se quede en observación.

Mientras la llevan regreso a la sala de espera para dar la buena noticia a nuestros amigos. En cuanto me ven aparecer se abalanzan sobre mí y me avasallan a preguntas. Aarón me sacude por los hombros y Héctor intenta calmarlo.

—¡Está bien! ¡No ha perdido al bebé! —exclamo con lágrimas de emoción en los ojos.

Nos abrazamos, incluso Alice me abraza a pesar de que apenas nos conocemos. Me aferro a su cuerpo porque me inspira calidez.

Como no nos dejan pasar a verla a todos porque no estamos en horario de visitas, decidimos que yo seré quien se quede con ella esta noche.

—Mañana ya le daré lo suyo... —dice Aarón, aunque no puede ocultar su

alegría.

—Está convaleciente, así que no, no vale regañarla aún.

Lo miro con severidad. Me fijo en que todavía continúa abrazado a Alice y, sin casi darme cuenta, se me escapa una sonrisa.

—¿Pasa algo? —pregunta él al ver mi gesto.

Niego con la cabeza, aunque está claro que hablaré con él. ¡Necesito saber si están saliendo o qué! Y, por supuesto, me gustaría también preguntarle acerca de lo que he visto en el Dreams. Me despido de todos, y Héctor me da un largo y húmedo beso.

—Mañana estaré aquí a primera hora —me dice con su frente apoyada contra la mía. Aspiro su olor, ese que me ensancha el corazón—. Da un abrazo enorme a Dania de mi parte. Dile que la quiero.

—Lo haré, cariño.

Cuando entro en la habitación, a pesar de que su rostro revela cansancio, Dania está bien despierta y exaltada. Me siento a su lado, con su mano entre las mías, y nos quedamos un buen rato mirándonos con sonrisas que dicen mucho.

—¿Sabes? Tenía muchísimo miedo, Mel —confiesa de repente.

—Lo sé. —Asiento, dándole a entender que la comprendo.

—Creía que no podría ser una buena madre. Por eso pensé en deshacerme del bebé. No quería que tuviera una mala vida por mi culpa. —Me doy cuenta de que se siente avergonzada—. También barajé la opción de darlo en adopción, pero sabía que si le veía la carita, no podría...

—¿Y qué piensas ahora? —Me acerco un poco más a ella. Le beso el dorso de la mano.

—Lo quiero. —Posa la otra mano en su tripa—. No lo conozco aún, pero ya lo quiero. Quizá esto haya sido un aviso, un escarmiento, pero se me ha dado otra oportunidad. —Los ojos le brillan—. Y voy a aprovecharla. Le daré todo el amor que yo no tuve.

—Sé que serás una madre estupenda, Dania. Nunca lo he puesto en duda —le aseguro, con una sonrisa. Me la devuelve y luego se hace la coqueta. Qué tía, en eso no cambia aunque haya pasado por una experiencia tan traumática hace nada.

—¿Sabes que el camarero del Dreams le pidió mi número a Aarón?

—¿Ah, sí? —Me hago un poco la tonta, aunque está claro que ese chico bebe los vientos por ella.

—Me mandó un *whatsapp* hace un par de días, pero como estaba así no tenía ganas de nada y no le contesté.

—Ya.

—Quizá deba hacerlo. No parece mal chico, ¿no? Y en su mensaje sólo me preguntaba qué tal estaba.

—Claro, deberías responderle. Por lo poco que lo conozco, me parece

majísimo y una buena persona.

—En estos momentos no estoy preparada para nada con un hombre. Y con nada me refiero a nada. —Me mira un poco avergonzada.

—No tienes que darme explicaciones, Dania. Eres adulta, puedes hacer lo que quieras. Y, de todas formas, la compañía de Diego no te vendrá mal.

A la mañana siguiente, bien pronto, Héctor se presenta con un bocadillo para mi almuerzo. Se come a Dania a besos. Jamás lo había visto tan cariñoso con ella, aunque no me sorprende porque es un hombre muy sensible y realmente quiere a nuestra amiga. Charlamos un poco sobre cómo se encuentra ella, y Héctor es tan considerado que no dice nada acerca de lo que Dania había decidido. No obstante, cuando Aarón se presenta la cosa cambia pues empieza a regañarla nada más traspasar la puerta. Tengo que pararle los pies porque Dania está muy sensible y no es capaz de responderle como lo haría de costumbre.

A mediodía le dan el alta y la llevamos a su casa. Me quedo con ella todo el día y la cuido. Lo mismo hago los días siguientes: todas las tardes me paso por su casa, le llevo napolitanas de chocolate, que sé que son sus preferidas, y charlamos acerca de bebés. Ya todo el grupo sabe que Dania será madre. Mi hermana dio hasta saltitos al enterarse de la noticia.

—¡Otro bebé en la pandilla! —gritó extasiada—. Faltas tú, Mel. No tardes, que se te pasa el arroz.

Y la verdad es que, cada día que pasa, mis sentimientos van cambiando. Siento cierta envidia de Ana y Dania, y me imagino con tripa o con un mini-Héctor o una mini-Melissa correteando por la casa. Desde que pensé que mi amiga iba a perder a su bebé, algo en mí se removió. Me di cuenta de que la auténtica vida está construida a partir de instantes, que estamos aquí y ahora pero mañana podemos estar en otro lugar, que tenemos que vivir el ahora. Cada parpadeo que damos por las mañanas y cada suspiro que soltamos por las noches son únicos. Hay que mantenerse en el presente porque el pasado ya se fue y para el futuro aún queda un largo camino, un tanto incierto. Lo único verdaderamente real es cada segundo que estamos viviendo ahora y, por eso, a veces no hay que esperar el que creemos el momento más adecuado por temor. No, porque quizá la espera borre ese momento y nunca llegue.

Así que, con estos pensamientos, entre visitas a Dania y escritura, se pasan los días y las semanas y llegan las fiestas de Navidad. A Aarón no lo hemos visto mucho porque ha estado más ocupado que nunca organizando fiestas para las cenas de empresa, Nochebuena y Nochevieja. Por eso, y porque siempre me da excusas para quedar a solas, no he podido comentarle lo que aún me ronda la cabeza. Como ya no aguanto más, decido confesar mis temores a Héctor en una de esas tantas noches en las que nos morimos de hambre y de amor en la cama.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Qué? —Me mira con curiosidad, con esos hermosos ojos que tanto me

dicen sin palabras.

—Vi... algo en el Dreams que no me gustó nada —contesto. Enarca una ceja y me insta a continuar—. Un hombre estaba pasándole droga a una chiquilla. — Callo durante unos segundos, dejando que Héctor digiera la confesión. Sin embargo, no parece inquieto ni extrañado—. ¿Crees que Aarón lo sabe?

Héctor no contesta enseguida; de hecho, tarda unos segundos en reaccionar. Cuando lo hace su respuesta me sorprende.

—¿Estás segura de lo que viste?

—¡Por supuesto que sí!

—Bueno... Quien menos te lo esperas, consume droga —dice pensativo.

—¿Estás insinuando que Aarón también? —pregunto asustada.

—Claro que no. Lo que digo es que no es tan extraño que en sitios como el Dreams suceda eso. Y tampoco significa que Aarón lo sepa.

—Me parece increíble —alego negando con la cabeza—. Además, él está tan raro... Tan obsesionado con todo lo relacionado con el local...

—Es su trabajo, Melissa. Le gusta.

—Antes no era así.

La conversación se queda ahí porque Héctor se muere de sueño. Me promete que hablará con Aarón.

Al cabo de unos días me pregunto si lo habrá hecho porque mi amigo no me ha dicho nada acerca de eso. Lo único que me tranquiliza es que Alice y él se hayan acercado más. Por fin un día nos confiesa que van a intentarlo. Lo celebramos el día de la lotería porque, además, a Dania le ha tocado un pellizquito. Hablamos sobre la difícil situación en la que Alice se encuentra. Cada vez la admiro más.

—Ella piensa que su exmarido la acecha, aunque tiene una orden de alejamiento —nos confiesa Aarón con semblante serio y preocupado—. No sé cómo ayudarla.

—Ya lo haces apoyándola, Aarón —lo anima Dania al tiempo que le ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—Tiene miedo de que se lleve a sus hijos.

—Pero ¡no puede hacerlo! —exclamo ofendida, como si Alice fuera mi amiga de toda la vida.

—¿Que no? Ese hombre está desesperado. Y loco... o qué sé yo.

—¿Qué insinúas? —pregunto un poco nerviosa porque, en el fondo, sé lo que va a decirnos.

—Le pegaba, Mel. Y alguna vez lo intentó con sus hijos. Por eso ella se fue de casa y pidió el divorcio. Y a pesar de la orden de alejamiento, él se ha atrevido a acercarse un par de veces. No es que haya hecho nada, pero nunca se sabe...

—¿Por qué cojones funciona tan mal la justicia en España? —exclama Dania. ¿He dicho ya que ha recuperado su hablar de camionera? Está intentando

reformarse porque no quiere transmitirlo al niño en un futuro, pero le cuesta.

—Nosotros estamos aquí. Te ayudaremos a ti, a ella. Lo que haga falta —
interviene Héctor en ese momento apoyando su mano en el hombro de Aarón.

Alice me cayó bien desde el primer momento, cuando la conocí en el hospital. He podido apreciar que su mirada es la de una mujer ilusionada, la de una persona que lo pasó mal y que ansía forjarse una nueva vida. Está claro que no tiene la mejor situación, y quizá eso asuste un poco a Aarón, pero él es fuerte y sé que ella le importa de verdad.

Desearía que, por fin, hubiera encontrado en Alice a ese alguien a quien ofrecerle todo el amor que, aunque no lo sabe, tiene dentro.

LE LIBROS

Es la mañana de Navidad y me levanto con sigilo para no despertar a Héctor, que duerme profundamente. Voy hasta el salón, donde Ana se empeñó en poner un enorme árbol, algo que yo no hacía desde que salía con Germán. Este año mi hermana está tan emocionada con su embarazo que ha vuelto a su niñez y todo le parece maravilloso. Pero ¡es que Dania está igual! Vino a casa a admirar el árbol y me recordó que el año que viene dos nuevas personitas estarán con nosotros. Ya se ha recuperado totalmente, se la ve más fuerte que nunca y muy decidida, algo que me alegra. Ana y ella han estrechado su relación de amistad —eso me molesta un poquito, aunque es comprensible que se sientan unidas— y no dejan de hablar sobre embarazos y partos. Me siento un pelín excluida, pero ¡qué le vamos a hacer!, es lo que pasa cuando llegas a cierta edad y todas tus amigas empiezan a casarse o a tener hijos.

Saco el sobre que guardé en el bolsillo trasero de mi maletín del ordenador y, al volverme hacia el árbol, descubro con sorpresa que ya hay dos regalos en el suelo. Este Héctor... No habíamos hablado de regalos. Había supuesto que me compraría algo, pero no pensaba que, como a mí, iba a ocurrírsele la idea de ponerlos bajo el árbol.

—Qué americano todo —murmuro para mí, divertida—. Parece la escena de una peli.

—Aunque falta la nieve...

Oigo la voz de Héctor a mi espalda. Cuando me doy la vuelta y lo veo apoyado en el marco de la puerta, con el cabello alborotado y cara de sueño, no puedo evitar sonreír. Incluso así está encantador. Me provoca un cariño infinito.

—Lo veo difícil en Valencia.

—Al año que viene nos vamos a Alemania o a Estados Unidos a pasear bajo los copos. —Ríe, mostrándome sus blancos dientes—. ¿Ha venido Papá Noel? —pregunta con una sonrisita.

Asiento con la cabeza y me llevo las manos a la espalda. Héctor se acerca, me atrapa de la cintura y me da un bonito beso en los labios. Su aliento huele a hierbabuena.

—¿Ya te has lavado los dientes y todo? —le reprocho, ya que yo no lo he hecho. Se echa a reír de nuevo y frota su nariz contra la mía; después se queda unos segundos mirándome muy de cerca, tanto que me parece que somos ciclopes.

—¿Qué? ¿Abrimos los regalitos que ha traído el barbudo gordinflón?

—¡Claro!

Dejo caer el sobre disimuladamente sin que se dé cuenta. Me agacho y me apresuro a coger uno de los paquetes. Lo desenvuelvo ante la atenta mirada de Héctor. Se trata de un perfume, *Sexy* de Carolina Herrera.

—Una colonia *sexy* para una mujer tremendamente sensual —dice agarrándome de la cintura otra vez—. Y para que nunca olvidemos nuestra primera cita, aquélla en la que saboreé tus labios por primera vez.

—¿Y quieres probar su sabor una vez más? —le pregunto coqueta.

Asiente con la cabeza, apretándose más contra él. Le doy un beso de agradecimiento y luego me señala el otro paquete, bastante más grande. ¿Qué será?

—Un pijama no puede ser. Está duro... —digo, y se echa a reír. Parece muy emocionado.

Al abrirlo, suelto un grito de entusiasmo.

—¡Un Mac!

Alzo la vista del regalo y miro a Héctor totalmente sorprendida. Me echo a sus brazos riéndome.

—Para que escribas tus mejores novelas.

—Ten por seguro que lo haré.

Me muestro un poco tímida y le indico el sobre que he dejado en el suelo.

—No pensé que fueras a regalarme todo esto, así que sólo te escribí una carta.

Dejo la caja del portátil en la mesa y espero a que coja el sobre.

—Cariño, no importa. No necesito que me regales nada. —Esboza una sonrisa cautivadora—. Mi mejor regalo eres tú.

Me encojo de hombros y, con un gesto de impaciencia, lo apremio a que rasgue el sobre. Cuando descubre lo que hay dentro, abre mucho los ojos y suelta una exclamación.

—¿¡Dos entradas para Ara Malikian?! —Aparta la vista de los papeles y me mira sorprendido—. Pero ¡esto es carísimo, Melissa! Además, pensé que ya no quedaban.

—Bueno, una tiene sus truchitas —digo orgullosa.

En realidad no fue tan sencillo hacerme con las dos entradas. Al final hallé un anuncio en internet, y sí que son caras, sí, y eso que los asientos no están en un lugar privilegiado. Pero sé lo mucho que Héctor admira a ese violinista, y es una oportunidad maravillosa para que pueda vivir esa experiencia. Puedo permitírmelo de momento, así que ¿por qué no hacer feliz a la persona que amo?

—Aún queda la cartita. —Señalo el sobre.

Un remolino nervioso aterriza en mi estómago. Me muero por ver su cara cuando la lea. Lo que hay dentro es una tarjeta con una caricatura de un chico y una chica vestidos de novios.

Nada más verla, a Héctor le tiembla la mano. Me mira una vez más con los ojos bien abiertos y veo en ellos un brillo sumamente especial. Cuando abre la tarjeta, se muerde el labio inferior. En ella sólo pone: « Sí, quiero. Quiero amarte el resto de mis días». Se trata de la respuesta que ha estado esperando durante dos meses. He querido dársela hoy, en un día especial, aunque para mí todos lo sean desde que lo conocí.

—Melissa... ¿De verdad? —pregunta casi sin creérselo.

—Desde lo de Dania, lo veo todo de otra forma. Tú deseas que sea tu mujer, y yo deseo que tú seas mi marido. ¿Por qué esperar más? Es el momento. El nuestro.

Se lanza sobre mí y me estrecha entre sus fuertes brazos. Su cálida lengua, sabrosa y apasionada, busca la mía y la devora con ansias. Se me escapa un gemido al notar sus manos apretando mi espalda.

—Te quiero. Te amo tanto... —murmura entre jadeos sin dejar de darme pequeños besos.

Me levanta en vilo y me lleva hacia la habitación.

—¿Ensayando para nuestra noche de bodas? —pregunto entre risas.

Me deposita en la cama con cuidado, y después se sube él también y se coloca sobre mí, sin dejar de besarme de esa forma en la que sólo él sabe, la que hace que hasta el tuétano de mis huesos se estremezca, la que logra que mi cuerpo estalle en miles de fuegos artificiales. Segundos más tarde nuestros pijamas están volando por los aires. Me coge de las caderas y me da la vuelta, colocándose boca abajo.

—Quiero recorrerte entera —dice arrancándose una risita cuando su dedo resigue mi columna vertebral—. Y aprenderme cada una de las palabras

silenciosas que me regala tu piel. Eres mi asignatura favorita, ¿sabes?

Ríe a mi espalda, y sus dedos bajan por ella hasta llegar a mi trasero. Me acaricia por encima de las braguitas, que han empezado a humedecerse. Jadeo contra la almohada cuando comienza a besarme las nalgas. Me hace cosquillas con la nariz, así que muevo el trasero de un lado a otro hasta que él lo acoge con sus manos y hace que lo levante, colocándome en una posición de lo más excitante. Uno de sus dedos pasa por mi perineo y luego se dirige hacia mi vagina hasta encontrar el clítoris hinchado. Me saca un gemido al apretarlo con sus dedos.

—Dime qué es lo que quieres que te haga —susurra arrimándose a mi cuello. Está a cuatro patas sobre mí, con su pecho caliente sobre mi espalda. Su respiración en mi piel logra que el corazón se me acelere hasta límites insospechados—. Me ha gustado tanto tu regalo que voy a darte todo lo que quieras.

—Acaríciame —le digo con la voz apagada por la almohada.

—¿Dónde? Guíame tú.

Tanteo hasta encontrar su mano y la pongo en mis bragas, justo encima de mi agujero. Héctor echa la tela a un lado y me toca, extendiendo la humedad por cada uno de los pliegues de mi sexo. Sus dedos me vuelven loca, pero lo que realmente me apetece es sentir su lengua haciendo magia en mí.

—Quiero que me devores —digo, atrevida, en un tono sensual.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —pregunta juguetón.

—Tumbate tú boca arriba —le ordeno.

Se aparta y se sitúa a mi lado, permitiendo que abandone la postura de antes y me coloque a horcajadas sobre él. Me inclino hacia delante, me cojo un pecho con la mano y se lo arrimo a la boca. Héctor lo recibe con ansias, atrapándose de las nalgas al tiempo que chupa y mordisquea mis pezones. Mientras tanto me dedico a frotarme con su asombrosa erección, tan dura que incluso me hace un poco de daño a pesar de llevar las bragas.

Saco mi pecho de su boca y coloco una rodilla a cada lado de su cabeza, de manera que tenga mi sexo muy cerca de su cara, perfectamente expuesto. Lo miro con una sonrisa y me devuelve otra cargada de excitación. Vuelve a apartar las braguitas a un lado y me coge de las nalgas para bajarme un poco más, hasta que sus labios posan un pequeño beso en mi sexo. Suelto un suspiro, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Me muerdo el labio inferior en el momento en que su lengua roza la punta de mi clítoris. Tira de mis bragas con fuerza para abrirse camino más fácilmente. No puedo contenerme; su lengua se introduce en mí y se mueve de forma tortuosa. Dios, sí, esto es una magnífica tortura. Los dedos de su otra mano se clavan en mi culo, atrayéndome más hacia él.

—Dios, Héctor... —jadeo, mordiéndome el labio tan fuerte que creo que me haré sangre. Él responde con un nuevo lametón en mi clítoris, que palpita debido

a la hinchazón.

Me sacudo hacia delante y hacia atrás con cada una de las acometidas de su lengua en mi sexo. Tengo que apoyar las manos en la pared para controlarme, porque noto que las piernas me tiemblan. De repente se detiene, cortando el inminente orgasmo. Me quedo mirándolo con una expresión interrogativa. Sin decirme nada, me aparta suavemente y, para mi sorpresa, me coge en brazos y me lleva hasta la silla de uno de los rincones en la que hay ropa, que tira al suelo de un manotazo.

—Lo siento. Sé que te he dicho que iba a hacer lo que tú quisieras, pero es que estoy deseando que follemos en esta silla y que te muevas como sólo tú sabes — me dice al oído sentándome encima de sus rodillas, de espaldas a él—. Quitate las bragas —me pide.

Alzo el trasero y obedezco, dejando que se deslicen por mis pantorrillas hasta los tobillos. Levanto un pie y luego el otro, y las empujo de una patada. Cuando vuelvo a sentarme descubro que Héctor ya se ha despojado también de su ropa interior. Me coge de las caderas con una posesión que me sacude y, con la otra mano, guía su pene hasta mi entrada. Nada más notarlo en mi interior, un escalofrío me recorre todo el cuerpo y se me pega un temblor a la piel. Apoya una mano en mi espalda y me inclina hacia delante, doblándome sobre el vientre, donde pone la otra mano. Da una sacudida que me obliga a soltar un gemido. Dios mío, jamás lo había notado tan dentro de mí. Después da otra, y otra, y una más. Y mis gemidos resuenan y chocan contra las paredes.

—Me... encanta... sentirte... —jadea, costándole pronunciar cada palabra.

Me lleva hacia él, con lo que vuelvo a tener la espalda contra su pecho. Apoyo la cabeza en su hombro, con los ojos cerrados y el rostro congestionado. Me mata con los círculos que traza en mi interior. Me coge los pechos y me los estruja. Me muerde el cuello y luego me susurra al oído:

—Sigue mi ritmo. Vamos, hazlo, Melissa.

Empiezo a moverme junto a él. Trazo los mismos círculos, luego varío el movimiento y doy suaves saltitos. Jadea y gruñe con su cara apoyada en mi nuca. Me tiene completamente atrapada, pues sus dedos se clavan en la piel de mis pechos. Me dejo caer hacia abajo, y da una sacudida hacia arriba, con lo que su sexo se mete tanto en mí que creo que en cualquier momento se hará realidad lo de fundirnos en uno solo.

—No puedo aguantar mucho más... —jadea.

Baja una mano hasta mi vientre. La otra la sube a mi rostro, me lo coge y lo vuelve hacia él para besarme. Su lengua se introduce en mí de forma violenta y, al mismo tiempo, dulce, al igual que su sexo. Jamás habría pensado que una contradicción así fuera posible, pero lo cierto es que ya no podría vivir sin sentirlo de esta forma.

Nos besamos sin parar, mientras continúa con mis movimientos y él prosigue

con los suyos, perfectamente acompasados. Su pecho sudado se aprieta contra mi espalda al tiempo que sus dedos se clavan en mi mandíbula y su sexo palpita en las paredes del mío. El alma se me encoge y luego se me agranda nada más notarlo derramarse en mí con un gemido ahogado en mi cuello. Le cojo la mano que está en mi vientre y la llevo hasta mi sexo. Me acaricia, juega con mi clítoris mientras me muevo y persigo el orgasmo.

—Dios, ya... ¡Ya...! —Suelto un grito que me sorprende.

Como si hubiera perdido el juicio, me echo a reír mientras me corro. Hay una explosión en mí que me convierte en cuerpo tembloroso, en piel exaltada, en corazón libre. Sí, así me siento y o: libre, poderosa, viva.

—Te amo, Melissa —me susurra Héctor al oído abrazándome por la espalda—. Para siempre.

Esbozo una sonrisa apoyada en su pecho, totalmente rendida. Se levanta conmigo en brazos y me lleva hasta la cama. Nos quedamos acostados, hablándonos con las miradas, reconociéndonos con cada caricia que vamos dejando en nuestros cuerpos desnudos.

—No puedo creer que haya tanta felicidad en mí —dice de repente rompiendo el silencio.

—Yo también soy muy feliz, Héctor.

—Hasta que llegaste era un alma escondida en la oscuridad. —Se me queda mirando fijamente, como perdido en algún recuerdo del pasado.

—Tenías luz dentro, pero no la dejabas salir —le susurro frotando mi nariz contra su mejilla.

Niega con la cabeza y enarco una ceja sin entender muy bien lo que quiere decir.

—Nunca he sido una persona fácil, y lo sabes.

—Toma, ¡ni y o! —Río entre dientes.

—No, en serio, Melissa... No es lo mismo. —Ahora es él quien me acaricia una mejilla. Sus dedos son suaves y me transmiten un amor sin condiciones, sin demandas. Un amor sincero, brillante, puro. Lo escucho atentamente—. No tenía luz, estaba hecho de oscuridad. Pero tú me has entregado toda la tuya. Es casi como un milagro.

No logro comprender del todo lo que trata de decirme. Para mí, Héctor no está hecho de sombras, sino de recuerdos y problemas como los que todos hemos tenido alguna vez. Y aunque ha habido momentos un poco más oscuros, siempre he podido encontrar un atisbo de luz en sus ojos, en su corazón y en su alma.

—Me sentía tan perdido...

Poso dos dedos sobre sus labios. No voy a permitirle que continúe poniéndose serio y triste. Estamos bien, en una época en la que las cosas marchan, así que debemos aprovecharla.

—Pues yo soy tu brújula. —Me arrimo a sus labios y los rozo con los míos,

notando un cosquilleo que me asciende desde los dedos de los pies.

Me aprieta contra su cuerpo caliente, contra esa piel que se ha adherido a la mía de forma irremediable para hacerme comprender que no hay otra hecha para mí.

Amo sus labios carnosos, y esos dientes un poquito grandes pero bien formados, esa mirada limpia que me muestra serenidad y confianza. Héctor ha luchado tanto... Y sé que no sólo lo ha hecho por él, sino también por mí. Por los dos.

Ya no puede haber nada que derrumbe nuestro amor. Nada impedirá que, dentro de un tiempo, una mi mano a la suya. Me reflejaré en sus ojos cada mañana y sabré quién soy gracias a ellos.

Ya no tengo miedo. He olvidado la intranquilidad y las dudas que tenía. Ni siquiera he vuelto a tener malos sueños.

La felicidad se ha instalado en nuestras vidas, y esta vez no permitiré que nos abandone.

LE=LIBROS

Hoy he madrugado un montón para acompañar a Ana a hacerse unos análisis. Desde que se quedó embarazada está mucho más hipocondríaca y prefiere que la visite un médico privado. Estoy esperando en la parada del autobús a que llegue. Hace un frío que pela, así que ni los guantes morados me calientan las manos. Me coloco mejor el gorrito para taparme las orejas porque se me están quedando heladas. El vaho que sale de mi boca me recuerda que casi estamos a cero grados. Tampoco es que sea una temperatura tan baja, pero sí lo es para Valencia. Estamos tan acostumbrados al calorcito que cuando llega el verdadero frío nos morimos.

En ese momento atisbo un autobús a lo lejos. Espero que ése sea en el que viene mi hermana porque, si no, al final pillaré una pulmonía. Tras unas señoras mayores baja ella, con una mano sobre las costillas. Me acerco interrogándola con la mirada.

—Últimamente me duele el costado —dice en cuanto el autobús arranca y nos encaminamos a la siguiente parada. No me apetecía coger el coche porque es un estorbo tener que buscar aparcamiento y estar preocupada por el parquímetro de la zona azul—. El médico me aseguró la otra vez que eran gases, pero no sé y o.

—¿Por qué no te fías de lo que te dice? —le pregunto divertida.

—Estoy esperando a ver si a Dania le sucede lo mismo dentro de poco.

—Madre mía, ¡vaya par!

Me río sola, porque la verdad es que están pesaditas. Quizá yo sea igual en un futuro, pero de momento...

—Félix te manda saludos. Me ha dicho que te vengas un día a comer allí. Mira, por ejemplo dentro de un par de semanas, que vendrán papá y mamá. — Se agarra a mi brazo como cuando éramos jovencitas.

—Bueno, lo intentaré. Llevo fatal la escritura, y ya sabes que los plazos de entrega me matan.

—¡Mel, que somos tu familia! Y encima papá tiene unas ganas increíbles de ver a Héctor y hablar de películas.

Sonrí para mis adentros. Sí, lo cierto es que las pocas veces que hemos ido a casa de mis padres le han hecho más caso a mi novio que a mí.

—Entonces ¿habéis pensado cómo os vais a casar?

—Pues a lo mejor nos da la locura y nos vamos a Las Vegas. Aunque no creo que me disfrace de Marilyn, el rubio no me favorece...

—¡Estoy hablando en serio!

—Yo también —contesto con una sonrisita.

—Me encantaría que fuera por la iglesia. —Ana vuelve la cabeza porque ha pasado una señora con un cochecito. Suelta un suspiro.

—¡Pero si Félix y tú os casasteis por lo civil!

—Pues por eso, alguna boda tendrá que ser en la iglesia, ¿no?

Chasqueo la lengua, aunque la verdad es que me hace gracia cómo es mi hermana. Nos detenemos en la parada y, de nuevo, siento que me congelo. Ana, en cambio, está de lo más tranquila, y eso que no lleva ni bufanda. Me ciño la mía contra el cuello en busca de un poquito de calor.

—La semana que viene vamos al Registro. Estas cosas hay que hacerlas con tiempo, Mel, que luego vienen las prisas. A veces pueden tardar más de medio año en darte fecha.

—Bueno, tampoco tenemos prisa —respondo encogiéndome de hombros. Ana se me queda mirando como si estuviera loca, así que al final acepto su ofrecimiento—. De acuerdo, la semana que viene vamos.

Subimos al autobús tras una larga cola. Ana toma asiento en uno libre, pero yo me quedo de pie para ceder mi lugar a una señora con un bastón. Ella me lo agradece con una sonrisa y un asentimiento de cabeza. Me coloco cerca de Ana para continuar hablando.

—¿Cómo está Héctor? —me pregunta con la mirada bañada de alegría.

—Pues se puso muy feliz. En serio, le brillaban los ojos más que a ti y se le notaba una ilusión tremenda. Creo que no se lo esperaba, que ya se había hecho a la idea de que tendría que aguardar mucho tiempo.

—Vamos, que ni punto de comparación con el picaflor.

—Ana, Germán no es un picaflor —la regañó—. Creía que al final lo habías aceptado.

—Fui a tu boda sólo con la esperanza de que cayera un rayo en la iglesia. Encima de él, claro —matiza.

—¡Mira que eres mala! Nadie lo diría, con esa cara de angelito...

Se encoge de hombros y me sonrío con picardía. Diez minutos después llegamos a la clínica y nos apresuramos a entrar porque se nos ha pasado un poco la hora. Me quedo esperando en la salita mientras Ana va a que «el vampiro le chupe la sangre», tal como dice ella. Cuando sale, lleva una sonrisa de oreja a oreja. Me levanto contagiada de sus ánimos y, antes de marcharnos, me vuelvo disimuladamente y veo al médico, un hombre joven bastante atractivo.

—Anita, normal que salgas con esa felicidad —le susurro cogiéndola del codo—. Menudo médico, ¿no?

—Pero no es el ginecólogo —dice un poco decepcionada—. Ése es mayor y nada agraciado.

Me echo a reír porque no me imagino a mi hermana abierta de piernas ante un buenorro, con lo tímida que es.

—Estaría bien que Dania pasara el día con nosotras —dice suspirando.

—Pues tiene que trabajar. ¿Es que ya no te conformas conmigo? —Le doy un suave pellizco en el brazo.

Salimos en busca de una cafetería para que Ana reponga fuerzas. Me pido unas tostadas con tomate y un café, y ella un bocadillo enorme de lomo con queso fundido.

—Tú eras de las que apenas desayunaba —observo asombrada.

—Pero ahora tengo que comer por dos —me recuerda sonriendo. Se lleva una mano a la tripa, que poco a poco se va haciendo más y más abultada. ¡Es tan sorprendente y maravilloso!—. Cuando las náuseas no me molestan, tengo un hambre increíble. —De repente se ve que recuerda algo gracioso y se echa a reír—. El otro día era la una de la madrugada y me desperté con unas ansias tremendas de berberechos. En serio, era horrible, un deseo descomunal... Así que pedí a Félix que buscara una tienda que estuviera abierta y que, por su madre, me los trajera. Total, que no había berberechos y me trajo un montón de bollos y chocolatinas.

—¿Berberechos, en serio? Eres una loca. —La acompaño en sus risas.

Después pasamos a hablar de mi boda, por supuesto. Le cuento que estoy bastante nerviosa porque quiero que resulte perfecta y que, por eso, prefiero prepararlo todo cuidadosamente. Me hace ilusión pensar en las invitaciones, en el banquete, en la ropa que llevaremos. Ana se ofrece a ayudarme, claro está, aunque dentro de unos meses estará demasiado enorme para echarme una mano.

—Dania y yo te prepararemos alguna sorpresa, ya verás —dice terminándose el bocadillo.

—Si es algo de la despedida de soltera, ya te digo que no me apetece un fiestorro de esos locos.

—¿Tú crees que Dania y yo estaremos para eso? —Niega con la cabeza—. Podríamos alquilar un barco. Dicen que es algo muy bonito. Vamos todas las chicas, nos sirven comida y bebida, y pasamos el día.

—Suenan bien —coincido apoyando la barbilla en una mano.

Pienso en si Aarón preparará a Héctor una fiesta por todo lo alto, y llego a la conclusión de que si no lo hiciera no sería Aarón.

Como ya estamos cerca de finales de enero algunas tiendas han adelantado las rebajas, así que Ana propone ir a dar una vuelta. Nos dirigimos a El Corte Inglés, ya que es uno de los almacenes que más le gustan a mi hermana. Por el camino decido hablarle sobre Aarón, al que vi hace una semana —la única vez desde las fiestas de Navidad— cuando Héctor y yo nos acercamos al Dreams para tomar algo. Y tengo que decir que lo noté aún más extraño y que apenas nos hizo caso.

—Últimamente Aarón no parece el mismo —empiezo, disimulada. En realidad no sé si a Ana puedo contarle lo que me ronda la cabeza. Y la cuestión es que Héctor me aseguró que Aarón no consume nada. Debería creerlo, pero...

—¿A qué te refieres? —Ana vuelve la cabeza hacia mí y me mira con curiosidad.

—Está más serio, introspectivo... Ése no es su carácter.

—Enamorado.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Que lo que le pasa es que está enamorado.

—No es sólo eso, Ana.

—No estarás celosilla, ¿eh, Mel? —Mi hermana me mira con una sonrisa traviesa.

—Pero ¡qué dices! ¡¿Te has vuelto loca o qué?! —Alzo la voz sin poder remediarlo. Y como ya estamos entrando en los almacenes, una dependienta se me queda mirando con cara rara.

—Chica, no sería tan extraño. Con Dania ya te pasó, y supongo que conmigo también.

—Pues no. —Me sale un gruñido—. En mi corazón no hay espacio más que para Héctor. Él lo ocupa todo.

—Ahí te ha salido la vena de escritora —responde Ana, divertida. Apunta con el dedo hacia delante—. Que por cierto, mira... —Ladeo la cabeza y me topo con mi primer libro. Esbozo una sonrisa—. No te lo he preguntado nunca, pero... ¿qué se siente al descubrir tus libros en las estanterías de las librerías y en las casas de la gente?

Me quedo pensando unos instantes, sin apartar la vista del libro. Salí a la venta en parte gracias a Germán. No puedo evitar preguntarme cómo le irá y si estará feliz allá en Barcelona. Trabajar con mi nueva editora no está mal, pero me había acostumbrado a los correos de Germán con palabras de ánimo cuando las historias se me quedaban atascadas. No ha vuelto a contactar conmigo desde que se marchó, ni yo con él. Supongo que es lo mejor.

—¿Mel? —Mi hermana se acerca y me empuja con su tripa.

—Pues es difícil expresar con palabras lo que siento —murmuro mientras rozo la cubierta del libro con un dedo—. ¿Cómo hablar de los sentimientos que te provoca un sueño hecho realidad? —Suelto un suspiro—. En serio, es como si tuviera el corazón lleno de cada uno de esos lectores y lectoras, de los gestos de cariño que me dedican. Cuando me veo aquí, sé que alguien lo comprará y que cuando lo lea empezará a formar parte de esa persona.

—Ya te ha salido otra vez la vena de escritora pedante. —Ana echa a andar y me deja allí plantada. Suelto un bufido y me apresuro a seguirla—. Eh, pero estoy orgullosa de ti. Que anda que no se me llena la boca cuando digo que mi hermanita es una escritora famosa. —Me pasa un brazo por la cintura.

—Bueno...

—No digas «bueno», que sí lo eres.

Nos encaminamos a la sección de música y cine. Ana se entretiene en la parte infantil mientras voy a la romántica. Al cabo de unos minutos viene con unos cuantos DVD. Se trata de los *Cantajuegos* y de *Dora la exploradora*.

—¿Qué haces con eso? ¿Vas a comprarlos?

—Claro.

—Pensaba que a Félix y a ti os gustaba algo más para adultos —me burlo.

—Es para el bebé —dice un poco molesta.

—Pero ¡si aún no ha nacido!

—Quiero tenerlo todo preparado.

—Pero Ana, puede que esos dibujos ya no estén de moda cuando nazca.

Tira de mí y me lleva a la sección de animación y se detiene en la de series anime. ¡Vaya, cuánto tiempo sin ver ninguna! Cuando tenía once años o así era una friki total y me tragaba todas las series japonesas de la tele. Unos años después empecé a verlas por internet, hasta que, no sé por qué, se me pasó esa fiebre.

—¡Mira, Mel! ¿Te acuerdas de ésta? —Me enseña una carátula.

—¡La familia crece! —Cojo la caja con entusiasmo y con los ojos haciéndome chiribitas—. ¡Dios, cómo adoraba la historia de Miki y Yuu! —exclamo, abrazando el DVD. La verdad es que hasta me sabía la canción en japonés y la cantaba como si me fuera la vida en ello cada vez que los dibujos empezaban.

—No la recuerdo del todo, pero parecía un culebrón, ¿no?

—Era maravillosa... —La miro con el ceño fruncido. Creo que mi pasión por las historias románticas y rocambolescas nació con esta serie. Los líos en los que se metían los personajes eran geniales.

Al final Ana y yo terminamos con dos bolsas llenas de DVD: la suya, además de aquellos que me había enseñado, también lleva las pelis de *El rey león* y *La sirenita*. Yo he comprado la serie completa de *La familia crece* y otra que adoraba que se titula *Kare Kano*.

—¿Te acuerdas de que cuando veías eso te dio por aprender japonés? —Mi hermana sonríe al evocar el pasado mientras vamos a la escalera mecánica para visitar la planta de ropa femenina.

—Pues los papás podían haberme apuntado a algún curso. Seguro que habría sido buena —digo devolviéndole la sonrisa—. Todavía recuerdo alguna cosa.

—A ver, di algo. —Ana se echa a reír.

—*Aishiteru*.

—¿Y eso qué significa?

—« Te quiero» .

—¡Eso no vale! Es lo típico que todo el mundo sabe decir en un montón de idiomas.

—Pues tú no lo sabías, lista —respondo malhumorada.

—Podrías escribir una novela de amor ambientada en Japón. Una española que, por problemas económicos, tiene que irse a currar allí. Pero no conoce el idioma, y al final acaba enamorándose de un compañero de trabajo, un japonés muy atractivo, que tampoco sabe español, claro. Pero se hablan con las miradas...

—Lo pensaré —contesto volviendo a reírme.

Pasamos el resto de la mañana mirando ropa para nosotras y, por supuesto, también para el bebé. Ana es de esas que aún piensa que si es niña tiene que vestir de rosa y de azul si es niño.

—¿Y si resulta que el nene quiere un carrito de muñecas o la nena desea jugar a fútbol? —le pregunto sólo para pincharla.

—¡Mel! —responde escandalizada—. Parece mentira que digas eso. ¿Es que no me conoces o qué? Me daría exactamente igual. Lo que quiero es que este bebé sea feliz. Si es un chico y quiere una muñeca se la daré, y si es una nena y quiere ser como Messi, pues la animaré a ello.

La miro divertida. Me da la espalda y saca de una percha un gorrito rosa precioso.

—Pero es que si no, ¿cómo van a saber si es un chico o una chica cuando sea muy pequeño?

—Hija, ¡que hay más colores!

Al final nos tiramos media hora debatiendo sobre si cuando son muy bebés tienen que vestir de esos dos colores o del que a una le salga del... Bueno, ya nos

entendemos. A las dos Ana recibe una llamada de Félix. Ya ha salido del trabajo y quiere venir a por ella para comer juntos. La acompaño hasta que mi cuñado llega y, una vez que mi hermana se ha marchado con él, decido ir al restaurante de El Corte Inglés porque me muero de hambre. Me pido un plato de pollo al *curry* con arroz y, cuando me lo traen, le hago una foto y se la paso a Héctor.

Vaya, vaya... Qué buena pinta. ¿Dónde estás?

En El Corte Inglés. He venido con Ana y me he quedado a comer.

Dale un beso de mi parte.

Ya se ha ido. Estoy solita :-(Me encantaría que comiéramos juntos.

Este fin de semana te llevo a donde quieras. Ahora te dejo, que me requieren... Espero poder contarte algo pronto. ¡Una buena noticia! Te quiero, cariño.

Dejo el móvil en el bolso y continúo comiendo con una sonrisa más grande que mi cara. Al terminar decido darme otra vuelta por los almacenes. Subo hasta la planta de menaje. Me ha venido la vena maruja por culpa de Ana. Me enamoro de una vajilla y me digo a mí misma que volveré para comprarla, aunque primero lo hablaré con Héctor porque es un poco cara y quiero que a él también le guste. Como me he propuesto darle una sorpresa porque él siempre está dándome a mí alguna, bajo a la planta de ropa masculina para comprarle una camisa.

Me enamoro de una de Mirto que, la verdad, es carísima. Pero bueno, mi Héctor se lo merece todo. Estoy toqueteando la camisa cuando noto esa sensación de picor en la nuca que sientes sólo cuando alguien está observándote fijamente. Y, cuando me vuelvo, descubro que estoy en lo cierto. Enfrente de mí, a lo lejos, hay un hombre joven que me mira. Más bien debería decir que me devora con los ojos. Me doy cuenta de que está bastante pálido, como si hubiera visto una aparición. Pero entonces, al constatar que lo miro, sus mejillas se colorean. Una modista está ajustándole el traje negro que le queda más que bien. Al final aparto la mirada. No sé qué quiere ese hombre, pero sí sé que me disgusta que alguien me observe con tanto descaro.

Me dirijo a otra sección y finjo que estoy mirando la ropa, pero la verdad es que me he puesto nerviosa y ya no sé ni lo que hago. Alzo la cabeza con disimulo y dirijo la vista hacia donde estaba el hombre. Para mi sorpresa, la chica que le ajustaba el traje ahora se encuentra sola. No hay ni rastro de él. Y, de repente,

noto una presencia a mi espalda. Una respiración cálida en mi nuca.

—Naima.

Él está todavía detrás de mí, muy quieto, pero también muy cerca. Ese nombre me ha provocado un escalofrío terrible. Tiene que ser una casualidad... O puede que no haya oído bien y que esté con mis paranoias de nuevo. Me vuelvo de golpe, intentando dedicarle una mirada dura. Sin embargo, no lo consigo, y me sorprende ante lo que me encuentro. Es un hombre atractivo. Demasiado. Pero también imponente. Sí, es de esos tipos que te provocan inquietud y no sabes muy bien por qué. Quizá por sus ojos: fríos y, al mismo tiempo, intensos. Quizá por esa mandíbula marcada o por esa mirada que te traspasa. Todavía tiene las mejillas sonrosadas, y descubro que sus ojos son de un azul muy claro. Su cabello es castaño oscuro, casi negro, corto y bien peinado. Tiene unos labios carnosos, también de color rosado, aunque no tanto como esas mejillas que le arden.

—Disculpe, pero creo que se ha equivocado —murmuro intentando aparentar tranquilidad.

Enarca una ceja, separa los labios como si fuera a decir algo y esboza una sonrisa que me seca la boca.

—Tiene razón, lo siento —dice al fin—. La he confundido con otra persona.

Sin borrar ese seductor gesto, se despide con una inclinación de la cabeza. Me quedo mirando su espalda enfundada en el traje. Una espalda ancha y bien formada.

Y en mi cabeza sólo resuena el eco de ese nombre con el que se ha dirigido a mí.

L=LIBROS

Durante unos minutos permanezco en el mismo lugar, quieta como una estatua. No puedo hacer otra cosa más que pensar en ese nombre. Y no quiero. Se había ido de mi vida. De la de los dos. Trago la saliva que he estado reteniendo y parpadeo. Miro a mi alrededor para asegurarme de que el hombre se ha marchado. Me doy cuenta de que tengo las manos bañadas en un sudor frío y que el corazón me late a una velocidad inaudita. Pienso que la gente estará flipando conmigo, pero al echar un vistazo descubro que apenas hay nadie y que las pocas personas que se ven están centradas en sus cosas.

«No pasa nada, Mel. Ese hombre te ha confundido con otra persona, sí. ¿Y qué? No con ella. Ha sido pura casualidad», me digo. ¡Maldita sea, pues claro que no lo ha sido! Ese tío se ha quedado como si hubiera visto un fantasma. Y supongo que si ha creído que yo era ella... es normal que se haya sentido así. Pero a ver, no pasa absolutamente nada. Debía de conocer a Naima, punto. Quizá eran amigos, compañeros de trabajo... Qué sé yo. «Mel, no seas gilipollas», dice en ese momento la maquiavélica vocecita de mi cabeza. Trato de apartarla, pero no hay manera. Es esa voz que, a pesar de todos tus intentos, reaparece una y otra vez para torturarte con aquello que no quieres ni necesitas escuchar. «¿Y si ese hombre conoció a Naima de una manera más... íntima? Recuerda cómo te miraba, te estaba comiendo. Es evidente que tu visión lo ha

dejado trastocado» .

A ver, no. Dejemos las tonterías para otro momento. Y, en el caso de que ese tío hubiera sido algo de Naima, pues bien por él. A mí ni me va ni me viene, ¿no es cierto? Ella no forma parte de mi vida. ¡Joder! Estoy hecha un lío. Ni siquiera sé si todas estas paranoias son reales o soy yo la que está montándose una película.

Me recoloco un mechón molesto detrás de la oreja y echo a andar con la intención de marcharme de aquí. Estoy un poco mareada y necesito algo de aire fresco. Sin embargo, mis pies me llevan en otra dirección. Maldita sea, deben de estar bajo las órdenes de la malvada voz de la cabeza. Cuando quiero darme cuenta, estoy delante de la empleada que atendía a ese hombre. No puedo dar media vuelta y marcharme porque ella y ya está mirándome con una sonrisa en su rostro perfectamente maquillado.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Sí, mire... —Me rasco el dorso de la mano de forma disimulada—. Es que mi futuro marido trabaja para una famosa revista y, la verdad, le encanta ir bien vestido... —No sé si estoy siendo convincente o qué, pero me tiembla la voz—. La cosa es que me ha parecido maravilloso un traje que he visto.

—¿Cuál?

—Pues... el que llevaba el hombre de antes... Ése al que usted se lo estaba ajustando.

—Ah, se refiere al señor Castile.

Asiento con la cabeza, aunque no tengo ni puñetera idea de cómo se llama o apellida ese tipo.

—Me gustaría uno igual para mi futuro marido —continúo. No sé qué estoy tratando de conseguir. ¿Que esta chica me diga quién es él? Sí, claro... Espera sentadita, Mel.

—Pues no podrá ser, señora —dice con expresión de disgusto, como si realmente lo sintiera—. Verá, es que el señor Castile es muy peculiar y no le gusta que nadie vista como él.

—Ah... —contesto asombrada. Así que es peculiar...

—Exigió que le hicieran ese traje para él. Ya sabe, cosas de ricos. Con eso de que es importante y como se deja tanto dinero aquí...

—Ah, que suele venir mucho.

—Sí. Al menos una vez al mes. Y ya le digo, siempre compra lo más caro y muchas veces se lo confeccionan expresamente para él.

Parece que la chica tiene ganas de hablar y que lo conoce, pero está claro que tampoco puedo ponerme a preguntarle por él en plan obsesa.

—Bueno, pues muchas gracias.

—De todos modos, le aconsejo que mire otros trajes, a ver si le gusta alguno. —Me sonrío como pidiéndome disculpas. Obvio, no quiere quedarse sin una

venta.

—Claro. Volveré con más tiempo.

Me despido de ella y me dirijo a la escalera mecánica. Mientras atravieso los pasillos en busca de la salida, mi mente se imagina que ese hombre aparecerá de repente y que acabaré muerta del susto. Sin embargo, no sucede nada de eso y consigo traspasar las puertas sin que nadie me intercepte.

Un segundo después estoy entrando de nuevo en el centro comercial. Pero ¿qué hago? Subo por la escalera hasta la planta en la que he estado hace apenas unos minutos. Camino disimuladamente por entre los estantes repletos de ropa hasta acercarme a la marca de Mirto. La dependienta ya no está aquí. Una locura cruza por mi mente en ese mismo instante. «Melissa, ¡no seas insensata! Vete a tu casa que no pintas nada aquí», me susurra la vocecilla temerosa. Sin embargo, mis ganas por saber de ese hombre son el triple de grandes que antes, así que me dirijo hacia el mostrador en el que se encontraba la chica que me ha atendido. Hay un ordenador y unos cuantos papeles. Echo un vistazo alrededor para comprobar que nadie mira. Rebusco entre las hojas con la esperanza de encontrar algo, pero tan sólo son facturas y ninguna de ese hombre.

«¡Mel, por favor, pírate ya!», insiste mi mente. La mando a pasear. Intentaría acceder al contenido del ordenador, pero no sé por dónde empezar a buscar y podrían pillarme en cualquier momento. Estoy a punto de marcharme con la desilusión en el cuerpo cuando me fijo en un pequeño mostrador en el que no había reparado. Hay cintas métricas, agujas y algunas telas. Ahí debe de ser donde toman las medidas para los trajes. Con un presentimiento, corro hacia allí. Miro hacia atrás por encima del hombro y descubro que un hombre está curioseando los trajes. No puedo hacerme pasar por una dependienta ya que no llevo uniforme, así que tendré que ser rápida.

Encuentro unos cuantos papelitos de color rosa claro en los que hay anotaciones. Son medidas, nombres de prendas, nombres de personas... ¡Dios, estoy de suerte! Veo uno en el que pone algo de Castile y no me lo pienso ni un momento. Ni siquiera me paro a leer todo lo que dice. Me lo meto en el bolsillo de la chaqueta y, cuando me doy la vuelta, me choco contra alguien. Se trata de la dependienta de antes. ¡Ay, no!

—¿Ha vuelto porque ha encontrado algo que le guste?

Niego con la cabeza. Supongo que tengo las orejas rojísimas porque noto que me arden. La chica se me queda mirando con curiosidad, y se me pasa por la cabeza que me ha visto coger el papel. En ese momento el hombre que estaba mirando ropa se acerca a nosotras y me salva. Vaya, al final hoy va a ser mi día de suerte.

—Perdone, ¿puede ayudarme?

La dependienta se da la vuelta hacia él con una sonrisa y aprovecho para largarme. Bajo de dos en dos los escalones de la escalera mecánica, y a punto

estoy de caerme. Aprieto el papelito con los dedos, pero no lo saco de mi bolsillo ni siquiera cuando ya estoy en la calle.

Decido regresar a casa caminando para poner cada uno de mis pensamientos en orden. No obstante, acaba siendo peor porque a medida que me acerco al apartamento me pongo más y más nerviosa. Intento tranquilizarme diciéndome que ha sido una chorrada, una casualidad de esas que suceden una vez en la vida y ya está. Me he cruzado con una persona que tuvo algún tipo de contacto con otra persona que casi me arrebató al hombre de mi vida aun estando muerta. Pues ya está. ¡No pasa nada! Esas cosas suceden día sí y día también, ¿verdad? Ocurren porque en realidad el mundo es pequeño, todos estamos más cerca los unos de los otros de lo que creemos. Nos cruzamos a diario con rostros que son desconocidos pero que quizá están ligados, de un modo u otro, a otra persona que está conectada a otra que... Me estoy armando un lío y yo solita.

Cuando llego a casa y saco las llaves para abrir la puerta ya estoy histérica. Tomo aire y giro la llave. Como es habitual, Héctor no ha llegado todavía. Dejo el bolso y la bolsa con la compra, me quito el gorro, los guantes y el abrigo, y corro a la cocina a prepararme un té, que es lo único que me tranquiliza cuando mis nervios hacen de las suyas. Una vez que lo tengo, regreso a la entrada y saco el papelito del bolsillo del abrigo. Una inicial, que debe de ser la de su nombre, y el apellido: I. Castile. Debajo un número de teléfono fijo y una dirección. Voy con mi taza de té al despacho, donde conecto el ordenador con la intención de buscar algo, aunque no sé exactamente qué.

Me paso un buen rato persiguiendo cualquier información que me dé una pista, pero, como es evidente, no descubro nada que me resulte útil. He buscado por Ismael Castile, Iván Castile, Iñaki Castile... Nada. He encontrado algo acerca de un tal Emilio Castile, un señor de unos sesenta años que es uno de los mayores inversores de una de las mejores empresas que trabajan con tecnología sanitaria. He visto una foto de él y la verdad es que este caballero y el hombre de El Corte Inglés guardan cierto parecido, en especial en los ojos. Quizá sea su padre. No sería una idea tan descabellada cuando la dependienta me ha dicho que es un hombre rico e importante, como el tal Emilio Castile. Tengo un número de teléfono y la dirección. ¿Debería llamar? ¿Y qué cojones iba a decirle?

Estoy tan enfrascada en mis pensamientos que ni me entero de que Héctor ha llegado hasta que oigo unos pasos a mi espalda. A continuación sus manos se posan en mi cintura. Doy un brinco.

—¿Qué haces, amor?—me pregunta cuando me doy la vuelta hacia él.

—Nada. Aquí, documentándome para la novela...

—¿Te has divertido con Ana?—Me da un rápido beso en los labios.

—Sí. Hemos comprado unas cuantas tonterías. —Para olvidarme del asunto del hombre, me levanto y voy corriendo a la entrada en busca de los DVD. Se los enseño con una sonrisa nerviosa—. Me encantaban cuando era una cría.

—Nunca he visto este tipo de dibujos, quizá me anime algún día. —Los coge y da la vuelta a uno para leer la sinopsis.

—¿Quieres que te prepare la cena? —le pregunto intentando no mostrarme demasiado ansiosa.

—¿No es un poco pronto? —Se aparta la manga de la camisa y echa un vistazo al reloj—. Ya luego, cuando tenga hambre, me hago algo.

Al final nos sentamos un rato en el sofá con sendas copas de vino. Con tal de no pensar en nada relacionado con lo que me ha pasado, le explico que me he encaprichado de una vajilla maravillosa y sugiero que podríamos ir los dos a verla. « Tú lo que quieres es encontrártelo otra vez », susurra la maldita vocecilla de mi cabeza.

—Pues... ¿te acuerdas de lo que te he dicho antes en el mensaje?

—¿Qué?

—Lo de que tenía una buena noticia.

—Ah, sí.

—Es sobre la revista.

—¿Van a darte otro ascenso? —pregunto esbozando una sonrisa. Sé que para él es importante y está luchando muchísimo por ser uno de los mejores.

—De momento no, pero quizá con esto...

—¡Venga, cuéntame! —le suplico haciéndole cosquillas.

—He conseguido que Abel Ruiz acepte hacer las fotos para el número de primavera.

—¿En serio? ¿Estás hablándome del Abel Ruiz que yo y pienso?

—Sí, sí. Del famoso fotógrafo de moda que trabajó con Gabrielle Yvonne y Nina Riedel —responde, con los ojos alegres.

—¡Uau! Eso es fantástico, cariño —digo sinceramente. Dejo mi copa sobre la mesita y me inclino para abrazarlo.

—Ha venido hoy a las oficinas y hemos cerrado el trato.

—¿Y cómo es en persona?

—Impactante. Muy seguro de sí mismo, amable... Es de esas personas que te enganchan con la primera palabra que sueltan. —Héctor da un sorbo a su vino antes de proseguir—. Y su mujer, Sara, es muy simpática también. Ella y su hija lo acompañaban.

—¡Qué maravilla! —Me obligo a continuar sonriendo.

Estoy escuchándolo, trato de mantener la conversación, pero mi maldita mente se va al otro asunto una y otra vez, y no, no quiero.

—Si algún día tenemos que comer o cenar juntos, podrás conocerlos. En serio, me han caído genial.

Héctor sigue explicándome algo más sobre los modelos a los que fotografiarán para el nuevo número, que es muy esperado. Si todo sale a pedir de boca, es muy probable que su ascenso llegue antes de final de año. Asiento con la

cabeza e intervengo en algunos momentos, aunque ni siquiera sé cómo lo hago. En la cena ya no está tan charlatán porque empieza a entrarle el cansancio. Cuando regresamos al sofá para reposar y ver la tele un rato se queda dormido a los pocos minutos, y yo me paso casi diez alternando canales hasta que finalmente lo despierto y nos vamos a la cama.

Bajo las mantas Héctor se aprieta a mi espalda, con la cara apoyada en ella, y me desea las buenas noches tras un «te quiero» que, en lugar de tranquilizarme, me inquieta un poco más.

Me duermo pensando en unos ojos que no son los suyos y que, en realidad, me provocan escalofríos. Sé que sueño con ese hombre, y que no es nada agradable. Sin embargo, al despertarme no consigo recordar nada.

L=LIBROS

La música del teléfono me martillea en el oído. ¡Maldita sea la gracia! ¿Por qué no lo puse en modo silencio? Estos días estoy muy descuidada y cansada. Palpo el lado de la cama donde duerme Héctor, pero él ya no está. Después tanteo en el aire hasta dar con la mesilla y rozo el móvil con los dedos. Casi sin mirar el nombre, le doy a la opción de colgar. Se trataba de Aarón. ¿Para qué me llama tan pronto si últimamente pasa de mí?

Me noto muerta de cansancio, pero, a pesar de todo, ya no consigo volver a dormirme porque los nervios reaparecen, como casi todas las mañanas. Abro los ojos del todo y me quedo mirando el techo. Mi cabeza ya está dando vueltas y más vueltas, y eso que tan sólo hace unos minutos que se ha despertado. Al final vuelvo a coger el teléfono y descubro con horror que son casi las doce del mediodía. ¡Pero si pensaba que serían las ocho o las nueve como mucho! Se ve que he dormido como un tronco porque ni me he enterado del momento en que Héctor se ha marchado. Por Dios... ¡Y yo que quería levantarme temprano para escribir! El problema es que me he pasado la mayor parte de la noche en vela, hasta que me adentré en una inconsciencia intranquila en la que sé que hubo algún sueño... que no recuerdo bien.

—Vamos a ver qué quiere éste... —murmuro ahogando un bostezo. Me digo que a lo mejor a Aarón le apetece comer conmigo. Podría contarle lo que me sucedió en los almacenes.

Le devuelvo la llamada y espero unos segundos hasta que lo coge. No es su voz la que me saluda, sino una que al principio no logro reconocer. La voz de una mujer asustada.

—¿Mel?

—¿Sí?

—Soy Alice.

Me incorpore de golpe, con el corazón trotando en mi pecho. ¿Por qué lo coge ella? ¿Ha sido quien me ha llamado? Y si es así, ¿por qué? ¿Y por qué parece tan preocupada? Ay, madre, que todavía no sé nada y ya me va a dar algo. ¿Y si a Aarón le ha pasado algo relacionado con eso que me rondaba la cabeza...?

—No sabía a quién llamar —dice ella en un murmullo.

—¿Qué ocurre?

—Aarón y yo discutimos anoche... —La voz le tiembla—. Se fue y no sé adónde ha ido. Se dejó el móvil aquí. Quise ir a buscarlo, pero... —No puede continuar hablando porque le sobreviene el llanto.

—¿Dónde vives? —le pregunto levantándome de la cama. Voy al armario y empiezo a coger mis ropas con tan sólo una mano.

Alice me da su dirección y, diez minutos después, yo ya estoy dentro del coche. No me ha querido contar por teléfono lo que sucede, pero está clarísimo que no es nada bueno. No me llamaría por una simple discusión. Mierda, ¿por qué no puede haber un poco de tranquilidad en nuestras vidas? Cuando una empieza a sentirse bien, algo aparece de repente y le fastidia la sonrisa.

El edificio en el que Alice vive no está muy lejos del de Héctor, así que no tardo mucho en llegar. Incluso encuentro aparcamiento bastante pronto. « Bueno, Dios, gracias al menos por esto », exclamo para mí. La finca es antigua y está destartalada, con la pintura de la fachada cayéndose a trozos. Llamo al timbre y, sin decir palabra alguna, ella me abre. No me habría imaginado por nada del mundo lo que me encuentro cuando llego a su planta y la descubro en el umbral de la puerta del apartamento.

Me observa con aire triste y avergonzado. Tiene uno de los ojos amoratado y medio cerrado a causa de la hinchazón. Su labio inferior también presenta un aspecto horrible. Está pálida, con el cabello alborotado y el aspecto de una niña indefensa, muy diferente al de aquella mujer fuerte que conocí en el hospital. Me quedo rígida, sin acertar a dar un paso más y sin saber qué hacer. No necesito que me diga quién le ha hecho semejante barbaridad. Ha sido un monstruo que no respeta a las personas y que no sabe lo que es el amor. Por fin consigo reaccionar al ver que Alice rompe a llorar. Entro en el piso, cierro la puerta a mi espalda y la rodeo con mis brazos, intentando transmitirle algo de serenidad

aunque yo misma estoy atacada. Le pregunto dónde está el salón y me indica con un dedo. La siento en un viejo sillón y me acucillo delante de ella.

—¿Y tus hijos? —le pregunto, preocupada por el hecho de que lo hayan visto todo. Según nos dijo Aarón, no sería la primera vez.

—Están con su abuela. Ella los había recogido del cole y yo aún no había ido a buscarlos —responde con una vocecilla aguda.

—Tenemos que denunciar esto, Alice.

—Ya vino la policía ayer.

—¿Y entonces...?

—Tuve que ir a comisaría. Fue horrible verlo allí, detenido.

—¿Por qué, Alice? ¿Por qué te sabe mal que estuviese detenido? ¡Es lo que se merece alguien así! —le digo, asombrada por sus palabras.

—No, no es eso. —Niega con la cabeza. Un par de lágrimas se deslizan por sus mejillas hasta llegar a sus labios. Parece que incluso eso le duele porque hace un gesto raro—. Fue horrible porque vi otra vez sus ojos... Unos ojos que me decían que no pararía hasta que me viera muerta.

—Oh... —respondo, sin encontrar las palabras adecuadas. Al fin, digo:— Pues debería estar allí ya desde antes. No entiendo cómo puede seguir libre.

—Ya estuvo encerrado unos meses. Por ese entonces me sentía con fuerzas al saber que la justicia estaba ayudándome.

—¿Y por qué lo soltaron, joder?

Alice se encoge de hombros.

—Supongo que no había suficientes pruebas.

—¡Esto es increíble! —exclamo indignada. Cojo a Alice de las manos porque le tiemblan mucho y quiero tranquilizarla.

—Fue como volver al pasado. Y no quiero vivir así. No puedo vivir con más miedo. Necesito sentir que estoy segura y que mis hijos también lo están —me dice llorando. El estómago me da una sacudida cuando me mira con su ojo amoratado.

—Ahora ya han visto que todo es real, que ese hombre es un auténtico maltratador. —Intento animarla con mis palabras, aunque sé que todo esto es demasiado horrible para ella—. Seguro que ahora le cae una condena mayor.

—No pensé que quebrantara la orden.

Alice vuelve la cabeza a un lado y se queda mirando algo. Dirijo la vista en esa dirección y descubro una foto en la que aparecen ella y dos niños muy rubios.

—¿Son tus hijos? —le pregunto cogiendo el marco. Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa—. Son guapísimos. Unos ángeles.

—Ellos son los que más me preocupan, Melissa. —Se le escapa un sollozo. Me apresuro a buscar un pañuelo en el bolso que cuelga de mi brazo. Le tiendo un paquete de pañuelos. Tarda unos segundos en conseguir abrirlo de lo

temblorosa que está—. Mis hijos son mi vida, y sé que los quiere para él, aunque sólo para hacerme daño porque está claro que no siente amor por ellos.

Toda esta historia está provocándome una sensación horrible. No logro entender cómo es posible que existan en el mundo personas así. Tener delante a esta mujer que imaginé tan fuerte y que ahora, sin embargo, parece un animalillo asustado me causa una rabia terrible, a pesar de que la conozco desde hace muy poco. Sí, porque verdaderamente Alice no se merece todo esto. Nadie, nadie se merece ser golpeada y humillada por la persona que alguna vez amó.

—¿Quieres que te prepare algo caliente? —le pregunto en voz bajita. Le aparto unos mechones húmedos de la frente.

—Vale.

Me levanto y salgo al pasillo. No me cuesta nada encontrar la cocina porque el apartamento es muy pequeño. Mientras le preparo una manzanilla de una caja que he encontrado en uno de los armarios, pienso en Aarón. Es más que probable que esté en el Dreams acojonado con toda esta situación. Cuando lo encuentre voy a cantarle las cuarenta. Ha hecho muy mal en dejar sola a Alice en estas circunstancias.

Regreso al salón, donde Alice me espera con un intento de sonrisa en el rostro que más bien es una mueca dolorida. Coge la taza de manzanilla y se calienta las manos con ella.

—Yo era una joven fuerte, Melissa. Como tú, sabía lo que quería —me explica tras haber dado un sorbo.

Por un momento pienso en decirle que en realidad no soy tan fuerte como ella piensa y que, durante mucho tiempo, fui una persona totalmente indecisa que iba dando tumbos por la vida. Sin embargo, me quedo callada y dejo que continúe con su historia. Necesita soltarlo todo.

—Esto puede sonar como de otra época, pero continúa ocurriendo. Mi padre quiso que me casara con Martín porque era el hijo de uno de los socios de su empresa. En el fondo, creo que acabé enamorándome de él más por la insistencia de mi padre que por amor verdadero. En cualquier caso, me acostumbé a él y supongo que, en cierto modo, lo quise.

—Creo que te entiendo. —Asiento con la cabeza.

Alice da otro sorbo a la infusión y me mira.

—Pero en realidad yo no era como todas esas otras mujeres que conocía en las fiestas. Trabajaba como traductora porque era lo que me gustaba, y buscaba mi libertad. Era evidente que eso a Martín no le hacía ni pizca de gracia. Las esposas de sus amigos no se comportaban como yo. Se quedaban en casa, eran las perfectas casadas y acataban todo lo que su marido les decía.

—Supongo que lo hacen porque es el único mundo que conocen —murmuro, tratando de entenderlas.

—Antes de tener a nuestros hijos él ya me amenazó alguna que otra vez.

Fueron agresiones verbales... Aun así dolían, Melissa. —Se me queda mirando muy seria, con el semblante oscurecido por el dolor de los recuerdos—. Cuando nació el primer niño todo fue a peor. Martín me obligó a dejar mi trabajo, algo que me mantenía pegada a la realidad. Para mí eso fue como perder parte de mi vida.

Por un instante me imagino a mí misma siendo obligada por Héctor a dejar la escritura. Sé que él jamás haría eso, pero, de todas formas, el estómago se me revuelve.

—Por si fuera poco, mi padre hizo la vista gorda cuando se lo insinué. Y claro, mi madre optó por callar. —Se lleva una mano al cabello desaliñado y se lo revuelve—. En serio, pensé mucho en dejarlo, en huir... Pero no entiendo qué ocurrió para que la mujer fuerte que había sido desapareciera en esa época.

—Tan sólo tenía miedo, y es comprensible.

—Hace un año y medio ya no pude más. Comprendí que estaba desperdiciando mi vida, así que una noche, mientras él se encontraba de fiesta, me fui con los niños a un hotel. Se volvió loco buscándome. Cuando lo llamé para anunciarle que iba a pedir el divorcio, me amenazó otra vez. Me dijo cosas horribles, dirigidas a mí y a los niños. Ahí supe que había hecho lo correcto al irme. Le dije que podía quedárselo todo, que no deseaba vivir en esa mansión en la que había pasado una pesadilla. Por eso vivo ahora con mis hijos en este pisito. Con mi trabajo actual no gano demasiado, pero siento que puedo tener una vida.

—Claro que sí, Alice. —Le estrecho la mano y le dedico una sonrisa.

Quince minutos después, cuando me aseguro de que ella estará bien en el apartamento y de que se siente mejor, salgo en busca de Aarón. Por el camino voy pensando en lo duro que tiene que ser vivir una situación así, en el dolor que Alice habrá sentido durante tanto tiempo y en el miedo que habrá pasado, tanto por ella como por sus hijos.

El Dreams está cerrado cuando llego, pero estoy segura de que Aarón está dentro. Rodeo el edificio para dirigirme a la puerta trasera y llamo al timbre. Espero unos minutos que se me hacen interminables hasta que me abre la puerta.

El estado en el que se encuentra Aarón me demuestra que los problemas no han hecho más que empezar.

LE LIBROS

Me quedo mirando a Aarón con una ceja arqueada y un interrogante en la cara. Me devuelve el gesto de forma huraña. Está pálido, ojeroso y sudado a pesar de que estamos en pleno invierno. ¿Tendrá puesta la calefacción a tope? ¿Estará haciendo ejercicio? Se relame los labios y a continuación se frota la nariz como si le picara mucho.

—Qué quieres —me dice brusco y cortante.

Su reacción me asombra porque Aarón jamás me había hablado así. Durante unos segundos no puedo reaccionar, hasta que alzo las manos y encojo los hombros demostrándole que no entiendo nada.

—¿Perdona? ¿Que qué quiero? He venido porque estoy preocupadísima, ¿y tú sólo me dices eso y de mala manera?

Suelta un suspiro y después se lleva una mano a los ojos y se los frota. Normalmente siempre los tiene muy blancos, algo que me encantó desde la primera vez que lo vi; hoy, sin embargo, se le ven rojísimos. No debe de haber dormido nada. Se habrá pasado la noche aquí, y a lo mejor hasta tiene resaca.

—Estoy cansado, Mel.

—Lo sé. Y también estás mal. Por eso he venido.

No parece caer en que alguien ha tenido que decirme que había desaparecido, así que al final soy yo quien se lo cuenta.

—Alice me ha llamado hace un rato. —Nada más mencionar ese nombre, Aarón abre mucho los ojos, como asustado.

—¿Está bien?

—El que no está bien eres tú... por haberte marchado de esa forma y haberla dejado sola después de lo que le ha ocurrido. —Callo durante unos segundos en espera de que diga algo, pero tan sólo desvía la mirada—. ¿Qué te pasa, Aarón? Tú no eres así. El Aarón que yo conozco se habría quedado con Alice y habría hecho que se sintiera segura.

—¿Has venido para largarme un sermón? —Su mirada cada vez es más fría. Sus pupilas, más dilatadas de lo normal, vuelven a llevarme a aquellos pensamientos que tuve sobre él.

—En serio, ¿por qué te fuiste? —insisto. Una ráfaga de aire frío me hiela las mejillas. Aarón tiembla pues sólo lleva un fino jersey y unos vaqueros.

Nos quedamos en silencio un instante, hasta que reacciona. Para entonces su mirada ha cambiado. Furia, incomprensión y abatimiento es lo que advierto en ella.

—¡Quería matar a ese cabrón! —me chilla a la cara como si yo tuviera alguna culpa. Se lo permito porque sé cómo se siente—. ¡Me marché porque si continuaba mirando lo que le había hecho, lo habría destrozado con mis propias manos! —Su voz va subiendo y subiendo más. Tiene los ojos muy abiertos, y esas pupilas dilatadas me provocan un escalofrío—. ¿Viste su cara, Mel? ¿Viste lo que ese hijo de puta hizo en su precioso rostro?

—Vamos adentro, Aarón. Es mejor que hablemos ahí. Y además, me estoy congelando... —Le suplico con la mirada.

Durante unos segundos parece no verme, como si estuviera en otro mundo. Le tiemblan los puños a causa del enfado. Al final accede a mi petición, aunque a regañadientes. Se aparta de la puerta y me permite que pase. El interior del Dreams está oscuro y vacío. Tan helado que me siento rara, pues casi siempre he venido cuando estaba repleto de gente. ¿Cómo es posible que Aarón esté sudando con el frío que hace aquí? Me dirijo hacia la barra y me siento en uno de los taburetes. Él la rodea y se coloca detrás de ella para prepararse una bebida. Está de espaldas, así que no puedo ver qué se ha puesto en el vaso, pero una vez que se la ha tomado y se acerca el olor me echa para atrás.

—¿Eso era absentá? ¿A estas horas de la mañana? —le pregunto asombrada.

—Me fui a los dieciocho años de casa porque no quería que nadie me controlara —gruñe.

Alzo las manos en señal de paz. Sin embargo, verlo así me recuerda a aquella horrible época que pasé con Héctor, aquélla en la que mi novio regresaba ebrio a casa a las tantas de la noche. Desde entonces me pone algo nerviosa ver a mis amigos con alcohol entre las manos. No es que sea algo extraño y terrible, por supuesto. No si estás de fiesta y bebes un poco. El problema viene cuando uno no

se controla.

—Alice estaba muy preocupada —le digo tras unos minutos de silencio.

—Sé que he hecho mal, Mel. No necesito que me lo recuerdes. —Apoya los codos en la barra y cobija la cabeza entre las manos.

—No estés a la defensiva conmigo, anda. No he venido para regañarte, en serio. —Alargo un brazo y le acaricio su revuelto cabello oscuro—. Alice necesitaba saber que estás bien. Y yo... también lo necesito.

Nos quedamos así unos instantes. Él con la cabeza gacha, apoyado en la barra, y yo tocándole el pelo para intentar calmarlo. Cuando alza el rostro sus ojos están brillantes. ¿Aarón va a llorar? Titubeo, ya que jamás lo había visto flaquear de este modo. Sin embargo, se adelanta a las lágrimas y se lleva la mano derecha a los ojos para evitarlas.

—No sé si puedo lidiar con todo esto, Mel —dice con la voz más ronca de lo normal.

—Eres un hombre fuerte —le recuerdo inclinándome y acercando mi rostro al suyo—. Entiendo que te sientas mal. Es una situación dura.

—No encuentro la forma de ayudar a Alice y eso hace que me sienta frustrado, como un cero a la izquierda.

—No lo eres, Aarón. —Clavo mi mirada en la suya para hacerle entender que está equivocado—. ¿Sabes cómo tienes que ayudar a Alice? —Se encoge de hombros como un niño aturdido—. Amándola.

—Ni siquiera sé si puedo hacer eso.

—¡Por favor! —Sonríe, y me mira sin entender—. Hemos vivido juntos muchas cosas, y tanto a ti como a Dania os he calado. Estáis más preparados para amar de lo que pensáis. Es lo que necesitas, Aarón. ¿Por qué no con Alice?

—Yo no tengo hijos —murmura él, como si de verdad fuera una excusa—. No sabría cómo cuidarlos o tratarlos.

—Eso es mentira. —Niego con la cabeza—. Estoy segura de que cuando te conozcan bien estarán encantados contigo.

—Odio a ese hombre, Mel —dice al cabo de unos segundos. Por sus ojos pasa una sombra de rabia y también de pena—. No entiendo cómo una persona es capaz de hacerle eso a alguien que ama.

—Es que no la ama, ¿sabes? ¿Cuántas veces hemos oído eso de «hago esto porque te quiero»? —Suelto un suspiro desdeñoso—. Un insulto no es amor. Una bofetada tampoco. Son sólo muestras de la lucha de poder que algunos hombres establecen.

—Jamás se me pasaría por la cabeza tocar la piel de Alice más que para acariciarla. —Tras decir esas palabras, las mejillas se le sonrojan.

—¿Ves? —Le señalo con la palma abierta—. Eso es, Aarón. Eso es lo que me demuestra a mí, y también a ti y a Alice, que no eres como ese hombre que la destrozó. Tú puedes hacer que vuelva a sonreír.

—Hay tantos obstáculos, Mel... —Se da la vuelta de nuevo para prepararse otro chupito. Chasqueo la lengua pero no me oye porque eleva el volumen de la música.

—¿Estás escuchando Radiohead?

Asiente con la cabeza y deja el vaso en el fregadero. Presto atención a la letra de la canción. Recuerdo cuando alguna vez que otra me ponía los temas de este grupo. «*That there that's not me. I go where I please. I walk through walls... This isn't happening... I'm not here. In a little while I'll be gone*». («Ese de ahí no soy yo. Yo voy donde quiero. Atravieso muros... Esto no está sucediendo... No estoy aquí. En un instante me habré ido»). La reconozco. Se titula *How to Disappear Completely* y es una de las canciones más tristes del universo.

—Joder, Aarón... ¿No tienes algo más deprimente que escuchar?

—Tal vez... —musita.

Me doy cuenta de que está poniéndose otra vez de mal humor.

—Anda, ponnos algo más animado —le pido, forzando una sonrisa.

—¿Sabes que Alice no puede hacer el amor?

Parpadeo asombrada porque no esperaba que me dijera eso así tan de repente. Me apresuro a coger una servilleta para mantenerme ocupada con algo. Espero a ver si continúa, pero como no dice nada soy yo quien comienza a hablar.

—Bueno... Supongo que es normal, después de todo lo que ha sufrido. — Rasgo un trocito de la servilleta y hago una bolita con él. Me vienen a la cabeza los recuerdos tras la marcha de Héctor, cuando intentaba abrirme y lo único que podía hacer era echarme a temblar en la intimidad.

—Tampoco es que sea algo terrible —se apresura a decir él—. No le pedí que lo intentáramos.

—Ya lo sé.

—Fue ella quien quiso. Estábamos en su casa y... —Se corta como si le diera vergüenza proseguir. Siempre me lo ha contado todo hasta ahora, pero está claro que Alice es especial para él, así que tampoco le pido detalles. Ni siquiera es momento para eso—. No pudo. Se puso muy mal. Lloró. Y no supe qué hacer ni qué decir para consolarla. Me quedé tumbado mirando el techo mientras ella se iba al baño.

—Poco a poco su piel se irá acostumbrando a ti, de verdad. —Apoyo una mano en su brazo y se lo froto, pero la aparta como si le quemara, algo que me sorprende muchísimo.

—¿Y crees que yo podré aguantar? ¿Y si le causo más daño que él? —Parece nervioso y asustado. Muy inquieto.

—Aarón...

—Voy al baño.

Lo sigo con la mirada mientras sale de la barra. Estoy a punto de dejar que se

vaya, pero en ese momento algo en mi interior me sacude, así que salto del taburete, corro hacia él y lo cojo del brazo impidiéndole avanzar. Se vuelve hacia mí con expresión molesta.

—¿Qué pasa, Mel?

—Estoy muy preocupada por algo. —Ni siquiera sé cómo decirselo. Él se queda callado, con una ceja arqueada—. Ya sé que le aseguraste a Héctor que no, pero... —Bajo un momento la cabeza para tomar aire. Cuando la alzo, le pregunto decidida—: ¿Estás tomando drogas, Aarón?

Su cara se transforma por completo. Se pone muy muy serio, abre los ojos y niega una y otra vez con la cabeza. Pero justamente son esos gestos los que me comunican la verdad.

—Por favor... —le pido una vez más. Intenta soltarse de mis dedos y lo consigo con facilidad—. No voy a juzgarte, Aarón. Puedo llegar a entender que estés mal y...

—¿Qué tonterías dices? Eso es mentira, Mel. Es una puta mentira. ¿Quién coño te ha venido con el cuento de que me meto mierda?

Otra vez esa manera tan drástica de hablarme. Los ojos se me arrasan en lágrimas porque su reacción es desmesurada. Si de verdad no consumiera nada, podría decirme que no tranquilamente y listo, pero se ha puesto a la defensiva.

—Sólo quiero ayudarte.

Sin añadir nada más, se marcha al cuarto de baño y me deja con la palabra en la boca. Antes de que pueda hacer nada, ya me ha dado con la puerta en las narices. La golpeo con rabia, preguntándome en silencio qué le está pasando a Aarón.

—¡Vete! —ruge él a través de la puerta.

—¡Mierda, Aarón! —exclamo con la voz rota porque estoy a punto de echarme a llorar—. ¡Soy tu amiga! Sólo necesito que seas sincero conmigo.

Llamo un par de veces más, pero no abre. Oigo la cadena del baño y me pregunto si lo ha hecho a propósito, para que yo no pueda saber qué hace. Diez minutos después aún no ha salido, así que decido marcharme con la sensación de que he metido la pata. Acudo a la barra y recojo mi bolso del taburete. Los ojos me escuecen a causa de las lágrimas. No puedo creer que todo esto esté pasando. No hace ni dos años que estuve al lado de una persona con adicción —a otro tipo de sustancias, pero adicción al fin y al cabo—, y ahora mi amigo también ha caído en eso, a pesar de lo mucho que ayudó a Héctor a superar lo suyo. Yo debería estar ahí en estos momentos para levantarlo. Pero ¿cómo?, si es obvio que no me lo permitirá, tal como hizo Héctor.

La cabeza me da vueltas cuando cruzo la pista del Dreams en dirección a la puerta. Debo contárselo todo a Héctor. Quizá entre los dos podamos convencer a Aarón para que termine con lo que sea que esté haciendo. Estoy a punto de salir cuando noto una presencia a mi espalda. Al volverme descubro a Aarón con el

rostro aún más pálido. Y, al mirar esos ojos azules que tanto quiero, sé que lo ha hecho. Espero su reprimenda, sus gritos, sus reproches. Sin embargo, me sorprende al inclinarse sobre mí y estrecharme entre sus brazos.

—Lo siento, Mel. De verdad, perdóname. Parece ser que lo único que hago últimamente es fallar a la gente que me quiere.

—Está bien, Aarón. No te preocupes —murmuro con mi rostro apretado contra su pecho, a punto de romper a llorar. Y si lo hago, no podré parar.

—Lo he hecho. —Sus palabras me hacen sentir peor. Es lo que quería, que me contase la verdad. Sin embargo, ahora noto que se me ha roto algo por dentro. Me aferro a su jersey y lo aprieto entre mis dedos. Él también me abraza con fuerza—. Pero te juro que casi nada. Un par de veces. Eso es todo, Mel. Sólo eso, créeme.

Asiento con la cabeza. Mi corazón ansía creerlo, pero mi cabeza está diciéndome que miente. No puedo mirarlo a la cara, así que me mantengo abrazada a él. Tan sólo la calidez de su cuerpo me hace sentir real.

—Sólo cuando no aguantaba más con todo esto del Dreams. Y ayer lo hice porque me estaba muriendo por dentro por lo de Alice.

—De acuerdo, Aarón —musito. Ahora sí levanto la cabeza y lo miro.

Intenta sonreírme, pero tiene lágrimas en los ojos.

—No volveré a hacerlo. Es una chorrada. Ni siquiera me gusta, en serio. Puedo acabar con eso en cualquier momento —continúa.

Me gustaría decirle que se calle de una vez porque todo me parecen excusas. No obstante, me mantengo en silencio.

—Está bien. Te creo. —Asiento con la cabeza.

«Pero ¿qué estás diciendo, Melissa? Sabes que ni tus palabras ni las tuyas son verdad», me espeto.

—No le cuentes nada de esto a nadie, por favor —me suplica con aspecto abatido—. No se lo expliques a Héctor.

Estoy a punto de decirle que Héctor podría comprenderlo mejor que nadie, pero vuelvo a asentir con la cabeza. Aarón me estrecha aún con más fuerza entre sus brazos y deposita un beso en mi coronilla. No me hace sentir igual de bien que otras veces, sino un poco más inquieta y menos segura. Me quedo un rato más con él en el local hasta que ambos notamos que tenemos hambre y nos marchamos. Lo llevo en coche a su piso porque ni siquiera cogió el suyo la noche anterior. Una vez allí preparamos juntos la comida como en otras ocasiones. Son cosas que siempre han hecho que me sienta bien. Sin embargo, hoy la inquietud y el miedo se han apoderado de mí y no puedo disfrutar. Es como si algo hubiera cambiado entre nosotros, aunque él finja no haberse dado cuenta. Cuando voy a marcharme, me da un suave beso en la mejilla, distinto de éstos tan intensos que suele dar.

—Sabes que te quiero, ¿no? —Esboza una sonrisa. Por unos instantes es la de

ese Aarón que adoro.

—Pues claro. Y yo a ti. —Nuestros dedos se rozan por última vez—. Prométeme que vas a trabajar menos y que quedaremos más. Todos te echamos de menos. Sabes que el Dreams va bien y que puedes dejarlo en manos de otros, como hacías al principio.

Aarón asiente y me guiña un ojo, intentando comportarse como si nada hubiera pasado.

En cuanto piso la calle la pesadumbre vuelve a agarrotarme los músculos. ¿Realmente ha consumido tan sólo un par de veces? ¿Por qué algo en su mirada me decía que no estaba siendo sincero conmigo? ¿Y por qué me ha mentado? Tiemblo. No quiero revivir aquel infierno de hace menos de dos años. Camino hasta el coche asombrada ante lo sencillo que es perder la felicidad. Dicen que lo malo nunca viene solo, pero también que después de la tormenta llega la calma. Repaso todo lo que ha sucedido en tan poco tiempo, lo bueno y lo malo, y llego a la conclusión de que la vida está hecha de golpes y caídas. ¿De verdad sirven para ayudarnos a aprender? ¿Para que después seamos capaces de levantarnos con más fuerza?

Debo ayudar a Aarón de alguna forma. No puedo permitir que destruya su vida.

Avanzo aturdida, como si hubiera bebido mucho y no pudiera coordinar bien mis movimientos. Hace frío, está muy oscuro y hay una densa niebla que obstaculiza mi camino. Como dentro de dos días es San Valentín y olvidé comprar un regalo para Héctor, decidí buscarle un vinilo de un músico de jazz que adora. El problema es que tan sólo lo he encontrado en una vieja tienda de discos bastante apartada del centro. Cualquiera diría que soy la protagonista de una película de terror:

No es muy tarde, pero en esta época anochece pronto, y no me gusta nada. Me arrepiento de no haber salido de casa a las cuatro para llegar a la tienda justo a las cinco, cuando abren. Echo un vistazo al GPS del móvil y descubro con alegría que quedan escasos minutos. Alzo la vista y leo el nombre de la calle. Jamás había venido por estos barrios, y no sé si algún día volveré.

Me ajusto la bufanda para que no se cuele ni un pequeño soplo de aire helado y me encasqueto el gorro azul, otro de mis colores favoritos junto con el morado. Hoy no he cogido los guantes, y me duelen las manos del maldito frío. Mis tacones resuenan en la callejuela, que encima apesta. No puedo evitar dar un brinco cuando algo cae delante de mí. Tardo unos segundos en comprender que un gato acaba de derribar una caja para pasar.

—Podrías ser más cuidadoso, ¿no? —le digo, y el minino me mira con sus brillantes ojos. Al final echa a correr, pasa delante de mí y se pierde tras la esquina del callejón.

Si mi GPS no me engaña, la doblaré y un par de minutos después habré llegado a la tienda. Cuando giro se me escapa un suspiro de alivio. Ya la veo a lo lejos. En ese momento alguien pasa por mi lado y vuelvo a brincar. Madre mía, qué susceptible estoy. Tan sólo se trata de un señor de mediana edad.

Una vez que alcanzo la tienda echo un vistazo al escaparate. Hay un montón de vinilos de músicos y cantantes que no conozco. Cuando entro un agradable calorcito me da la bienvenida y no puedo evitar sonreír. La campanita de la puerta ha sonado; sin embargo, nadie aparece tras el mostrador, así que me dedico a pasear la mirada por el establecimiento tímidamente. Siempre me da vergüenza

saludar si no hay nadie.

Intento buscar el vinilo sola, pero, como era de esperar, no lo encuentro. Al cabo de cinco minutos decido hacerme notar. Me dirijo al mostrador y me asomo con cautela a la puertecilla entreabierta que da a otra habitación.

—¿Hola? ¡Perdone!

Percibo movimiento al otro lado y, al cabo de unos segundos, un hombre mayor aparece un tanto agitado.

—¡Vaya! No te había oído entrar. —Me dedica una sonrisa franca. Tiene la piel del rostro arrugada, y ese gesto amable todavía le dibuja algunos surcos más alrededor de sus ojos claros. Su pelo es muy blanco y rizado. Parece un señor encantador.

—No se preocupe —respondo sonriendo también—. Estoy buscando un vinilo de un músico de jazz. De Miles Davis, en concreto. Navegando por internet descubrí que lo tienen en esta tienda.

—¡Ah! Pero ¿cuál quieres esta vez? —Su pregunta me choca. Entonces me doy cuenta de que el señor me está mirando como si no fuera la primera vez que me ve aquí. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Cómo?

—En Navidad te llevaste, si no recuerdo mal, el LP Kind of Blue. —Bordea el mostrador y se acerca a mí. Me mira con curiosidad cuando doy un paso atrás. Sus cejas blancas se arrugan—. ¿Te sucede algo, bonita?

—Ése es el que quiero comprar —digo en un susurro.

—Ah, entonces ¿no es para Héctor? —Parpadea con la cabeza ladeada.

—¿Perdone?

—¡Vamos, no me hables de usted!

Adelanta una mano para tocarme, pero vuelvo a echarme hacia atrás, ante lo que se muestra asombrado.

—¿Cómo sabe usted el nombre de mi pareja?

Parpadea una vez más y se le borra la sonrisa del rostro. Advierto en sus ojos preocupación y confusión. No quiero oír su respuesta porque sé cuál será, y podría morirme aquí mismo.

—¿Te encuentras bien, Naima?

Ahí está. Ahí está ese nombre que, sin quererlo, se está adhiriendo a mi piel e incrustando en mi mente. Niego con la cabeza una y otra vez al tiempo que el hombre alza las manos en un gesto interrogativo.

—Tengo que irme —me disculpo con voz temblorosa.

Atravieso la tienda con la mirada borrosa, presintiendo que si no consigo respirar aire fresco pronto me dará un ataque de pánico aquí mismo. Uno de esos ataques que tanto me rompieron tiempo atrás.

El hombre no impide mi marcha, así que pocos segundos después estoy aspirando en la calle, inclinada hacia delante, con las manos apoyadas en los

muslos. «Dios, ¿qué es lo que te he hecho para que suceda esto? ¿Por qué, simplemente, ella no puede desaparecer de nuestras vidas? ¿Cómo es posible que su presencia esté tan viva cuando ella no lo está?».

Me muerdo los labios hasta que siento dolor. Por fin la cabeza deja de darme vueltas y los puntitos que desfilaban ante mis ojos van remitiendo. Me incorporo y un grito se me ahoga en la garganta. Tengo que morderme otra vez el labio inferior para controlarme, aunque no sé si mi corazón podrá hacerlo.

Ella está ahí delante, vestida con ese abrigo oscuro y largo, con las manos en los bolsillos, con su cabello sedoso y con esa mirada vacía que ya empiezo a reconocer. «No está ahí. Naima está muerta, así que sólo es tu imaginación jugándose una mala pasada», me digo. Me armo de valor y doy un paso con la intención de emprender la vuelta a casa. Pasaré por su lado, pero, como no es real, no ocurrirá nada. Simplemente se desvanecerá, y saldré de este callejón y podré irme a casa tranquilita, con mi Héctor.

A medida que me acerco a ella el corazón me va a mucha más velocidad. Sus ojos me siguen, y en esta ocasión me parece descubrir en ellos burla. Paso por su lado sin que haga nada. No habla, no me coge del brazo. «¿Ves? No existe. Es tu imaginación odiosa. Ahora continúa caminando y ya está». Sin embargo, cuando estoy a punto de salir del callejón, su voz desprovista de matices me detiene.

—Has tenido la misma idea que yo, ¿no? Sí, claro. A Héctor le encanta Miles Davis... Pero apuesto lo que sea a que tú ni siquiera lo has escuchado, aunque cuando se lo regales fingirás que te entusiasma. —Se queda callada unos instantes que debería aprovechar para irme, pero mis piernas, una vez más, no saben cómo moverse—. Es lo que a él le gusta, que finjamos que somos felices con sus aficiones y con su vida. Yo lo intenté, pero...

No acaba la frase. Pienso que es porque se habrá marchado, así que me doy la vuelta, pero entonces veo que está más cerca. Ha caminado hasta mí, y se me escapa un gemido de terror. Esboza un gesto, una sonrisa triste.

—Quieres respuestas, ¿no? —Ladea la cabeza con los ojos como platos—. Entonces ve a por ellas.

—No...

—Pero no te gustarán, Melissa. Las respuestas sólo te arrastrarán hacia la oscuridad, como a mí. Cuidado con...

Despierto. Las sombras se deslizan silenciosas por el techo. Me doy la vuelta y me topo con los ojos de Héctor, tan abiertos como los míos. Sus dedos sustituyen a los de la Naima del sueño.

—Melissa... ¿Estás bien?

—He tenido una pesadilla —murmuro con voz pastosa.

Me levanto y salgo de la cama en busca de un vaso de agua porque tengo la boca seca. Por el pasillo me doy cuenta de que estoy empapada en sudor. Bebo

con ansiedad y, cuando regreso a la habitación, Héctor ha encendido la lámpara de la mesilla.

—Vuelves a no dormir bien —dice cuando me siento en la cama.

—Creo que es por los nervios de la boda, y por lo de Dania, y por lo de Alice... — Le había contado lo de esta última, pero no lo ocurrido con Aarón, tal como él me pidió.

Héctor se incorpora y me acaricia el hombro desde atrás. Su respiración choca contra mi piel. Cierro los ojos y suspiro con la intención de calmarme. Me besa en la nuca y me da un masaje en los hombros.

—No tienes que preocuparte tanto por todo. Las cosas van bien.

Echo la cabeza hacia delante, intentando disfrutar de su masaje. Cuando termina me tumba en la cama. Se inclina sobre mí y me mira de esa forma en la que me transmite tantos sentimientos sin necesidad de decir palabra alguna.

—¿Son muy horribles esas pesadillas tuyas? —quiere saber.

Niego con la cabeza, aunque insegura. ¿Cómo voy a contarle que la protagonista de mi sueño era su exnovia? ¿Cómo decirle que se me aparece porque estoy obsesionada con su pasado? Pensaría que estoy loca. Yo misma empiezo a creerlo.

—No sé qué responderte... Es que cuando me despierto no recuerdo qué he soñado exactamente. Sólo sé que lo paso mal. —Me encojo de hombros para restarle importancia.

—Bueno, no te preocupes. —Me besa en la mejilla con una dulzura indescriptible—. Algún día te contaré los que yo tenía. Parecían de psiquiátrico —bromea con otra sonrisa. Pero esta vez me tiembla algo en el estómago al pensar en mi sueño.

—Buenas noches —digo simplemente, y vuelvo el rostro hacia arriba.

—¿Apago la luz? —me pregunta como si fuera una niña que no puede dormir porque tiene miedo del monstruo del armario.

Asiento con la cabeza. Cuando la oscuridad nos invade aún me mantengo con los ojos bien abiertos, observando el techo y recordando el maldito sueño. «No pasa nada. Son los nervios». Dicen que en épocas de estrés es habitual tener pesadillas. Eso sí, empiezo a hartarme de que sea Naima la protagonista de ellas.

—Dentro de nada es San Valentín —me recuerda Héctor rozándome el cuello con la nariz. La mención de esa festividad vuelve a hacerme pensar en el sueño.

—Sí —me limito a murmurar.

—Quizá debería haberte preguntado qué querrás hacer, pero pensé que la sorpresa te gustaría. Vamos, ¡eso espero! —Me dedica una ancha sonrisa, aunque un tanto somnolienta.

—Seguro que sí. —Me cuesta soltar una frase más larga. Simplemente, me siento aturdida.

—Ya verás, va a ser muy especial, Melissa. —Apoya una mano en mi

cadera y me la acaricia con suavidad—. Te relajarás, y haré que te sientas como te mereces: como la princesa de mi hogar.

Me coloco de lado para abrazarme a él. Me rodea la espalda, y suspiro en cuanto su cuerpo cálido se acopla al mío. Su erección roza mi muslo y, aunque pensaba que no lograría excitarme debido a la inquietud, aprecio unas tenues cosquillas en el vientre.

—Me apetece hacerte el amor... —me susurra Héctor en el cuello. Su aliento me provoca un escalofrío.

—Entonces hazlo —le sugiero conteniendo una sonrisa.

Me besa con mucho cuidado, suavemente, como si fuera nuestro primer encuentro. Nuestros labios se reconocen, y al instante se emocionan y se unen con más ganas. Enreda los dedos entre mechones de mi pelo y me acaricia el cuero cabelludo. Se me escapa un suspiro de placer. Está consiguiendo que me relaje.

—Eres lo que más necesito en esta vida, Melissa —me dice dejando besitos por cada rincón de mi rostro. Esbozo una sonrisa, aún con los ojos cerrados—. Esta noche quiero amarte como nunca.

Me sorprende que esté tan cariñoso. Sus manos bajan por mi espalda, acariciándomela y masajeándomela al mismo tiempo. Dios, esto es maravilloso. Me aprieto contra su cuerpo. Su erección vuelve a rozarme el muslo, y esta vez noto cierta humedad. Me pone muchísimo que Héctor se moje como yo. Me engancha a su cuello de nuevo y lo beso con pasión. Gime en mi boca. Bajo las manos hasta su trasero y se lo apretujo por encima del pijama. Duro. Rotundo. Lo adoro.

—Eres perfecta...

—Qué va... —me río.

—Perfecta para mí.

—Entonces me vale.

Mete la mano por debajo de mi camiseta y me roza el vientre con delicadeza. Se me pone la piel de gallina. Sus dedos suben hasta el borde de mis pechos, pero no llegan a tocarlos; después bajan hasta el límite de mis braguitas, pero tampoco van más allá. Me excito con cada uno de sus suspiros.

Lo ayudo a deshacerse del pantalón y él hace lo mismo con el mío. Acto seguido son nuestras camisetas las que caen al suelo. Héctor arrima la cara a mis senos y se pone a jugar con ellos. Acaricia uno con una mano mientras que lame el pezón del otro. Le revuelvo el pelo, y me siento flotar con cada uno de esos pequeños y suaves mordisquitos que me da. Cuando baja la otra mano hasta mi sexo me encuentra totalmente mojada, preparada para él. Presiona el centro con uno de sus dedos, arrancándome un gemido. A continuación lo introduce y hace círculos con él. Mi vientre se estremece. En cuanto roza mi clitoris doy un respingo. Estoy tan sensible, tan excitada, tan llena de ganas de él... Me lo frota

suavemente sin retirar el dedo de mi interior.

—Otro... —le pido.

Un segundo dedo se mete en mí. Héctor aprovecha para beberse mis gemidos. Me besa con ardor y, a la vez, con delicadeza. El roce de su lengua con la mía, en mis dientes, buscándome y encontrándome, hace que pierda la razón. Bajo una mano hasta su erección y se la cojo. Deja escapar un jadeo. Nos masturbamos al mismo tiempo, al mismo ritmo y exactamente con la misma ternura.

—Tus manos hacen milagros, mi aburrida —exhala en mis labios.

Aumenta la velocidad de los dedos, y aprieto su pene en respuesta. Vibra en mis dedos y eso me excita aún más. Algo se desata en mi interior y pocos segundos después me dejo ir en su mano. No se ha corrido, pero, de inmediato, se coloca sobre mí y tanea mi entrada. Continúo perfectamente preparada para él. Mi humedad se mezcla con la suya cuando entra. Gimo. Héctor también. Ambos nos movemos, entre jadeos y miradas. Me hace el amor con todo el cariño, la pasión y la ternura que guarda en su corazón.

—Te quiero tanto, Melissa... —susurra con voz temblorosa—. Voy a demostrártelo cada día como te prometí. Soy tan feliz contigo... Jamás pensé que existiría un sentimiento así.

Lo rodeo con mis brazos y clavo los talones en su trasero. Acelera los movimientos, sin abandonar la suavidad. Apoya una mano en mi mejilla, y continúa entrando y saliendo de mí de esa forma tan dulce. Tiene la boca entreabierta y la mirada oscurecida por el deseo y la excitación. Verlo así me provoca un pinchazo en el corazón.

De un momento a otro tendré otro orgasmo. Con Héctor siempre soy capaz de llegar, de cualquier manera, en cualquier postura. A veces pienso que simplemente con su excitante voz podría balancearme en las estrellas.

Pega el rostro a mi mejilla. Sus labios entreabiertos me la rozan, y cierro los ojos con la sensación de que brillo e ilumino la oscuridad de la habitación. Da unas cuantas sacudidas más y, al cabo de unos segundos, me llena. Mi sexo, que ha advertido su llegada, se contrae. Me contoneo bajo su cuerpo con la intención de que no se detenga, pues estoy a punto de alcanzarlo yo también. Comprende mis movimientos y continúa con los suyos hasta que vuelvo a abrirme a él. Los gemidos escapan de nuestras gargantas, chocan contra las paredes y reverberan en ellas. Nos quedamos unos minutos en esa postura. El peso del cuerpo de Héctor sobre el mío me hace comprender que estoy viva y que quiero que sea así durante muchísimo tiempo, para poder disfrutar de él millones de noches... y unas cuantas más. Al cabo de un rato se separa de mí y se acuesta a mi lado. Me pongo de espaldas a él para que me abrace. Una de sus manos se coloca en mi vientre, como tantas noches.

—Eres mi perdición y mi bendición, Melissa —me susurra con voz

adormilada.

Me revuelvo un poco hasta encontrar la postura más cómoda. Cierro los ojos dispuesta a dormirme, aún con la maravillosa sensación del orgasmo en mi piel, y con las palabras de Héctor grabadas en el pecho.

Sin embargo, las palabras de la Naima de la pesadilla regresan a mi mente y acaban desvelándome.

LE LIBROS

—¡Melissa!

Julio se lanza a mis brazos, y trastabillo unos pasos hacia atrás. ¡Madre mía, con qué euforia me saluda este hombre! Mi antiguo jefe se separa de mí y me da dos besos, uno en cada mejilla, con un cariño que me provoca un nudo en el estómago. Hasta ahora no había reparado en que, en cierto modo, añoro la oficina. Al menos aquí me distraía.

Los compañeros se acercan, me estrechan la mano, me besan, me preguntan por mí, por Héctor y por las novelas. No hago más que sonreír y explicarles lo bien que me va, aunque no sea cierto del todo. Pero reconozco que, delante de esta gente con la que ya no tengo contacto, no es tan difícil mentir.

—Bueno, chica, me parece que te estás haciendo famosa a pasos agigantados —me dice Julio mientras me acompaña a su despacho para que charlemos con tranquilidad.

—Qué va... Además, éste es un mundo en el que un día estás en la cima y al siguiente te caes —respondo sin borrar la sonrisa.

—¡Ya iba siendo hora de que nos visitaras! A Héctor lo he visto en alguna ocasión, pero a ti... Hija mía, te ha costado venir, ¿eh?

Julio se echa a reír y me da unas palmaditas en la mejilla. Entramos en su despacho, que siempre ha sido muy elegante, con un aroma a madera que me encanta, y pide a su secretaria que nos traiga unos cafés y unos bollos.

—Ya me comentó Héctor que estás pensando en jubilarte —le digo cruzando una pierna sobre la otra. Apoyo las manos en la rodilla de arriba y lo miro

sonriente.

—Me hago viejo, Melissa. —Me observa por encima de las gafas, un poco serio.

—No digas eso. Estás la mar de bien —lo halago. Pero lo cierto es que sí está un poco más avejentado desde la última vez que lo vi. Supongo que el tiempo pasa factura a todos.

—Si Héctor estuviera aquí, no tendría ninguna duda —continúa, quitándose las gafas y depositándolas sobre la mesa—. Pero me hallo en una situación complicada. Tengo que elegir bien, y aún no sé a quién dejar en este cargo. Si hubiera tenido hijos...

—Bueno, no es culpa tuya. —Fuerzo una sonrisa. Su mujer jamás pudo concebir y eso la llevó a coger una depresión que casi terminó con su matrimonio. Nunca adoptaron, por más que él insistió.

—Hablando de hijos... —Se le ilumina la cara de repente y me sonrío con picardía. Sé a lo que se refiere.

—Toda una sorpresa, ¿verdad? —Me echo a reír.

—Y lo contenta que está ella... —Julio mueve la cabeza como si aún no se lo creyera, pero se le nota que está feliz por Dania—. Se pasa las pausas contándonos sus planes y pensando el nombre que le pondrá. Estoy seguro de que será una mamá estupenda.

—Y yo. No me cabe ninguna duda. —Asiento con la cabeza. No sé si mi amiga le habrá contado que va a ser madre soltera. Sé que se tienen mucha confianza, pero ignoro hasta qué punto.

—Me comentó Héctor que tu hermana también espera un bebé —dice Julio en el momento en que la secretaria nos trae sendos cafés y un platito con galletas de mantequilla.

Me inclino hacia delante y cojo una.

—Pues sí. Otra que está que se le cae la baba —respondo limpiándome las miguitas del regazo.

—Lo mismo te pasará a ti, ¿no? ¡Que vas a ser tía por partida doble! —Julio sonrío con la mirada al tiempo que da un sorbo a su café.

Media hora después me acompaña hasta los ascensores para despedirse de mí. Me acoge entre los brazos y me da otro emotivo abrazo que me crea un nudo en la garganta. Al separarnos descubro que él también tiene los ojos brillantes. Le cojo una mano y se la aprieto.

—Vamos, Julio, ¡no nos pongamos a llorar aquí!

—Fuisteis dos de mis mejores empleados —me dice con una voz un tanto temblorosa. Otra de sus palmaditas en mi mejilla—. Sabes que aprecio a Héctor como a un hijo y que a ti te tengo mucho cariño. Me siento un poco Celestina... Vuestra historia de amor se fraguó aquí.

Río con sus ocurrencias. Asiento con la cabeza y le doy otro abrazo.

—Siento que no podamos comer juntos, pero el negocio me reclama.

—No te preocupes. De todas formas quería ir a mirar unas cositas. —Le sonrío para que sepa que no me molesta—. Por cierto, no he visto a Dania por aquí... ¿Dónde está?

—Es su hora de la comida. —Echa un vistazo a su reloj—. Tú también deberías estar comiendo ya —me regaña como un padre preocupado.

—Ahora me compraré algo por ahí. —Reparo en que casi son las dos. Creo que me quedaré por el centro a comer porque no he dejado nada preparado en casa—. Prometo volver a visitaros pronto.

—¡A ver si es verdad! —Julio se marcha por el pasillo en dirección a su despacho.

Entre en el ascensor y decido ir a la cafetería. No sé si Dania estará ahí, pero por intentarlo que no quede. En cuanto me asomo por la puerta vislumbro al fondo su cabello del color del atardecer. Hay unas cuantas mesas ocupadas, aunque deben de ser de las otras oficinas porque no reconozco a nadie. Me acerco con sigilo para que no me descubra y le tapo los ojos. Mi amiga da un respingo y, en cuanto se levanta, me da un abrazo quebrantahuesos de esos suyos.

—¡Mel! Pero ¿qué haces aquí?

—Pues ya ves. Vine a charlar con Julio.

Llevo una mano hasta su vientre, que ya no está plano. Aun así, el embarazo no se le nota tanto como a mi hermana, que está enorme.

—¿Te ha dicho lo orgulloso que está de esto? —Dania también se toca la panza—. Como si fuera realmente el abuelo.

—Exagerada, ¡que no es tan mayor!

—¿Que no? Sabes perfectamente que podría serlo.

Me fijo en ella con un rápido vistazo. Su forma de vestir es la misma, y eso es lo que más me gusta porque no quiero que nada ni nadie cambie a mi querida Dania. Lo que le noto es que está mucho más radiante.

—¿Te ha contado Ana que estoy yendo a la misma clínica que ella? —Se lleva una cucharada de yogur a la boca.

—Sí que os ha dado fuerte con lo de los médicos privados —le digo echándome a reír.

—Anda que no está bueno el de cabecera...

—No me digas que vas por eso. —Muevo la cabeza con una sonrisa cada vez más ancha.

—Oye, que no. Que he cambiado —responde como si le molestara.

—Si es que no quiero que cambies... —Le acaricio la mejilla, algo que se ve que le sorprende porque me mira con los ojos muy abiertos.

—Y tú, ¿cómo estás? Pareces cansada. —Se termina el yogur y lo deja sobre su plato vacío.

—Un poco sí. Últimamente estoy durmiendo mal. Y soñando... —Recalco

esa última palabra al tiempo que la miro fijamente.

—¿Otra vez con eso?

Asiento con la cabeza. Apoyo la barbilla en una mano y jugueteo con la cucharita que Dania ha dejado en la mesa.

—Pero bueno, son tonterías. Ya se me pasará.

—No sé realmente cuánto de tonterías tiene —dice negando con la cabeza y expresión preocupada.

Al mirarla a los ojos se me ocurre contarle el encuentro que tuve en El Corte Inglés con el hombre del traje. Sin embargo, sin comprender muy bien los motivos, me callo como si fuera un oscuro secreto y algo en mí se despierta al recordar las palabras de Naima. Dania estudia mi rostro esperando que le diga algo, pero bajo la vista en dirección a la mesa e intento cambiar de tema. No me sale ninguna palabra.

—¿Estás bien?

—Tengo que irme. —Me levanto de súbito, casi tirando la silla al suelo. Dania me mira asombrada, por lo que trato de disimular—. Es que tengo un hambre...

—¿Por qué no comes aquí? —Saca el móvil del bolsillo de su chaquetita de lana y chasquea la lengua—. ¡Vaya...! Tengo que volver ya al despacho.

—Tranquila, que me compraré algo por el centro. —Le doy dos besos rápidos y un achuchón que recibe con una risita.

—Por cierto... —empieza. La miro con atención y esboza una sonrisa picarona—. He estado mandándome bastantes mensajes con Diego.

—Eso está muy bien, ¿no?

—Me ha propuesto que salgamos a cenar juntos en San Valentín. —Hace un mohín con los labios, pensativa—. ¿Crees que es una buena idea? No somos pareja, y es menor que yo.

—¿Y...?

—Bueno, en realidad ya le he dicho que sí. —Se echa a reír cuando le doy un golpecito en el brazo—. ¡A ver si quedamos los cuatro! ¡Sería menos incómodo! —exclama mientras me dirijo a la salida de la cafetería.

—¡No puedo! Héctor me ha preparado una sorpresa —digo con la cabeza ladeada—. ¿Desde cuándo algo es incómodo para ti? ¡Otro día quedamos!

Y no sé aún muy bien por qué, pero salgo a toda prisa de la cafetería y entro en el ascensor. En cuanto llego a la planta baja, pido al portero mi paraguas. Al salir a la calle suelto un suspiro exacerbado: llueve a cántaros y odio caminar por ahí así. No obstante, mis pasos me llevan a una zona que no conozco muy bien. Los pies se encaminan a la dirección escrita en el papel que robé hace unos días. «¿Qué coño estás haciendo, Mel?», me pregunta la voz odiosa. No le contesto porque realmente no lo sé. Es como un presentimiento, unas agujitas que me pinchan en el pecho. Quiero encontrarlo. Entender por qué me llamó Naima.

Con las botas y el pantalón empapados, llego al lugar. Está en una zona

bastante apartada, con numerosas empresas y almacenes. ¿Así que esta dirección es la de su lugar de trabajo?

El corazón empieza a palparme como un loco cuando alguien sale del edificio. Se trata de un hombre que no conozco, pero me ha asustado. Me alejo un poco de la puerta, aunque no me marchó. Merodeo como una vulgar acosadora, con el paraguas en la mano, toda calada. «¿Por qué cojones has tenido que pensar en él?», me suelta la vocecilla pesada. Inconscientemente, vuelve a mí lo que Naima me dijo en el sueño, eso de que busque respuestas que no me gustarán. Respuestas que únicamente puede darme ese hombre. Al menos eso es lo que me gritan las agujas que noto en el pecho.

¿Qué estoy esperando? Si quizá él ni siquiera esté aquí. Y además, si se diera el caso, ¿qué iba a hacer? Me rasco el cuello con insistencia, presa de un súbito pícor a causa de los nervios. Me paso unos quince minutos bajo la lluvia. Al final empieza a escampar, y no ha salido nadie más del edificio. Voy a tener que irme porque parezco una tonta paseando por este lugar. Un par de trabajadores de un almacén cercano se me han quedado mirando desde el interior. Noto una sensación de tremenda desilusión. ¿Estoy loca o qué? Es mejor que no lo haya visto porque, total, ¿qué le habría dicho? «Hola, mira... Quiero saber de qué conoces a Naima porque esa mujer se aparece en mis sueños». Me echo a reír sola, sacudiendo la cabeza y regañándome a mí misma. Qué estúpida idea la de haber venido hasta aquí. ¿Por qué tengo que ser tan obsesiva con todo?

Me doy la vuelta dispuesta a marcharme y, como ando un poco despistada, un joven que va rapidísimo choca contra mí, propinándome un tremendo golpe en el hombro. Se me cae el paraguas al suelo y no puedo evitar un gemido de dolor.

—¡Mira por dónde vas, gilipollas! —me suelta el chaval con toda su jeta.

Estoy a punto de cantarle las cuarenta, pero alguien se me adelanta.

—¿No crees que deberías disculparte con la señorita?

Una voz masculina que, en pocos segundos, me hace temblar toda. Una voz que desprende seguridad y algo de amenaza. Ni siquiera me doy la vuelta. Lo que debería hacer es marcharme.

Oigo murmurar algo al chaval, pero el zumbido que ha aparecido en mi cabeza no me deja entender nada. Como a cámara lenta, me agacho para recoger el paraguas. Y entonces, cuando lo rozo, es otra mano la que toca la mía. Me quedo con la mirada fija en esas bonitas uñas masculinas y en esos dedos largos y finos. Permito que sea él quien coja el paraguas mientras me levanto, esta vez con los ojos clavados en sus zapatos, de aspecto carísimo.

—¿Se encuentra bien? —Me está hablando y sé que también me mira, pero yo no quiero hacerlo.

Sin embargo, al fin alzo el rostro y dirijo mis ojos a los suyos.

Esa mirada fría, dura y burlona me hace trastabillar. Es como si me

reconociera, como si supiera quién soy. Y, en cierto modo, estoy segura de que está pensando en otra mujer.

LE LIBROS

—Tenga. —Me entrega el paraguas, que ahora está empapado como consecuencia de la caída.

Lo cojo con cuidado, casi con las puntas de los dedos, para que esta vez no me roce. Lo hago con la vista fija en él. Sonríe de manera provocativa, como si fuéramos amigos —o peor aún, amantes— de toda la vida.

—Muchas gracias. —Asiento con la cabeza.

Me dispongo a marcharme, pero me impide el paso, y, tal como me ocurrió en nuestro primer encuentro, el corazón se me acelera.

—¿Se siente bien? No tiene muy buen aspecto —dice, aunque sé que mi salud es una excusa.

—Sólo ha sido el susto —murmuro agachando el rostro de nuevo. No soporto esa mirada que se me clava hasta lo más profundo del alma.

—A veces los peones de algunos almacenes van como locos y son muy maleducados. —Se queda callado y después me pregunta—: ¿Le duele el hombro?

Por el rabillo del ojo veo que acerca uno de sus dedos. Me echo hacia atrás.

—No, no me duele.

Intento pasar por su lado para continuar mi camino y en esta ocasión me lo permite. Sin embargo, no he dado ni dos pasos cuando su voz retumba en mis

oídos.

—Espéreme en la cafetería que hay enfrente de la rotonda. Hace frío, y está muy mojada. —Baja el tono de voz al pronunciar esta última palabra. Se me antoja que lo ha dicho con un doble sentido, aunque no puede ser. No nos conocemos, y eso sería una falta de respeto muy grande.

Me quedo quieta ante él, notando cómo se acerca a mi espalda. Trago saliva, y me digo que lo que debo hacer es ignorar esa propuesta descarada y marcharme. Estoy a punto de lograrlo. Casi lo consigo. No obstante, me doy la vuelta y, sin apenas mirarlo a la cara, me dirijo a la cafetería, como me ha sugerido.

Mientras espero sentada, el corazón retumba en mi pecho pugnando por avisarme de que no estoy haciendo lo correcto. Diez minutos después entra, secando mi boca. Sus pasos introduciéndose en mis oídos. Su mirada clavándose en mi rostro. Mi cabeza rogándome que acabe con esta estupidez. Bueno, esto era lo que quería, ¿no? He venido hasta este lugar apartado para encontrarme con él y, ahora que la casualidad lo ha traído a mí, ¿por qué me arrepiento?

A medida que se acerca a la mesa, quitándose al paso la gabardina, lo observo disimuladamente. No puedo evitar pensar que es un hombre demasiado atractivo. Es un imán para las mujeres, y lo delatan las miradas que se está llevando de un buen número de las féminas de la cafetería. Y, al mismo tiempo, desprende un aura un tanto oscura que puede que aún las atraiga más. Me está sonriendo, tanto con los labios como con los ojos, y me encojo en mi asiento como no hacía en mucho tiempo. Una vez que ha dejado su gabardina en el respaldo de la silla y, sin decir nada, se dirige a la barra. Ni siquiera me pregunta lo que quiero y, por unos segundos, pienso que es un arrogante machista. Mis ojos estudian su cuerpo: va vestido con un pantalón negro ajustado y con un chaleco del mismo color, bajo el que destaca una camisa blanca que parece ser muy cara. Cuando regresa a la mesa me fijo en su corbata y el corazón me da un vuelco. Debería estar prohibido que le quedara tan bien.

—Le he pedido un *cappuccino* —dice como quien no quiere la cosa—. Espero que le guste.

Voy a contestar que en realidad no me gusta, pero me contengo. No quiero parecer tan maleducada como él. ¿Es posible que esta actitud le funcione con otras mujeres? Siempre he detestado que elijan por mí. Mientras esperamos a que nos sirvan no deja de mirarme ni por un segundo. Lo único que hago es recorrer la cafetería con los ojos, y descubro a unas cuantas mujeres vestidas con monos de trabajo susurrando entre ellas. Imagino que se preguntan qué hace este hombre con alguien como yo. De repente estira la mano, provocando que dé un brinco. Me doy cuenta de que lo único que pretende es presentarse.

—Me llamo Ian.

Dudo qué contestar. No sé si decirle mi nombre real. Hay algo en él que se

me antoja extraño, amenazante. Sin embargo, al final contesto:

—Yo Melissa.

Su mano estrecha la mía. La tiene cálida y muy suave. Otra sacudida en mi pecho.

—Un nombre encantador. —Esboza una sonrisa. Una muy peligrosa, de esas que hacen que todo el mundo caiga a sus pies y lo adore. Sin embargo, me mantengo firme. Sé muy bien por qué estoy aquí y, a medida que pasan los minutos, me convengo de que mis sospechas no eran erróneas.

—El tuyo también es bonito —murmuro.

Esboza otra sonrisa ladeada y me observa fijamente con su mirada felina.

—¿Todavía le duele el hombro? —Me lo señala.

—Ya casi no —respondo acariciándomelo—. Creo que, más que nada, ha sido la sorpresa. También ha sido culpa mía, pues iba algo despistada.

—No. Ese muchacho ha sido un irrespetuoso —opina abriendo los ojos y mirándome con gesto enfadado, como si realmente le hubiera molestado tanto lo que ha ocurrido—. Muchos padres deberían educar mejor a sus hijos.

Agacho la cabeza y carraspeo. No sé si es que los suyos le han inculcado una educación muy estricta. Pedir un café sin saber la opinión de alguien a quien no conoces no es que sea de personas muy bien educadas.

—Es un día precioso, ¿verdad?

Me quedo con la boca abierta, sin saber qué decir. Lo cierto es que a mí los días de lluvia no me gustan a no ser que esté en casita con una enorme taza de té y un libro entre las manos. Observo que él no está mojado y que ni siquiera lleva paraguas.

—¿Es usted impermeable al agua o qué? —bromeo únicamente para sentirme menos incómoda.

Suelta una risita y niega con la cabeza.

—Cuando he salido del trabajo, ya sólo caían cuatro gotas.

—Qué suerte —murmuro tratando de forzar una sonrisa—. Últimamente me ha dado por caminar en lugar de coger el coche, pero hoy me habría venido mejor conducir y no helarme.

—Caminar bajo la lluvia es propio de personas con un corazón atormentado. —Entrecierra los ojos y echa la cabeza a un lado para observar mi reacción.

—La mayoría de las veces es propio de personas que creen que no va a llover y no cogen paraguas. —Le dedico otra sonrisa, cada vez más forzada.

Vuelve a reír ante mi comentario y luego se queda en silencio durante unos segundos que se me antojan eternos.

—¿Me estaba buscando? —me pregunta de repente.

—¿Perdone? —Parpadeo confundida.

—¿A qué se dedica? —Cambia rápidamente de tema.

—Soy escritora —respondo al cabo de unos segundos.

Calla otra vez y estudia mi rostro. Al fin, dice:

—En realidad, lo sabía. La he visto en las librerías. Pensé que estaba volviéndome loco al ver su rostro.

Su respuesta me deja patidifusa. Ladeo la cabeza, tratando de coger aire y sin saber qué contestar. Por suerte, la camarera se acerca a nosotros en ese momento y nos entrega las tazas de café. Una vez que se ha ido decido tomar la palabra.

—Y usted, ¿en qué trabaja? —Más o menos me lo imagino, pero lo pregunto por hablar de algo.

—Trabajo en la empresa de mi padre. —Tiene una curiosa manera de abrir más los ojos cuando pronuncia determinadas palabras—. Tecnología sanitaria y esas cosas.

Uno de esos pijos ricos que creen que lo saben todo de la vida.

—El señor Castile —respondo intentando forzar una sonrisa. Si él quiere jugar, entonces yo también lo haré. Voy a mostrarme segura. No debo permitir que me coma.

—Así es —dice extrañado.

Me anoto un tanto.

Doy un sorbo al café para que no vea mi sonrisa. Me pone nerviosa su forma de mirarme, pero, a pesar de todo, estoy consiguiendo tranquilizarme un poco. Remueve su bebida sin borrar esa sonrisa que se me antoja demasiado petulante.

—Seamos sinceros —dice de repente, sobresaltándose. Tiene una voz ronca, sensual, que se clava en la mente.

—¿A qué se refiere? —pregunto como si realmente me sorprendiera.

Empiezo a pensar de nuevo que ha sido una soberana gilipollez venir aquí con él. ¿Desde cuándo me pongo a tomar café con un desconocido tan fácilmente? Y encima no con uno cualquiera.

—Creo que es mejor que nos tuteemos, ¿no?

Abro la boca con la intención de decirle que no, que tutearnos significaría una cercanía y una confianza que no deseo. No obstante, no me sale palabra alguna, así que lo único que hago es mirarlo hasta que se me torna borroso.

—Reconócelo: me buscabas. —Ni siquiera espera a que le dé permiso, directamente me tutea.

—¿Por qué dice eso? —Yo, sin embargo, me mantengo firme.

—Soy más inteligente de lo que piensas. —Da otro sorbo a su café y, cuando baja la taza, se ha puesto muy serio.

—Eso no lo dudo —respondo con un hilo de voz.

—¿Qué iba a hacer una mujer como tú en un lugar como éste? Me refiero a que la empresa de mi padre está bastante alejada de todo...

Hace que me sienta como un insecto que va a ser devorado de un momento a otro. Como empiezo a ponerme muy nerviosa, cojo mi bolso y rebusco hasta dar

con la cartera.

—Ya he pagado —me dice al verme sacar unas monedas.

—Pues... gracias. —Asiento con la cabeza.

—Ambos sabemos por lo que estamos aquí —continúa con su ronca voz, ladeando la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Las casualidades no existen.

—Pues yo creo que sí... —me atrevo a decir alzando la mirada y posándola en sus ojos claros.

—¿Es una casualidad que estemos en esta cafetería? —Abre los brazos y enseña los dientes a través de una sonrisa—. Porque tú me estabas buscando, Melissa, por eso has acudido hasta la empresa donde trabajo. —Ha pronunciado mi nombre en tono irónico, algo que no logro entender y me seca la boca—. Y estaba deseando encontrarte.

Me quedo callada unos segundos, los suficientes para encontrar las palabras y el valor necesario para responderle.

—No sé de lo que está hablando. Es mejor que me vaya.

Hago amago de coger la chaqueta; sin embargo, adelanta una mano y la posa sobre la mía. La aparto como si quemara y, al mirarlo, me topo con esa sonrisa lobuna que está empezando a preocuparme.

—Reconócelo: viniste hasta aquí con la esperanza de encontrarme.

Dejo escapar una risa desdenosa. No obstante, advierto en su mirada que sabe que estoy fingiendo. Dejo la chaqueta en la silla, poniéndome muy seria. Se echa hacia atrás y apoya la espalda en el respaldo sin borrar ese gesto arrogante.

—Sólo quería saber una cosa —murmuro.

—Entonces, pregunta.

Se inclina hacia delante, los codos apoyados en la mesa, con una mirada sombría y, al tiempo, hipnotizadora. Abro la boca y no me salen las palabras, boqueo como una tonta hasta que me salva.

—Quieres saber por qué te llamé Naima.

Trago saliva al tiempo que asiento con la cabeza. Se echa a reír, desviando la vista unos instantes y pasándose la lengua por los labios. Es demasiado atractivo. Es una belleza altamente peligrosa.

—Cualquiera olvidaría algo así en cuestión de segundos —me dice, delatándome. Acaricia los bordes de la taza de café de una forma muy sugerente—. A no ser que conociera a la persona con la que la han confundido o que fuera esa persona, claro. —Su sonrisa se ladea aún más. Mi corazón ha empezado una carrera demasiado rápida.

—No, yo... —Pero las palabras no me salen. Estoy cayendo en su trampa. Soy una mosquita a punto de ser devorada por esa araña oscura y enorme.

—Es evidente por qué te llamé así —dice en voz baja, más para él que para

mí.

—¿Cómo?

—Cuando te vi, pensé que había regresado. No sabía cómo, pero ella estaba aquí otra vez. —Sus ojos apuntan hacia mí, pero me doy cuenta de que no está mirándome, sino que está sumido en sus pensamientos—. Qué locura, ¿eh? —Ahora sus ojos sí que vuelven a observarme. Un pequeño hoyuelo se forma a un lado de la comisura de sus labios—. Es imposible que ella vuelva, ¿no? En serio, a primera vista sois tan parecidas... El color del pelo, la forma de la cara... —Se queda callado unos instantes, estudiando todo mi rostro—. Pero hay cosas diferentes. Muy distintas, sí. La manera de mirar. Tus cejas, un poco más finas. Ese pequeño lunar que tienes cerca de la oreja... —Me llevo una mano a la mejilla, confundida y asustada. ¿Cómo es posible que se haya fijado en algo tan insignificante?—. La voz. La forma que tienes de morderte el labio al estar nerviosa y la de llevarle la mano al cuello y toquetearlo... —¿Cómo es posible que en un ratito haya reparado en tantos gestos míos? ¿De verdad los he hecho todos?—. Sois distintas y, al tiempo, parecidas. Es tan extraño todo...

Se calla otra vez y se termina el café. Mete la cucharilla en la taza y la aparta. También apuro mi *cappuccino*. Está frío y me resulta demasiado empalagoso.

—Es increíble hasta qué extremo pueden parecerse dos personas sin ser hermanas —musita con una sonrisita—. Podríaís haber pasado por mellizas.

—No soy su hermana —lo interrumpo como una tonta, un poco asustada por su observación.

Me mira con los ojos muy abiertos y con una sonrisa cada vez más ancha. Está claro que sabe que no somos familiares.

—Por supuesto. Pero afirman que todos...

—... Tenemos un doble —termino su frase.

—Da un poco de miedo —confiesa sonriendo.

—Usted mismo lo ha dicho: no somos tan iguales. —Intento convencerme a mí misma. Esta vez sí que no me dejo engatusar; cojo mi chaqueta y me la pongo a toda prisa. Ni siquiera me preocupo en abrocharme los botones, sino que me cuelgo el bolso al hombro, agarro el paraguas y me levanto—. Me voy.

—Espera. —Me coge del brazo cuando paso por su lado. Trato de desembarazarme de él, pero me aprieta y, como no quiero dar un espectáculo aquí, desisto y lo miro con impaciencia—. En serio, ¿por qué has venido a buscarme? —Parece un poco ansioso.

Y yo... también lo estoy. Me muero por saber qué unía a este hombre con Naima. Sin embargo, otra parte de mí me grita que es mejor abandonar esta idea descabellada.

—Ni siquiera conocí a esa mujer —respondo.

Ian me suelta y, de inmediato, me dirijo a la salida. No obstante, no he

terminado de salir cuando noto que me sujetan otra vez. Al volverme su rostro está demasiado cerca del mío. Su cálida respiración con aroma a café impacta en mi nariz. Entrecierro los ojos, sintiéndome mareada. Me doy cuenta de que me ha cogido de la mano y está depositando algo en mi palma.

—Hasta pronto, Melissa. —Su tono de voz no denota ninguna duda. Piensa que nos encontraremos otra vez.

Me quedo en la puerta de la cafetería mientras él camina calle abajo con las manos en los bolsillos. Ha dejado de llover y el sol empieza a asomar por entre las nubes. Cuando miro lo que me ha dado, el estómago me palpita casi tanto como antes el corazón.

Una tarjeta. Con su nombre y su teléfono.

LE=LIBROS

—Cariño... ¿Me escuchas?

La voz de mi madre me llega lejana. Yo misma me encuentro a diez mil años luz de aquí. Poso la vista en mis pies y los miro como si no fueran míos. Parece que mi cuerpo se haya partido en dos. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, para que desaparezca esta extraña sensación. Dios, estoy tan cansada... Llevo dos noches enteras sin pegar ojo. Duermo cinco minutos y despierto sobresaltada, perseguida por unos ojos de un azul muy claro y por unas palabras que se me han clavado muy dentro y no me sueltan de ninguna manera.

—¿Melissa? —Mi madre insiste a través del teléfono.

—Dime —atino a contestar con voz pastosa.

—Pero ¿qué te pasa? Te estoy hablando y no dices nada. Como si estuvieras en otro mundo, vamos.

« Es que es así, mamá » , me dan ganas de responderle. Me levanto de la silla y arrastro los pies por la casa para despejarme. El despacho estaba demasiado oscuro, con el ambiente embotado, y ha conseguido que yo también me sienta así.

—¿Qué me decías, mamá?

Suelta un suspiro y se queda callada unos segundos. Aprovecho para acariciarme el entrecejo con la intención de que se desvanezcan los pinchazos

que aparecieron anoche.

—Que vengáis a comer Héctor y tú este fin de semana. ¡Tengo unas ganas de veros! —Suenas ilusionada.

—Me parece que no podremos —murmuro negando con la cabeza.

Esta vez es cierto, que conste. Héctor y Aarón han planeado ir a la montaña a hacer senderismo y no sé si me apetece acudir sola a casa de mis padres. Me verán la cara de chunga y me avasallarán a preguntas.

—¿Y eso por qué? —pregunta, y de repente se la oye disgustada.

—Pues porque Héctor ha quedado con un amigo para ir a la montaña.

—¿Y no pueden cambiarlo para otro día?

Chasqueo la lengua. Supongo que no pasaría nada si lo hicieran, pero la verdad es que Aarón sigue preocupándome. Prefiero que Héctor pase tiempo con él. Además, a ambos les vendrá bien el aire fresco y puro.

—Pues no sé. Llevaban planeándolo desde hace tiempo —miento paseando aún por el piso.

—Vente tú entonces. —Otra vez ese anhelo. Vale que los tengo un poco abandonados, pero ¡es que no quiero que me toquen la moral! Es lo que menos necesito ahora mismo.

—Si voy, ¿me prometes que no me daréis la tabarra?

—¿Por qué dices eso, cielo? —Ahora está inquieta. Ya empezamos.

—Porque estoy cansada, mamá. No duermo bien. Sé que os preocupáis por mí, pero no me apetece dar explicaciones.

—¿No estarás embarazada?

—¡Claro que no! ¿Qué tiene eso que ver con que no duerma bien? —Me paso la mano por el pelo y luego la bajo hasta el cuello para rascarme.

—Tu hermana me ha dicho que la semana que viene os acercaréis al Registro para fijar la fecha de la boda —dice de repente, otra vez con toda la alegría del mundo.

—Sí —murmuro. Quiero ver si me distraigo, que Héctor y yo nos ilusionemos un poquito. Él está otra vez estresado con el trabajo y yo con... Bueno, con mis tonterías.

—Entonces ¿vendrás este fin de semana o qué? —La mujer es insistente.

—¡Sí, sí, sí! —exclamo totalmente rendida.

—¿Qué te apetece que haga para comer? ¿Pollo al horno, tu plato favorito?

—Lo que quieras, mamá. Te dejo, que voy a continuar escribiendo.

Mis propósitos no se cumplen, tal como me temía, y cuando Héctor llega a media tarde me encuentra ante el ordenador sin haber escrito ni media página. ¿Cómo puede haberme trastocado tanto el encuentro con ese hombre? Odio sentirme así, con toda esta obsesión que se me ha pegado a la piel. Creía que mi época de comidas de cabeza se había marchado junto con Germán. ¿Por qué no puedo preguntarle a mi novio qué sucedió? ¿Por qué hay una parte de mí que no

se atreve a contarle lo que siento? ¿Tengo miedo de encontrar algo que desbarate, una vez más, mi vida? ¿O temo destruirlo a él?

—Melissa... —Héctor se encuentra inclinado sobre mí para que le dé un beso. Cuando nuestros labios se juntan, los suyos se me antojan un tanto diferentes. Ay, cabecita loca...

—¿Estás bien? —Me fijo en sus ojeras y en su aspecto cansado. Sin poder evitarlo, un escalofrío me recorre entera al recordar sus épocas de estrés.

—Problemas en la revista.

Se queda de pie con los ojos fijos en la pantalla. No se ha molestado en encender la luz del despacho, así que el brillo del aparato le da en todo el rostro. Tiene la mandíbula apretada y parece enfadado.

Un sinfín de recuerdos demasiado dolorosos me golpea. Mi mente vuela a aquellas tardes y noches en las que Héctor volvía destrozado porque había caído en la oscuridad. De repente me sonríe. No sólo con los labios, sino también con los ojos. Dejo escapar un suspiro silencioso. Dios, esperaba un arranque de violencia.

—¿Qué sucede? —Con un gesto le indico que se arrime.

Se acuclilla a mi lado y le acaricio su suave pelo. Esta vez, por muchas cosas que tenga yo en la cabeza, no voy a dejarlo de lado. Estaré a la altura cuando tenga problemas.

—Pasado mañana teníamos que hacer la sesión de fotos, pero Abel Ruiz no podrá asistir. —En su voz hay preocupación y un poco de miedo.

—¿Y eso por qué?

—No lo sabes, ¿verdad? —Alza la vista y la clava en la mía.

Niego con la cabeza, encogiéndome de hombros.

—¿Qué?

—Abel está enfermo —dice muy serio, abatido, como si lo conociera de toda la vida y fuera uno de sus mejores amigos. Héctor es muy empático y le afectan mucho las cosas. Aún más si ha tenido relación con alguien, por mínima que sea.

—¿De qué?

—Tiene alzhéimer precoz.

—Pero es muy joven —murmuro sin entender nada.

—Lo heredó de su madre. Son casos muy poco comunes, pero a él le tocó. — Se frota la frente y suspira—. Dios, qué dolor de cabeza tengo...

—¿Y está muy mal? —pregunto.

—Estos días ha recaído por culpa del estrés. —Sacude la cabeza entre atónito y frustrado—. Lo siento tanto por él... Es un hombre lleno de vida y con mucho talento. ¿Por qué las mejores personas se llevan la peor parte?

Su mirada se ha oscurecido. No atino a contestar nada. Ahora mismo me siento aturdida, con cientos de pensamientos en la cabeza.

—Hemos tenido que retrasar la salida de la revista. Bueno, lo he pedido yo.

Sé que al jefazo no le hace gracia, pero quiero a Ruiz para el reportaje —dice muy seguro, aunque en su mirada hay algo que no puedo descifrar—. Voy a comer un poco y me tomaré un paracetamol. —Esa palabra me trastoca aún más. Se levanta con un quejido de cansancio—. ¿Quieres algo?

Niego con la cabeza, aún muda. Héctor sale del despacho con andares lentos y lánguidos. Lo oigo trajinar en la cocina y, a los segundos, su grave voz preguntándome:

—¿Qué tal te ha ido a ti el día?

—Bien, muy bien —murmuro sabiendo que no me oye.

El grifo me causa un temblor lejano. Sin saber muy bien lo que hago, me levanto a toda prisa y corro hacia la cocina.

Héctor está inclinado sobre el fregadero con un vaso lleno de agua y una pastilla entre los dedos. Vuelve la cabeza y me mira interrogante. Oh, Dios, no quiero obsesionarme. Mi vista se desvía hacia el medicamento. Un paracetamol, simplemente eso. En cuanto se lo toma me lanzo a sus brazos, tratando de encontrar en su cálido cuerpo el refugio y la paz que necesito.

—¿Y esto, aburrida? —me pregunta con dulzura acariciándome la espalda.

—Te echo de menos. —Entierro el rostro en su camisa y aspiro. Adoro su olor.

—San Valentín ya está ahí y pasaremos un finde genial, te lo prometo.

Me alza la barbilla y me besa en los labios. Su sabor... Es todo mío.

LE LIBROS

Mi hermana me abre la puerta. Se me escapa un gritito al ver su enorme panza. ¡Madre de Dios, cómo está! Ana se percata de mi asombro y se echa a reír.

—Mel, ¿qué esperabas? ¿Que estuviera como Claudia Schiffer? Pero si ya no queda nada.

—¿Cómo puede pasar el tiempo tan rápidamente? —Muevo la cabeza atónita. Ana sonrío y me indica con un gesto que la acompañe.

—Dímelo a mí, que en nada voy a pasarme día y noche cambiando pañales.

—Finge molestia, pero vamos, se nota que está ilusionadísima.

En el salón encontramos a Félix y a mi padre charlando sobre una película que echan esta tarde en Antena 3, cuya protagonista es Megan Fox. Otra actriz que les hace tilín. En cuanto mi padre me ve, se levanta del sofá y corre a mi encuentro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mírala, pero si se ha dignado a visitarnos! —Me da un beso tras otro en la cabeza como si fuera una chiquilla—. ¿Qué pasa, que como no somos famosos no nos merecemos su presencia, alteza?

—No digas tonterías, papá —respondo con una sonrisa forzada. Ya sabía y o que nada más entrar iban a tomarla conmigo.

—Tu madre dice que ya no la quieres —continúa, tomando asiento de nuevo. Antes de responderle, doy dos besos a Félix.

—Mi madre, si no la llamo cada día, ya se vuelve loca.

Dejo escapar un suspiro de resignación. Miro a Ana como echándole las culpas a ella. Seguro que le tira pullitas sobre mí. Se encoge de hombros y después me toma del brazo para que vayamos a la cocina.

Nada más entrar se lanza a la fuente de patatas fritas que hay en la mesa. Se come un buen puñado como si no hubiera un mañana.

—Tengo mucha hambre, ¿vale? —Me suelta al reparar en mi mirada.

—¡No, si al final no quedarán! —exclama mi madre, de espaldas. En ese momento se da la vuelta y viene hacia mí con los brazos abiertos. Me llena de besos como mi padre y luego me sujeta las mejillas para mirarme de cerca—. Es verdad, tienes cara de no pegar ojo.

—Pues anoche no dormí mal del todo. —Esta vez no es mentira. Me tomé a escondidas uno de los somníferos de Héctor. Espero que no los tenga controlados.

—Y Héctor, ¿qué tal?

Mi madre regresa a sus labores. La observo trocear un tomate y un ajo, meterlos en la batidora y regarlos con un poquito de aceite de oliva. ¡Toma! El pan con tomate es una de mis comidas favoritas, a diferencia de Ana, que lo odia, y por eso mamá casi nunca lo prepara. Me doy cuenta de que ahora, en cambio, está mirando la salsita con ojos golosos. El embarazo le ha hecho amar casi toda la comida, excepto los pimientos, que dice que no puede ni olerlos.

—Espero que hoy se relaje con nuestro amigo —respondo a la pregunta al tiempo que cojo una patata a hurtadillas.

Ana ríe por lo bajini. De pequeñas hacíamos lo mismo: nos metíamos en la cocina y, cuando nuestra madre estaba de espaldas, robábamos las galletas que había hecho, las patatas fritas o cualquier cosa de comer que pillábamos.

—¿Otra vez con mucho trabajo?

—En una revista como *Love* siempre hay mucho —aclaro con una mueca—.

Es que habían contratado a un fotógrafo muy famoso para el nuevo número... A Abel Ruiz, ¿os suena? —Mi hermana asiente con la cabeza y mi madre murmura

un «no» distraído—. Bueno, es un genio y está muy codiciado, pero está enfermo y han tenido que atrasar el número. Parece que el jefe de Héctor está que trina.

—Pobre —susurra mi madre dándose la vuelta. Hallo en sus ojos algo de preocupación y enarco una ceja porque no entiendo qué le pasa. Tarda unos segundos en contestar, hasta que al fin me pregunta, un tanto nerviosa—: Pero... de lo otro está bien, ¿no? No ha vuelto a...

Aprieto los labios. No me gusta hablar de esa época. Ni siquiera recordarla lo más mínimo, aunque parece que últimamente los hados se han alineado en mi contra para llevarme a ella. Niego con la cabeza. Me molesta profundamente que mi madre, a pesar de lo que adora a Héctor, considere su enfermedad como un impedimento a largo plazo. Ya hablamos de ello cuando nos separamos, y al volver con él le dejé bien claro que lo querría de cualquier forma, por muy difícil que fuera.

—Está bien. Héctor es fuerte. —¿Por qué parece que estoy tratando de convencerme a mí misma?—. Hace más de un año que no ha vuelto a tomar esas pastillas que lo empeoran.

—Pero continúa con el tratamiento, ¿no? —Esta vez es Ana la que me pregunta. Está sirviéndose un vaso de zumo.

—Sí, pero no son ésas. Y él está bien, en serio. —¿A qué viene este maldito interrogatorio? ¿Es que hay algo de malo en que Héctor necesite el tratamiento aún? No es un crimen, vamos.

—¡Estoy tan contenta de que hayas venido...! —exclama mi madre cambiando de tema, para mi alivio. Ana asiente con una sonrisa anchísima—. Creía que no ibas a aparecer o que llamarías a última hora con alguna excusa. Si es que no te pareces nada a Ana, con lo cariñosa que es ella y...

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. Ya estamos como siempre. ¿Qué pasa si no soy tan ñoña como mi hermana? Ahora mismo toda mi ñoñería y mis arcoiris de colores van dedicados a Héctor. A mi familia ya le he dado amor durante mucho tiempo.

—A ver si se te pega algo de Ana... —Mi madre continúa parloteando.

—Dicen que se pega todo menos la belleza... Y en especial lo malo —se burla mi hermana mirándome sonriente.

Le hago un gesto para que se calle. Pero qué tonta puede ser la tía a veces.

—Lo único que no me parece bien de Anita es que esté gastándose todo ese dinerito en médicos privados —dice mi madre.

—¿Es que no quieres que el bebé tenga los mejores cuidados? —le pregunta ella un poco molesta.

—Claro que sí, hija, pero en La Fe también tienen muy buenos servicios. Han instalado una nueva máquina, ahora mismo no sé para qué, pero es una de las mejores de Europa...

Ya no sigo la conversación. Ha sido oír lo de maquinaria médica y mi mente ha volado a otro lugar. Los ojos de Ian aparecen en mi mente y me sobresaltan. Son tan fríos... Y al mismo tiempo me provocan tanta curiosidad...

—¡Mel! ¿Me traes una cerveza? —La voz de mi padre me sobresalta. He ido al salón sin darme cuenta. Qué mal estoy. Lo miro con los ojos entrecerrados, aún perdida en mis pensamientos—. ¿Cielo?

Asiento con la cabeza, aunque lo que menos me apetece es regresar a la cocina y oír el parloteo de Ana y de mi madre. Me quedo en el pasillo unos instantes, apoyada en la pared, con el corazón a mil por hora y un sabor amargo en la lengua. El puto Ian todavía sigue en mi cabeza.

—Vete... vete... —digo con impaciencia. Ay, Dios, si hablo sola... Maldita loca.

Ana se asoma desde la cocina y me mira con curiosidad.

—¿Me has llamado?

—Estaba hablando con papá —me apresuro a contestar, con una sonrisa que estoy segura de que parece una mueca siniestra—. Quiere una cerveza.

Ana entra en la cocina y, segundos después, reaparece en el umbral con la bebida en la mano. Como ve que me quedo en el pasillo, se acerca extrañada.

—¿Mel? ¿Qué haces? ¿Te pasa algo? —Me tiende la cerveza helada. Al cogerla, el frío me espabila.

—Ana... —digo con un hilo de voz. Trato de empujar las palabras garganta adentro para que no salgan de mi boca. Pero lo hacen, a pesar de todo—. ¿Alguna vez has conocido a alguien que te despertaba una gran curiosidad pero, al mismo tiempo, te inquietaba?

—¿Por qué me preguntas eso? —Se muestra asombrada—. Pues la verdad es que no. ¿Necesitas documentación para alguna novela nueva?

Asiento con esa sonrisa forzada que me está causando dolor en las comisuras. Me doy la vuelta para llevar a mi padre la cerveza cuando Ana vuelve a hablar.

—Yo siempre me arrimo a gente normal, Mel, así que no te serviré de mucha ayuda. —Se echa a reír con los brazos cruzados en la barriga—. Pero tú sí has conocido a personas rarunas...

—Voy a llevarle esto a papá. —Alzo la cerveza y me marcho cabizbaja.

En el salón, él me habla acerca de lo que le ha comprado a mi madre por San Valentín. Un perfume nuevo que, según su opinión, huele fantásticamente. También está pensando llevarla a un bonito restaurante.

—¿Crees que debería reservar ya? —me pregunta preocupado.

—Cuanto antes mejor. Ya sabes que esa noche todo está lleno —respondo.

—Y Héctor y tú, ¿qué vais a hacer?

—Me dijo que era una sorpresa...

—Qué hombre tan maravilloso, ¿eh? Os merecéis el uno al otro. Qué contento estoy por vosotros, de verdad. —Al menos él no juzga la salud de mi novio. Me

da unas palmaditas en la rodilla.

La comida transcurre tranquila, básicamente porque permito que mi familia parlotee mientras asiento una y otra vez y me rasco el cuello, las mejillas, la nariz, los brazos. Me pica todo horriblemente. Los miro y remiro, y el estómago se me va encogiendo poco a poco. Mi madre se preocupa porque no me he terminado el pollo y encima no quiero postre. Me quedo un rato con ellos en la sobremesa, y cuando se acercan las seis de la tarde decido poner punto y final a la visita. No aguanto más.

—Espero que vengas a vernos pronto, que mira que has dejado que pase tiempo. ¡Si no, enviaré a tu hermana a que te traiga a rastras! —Mi madre me abraza con fuerza, me besa, me susurra lo mucho que me quiere.

—Te llamo para ir al Registro, ¿vale? —Ana no puede estrecharme bien, así que le doy un beso y le acaricio la barriga.

De camino a casa, en el coche, medito acerca de mi estúpida actitud. Estoy permitiendo que esa mujer que ya no está y ese hombre que no pinta nada en mi vida estén trastocándola una vez más. Apago la radio y llamo a Dania. Su alegre voz me saluda a través del altavoz.

—¡Nenitaaa! ¿Qué tal?

—Pues volviendo de una comida en casa de mis padres. ¿Y tú?

—Decidiendo qué ponerme, amor. Diego y yo vamos a ir al cine esta noche. ¡Pero es que no me viene nada ya! —gimotea.

—Estarás preciosa te pongas lo que te pongas.

—¿Te apetece venir a mi casa un ratito y ayudarme a elegir?

—Yo... —Me detengo en un semáforo y me paso la mano por el pelo, pensativa—. En realidad te he llamado porque quería que vinieras al piso de Héctor. Necesito hablar contigo de una cosa.

Dania no contesta hasta unos segundos después.

—Vale, como quieras. Pero ¡me llevo unos modelitos para que me digas qué te parecen!

Tal como esperaba, Héctor y Aarón todavía no han regresado de su excursión. Ya ha anochecido, así que imagino que habrán ido a tomar algo. Mientras Héctor se quede al lado de Aarón estaré tranquila. Dejo el agua calentándose en la tetera y luego voy al salón. Me quedo mirando el mueble del que Héctor sacó aquella foto. La maldita Naima, tan lejos y tan cerca de nosotros...

Me arrodillo ante los cajones y rebusco entre las docenas de carpetas y tonterías que tiene almacenadas. Cinco minutos después y cuatro cajones revueltos, no he encontrado nada. Me levanto con un suspiro resignado y fijo la vista en esas copas doradas de champán que su madre le regaló antes de conocernos. Jamás las usamos porque son un poco barrocas y no nos gustan. Como ésta es la parte del apartamento que él se encarga de limpiar, no suelo

tocar nada por aquí. Me lanzo a la vitrina y examino las copas una por una. Encuentro una llave diminuta en la última. Debe de ser ésta. Por favor, que lo sea. Me dirijo otra vez al mueble. Vuelvo a arrodillarme e introduzco la llave en la cerradura. Encaja. Gira. La puertecita se abre y aparecen unos cuantos álbumes de fotos y una caja antigua. Sé que aquí habrá cientos de recuerdos, por eso me siento como una intrusa. Me limito a buscar lo que necesito. «¿Estás preparada para verla otra vez? ¿No tuviste bastante con una?». Obligo a la voz de mi cabeza a callarse.

Encuentro la foto en la caja de zapatos. En realidad no hay nada más. La mirada altiva de esa mujer se clava en la mía y, al recordar los sueños y la actitud de Ian, un escalofrío se pasea por mi cuerpo.

En ese momento suena el timbre y se me escapa un chillido. Dios, qué susto. Parezco una ladrona aquí tirada en el suelo con todos estos álbumes alrededor. Los introduzco en el armario junto con la caja, pero me guardo la foto en el bolsillo trasero del vaquero. Corro a la entrada y abro la puerta de abajo. La voz de Dania me saluda alegremente. Unos minutos después sale del ascensor. Me abraza y me obsequia con dos besos, después da una vuelta sobre sí misma.

—Estás perfecta —le digo sinceramente. Un poco de barriga, pero tan guapa como siempre. Además, siempre he sido de las que piensa que las mujeres embarazadas se ven más hermosas.

Dania entra en el apartamento con una bolsa grande de Zara y se apresura a colocar en el sofá los dos vestidos que ha traído. Son un poco más sueltos y largos de lo que nos tiene acostumbrados.

—¿Cuál te gusta más? ¿El negro o el verde? —me pregunta señalándolos.

—Pruébatelos, que no hay nadie en casa.

Mientras se cambia voy a la cocina y sirvo el té. A mi regreso se ha puesto el negro y está balanceándose de un lado a otro. Asiento con la cabeza.

—Ése es bonito, pero creo que me gusta más el verde. Le queda mejor a tu pelo.

Mientras tomamos el té, me habla un poco de Diego y de lo bien que se porta con ella. De repente se calla y me mira con la cabeza ladeada.

—Dime qué es lo que está provocándote esas ojeras.

—Hay algo que... me preocupa —murmuro apartando la vista.

—¿Qué, Mel? ¿Es algo sobre Héctor? Pensaba que estabais bien...

—No es sobre él... Bueno, en parte sí. —Al alzar los ojos y mirarla, Dania comprende lo que sucede.

—¿Qué es lo que pasa ahora con esa mujer?

—He conocido a alguien que tuvo alguna relación con ella. —Lo he soltado deprisa para no arrepentirme.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—Me confundió con ella.

Dania no sabe qué contestar. Da otro trago a su té y se encoge de hombros.

—¿Y qué? Pues bien por él, ¿no?

—Insinuó algo. —Trago saliva. Empiezan a temblarme las manos.

—¿Qué?

—Que nuestro encuentro había sido obra del destino —respondo, y Dania me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Y si esa mujer...?

—¡Anda ya! —exclama negando con la cabeza—. En serio, Mel, ¿no te montes esas historias! Sé lo que vas a decirme, y se acerca más a una película de terror que a la vida real.

—Quiero enseñarte algo —la interrumpo. Levanto el trasero del sofá y me saco la foto del bolsillo. Mi amiga la coge. Reparo en la expresión de su rostro, entre asombrada e indecisa—. ¿Piensas que somos muy parecidas? ¿Tanto como para que ese hombre me confundiera con ella? —Señalo la foto.

Dania la mira unos segundos más y luego me la devuelve.

—Es verdad que tenéis algún parecido, pero no tanto como piensas.

—¿En serio lo crees? —Lo pregunto ansiosa, deseando que alguien me diga que en esa mujer no hay nada de mí, o a la inversa.

—Es como si afirmáramos que todas las rubias son iguales —bromea Dania sonriéndome.

—Todo el mundo que la ha conocido asegura que guardamos un gran parecido.

—Tú lo has dicho: la conocían, y eso hace que te vean de otra forma. Pero creo que no es verdad. En serio, Mel, hazme caso. —Me coge una mano y me la aprieta, infundiéndome ánimos—. No dejes que esto se convierta en una obsesión.

—Me sobresaltó mucho que ese hombre me llamara Naima.

—Mira, no lo conozco, pero si fue uno de sus amantes debe de ser tan mala persona como ella. —Dania arruga el entrecejo—. No hagas caso de un desconocido.

—No es tan sencillo... —Niego con la cabeza, mostrándome insegura una vez más.

—Mel, es tu mente la que está haciendo que te obsesiones con esa mujer y con lo que sucediera entre Héctor y ella. Son cosas del pasado y punto. —Las uñas de Dania se clavan en mi piel, trayéndome de vuelta a la realidad.

«Las casualidades no existen». La voz de ese hombre asoma en mi cabeza y la aparto con fuerza. Dania está diciendo algo de lo que sólo he captado la última palabra.

—¿Perdona?

—Que a los muertos, Mel, hay que dejarlos en paz.

¿Y si son ellos los que no son capaces de dejarnos a nosotros?

LE LIBROS

El día de San Valentín llega más rápido de lo que pensaba. He estado ocupada revisando un par de escenas de mi novela, así que apenas me he enterado. Ha pasado una semana desde que Dania me dijo aquello, y juro que estoy intentando por todos los medios hacer caso de sus palabras y olvidarme de ese asunto. No necesito en mi vida dramas ni complicaciones. Héctor y yo somos felices, vamos a casarnos. ¡Por fin tenemos fecha: el 7 de septiembre de este mismo año! Él está contento, se muestra más cariñoso y atento conmigo que nunca, y yo... haré todo lo posible por deshacerme de estos pensamientos que no traen nada bueno.

La fecha podría haber sido otra anterior porque no queremos una boda por la iglesia, pero hemos decidido que es mejor dejar pasar un poco más de tiempo, prepararlo todo con ilusión y disfrutar de cada uno de los detalles. No tenemos prisa, ¿verdad? ¿Qué podría impedirnos dar este paso que tanto ansiamos?

Ana no ha dejado de enviarme fotografías de pisos, de muebles y demás. Le comenté que me gustaría mudarme a una casa en las afueras, o incluso en el campo, donde pudiera escribir tranquila. Los motivos son otros, pero es algo que no puedo contarle y que tampoco me atrevo a decir en voz alta. Si me lo guardo es como si no fuera verdad ni siquiera para mí.

Héctor se está duchando mientras yo me tomo un té. Entro en Facebook para

saludar al grupo de mis lectoras, contesto un par de privados y no me da tiempo a nada más porque ya me está llegando un nuevo mensaje de mi hermana. Al abrirlo y leerlo, chasqueo la lengua. Anda que no se pone pesada con estas cosas. ¿No tiene suficiente con la decoración de su casa?

Mira este sofá... ¿No te parece precioso? Creo que os pegaría. Os veo de ese estilo.

Ana, ¿puedes parar de mandarme fotos? Héctor y yo iremos más adelante a mirar cosas. Tenemos tiempo.

¡Luego el tiempo os pisará los talones!

Paso de contestarle. Cierro la aplicación y me levanto para lavar mi taza vacía. Pienso en la sorpresa que Héctor me tendrá preparada. Lo cierto es que me hace ilusión, pero no tanta como debería. ¿Por qué me siento así, con esta sensación de inquietud? Es San Valentín, mi estupendo novio con el que voy a casarme me dará una sorpresa maravillosa, los libros van bien, tengo salud... No obstante, algo me falla en la vida.

El pitido del WhatsApp hace que dé un respingo. Dejo la taza en el fregadero, me seco las manos y abro la aplicación imaginando que será la pesada de Ana. Esta vez es Dania.

¡Diego va a llegar en menos de una horaaa! Se suponía que sólo salíamos a cenar, pero me ha dicho que quiere pasar todo el día conmigo. Y yo, como una tonta, ¡he aceptado! ¿Qué hago, Mel? No sé qué ponerme. Heelp!

¿Desde cuándo mi amiga Dania está tan nerviosa antes de una cita? Chica, ponte un vaquero y un jersey y listos.

Segundos después me llega su respuesta y me arranca una carcajada.

Mira, te dije que no quería nada con hombres, pero... ¡Joder, es que las hormonas me tienen perraca perdida! Y encima es que Diego me pone.

¿No decías que era más jovenzuelo que tú...?

Su mensaje tampoco tarda nada y me hace reír de nuevo.

Tengo que aprovechar ahora que la panza no es tan grande. Después no podré ni verme los pies.

En ese momento Héctor aparece en el umbral de la puerta, recién duchado y afeitado. El olor a champú inunda la estancia y me hace suspirar. Está tan guapo con su ropa de diario... Me encanta ya sea con traje y corbata o con un vaquero. ¡Hasta con el pijama me pone! Se acerca para darme un beso de buenos días. Luego abre la nevera y saca la botella de leche.

—Es Dania —le explico mientras tecleo a toda prisa.

Creo que a Diego le gustarías hasta con doscientos kilos.

Te contaré mañana, ¿vale...? Cruza los dedos por mí para que me acuerde de cómo se hacía.

¡Será exagerada la tía! Ni que hiciera tropecientos años desde que se acostó con un hombre. Aunque quizá a lo que se refiere es a recordar cómo se hace el amor, que es algo muy diferente a lo que ella practicaba. Ay, Dania, que se me va a colgar...

—¿Cómo está? —me pregunta Héctor una vez que he bloqueado el móvil. Está comiéndose una ensaimada y el azúcar le ha manchado los labios. Paso un dedo por ellos para limpiárselos y me lo chupo. Atisbo en sus ojos un destello de deseo—. Melissa... Que acabamos de levantarnos... —Me coge por el trasero y me lo estruja de esa forma que tanto me gusta.

—Bueno... El sexo matutino está genial —respondo con voz sugerente.

—¡Ah, no, hoy sí que no! —Me deja con la palabra en la boca. Tras terminarse el café, pone la taza en el fregadero, junto a la mía—. Tenemos que ponernos en marcha. —Deposita un beso en mi coronilla—. ¡Ve a ducharte!

En el baño, bajo el chorro calentito de agua, me concentro para no pensar en nada. Lo consigo hasta que salgo y me asomo al espejo. Últimamente no me gusta observar mi reflejo. Menuda gilipollez, ¿no? Me obsequio con una palabrota y me apresuro a secarme el pelo. Héctor ya está llamando a la puerta, metiéndome prisa para que salga.

—Pero ¿adónde vamos con tanto atropello? —le pregunto con una sonrisa una vez en su coche—. ¿Es que perdemos el tren?

—Sólo quiero que aprovechemos el día todo lo que podamos —dice con otra sonrisa.

Cuando descubro adónde está llevándome no puedo evitar ilusionarme. Nos estamos dirigiendo a la Albufera, uno de los lugares más hermosos de Valencia. Apoyo una mano en uno de sus muslos y se lo aprieto con ilusión.

—¡Héctor!

—Me dijiste que no habías venido nunca.

—Qué tonta, ¿verdad? Teniéndola en la ciudad...

—Es muy normal. A veces no nos damos cuenta de que tenemos las cosas más cerca de lo que creemos.

Sus palabras hacen que la cabeza se me vaya, una vez más, a donde no quiero. Vuelvo el rostro y miro a través de la ventanilla, concentrada en el bonito paisaje. Logro que esos ojos desaparezcan de mi mente y que, en su lugar, sólo estén los de Héctor.

—¿Sabes qué es lo primero que vamos a hacer? —me pregunta tras dejar el coche en el aparcamiento. Niego con la cabeza mostrándole una sonrisa. Me coge una mano y me observa con los ojos chispeantes como un niño—. Vamos a la Torre.

—¿Qué es eso? —inquiero curiosa.

—Ya lo verás.

Caminamos cogidos de la mano como dos adolescentes en su primera cita. Empiezo a contagiarme de su emoción. Además, hace un día precioso. Para ser febrero el sol luce con fuerza y calienta. Nos detenemos en la Torre, desde donde pueden observarse numerosas aves, incluso desde la distancia a la que nos encontramos. Héctor me señala unas con un hermoso color turquesa en el rostro.

—Son anátidas —me dice.

—¿Perdón?

—Patos.

—Vamos, ¡lo que había supuesto! —Me echo a reír.

Observamos también unas que, según él, se llaman aguiluchos laguneros y que para mí son las águilas de toda la vida. Tras nuestra parada en la Torre continuamos el paseo por un puente de madera y nos adentramos en un pinar.

—Me encanta —susurro en el observatorio, donde visitamos más aves sin molestarlas.

Nos dirigimos hacia El Palmar para comer en uno de sus numerosos restaurantes. Como hace tan buen día, nos topamos con un montón de gente que va a pie o en bicicleta. Héctor y yo sonreímos cada vez que pasan familias con chiquillos chillando y brincando.

Comemos una paella riquísima en uno de los mejores restaurantes de El Palmar. Bebemos vino y nos morimos de la risa recordando algunas anécdotas de la época en la que él era mi jefe. Cuando el silencio se hace entre nosotros, me convengo de que todo marcha bien, de que soy feliz y de que él no me oculta nada. Y si lo hace, tendrá sus motivos.

—Y ahora viene lo mejor —me susurra al oído tras un largo paseo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué será? —murmuro yo con voz seductora.

Me lleva hasta la zona de las barcas y subimos a una junto con un grupo

reducido de gente.

—Me habría gustado estar tú y yo solos, pero no ofrecían esa posibilidad —me dice Héctor bajito, aferrándose a mi cintura.

—No importa. Así está muy bien —digo con una sonrisa totalmente sincera. ¡Jamás he ido en barca!

Al principio me da un poco de miedo el balanceo, pero, poco a poco, voy acostumbrándome. Los besos que Héctor deja en mi cuello y por detrás de mi oreja me ayudan a olvidar a los demás. Sus manos, enlazadas con las mías, son una bella promesa. Al cabo de un rato el sol baja, dejándome anonadada. Héctor siempre sabe llevarme a los lugares más bonitos.

—Dicen que uno de los atardeceres más bellos de España está aquí —susurra a mi oído, haciéndome cosquillas con su aliento.

—Y lo es, Héctor. —Me aprieto más contra él, disfrutando del calor de su cuerpo, de su presencia, de sus labios en mi nuca.

—¿Sabes qué? —Su respiración acaricia mi oído. Niego con la cabeza—. Cada vez que te tengo cerca, que toco tu piel y te beso es como si en mí hubiera un atardecer mucho más hermoso que éste. Uno impregnado de ese color anaranjado.

El corazón me vibra con sus palabras, que me crean un nudo en la garganta. El destello rojizo penetra en mis ojos, empapándome de toda esa belleza imposible de describir con palabras. Héctor me aparta el pelo y besa mi piel con suavidad, arrancándome un suspiro. Estoy empezando a excitarme.

—¿Quieres que nos quedemos a la cena que hay después o nos vamos? —me pregunta como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—Lo que tú prefieras —le digo, aunque me dan ganas de rogarle que nos vayamos y a donde quiera que sea.

Para mi alegría, nada más bajar de la barca nos marchamos de la Albufera. Héctor me tiene preparada otra maravillosa sorpresa: vamos a pasar la noche en el hotel balneario resort Las Arenas, uno de los más exclusivos de Valencia, con un estilo arquitectónico sublime y elegante. Al llegar a la habitación y abrir la puerta mi sorpresa es mayor: la iluminación está atenuada, pero puedo apreciar lo enorme y maravilloso que es este lugar. En el suelo hay diseminados unos pétalos de rosa.

—¿Cuándo has venido aquí? —pregunto, confundida, mientras entramos en la *suite*.

—No he sido yo, pero les dije exactamente cómo quería que lo decoraran.

Sonrío al seguir las flechitas hechas con los pétalos. Cuando llegamos al dormitorio, casi se me cae la baba. ¡Dios mío, qué cama! Ahí caben cuatro personas, al menos. Las flores continúan hasta una terraza en la que, supuestamente, cenaremos.

—¿Qué te va pareciendo de momento? ¿Te gusta? —me pregunta Héctor con

ansiedad.

—Me encanta. —Asiento con sinceridad.

A mitad del pasillo —esta *suite* es casi como su apartamento, por Dios— me encuentro en el suelo algo que me hace lanzar una carcajada. ¡Es *Ducky*! Bueno, en realidad no, pues el mío es un diablillo y éste es como el de Dania, el sado. Lo cojo sin dejar de reírme y miro a Héctor.

—Me dijeron que querían unirse a la fiesta... —responde encogiéndose de hombros con una sonrisa. Me señala el papelito que el juguete lleva pegado con celo en el pico: «¿Te apetece jugar conmigo?».

—Ahora mismo no sé con quién quedarme... Si contigo o con el patito —bromeo.

Los pétalos nos guían hasta una puerta cerrada. En el suelo hay otro pato, de color blanco, con un beso tatuado en el costado. ¡Pero qué mono es! Esta vez el mensaje que lleva adherido reza: «¿Quieres comerme a besos?».

—¿Todos ellos van a acompañarnos en la velada? —pregunto divertida.

Héctor no me responde, sino que abre la puerta del baño, arrancándome una exclamación de sorpresa. Está lleno de velitas encendidas que le otorgan un aspecto de lo más romántico. El perfume de la cera aromática lo inunda todo y no puedo más que apretar los patos, emocionada y sorprendida. Héctor se preocupa tanto por mí...

—Esto es... es precioso. Debe de haberte costado un dineral. —Me doy la vuelta y lo miro agradecida.

—Quería que te relajases. Espero conseguirlo.

Me abraza y mete los dedos de su mano derecha entre mi pelo para echarme la cabeza un poco hacia atrás y así poder besarme. Lo recibo con ganas, con deseo, con premura.

Su lengua sabe tan bien como siempre, incluso mejor. Dejo caer los patos al suelo y me aferro a su ancha espalda, paseando mis manos por ella de arriba abajo. Los besos son cada vez más apasionados, y mi respiración se agita casi tanto como la suya. Cuando nos separamos, los labios de Héctor están rojos y húmedos.

—¿Llamo para que nos traigan la cena o...?

—La verdad es que estoy llena aún de la comida —respondo, con una sonrisita pícaro.

—Yo todavía tengo hueco para comerte a ti.

Se inclina y me da otro beso que acaba con un mordisquito juguetón. Se lo devuelvo, y después dejamos que nuestras lenguas se entrelacen en un baile impregnado de amor y deseo.

Cuando quiero darme cuenta me parece que estoy volando por los aires. Héctor me alza por encima de su cabeza y mi sexo, cubierto por la ropa interior y los vaqueros, palpita al encontrarse con su nariz.

—¡Me caeré! —exclamo con una risa nerviosa.

Me deja en el suelo otra vez y se encamina al *jacuzzi*, que para mi sorpresa ya está lleno. Me inclino y pruebo el agua con dos dedos. Está calentita.

—¿Entramos?

Asiento con la cabeza. Nos despojamos de la ropa con rapidez. Contemplar el cuerpo desnudo de Héctor, su excitante tatuaje y su miembro duro hace que mi estómago se contraiga por el deseo. Me indica en silencio que me meta en el *jacuzzi* y que lo espere. Le hago caso y suelto un suspiro en cuanto entro en contacto con el agua. Dios, pero qué bien se está aquí. ¡Deberíamos haber venido mucho antes! Me echo hacia atrás, apoyando la espalda en la pared, y estiro las piernas cuanto puedo.

Héctor regresa con una botella de cava, fresas y bombones. Cuando entra en el *jacuzzi* su miembro se mueve ante mi rostro y me dan ganas de introducirme en la boca y saborearlo. Descorcha el cava y lo sirve en dos copas. Me tiende una y levanta la otra.

—Vamos a brindar —murmura acercándose sensualmente—. Para que pueda recorrer tu cuerpo cada una de las noches de mi vida.

—¿Dónde ha quedado el « para que seamos felices » y cosas así?

—Demasiado típico. —Da un trago a su cava y asiente con la cabeza mientras lo degusta—. Está muy bueno. —Me anima a que yo también lo pruebe.

Antes de que pueda decir nada, ya está toqueteando los botones y, de repente, unos chorros golpetean mi espalda y mi trasero. Se me escapa una exclamación de sorpresa que hace que se carcajee. Vuelve a acercarse con el tarro de fresas y lo pone ante mi cara para que coja una.

—Muerde el rabito —me dice.

Parpadeo confundida, hasta que entiendo lo que se propone.

—A sus órdenes...

Se arrima, me acoge entre sus brazos y atrapa entre sus dientes el otro extremo de la fruta. Su excitación palpita contra mi muslo, provocando que el deseo despierte en mí con más fuerza. Me termino la fresa mientras coge otra. Me acaricia los labios con ella. Me aferro a su cuello y me aprieto contra él, metiéndome toda la fresa en la boca y dejando sólo el rabito, con lo que nuestros labios se juntan sin remedio en un beso de lo más tórrido.

—Estoy enamorado de tu sabor, mi aburrida —me susurra en la boca, provocando en mí unas cuantas oleadas de placer.

—Y yo de tu tatuaje... —Le guiño un ojo al tiempo que deslizo mis dedos por la encantadora rosa.

Héctor me estrecha contra sí como si quisiera que nos uniéramos en uno solo y así no separar nuestros cuerpos jamás. Para mi sorpresa, coge la botella de cava que está en el borde del *jacuzzi* y la alza sobre nosotros. Lo miro con

curiosidad y con una sonrisa.

—Echa la cabeza hacia atrás y abre la boca —me pide.

Asiento y de inmediato le obedezco. Segundos después noto el frío líquido en mi lengua. Intento tragarlo todo, aunque no puedo evitar que algunas gotas caigan fuera. Héctor me coge del trasero con la otra mano y me empuja contra su cuerpo para devorarme. Chupa el cava que se ha salido, me lame los labios y la barbilla, sediento y hambriento de mí. Al separarse y descubrir sus ojos oscurecidos y su rostro contraído por el placer, toda yo me desbordo y caigo en esa locura que a ambos nos caracteriza cuando hacemos el amor. Lo cojo de la nuca, subo las manos hasta su pelo y entierro los dedos entre unos mechones, se lo revuelvo, ansiando que me bese más y más, que su lengua se una a la mía hasta compartir un solo sabor. Se separa y va bajando por mi cuello húmedo al tiempo que me coge de las caderas para elevarme y sacar mis pechos del agua. Se los queda mirando con deleite, con tanta gula que hasta me causa algo de vergüenza.

—¿Te he dicho alguna vez que...?

—¿Que te encantan mis tetas? —termino por él con una sonrisa.

Suelta una risita, y me sorprende con lo que me dice.

—Que aquí... —Me acaricia un pecho con suavidad y luego el otro, y lo único que consigue es que mi piel despierte—. Y aquí... —Su mano se pasea por mi vientre—. He descubierto lo que es vivir.

—Héctor... —Por unos momentos, no sé por qué, me siento terriblemente culpable, como cuando quedaba con Germán aun sabiendo que a él le causaría dolor.

—Tus pechos son mi hogar, Melissa. —Me alza un poco más y me besa en el ombligo—. Y tu vientre, tus piernas, tu sexo... —Me deposita otra vez en el suelo del *jacuzzi* y me mira a los ojos con intensidad—. Y tu alma. No quiero ningún otro refugio.

Me abrazo a su espalda y permito que me bese con todo ese amor que guarda y que incluso me sorprende. Yo misma quiero ofrecerle todo de mí, tal como estaba haciendo hace unos minutos, pero hay algo en mi interior que se ha agazapado e intenta esconderse de toda esa entrega.

—Eres la única que podía despertarme de mis malos sueños. —Un beso en los párpados. Otro en la punta de la nariz. El siguiente en la barbilla y el último en los labios—. Tú, nadie más. ¿Cómo iba a ser otra?

Y otra vez el rostro de Naima acude a mi mente. Y pronto se une el de Ian. Y siento que, si no hago algo, destrozaré todo lo que estamos creando. ¿Por qué las palabras de Héctor, de este hombre al que se supone que amo tanto, me provocan una gran inquietud? Para intentar olvidar lo beso con ardor, con un poco de furia y con bastante miedo. Se anima creyendo que estoy tan excitada como él y me sujeta, haciendo que nademos por el enorme *jacuzzi*. Sus manos se

pierden en mi cabello, humedeciéndomelo con los dedos, enredándomelo, echándomelo hacia atrás. Le muerdo los labios, también la lengua, y consigo desvanecer esos rostros que me torturan.

—No puedo esperar más, Melissa. —Sin añadir otra palabra me coge en brazos y me saca del *jacuzzi*.

Suelto una exclamación porque resbala al bajar los escalones, pero, por suerte, consigue mantener el equilibrio. Pensaba que íbamos a hacerlo en el agua... Sin embargo, Héctor me lleva hasta el dormitorio y, sin esperar a que nos sequemos, se deja caer en la cama conmigo debajo. Subo las piernas y las enrolló en torno a sus caderas, echándome hacia delante y empujando contra su erección. Se le escapa un jadeo que me provoca un estremecimiento. Busca mi entrada, se frota con ella haciéndome sufrir un poco y, al fin, se mete en mí sin concesiones. Hasta el final. Me insinúa con el cuerpo para que se dé cuenta de que lo quiero duro. Se me pasa por la cabeza que nuestra relación siempre ha estado marcada por este sexo animal en el que nos deshacemos de todo lo que llevamos a cuestas. ¿Por qué? ¿Es que va a ser siempre así? No obstante, esta vez soy yo quien lo busca así. En sus pupilas sólo hay un amor que me desconcierta, uno sin límites, infinito y luminoso. Y debería jactarme de ello, tendría que gritar de alegría, reírme, jadear mientras Héctor me penetra y conquista mis caderas haciéndome suya y, al mismo tiempo, libre.

—Para siempre, Melissa... Tú y yo para siempre —jadea balanceándose sobre mí.

Y aunque yo misma he pensado en nuestra unión eterna, en este instante sus palabras se oscurecen en mi mente. Y sólo una me ronda la cabeza: secretos. Uno. Dos. ¿Cuántos? ¿De verdad está ocultándome algo o soy yo quien estoy perdiéndome?

Coge mi rostro con sus manos de forma posesiva, me besa hasta que los labios me duelen y, aunque siento placer, me mantengo callada. No gimo, apenas me muevo. Dejo que sea él quien lo haga todo: el que me mire, el que me susurre lo mucho que me ama. Le devuelvo la mirada, consigo sonreír cuando gruñe que está a punto de irse. Pero me noto lejana, como si este cuerpo no fuera el mío, como si ahora fuera yo esa Naima que lo destruyó.

Sus jadeos me sacan del ensimismamiento. Lo noto terminar en mi interior. Su calidez me llena y, de inmediato, tengo que fingir el orgasmo. Gimo. Me retuerzo bajo la presión de su cuerpo. Hincó los dedos de los pies en su trasero y le araño la espalda. Me mira con atención y, por unos instantes, creo que se ha dado cuenta del engaño. Sea como sea, no dice nada sino que me sonríe y me acaricia la frente, perlada de sudor. Nos quedamos unos minutos en esa postura hasta que el peso de su cuerpo me molesta y nos levantamos.

Cambiamos las sábanas para no resfriarnos: las hemos humedecido demasiado. Las dejamos en el baño, donde las observo en silencio como si

fueran a contarme alguna historia. El abrazo que Héctor me da por la espalda me sorprende y me hace dar un respingo. Se ríe en mi oído y me besa en el lóbulo.

—¿Qué tal está siendo la noche...?

—Perfecta —atino a decir forzando una sonrisa que, de todos modos, no puede ver.

—¿Estás bien?

Me insta a que me dé la vuelta, y lo hago con la cabeza gacha hasta que no tengo más remedio que levantarla.

—¡Claro! Es que... En serio, todo esto que haces por mí... es maravilloso.

Por unos segundos, una vez más, me tienta sacar el tema de Naima. Hablarle de mis sueños. Contarle mi encuentro con ese hombre. Pedirle, si de verdad quiere que sea su mujer, que me explique todo de ella, que me diga cómo era. Rogarle que me asegure que, entre ella y yo, no hay nada igual. Suplicarle que me ayude a disipar todas estas dudas que logré apartar antes y que ahora, no sé por qué, no puedo alejar de mí. Temo por él, por mí, y estoy desquiciándome.

—Tú y yo, Melissa... —Me abraza una vez más y me quedo como una muñeca inerte entre sus brazos, aunque no parece darse cuenta—. Para siempre. Como mi amor. Te amaré siempre. Hasta en la muerte lo haría. Sí... Morir, y todavía amarte más. —Me acaricia una mejilla.

Sonríó. Pero sus palabras, en lugar de hacerme la mujer más feliz del mundo, me provocan una molesta inquietud.

LE LIBROS

Viernes. Oscuro, frío, lluvioso. En las calles tan sólo hay transeúntes que deben cumplir con sus obligaciones. Ayer, mientras trataba de terminar un capítulo de la novela sin mucho éxito (la editora está que se tira de los pelos, y cada vez me siento más avergonzada), se me ocurrió quedar con mis amigos tal como hacíamos antes. Necesitaba apartarme de la oscuridad del despacho; echarnos unas risas, cotillear, soñar con el futuro. Todos los cambios que nos han llegado tan de repente me han trastocado. Sé que puede sonar a niñaata, a inmadura, porque la vida continuamente está modificándose, y hay que evolucionar y no quedarse anclada al pasado, pero lo único que necesito es darme cuenta de que están ahí. Al final sólo he podido quedar con Dania y con Aarón porque Ana come con Félix en casa de sus suegros y Héctor tiene una comida de negocios.

Así que aquí estoy, solita ante la mesa más arrinconada que da a la calle, observando la lluvia que cae tras el cristal y estudiando el aire taciturno de los transeúntes. «Caminar bajo la lluvia es propio de personas con un corazón atormentado». Dios, cómo me gustaría desconectar la mente, poseer un mando a distancia que, con tan sólo un clic, me permitiera apagar todos esos pensamientos indeseables. ¿Por qué los seres humanos tenemos esa manía de dar vueltas a todo aquello que no debemos, de traer a la memoria acontecimientos, escenas, palabras y detalles que tan sólo nos provocan desazón? Hace un tiempo

apunté en uno de mis cuadernos una frase de una película que me caló muy hondo y que ahora no puedo evitar recordar: « El pasado sólo es una historia que nos contamos a nosotros mismos» .

El estómago me gruñe. Es la tercera vez que lo oigo desde que he entrado en la hamburguesería. Huele demasiado bien y me muero de hambre. ¿Cuándo van a llegar? Mientras pienso en lo que pediré, por el rabillo del ojo veo una figura familiar al otro lado de la calle, esperando en el semáforo. Es Dania con un abrigo verde oscuro casi hasta las rodillas y unas preciosas botas de color negro. Está volviéndose muy estilosa, y ese pensamiento me hace sonreír. Mientras camina hacia aquí, con el paraguas en una mano y con la otra alzada a modo de saludo, rememoro esa canción de Nancy Sinatra tan pegadiza. « *These boots are made for walking and that's just what they'll do...* ». (« Estas botas están hechas para caminar y eso es justo lo que van a hacer... »).

Segundos después la tengo a mi lado, inclinada para darme un beso. Echa un vistazo a las sillas vacías.

—¿Y éste? —pregunta refiriéndose a Aarón.

—No lo sé, Nancy.

—¿Qué? —Parpadea sin entender a qué me refiero. Sonríe y le señalo las botas. Como continúa sin pillar la bromita, le tarareo la cancioncilla hasta que se une a mis risas—. ¿Te gustan? Las vi en un escaparate y no pude controlarme. —Deja el paraguas colgado de la silla—. ¿No ha enviado Aarón ningún mensaje ni nada? —Hace amago de sacar el móvil, pero niego con la cabeza—. Pues vaya, ¡está convirtiéndose en un impuntual! —Sacude su cabello encrespado por la humedad y se quita el abrigo.

Adoro contemplar su tripa bajo esos jerséis ajustados. Espero a que se siente para interrogarla acerca de la sonrisilla que ilumina su rostro.

—¿Al final hubo buen sexo? —bromeo.

—¡Guarrilla! —Coge una servilleta de papel, hace una bola con ella y me la lanza. La atrapo al vuelo, me encojo de hombros y río. ¡Vamos, a mí no me engaña! Ahora que no se haga la señorita escandalizada—. Me lo pasé tan bien, Mel...

—¡Venga, cuéntame!

—Como el día era tan bonito comimos en una terraza muy coqueta por Ruzafa. Me sabía mal que lo pagara él con su situación, pero al final insistió tanto que tuve que aceptarlo. Y tampoco quería herir su orgullo. —Se detiene un momento y vuelve a sonreír—. Por la tarde paseamos, hablamos muchísimo... —Sus ojos sueltan un destello que me sorprende. Está eufórica, ilusionada. Después de lo que le hizo el traidor de su ex y de lo que le ocurrió con el embarazo, no puedo más que alegrarme—. ¿Sabes? —Agita la mano para llamar mi atención—. Creo que jamás he hablado tanto con alguien. Ni siquiera con... —Calla y hace un gesto de indiferencia—. Bueno, ya sabes. Pero Diego me

escucha, se interesa por mi vida, y la verdad es que a mí también me apetece contarle todo.

—Y pensar que esto empezó únicamente con que te gustaba su culo...

—¿Crees que estoy precipitándome? —Me mira asustada—. ¿De verdad estará interesado en mí? Quiero decir, en mí como mujer con su corazón y esas cosas... Ay, tía, que a mí no se me da bien expresarme.

—Tranquila, que te entiendo. —Le dedico una sonrisa—. Sabes que no lo conozco apenas... Seguramente Aarón podrá decirte más que yo. —Jugueteo con la bolita de papel que me ha tirado—. Pero vamos, que creo que Diego es un hombre serio y responsable.

—Es tan joven... Y yo... —Dirige la mirada a su barriga—. Quiero decir, ¿qué es lo que le habrá llamado la atención de mí?

—¿Tú? —Parpadeo sonriendo, haciéndole ver que tiene que valorarse más. ¡La de veces que me dio consejos sobre autoestima y ahora le falta a ella!

—No me refiero a eso, Mel. Es que Diego no es de los que quieren metérmela y ya está. —De repente me mira muy pícaro—. Bueno, lo hicimos, pero fue muy especial. Me sentí...

—¿Querida? —le ayudo a terminar. Asiente y se atusa el cabello—. Diego ha visto en ti a la auténtica Dania, a esa que se merece todo el respeto y el amor del mundo —le digo.

Alarga la mano por encima de la mesa. Saco la mía del regazo y se la tiendo. Me la estrecha y sonrío, agradeciéndome todo en silencio.

—Me da un poco de miedo, pero tengo tantas ganas de volver a verlo... —Sonríe al recordar algo—. Y encima no le importa que esté esperando al bebé. Es más, parece ilusionado...

—Quizá la situación con su madre le haya hecho madurar mucho antes y ver la vida de otro modo —opino.

—La antigua Dania, la que era egoísta y alocada, se habría largado corriendo al saber todas las dificultades que tiene. —Me mira como si ella misma no lo creyera—. ¡Pero es que quiero ayudarlo!

—Eso pasa cuando te importa alguien de verdad —le digo, y me saca la lengua—. Tú siempre has sido muy buena persona... aunque te empeñes en no reconocerlo.

Sonríe y, unos segundos después, da un respingo. Se sujeta la barriga y se echa a reír.

—¿Patada?

—Madre mía, cómo se mueve. Estoy segura de que va a ser bailarina.

—¿Es que acaso será una niña? —le pregunto apoyando la barbilla en una mano.

—Es lo que siento.

—Que sepas que estoy cabreada con la tontería esa de mi hermana y tuya de

no querer conocer el sexo del bebé. Ahora podrías estar segura de tu premonición. Si estuvierais del mismo tiempo, seguro que pariríais juntas. Qué cansinas —lo digo medio en broma, medio en serio.

No nos da tiempo a comentar nada más porque unos golpecitos en el cristal nos hacen dar un brinco. Aarón nos saluda desde fuera con una sonrisa. Dania suelta un gritito y yo le devuelvo el gesto a nuestro amigo. Cuando llega hasta la mesa me fijo en que no tiene ese aspecto radiante de siempre. La verdad es que lo perdió hace ya algún tiempo, y es algo que no me agrada. Su barba está más descuidada, tiene ojeras oscuras y los ojos apagados. Tanto Dania como yo cruzamos miradas mientras nos saluda con besos.

—¿Qué tal mis bombones?

Sé que está tratando de aparentar ser el mismo Aarón de siempre, pero es imposible engañarnos. Lo conocemos bien. Dania se adelanta a mí, incluso antes de que él se haya despojado de la chaqueta.

—Hijo mío, entre tu cara y la de aquí nuestra amiga escritora... —Me señala con una de sus uñas de color chicle—. ¡Podéis formar parte de un cortejo fúnebre!

Ya que ella no sabe nada de lo acontecido con Alice y mucho menos de mi discusión con Aarón, me limito a forzar una sonrisa al tiempo que él suspira. De inmediato el camarero se acerca para tomarnos los pedidos. Es Dania la única que se decide por una megahamburguesa. Yo, no sé por qué, me noto nerviosa y he perdido el apetito. Aarón, por su parte, tampoco parece tener hambre. Lo observo con intensidad, para que comprenda lo que se me pasa por la cabeza, pero se limita a desviar la vista hacia Dania.

—¿Qué tal tu San Valentín, cariño? —le pregunta ella.

—No hice nada especial. Alice y yo nos quedamos en casa viendo una película.

Quiero preguntarle qué tal van las cosas con el exmarido, pero tengo que morderme la lengua y guardar silencio.

—¿Cómo está? —pregunto al final.

—Bien. —Aarón desvía la vista hacia mí, consciente de que me preocupa la situación. Por unos segundos se muestra ausente, como si quisiera revelarnos algo y no se atreviera. Alargo la mano y la sitúo sobre su brazo, haciéndole saber que estoy aquí, que siempre lo estaré—. Mel —susurra muy débilmente, y esa mirada sombría que me dedica casi se me antoja una llamada de auxilio—. Quería que se viniera a mi piso. Me preocupa... —Jamás había visto a Aarón tan abatido—. Necesito proteger a sus hijos. Son una parte de ella y... ahora de mí. Creo que también los quiero.

—Por supuesto que sí. —Le sonrío, aunque no tengo ganas.

—En mi ático no hay habitación para los niños... No sé, he estado pensando en mudarnos todos juntos a un piso más grande, pero Alice dice que no se siente

preparada, que necesita su espacio, y que es mejor que primero los niños se acostumbren a mí. —Se frota la cara con ansiedad—. Y lo entiendo, joder, claro que sí. Pero también siento que no estoy ayudándola en nada.

—Aarón... —Lo he interrumpido porque está poniéndose demasiado nervioso—. Esas cosas no se superan tan fácilmente. —Le froto el brazo con ternura. Me apena mucho verlo así—. Si Alice no se sintiera bien contigo, no intentaría nada, te lo aseguro. Debe de ser difícil para ella abrirse a otro hombre y, aun así, lo está haciendo. Estoy convencida de que le importas.

—Tú lo estás haciendo muy bien, Aarón. —Dania intenta animarlo cogiéndole la otra mano—. ¡En serio! —Lo atrapa de la barbilla y le vuelve la cara hacia ella—. Has sido uno de los hombres que mejor me ha tratado. El otro es Diego. —Hace un mohín gracioso con los labios y consigue que Aarón esboce una débil sonrisa—. Lo que quiero decir es que tú, por mucho que creas que no, sabes cómo tratar a una mujer y, por supuesto, amarla.

—Exacto —coincido, acariciándole la barbita descuidada. Parece un niño al que estamos colmando de atenciones.

El camarero se acerca con nuestras bebidas, interrumpiendo la íntima escena. Sin embargo, continúo con la mano en el brazo de Aarón, y no voy a retirarla hasta que llegue la comida porque el calor de su piel me reconforta, y porque sé que él necesita este contacto.

—No debería haber pedido una Coca-Cola porque estos días tengo unos gases... —Dania da un buen trago a su bebida—. Pero por una no creo que pase nada. Es que echo muchísimo de menos su sabor.

—Mientras no dispares aquí... —bromea Aarón.

Pocos minutos después nos traen la comida, y Dania se lanza sin contemplación alguna a su hamburguesa. Mientras comemos —bueno, mi amiga se zampa lo suyo en menos de cinco minutos—, apenas hablamos y cuando lo hacemos es para comentar las náuseas que Ana tiene últimamente.

—Estoy un poco cagada. ¿Y si me pongo igual? Y encima me ha dicho que le cuesta un montón dormir, que no sabe en qué postura ponerse y que el bebé le da unos patadones que la deja seca. —Dania se limpia la barbilla y pone la servilleta en su plato vacío. A continuación señala el mío—. ¿Puedo cogerte unas patatas?

Le indico con un gesto que es todo suyo. Abre los ojos con sorpresa y luego mira la comida con gula.

—¿No quieres más? —Ladea la cara hacia el plato de Aarón. Bueno, al final él se ha comido media hamburguesa y todas las patatas, que ya es más que lo que yo he picoteado. Aun así, no es nada en comparación con el apetito que nuestro amigo tenía antes—. No quiero que penséis que no me afecta vuestra mala racha. Estoy preocupada, que lo sepáis. Lo que pasa es que no puedo evitar tener un hambre... —Se pone morada de patatas mientras trata de disculparse.

—Tú come, pelirroja. —Aarón le acaricia el pelo.

—Ya sabemos lo que le pasa a Aarón... Pero ¿y a ti, Mel? ¿Y esa cara de mustia?

Suelto un suspiro resignado. Sabía que me tocaría alguna vez. Y, de todos modos, los he llamado porque en el fondo esperaba desahogarme de alguna forma. Dania sabe algo de lo que me sucede. No así Aarón, y tal vez podría explicarle... Al fin y al cabo, yo le he guardado su secreto.

—¿No tuvisteis un buen San Valentín Héctor y tú? —me pregunta mi amiga.

—La verdad es que todo lo que preparó fue maravilloso.

—Entonces no sé qué...

—Fui yo quien no pudo actuar como quería.

—¿Qué quieres decir?

—Todo iba bien hasta que me llevó a un hotel y allí, no sé qué me pasó, pero empecé a pensar cosas, y al final no pude disfrutar de nada.

—¿Ni del sexo? Pues, chica, eso es un pecado mortal. Anda que no gozar de tu pedazo de futuro marido... Mira yo, que quiero y cada vez puedo menos. ¡Qué injusta es la vida! —Intenta ser graciosa, pero la verdad es que ni Aarón ni yo reímos. Él, por sus motivos; yo, por los míos. Dania se da cuenta y se muerde el labio inferior—. Vale, ya me callo. —Y se dedica a comer más patatas.

—¿Qué cosas pensaste, Mel? ¿Tienes problemas con tu novela? —me pregunta Aarón.

—Aparte de eso... —No me sale lo que quiero contarle.

¿Por qué ahora siento vergüenza de decirles que continuo obsesionada con el pasado de Héctor? Quizá porque una parte de mí es consciente de que no estoy haciéndolo bien. Ni por él ni por mí. No obstante, siempre he sido así. Siempre tratando de averiguar, de comprender todo aunque no haga falta, de buscar causas en cosas que no la tienen. Toda mi vida sometiéndome a torturas tejidas con remordimientos, recuerdos, frustraciones y anhelos.

Dania bebe de su Coca-Cola y, una vez que ha tragado, decide hablar por mí y explica a Aarón mi comida de cabeza.

—Está paranoica perdida con la zorrupia aquella. Tiene sueños y todo.

—¿Qué? —Aarón se vuelve hacia mí sin comprender.

—Sí, ya sabes, la ex de Héctor —le explica Dania.

—¿Ha pasado algo con él? —Aarón se sobresalta.

Como de inmediato sé a lo que se refiere, agito la mano para calmarlo. Soy consciente de lo mucho que sufrió intentando ayudar a Héctor.

—Soy yo, ¡yo! Él está bien. Es más, aunque no me lo diga, es muy probable que apenas piense en ella ya.

—Vale... —Aarón arquea una ceja—. ¿Entonces...? A ver, Mel, sé clara. ¿Ha pasado algo para que estés así?

Miro a Dania, quien me hace un gesto como animándome a contar la verdad. Sin embargo, vuelvo a dar un rodeo.

—Todo estaba genial, en serio. Fue de repente. Un día algo cambió para mí al observar las sillas o la cama de la casa de Héctor. Empecé a soñar con ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Mel? Podríamos haber hablado de ello. — Aarón se muestra un poco sorprendido.

—No pensé que fuera nada. Es más, supongo que no lo es, y que estoy haciendo una montaña de un grano de arena. La cuestión es que en mis sueños ella me habla... Y lo peor es que se me aparece como un espíritu. —Agacho la mirada, un poco avergonzada.

—¿Cómo se nota que eres escritora! A partir de ahora dedícate al terror. — Aarón mueve la cabeza—. ¿Y qué cojones te dice la muerta?

—No seas irrespetuoso... —Le doy un golpecito en la mano—. Pues... me dice... —Noto que estoy poniéndome roja. Dania me observa atentamente. Ni siquiera a ella le he confesado mi última pesadilla—. Me dice que busque respuestas, pero que no me gustarán.

—¿Respuestas a qué? —Aarón cada vez parece más confundido.

—Nuestra amiga locuela piensa que Héctor le oculta... cosas —interrumpe en ese momento mi querida amiga.

—¿Qué?! —Aarón abre los ojos todavía más y ríe negando con la cabeza—. Pero ¿qué te pasa, Mel? ¿Qué tienes ahí? —Me da unos golpecitos en la sien.

—¿Que ya no pienso eso! —me quejo, un poco molesta por su reacción.

—No me lo creo —discrepa Dania poniendo los ojos en blanco.

Me vuelvo hacia ella, indignada.

—Lo único que me ocurre es que a veces me parece que Héctor no ha sido ni es del todo sincero conmigo.

Hala, ¡por fin lo he soltado! Me quedo callada unos segundos, pero me siento igual de intranquila.

—¿Qué te hace pensar eso? —Otra vez Aarón, con esa voz inquisidora que enerva.

—Si nos vamos a poner en plan amiguismos, mejor me callo. —Cruzo las manos sobre la mesa, mostrándome muy seria.

—Mel, no seas así. Sólo quiero saber. Tú misma dices que se comporta con normalidad... Además, ¿qué iba a ocultarte? ¿Que ha sido un asesino en serie o algo así? —Se ríe de su propia broma, pero me temo que he palidecido.

—Justamente no fue el más sincero del mundo al principio. Tardó siglos en confesarme que estaba enamorado de mí, y cuando empezamos a salir me ocultó lo de las pastillas y el psiquiatra... —Trato de defenderme, aunque sé que estoy comportándome como una niña malcriada.

—Bueno, creo que eso es más normal que si te hubiera dicho: «Mel, te quiero. Ah, y antes era adicto a los ansiolíticos y tenía pensamientos suicidas». No es algo que la gente vaya confesando por ahí, ¿a que no?

—Pero ¡yo soy su pareja!

—¿Y qué? Hay cosas que necesitan su tiempo. —Me mira fijamente, muy serio.

Dania está muy callada, observándonos al uno y al otro alternativamente. Le hago un gesto con las cejas para que diga algo.

—A ver, no sé... Quizá esperaba el momento adecuado para contártelo...

—Pues creo que si no hubiera sido por su madre, no lo habría hecho y habría tenido que enterarme de repente por uno de sus ataques. —Los miro con los labios apretados, y empiezo a pensar que no tendría que haber abierto la boca sobre el tema—. ¡Escondía las pastillas! —les recuerdo.

—Creía que estabais bien y que confiabas en él, Mel. —Aarón se frota los ojos, haciendo más visible su cansancio—. Si no, no habrías vuelto con él, ¿me equivoco?

—Sólo es que creo que con Naima le sucedió algo más... algo que hizo que Héctor se comportara así, que tuviera tanta rabia y tanto dolor acumulados...

—¿No te parece motivo suficiente que la persona a la que amaba se la pegara con otro y que encima muriera?

—Olvidalo... No lo entendéis. —Ladeo la cara para dejar el tema.

—¡Eh! Que yo no he dicho que no lo entienda... —protesta Dania. Se echa la manga hacia arriba y mira la hora en su reloj—. ¡Por Dios, si he de irme ya! Qué ganas tengo de cogerme la baja... —Se levanta con movimientos un poco más pesados que antes y se inclina para mirar por el ventanal—. Menos mal que apenas llueve, que es un rollo.

Nos despedimos con abrazos y besos y con la promesa de que el próximo fin de semana quedaremos para mirar cositas de bebé. En ocasiones anteriores ha ido con Ana, pero le hace ilusión que esta vez sea yo su acompañante. Cuando me quedo a solas con Aarón un silencio incómodo nos envuelve. Tiene la mirada perdida en algún punto de la calle, y lo observo con atención, intentando descifrar qué significan esas ojeras oscuras y esos movimientos nerviosos de sus dedos, con los que no para de tamborilear sobre la mesa.

—Aarón...

—¿Sí? —Parpadea y me mira.

—¿Cómo estás?

Ahora que Dania se ha marchado podemos hablar con tranquilidad. Comprende a qué me refiero y chasquea la lengua.

—Bien, Mel.

—¿No has vuelto a...?

—No. —Su respuesta es demasiado rápida, demasiado seca, casi como un dardo para que me calle.

—No puedo controlarte como lo haría con un niño, pero...

—Te dije que no lo volvería a hacer, ¿verdad? Te aseguré que podía dejarlo cuando quisiera, y no te mentí. —Me mira de modo que me preocupa. Asiento y

suelto un suspiro, guardándome para mí la intranquilidad.

—Me preocupo por ti, ¿lo entiendes? No sabes lo mucho que te quiero, Aarón. Si te pasara algo, yo...

—Eso no ocurrirá, Mel. No soy un inconsciente. —Me coge la mano que he apoyado en su mejilla y me la besa—. Y debes mirar por ti, porque esas cosas que se te han metido en la cabeza no van a hacerte ningún bien.

—Tú y yo somos muy amigos, Aarón. Sé que Héctor también lo es y sé cuánto lo aprecias, por eso te juro que no quiero hacerle daño.

—No lo dudo. Mira, quiero mucho a Héctor, pero tú siempre serás mi Mel. —Me da un abrazo que hace que se me caiga el velo que llevaba puesto.

—Estoy así de rayada porque... conocí a alguien. —Por fin se lo digo, tal como hice con Dania.

—¿A quién? —Arruga el ceño, curioso.

—Es... un hombre que... estaba relacionado con Naima. —Me encojo con timidez.

—¿Cómo lo has conocido?

—Fue pura casualidad. —Vuelve a acudir a mi cabeza la frase que Ian dijo

—. ¿Tú crees en ellas? —pregunto a mi amigo con ansiedad.

—Por supuesto que sí, Mel. —Me da la respuesta que deseaba.

—Estaba en unos grandes almacenes y... me llamó Naima.

—Bueno, creo que ella no sería la primera ni la última Naima en el mundo.

Lo miro con impaciencia.

—¿Hablaste con él?

—Hubo otro encuentro. —Trago saliva, preocupada por lo que vaya a decirme. No obstante, se mantiene callado, a la espera de mi explicación—. Fue también casual. En serio —insisto cuando esta vez me observa con los ojos entrecerrados. Miento fatal—. Bueno, quizá hice por encontrarme con él, pero en todo caso...

—¿Qué relación tuvo ese hombre con Naima?

—No lo sé. No hablamos apenas.

—¿Crees que era uno de sus amantes?

Sabe mi respuesta, así que ni siquiera la aguarda. Suelta un suspiro y niega con la cabeza.

—¿Y qué esperas sacar de él, eh? ¿Que reconozca que se acostaba con esa mujer? Bueno, eso no sería nada nuevo. Ya sabíamos que la ex de Héctor era un poco promiscua.

—Pero ¿y si hay más cosas? Es decir, uno no es infiel así porque sí...

—¿Por qué no? A ella le apetecía estar con otros hombres y ya está.

Me quedo callada, sin saber qué más decir, sin poder encontrar las palabras adecuadas para mi inquietud porque ni yo misma lo entiendo. No sé qué estoy buscando ni qué espero, pero es como si una fuerza en mi interior tirara hacia

fuera.

—Tengo que irme, Mel. Los viernes a esta hora Alice va al supermercado y quiero acompañarla.

—¡Claro!

Asiento forzando una sonrisa. Me inclino hacia delante para darle dos besos.

—Nena... Deja pasar todo lo que ya fue y no va a volver. Quédate con Héctor, que es el que está aquí contigo —me susurra al oído.

—Dania me dijo que a los muertos debía dejarlos en paz.

—Dania está más sabia que nunca con esto del embarazo. —Aarón posa un beso en mi frente y me hace reír de verdad.

—Te quiero.

—Y yo, morenaza.

Lo observo mientras cruza el semáforo, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y la otra sosteniendo el paraguas cerrado. Aún mantengo fija la mirada cuando ha desaparecido por una esquina, sumida en mis pensamientos.

—¿Quiere un café? —La voz del camarero a mi lado me sobresalta.

—No, gracias. ¿Me trae la cuenta? —le pido. Asiente y se dirige a la caja.

Meto la mano en el bolso para sacar el monedero. Rozo algo de cartulina que me paraliza el corazón. Sé lo que es. No debería haberla guardado. No tendría que sacarla. Sin embargo, lo hago.

Contemplo ese nombre y el número que hay anotado bajo él hasta que la tinta se emborrona ante mi mirada.

LE=LIBROS

Sus ojos están desarmándose por completo, colándose en cada uno de los recovecos de mi ser y poniendo más nerviosa a la voz de mi cabeza. Desde que he salido de casa ha puesto el piloto automático y no deja de mandarme señales de alerta. Jamás me había topado con alguien que tuviera unos ojos tan duros, tan fríos y, al mismo tiempo, tan intensos. Son capaces de despojarme de todos esos muros que he levantado antes de cerrar la puerta del apartamento.

La voz me sale débil cuando la camarera me pregunta qué es lo que quiero tomar. Por lo menos hoy Ian ha tenido la decencia de permitir que sea yo quien elija, aunque lo que preferiría es que apartara los ojos de mí y los posara en cualquier otra parte. Por ejemplo, en esa adolescente que cuchichea con su amiga, emocionada y, al tiempo, nerviosa —seguramente hablan de él—, o en ese hombre de la mesa de al lado que nos lanza miraditas inquietas —¿quizá es el padre de la jovencuela, sentado a otra mesa porque ella le ha pedido que no la avergüence?—.

—Se nota que eres escritora —dice Ian de repente.

Al hacerlo rompe el silencio que habíamos impuesto desde que hemos entrado. Ni siquiera ha habido un saludo. Estamos en un café al que nunca había venido porque está bien lejos de todo lo que conozco. No sé si con esta decisión me arriesgo más, pero en un principio me pareció lo mejor para no encontrarme

con nadie. Y con nadie me refiero a Héctor. Dios, me siento tan mal... ¿Qué estoy haciendo, otra vez, frente a este hombre que no me da ninguna tranquilidad?

—¿Por qué dice eso? —le pregunto más por echar abajo esta incomodidad que porque me interese su respuesta.

—Basta con ver de qué modo observas todo lo que hay a tu alrededor — responde con esa sonrisa que parece llevar pegada a la cara—. Siempre has sido así, ¿eh? —En realidad no es una pregunta.

Me revuelvo en la silla, incómoda e inquieta. Lo único que estoy haciendo, lo sé, es tratar de evitar encontrarme con sus ojos. ¿Será consciente de cómo me hace sentir y por eso sonríe con tanta petulancia?

La camarera deposita delante de mí una pequeña tetera y una taza, y después sirve a Ian una copa de vino hasta arriba. Se la ve un poco cohibida, con una sonrisa tensa, y la causa más probable es él. Ni siquiera la mira, pues sus ojos continúan fijos en mí. ¿Es que no existe nada más? ¿Desde cuándo soy una persona tan digna de observar?

—Pobre chica —murmuro una vez que nos ha dejado solos.

—¿Por...? —pregunta Ian haciéndose el inocente.

—No sé qué es lo que tiene usted, pero cuando entra en un lugar todo gira a su alrededor —respondo, pero me arrepiento de inmediato y a que el gesto orgulloso de su rostro se ensancha.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé. —Agarro la asita de la tetera y me sirvo un poco—. Para ser sincera, no estaría orgullosa de que la gente se sintiera cohibida por mi culpa.

—¿Por mi culpa? Que yo sepa, ni siquiera he abierto la boca o movido un dedo.

—Es esa aura que desprende, tan... —No continúo. Me parece que estoy hablando demasiado y que lo único que hago es otorgarle ventaja.

—¿Oscura? —Termina la frase por mí. Dios, parece que me lea la mente—. Sólo soy una persona segura de sí misma. —Lo expresa casi como una queja, con una pequeña arruga en el entrecejo. Da un sorbo al vino, lo saborea y luego añade—: Y ella también era así. Al menos cuando era mía... Por eso me gustaba tanto.

«Cuando era mía...». Sus palabras me abofetean en toda la cara y me provocan un sobresalto. Oculto mi nerviosismo mojándome los labios con el té y, acto seguido, deslizo la mirada hacia mis medias de rayas negras y moradas.

—No perdamos más tiempo —dice, y hace que el estómago me brinque más y más—. No estamos aquí porque quieras ser mi amiga. Tú me llamaste por ella. Asímelo. Naima era así. Cuando entraba en la vida de alguien, era imposible deshacerse de ella. Incluso ahora es como si estuviera con nosotros. —Se inclina hacia delante con las manos cruzadas ante el rostro y con esos ojos sombríos

fijos en los míos—. Incluso muerta, ¿no? —No me gusta su tono de voz. Parece que esté poniendo en duda que Naima se fue.

Ni siquiera sé qué puedo contestarle. Es evidente por lo que he venido y creo que, como él dice, atrasarlo sería una tontería. No obstante, no tengo ni idea de qué plantearle. Si indago sobre su relación con Naima, se preguntará que para qué quiero saber eso.

—Estás preocupada, ¿no?

—¿Cómo?

—Necesitas saber qué me unía a ella.

—La verdad es que no.

Me corta con una carcajada, y también ese sonido se me antoja frío, como si su interior estuviera hecho de hielo o de metal. Me mira unos segundos en silencio, con la comisura de los labios doblada hacia arriba en un gesto realmente irritante.

—La conocí muy bien. Demasiado... Desde que éramos bebés estuvimos juntos. Su familia y la mía han sido amigas desde siempre. —Se echa hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla. No retira los ojos de mí ni por un segundo, por lo que se da cuenta de la reacción que provocan sus palabras en mi rostro.

—Eso es mucho tiempo —murmuro.

—Tendría que haber sido mucho más, Melissa. —Otra vez esa forma de pronunciar mi nombre, como si le hiciera gracia.

—¿Le resulta divertida? —Me muestro bastante enfadada, pero no parece afectarle en lo más mínimo.

—¿Qué sería de la vida sin un poco de humor? —Alza la copa frente a mí, balanceándola ante su rostro.

—Ése no es el tipo de humor que me gusta. No me agrada que se lo pasen bien a mi costa.

—No voy a decirte que lo sienta. No sería la verdad, y prefiero ser sincero. —Aparta la mirada unos segundos y se dedica a curiosear el contenido de su copa—. De todas formas, eres libre de marcharte cuando quieras.

El silencio vuelve a invadirnos. Es tan denso que se me pega a la piel. Desvío la vista hasta los posos de té de mi taza. Mi cerebro grita que deje unas monedas en la mesa y me marche, que ya está bien de hacer tantas tonterías. Sin embargo, el corazón —que a menudo nos mete en líos, y ésta podría ser una de esas ocasiones— me anima a quedarme, a continuar sabiendo, a oír cualquier cosa que este hombre vaya a contarme. No sé por qué, pero poco a poco mi opinión sobre Naima está cambiando, y eso me provoca inquietud.

—En realidad no quieres irte —interrumpe mis pensamientos con su rasgada voz. Como otras veces, se inclina hacia delante con la cabeza gacha y me mira con esos ojos feroces—. Pero dime, ¿por qué tendría que hablarte sobre ella?

¿Qué gano yo con esto? No nos conocemos, y creo que no soy muy de tu agrado, así que... No hay ningún motivo para que te cuente cosas sobre alguien que ya no está, ¿no?

Me quedo helada. Tiene razón. Y mucha. ¿Quién soy yo para que se abra a mí, para que reviva recuerdos que, posiblemente, sean importantes y dolorosos para él? Niego con la cabeza, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Es verdad. Esto es una tontería. Estoy buscando en el lugar equivocado.

—Quizá, si empezaras a tutearme, podríamos ir creando un poco más de confianza. ¿No estás de acuerdo?—Parpadea con una sonrisa pagada de sí.

—¿Eso ayudaría a que quisieras hablarme de ella?

Dios, parezco una loca ansiosa. Hace unos segundos pensaba irme y ahora, de nuevo, insisto en saber. Sonríe al darse cuenta de que por fin lo he tuteado. Me pongo colorada.

—Aunque no sea de tu agrado, tú sí me caes bien, Melissa.

Su forma de decírmelo me provoca algo de rabia. Está jactándose de mi comportamiento desde la primera vez que nos vimos. He actuado como una ratita asustada y empiezo a cansarme. Ya recuperaré a la Melissa fuerte y decidida, lo demostré cuando sufrí tanto con Héctor, así que... ¿Por qué no estoy sacándola ante este hombre?

—¿Por mi parecido con ella?—Me muestro a la defensiva, irritada.

—No, Melissa. ¿Acaso no puedes caerme bien simplemente por ser tú?— Calla de nuevo, observando mi rostro con esas pupilas burlonas—. Me gusta tu cabecita. Por eso te hablé aquella vez.

Así que ahí ya estaba jugando conmigo. Pero ¿por qué? ¿Por qué me llamó Naima? No me conocía entonces, no podía saber la curiosidad que despertaría en mí... Me llevo una mano a la boca, conteniendo la exclamación de sorpresa.

—¿Cuándo me viste por primera vez?

—Hace un tiempo. No es tan difícil, ¿sabes? Es lo que sucede cuando se tiene algo de reconocimiento. Pasas por el escaparate de una librería un día cualquiera y, de repente, te encuentras con el rostro de una mujer que te recuerda a otra...

—Odio la ironía que desprende cada una de sus frases—. Me fijé en ti mucho antes de lo que crees. Hojeando unos libros, me topé con el tuyo. Lo abrí y en la solapa... Ahí estaba tu foto. Me quedé estupefacto al descubrir el parecido que guardas con ella. He pensado en ti desde entonces. Me preguntaba cómo podía encontrarte porque, al fin y al cabo, vivimos en la misma ciudad. Había algo en mí que me instaba a conocerte, a saber de ti. Qué bien que nos topáramos en El Corte Inglés, ¿eh? Valencia no es una ciudad demasiado grande. Antes o después íbamos a vernos. —Esboza una sonrisa que se me antoja maquiavélica.

Me ha tendido una trampa. Sabía perfectamente quién era yo cuando me llamó Naima. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que le resulta gracioso de todo esto? Para mí es un juego macabro, irrespetuoso. ¿Y si... él... ha estado indagando

sobre mí?

Esta vez no dudo. Me levanto de la mesa, casi tirando la silla y despertando la curiosidad de las demás personas que hay en la cafetería. Ni siquiera me detengo a ponerme la chaqueta. Lo haré cuando esté fuera. Ahora lo único que quiero es apartarme de este hombre que, estoy segura, es un manipulador. Tampoco pago mi té. ¡Que lo haga él! Lo más curioso es que se limita a sonreír con la vista clavada en un punto alejado de mí. Ha estado todo el rato torturándome con su mirada y ahora, por el contrario, pasa de lo que estoy haciendo.

Los ojos me escuecen cuando salgo de la cafetería y el pulso me martillea en las sienes y en las muñecas. Ni siquiera puedo tragar saliva a causa de los nervios. Hay algo en mí que me dice que el juego no ha hecho más que empezar. Y para demostrarme que tengo razón, cuando estoy a punto de cruzar el semáforo oigo pasos a mi espalda. Estoy segura de que es él. «Vamos, vamos, joder. Ponte en verde». Necesito llegar a la otra acera; será una señal de que voy a romper con esto que he empezado. Los segundos se me hacen eternos hasta que el disco verde se ilumina. Doy un paso y, entonces, me agarran del brazo. Tiro con tal de liberarme, pero me empujan hacia algo que, cuando me doy cuenta de lo que es, me corta el aliento.

Casi tengo la cara contra su pecho. Es más, mi nariz se lo está rozando. Ha salido de la cafetería sin su gabardina así que, desde mi posición, puedo apreciar que su cuerpo es mucho más fuerte de lo que creía. Desprende un calor que no había imaginado. Alzo la cabeza, aturdida, desorientada, para encontrarme con su mirada y con sus labios, que ya no están sonriendo, sino que están apretados en una mueca que no presagia nada bueno. Su respiración, acelerada y profunda, choca contra mi rostro.

Cuando soy consciente de lo que está sucediendo tiro otra vez para que me suelte, pero no lo hace y me dan ganas de gritar en medio de la calle. Son sus ojos —han pasado de ser fríos a mostrar un ardor que me asusta— los que hacen que me quede paralizada, con el corazón a mil por hora.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunto tratando de mostrarme segura.

—¿Y tú? ¿Qué se supone que quieres tú de mí? —Su rostro se acerca más, y, sin dudar, echo la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué has vuelto? —Se me antoja que esa pregunta tiene un doble sentido.

En ese momento su otra mano se posa sobre una de mis mejillas y ese contacto, que para colmo es mucho más cálido de lo que esperaba, me hace parpadear con nerviosismo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamo en un tono de voz excesivamente agudo.

—Quiero ayudarte —dice en voz baja, tan cerca de mi rostro que sus ojos se me emborronan—. ¿Y tú? Dime, ¿qué quieres?

Intento tragar saliva, pero la boca se me ha quedado seca. Retiro su mano con ímpetu, demostrándole que está tomándose unas confianzas que no son las

adecuadas. Sin embargo, no parece sentirse arrepentido ni culpable. Sus dedos se clavan con más fuerza en mi brazo. Se lo señalo con el ceño fruncido.

—Suéltame. Si no lo haces, gritaré.

—Te estás equivocando. Sólo quiero ayudarte, insisto. —Y esta vez su mirada ya no es burlona, ni seria, ni fría. Ahora parece preocupado.

—No sé qué quieres decir...

—Temo por tu seguridad.

—¿Qué? —Abro los ojos completamente aturdida.

—No deseo que vuelva a sucederte lo mismo... Que te conviertas en lo que no eres.

—Pero ¿qué estás diciendo? Mira, creo que no sabes de lo que estás hablando...

Me revuelvo una vez más porque no soporto la presión de su brazo. Una pareja de ancianos pasa por nuestro lado y se nos queda mirando. Ian se da cuenta de reojo y, al fin, me suelta. Se me escapa un suspiro, doy unos pasos hacia atrás para marcharme, pero su rostro empapado de dolor me trastoca.

—Lo conozco. Y lo sabes.

—¿A quién? —Hay algo en el vientre que me tiembla.

—Lo conozco más de lo que crees. Él no es como tú piensas, ¿verdad?

—¡Basta! —Alzo una mano, decidida a poner fin a todo esto, hastiada por el cariz que está tomando la situación—. No sé quién eres realmente, ni lo que quieres, pero no te metas en mi vida.

—No he estado espiándote, si es lo que crees.

—¿Entonces...? —Casi lo digo gritando.

El semáforo se ha puesto rojo de nuevo a mi espalda, y estoy tan al borde de la acera que me siento ridículamente cerca del peligro. Ian se aproxima a mí y ya no puedo retroceder. Durante unos segundos pienso que va a empujarme a la calzada, pero lo que hace es apartarme un poco. ¡Dios, Mel! ¿Qué le está pasando a tu cabeza?

—¿Cómo es que sabes con quién estoy, eh? —insisto—. Porque es eso a lo que te refieres con que lo conoces, ¿verdad? Tú sabes quién es mi pareja...

—Ya te dije que es sencillo saber de alguien cuando es medianamente conocido —responde sin apenas inmutarse—. ¿Qué esperabas? Te lo he explicado hace nada. Cuando vi tu rostro, similar al de ella, la curiosidad me pudo y busqué información sobre ti. Y entonces, en una foto de un evento, lo vi. Te abrazaba. Me resultó evidente qué te une a él.

—Te prohíbo que lo menciones —le suelto, enfadada.

—Si hablamos de ella, tendría que hacerlo también de él. —Cambia el gesto y me mira con sorpresa—. Pero... ¿no era eso lo que querías?

—No.

—Bueno... En tal caso, puedes preguntarle a él, ¿no? —Se mofa de mí porque

sabe que, en el fondo, no lo haré y que por eso lo llamé.

Sin embargo, me mantengo en mis trece y me muestro totalmente segura cuando respondo:

—Claro.

Me doy la vuelta otra vez y, por suerte, el semáforo está en verde para mí, así que cruzo sin mirar atrás. No obstante, de inmediato se pone a caminar a mi lado. Aprieto el paso; él también. Ambos llegamos a la acera al mismo tiempo. No hablamos. No hasta que alzo un brazo hacia la carretera, dispuesta a parar ese taxi que viene.

—Lo necesito —dice de repente.

Al volverme hacia él descubro en su rostro esa sombra de antes.

—¿Qué?

—Quiero hablar de ella. Jamás lo hice. No desde que murió. —Se lleva una mano al pecho y se lo golpea con suavidad—. La llevo aquí. Tengo aquí su recuerdo guardado con cadenas. Cada vez que pienso en ella me siento morir.

Abro los ojos, absolutamente sorprendida. Por nada del mundo esperaba que fuera a decirme algo tan intenso. El taxista me llama desde el coche, increpándome.

—¡Oiga! ¿Va a subir o qué?

—¡Sí! —exclamo molesta—. Espere un minuto, por favor —le pido.

Ian me observa con fijeza, con un aire desvalido que no le pega para nada pero que, aun así, ahí está. Y es ese gesto de cansancio que advierto en su cara lo que aumenta mi curiosidad, mis ganas de saber. No estoy haciendo bien. Debería volver a casa, cenar con Héctor, sonreír, simplemente vivir. ¿Para qué malgastar el tiempo con preguntas que ya no pueden solucionar nada?

—Ayúdame, Melissa. —Ian va a agarrarme del brazo como antes, pero se lo piensa mejor y detiene la mano poco antes de rozarme—. Permite que me desahogue contigo. Eres la persona indicada. Estaremos haciéndonos un favor.

—¿Por qué te preocupa mi seguridad? ¿Qué has querido decirme con eso, eh? —insisto, apretando la tira de mi bolso con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

—Te destrozará.

—¿Qué?

—Ven a mi casa —suelta de repente.

—Ni hablar. ¿Estás loco o qué? No te conozco.

—¿Quieres que hablemos o no?

Saco el móvil del bolso y echo un vistazo al reloj. Todavía queda más de una hora para que Héctor regrese al apartamento, pero lo cierto es que estoy lejos.

—No iremos a tu casa. Yo decidiré adónde ir.

Cuando nos metemos en el taxi y doy al conductor la dirección de una discreta cafetería que adoro cercana a mi antiguo piso, me invade el malestar y,

al mismo tiempo, una especie de tranquilidad. «Respuestas. Eso es lo que querías, Melissa, ¿no? Aunque te estés metiendo en la boca del lobo», me digo.

Miro a Ian con el rabillo del ojo. Me parece descubrir de nuevo en su rostro ese gesto burlón. Sin embargo, cuando entramos en la cafetería unos diez minutos después y empieza a hablar, su tono de voz es triste, al igual que su mirada.

Y lo que me cuenta echa abajo mis creencias.

L=LIBROS

—Quiero teneros a los dos.

Para sorpresa de la joven, él soltó una carcajada. ¿Por qué? ¿Por qué reía? Quizá tendría que haberse callado, haberse aguantado las ganas, pero él había insistido y ahora ella estaba arrepintiéndose porque sabía lo tradicional que era. Se negaría en redondo. O puede que estuviese tomándose lo a broma.

Permaneció en silencio, con los nervios a flor de piel, hasta que las carcajadas se convirtieron en risas y las risas fueron calmándose hasta apagarse. Se observaron con cautela, conscientes de que la situación era peligrosa, de que una palabra fuera de lugar podría echarlo todo a perder. Y ninguno de los dos lo deseaba.

—¿Te has oído, Naima? De verdad, ¿eres consciente de lo que acabas de decir? —preguntó él, aún con una leve sonrisa en los labios, como negándose a creer lo que estaba ocurriendo.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

Él musitó algo que no logró entender, se levantó de la cama con expresión furiosa, alterada, y empezó a caminar por la habitación como una fiera enjaulada, deseoso de soltarle todas esas malas palabras que le habían venido a la cabeza desde que le había confesado que tenía un amante al que veía con asiduidad. Se detuvo de repente y se volvió hacia ella con el rostro desencajado,

con esa mirada en la que se había asomado en más de una ocasión un brillo de algo parecido a la locura.

—Necesitas ayuda.

—No —susurró ella negando con la cabeza.

Él se aproximó, la tomó por los hombros y acercó su rostro.

—Sí la necesitas. Puedes venir a mi psiquiatra. Iremos juntos, ¿de acuerdo?

—¿Por qué piensas que necesito ayuda, Héctor? —Se atrevió a fijar su mirada en él y, poco a poco, la vergüenza dio paso a la furia. Una cosa era que ella se hubiera comportado como una promiscua y la otra que le permitiera insinuar que estaba loca.

—Porque es evidente que te pasa algo. O quizá soy yo... ¿Qué es lo que he hecho mal? —La miró con desesperación.

—No has hecho nada mal —respondió ella, aunque se moría de ganas por confesarle todos los errores que creía que había cometido durante sus años de relación. Sin embargo, tras la confesión se hallaba en una posición de inferioridad, así que decidió callarse y guardarlo, quizá para algún otro momento —. Sólo es que estas cosas pasan.

—¿En serio? Pues no conozco a nadie que esté viéndose con dos hombres a la vez. ¿Sabes que eso no es posible en nuestra cultura?

—¿Y quién lo dice? —lo retó alzando la barbilla, mostrándole sus ojos brillantes y molestos.

De nuevo el silencio los invadió. Y otra vez él se puso a caminar por la habitación, a dar pasos y más pasos, a negar con la cabeza y a mirarla con expresión interrogativa de vez en cuando. La joven se mantuvo erguida, resuelta a no mostrar indecisión o vergüenza por lo que deseaba.

—¿Lo amas? Dímelo. Te lo he preguntado antes, y no has contestado. No quiero mentiras.

—Yo tampoco las quería —se apresuró a responder ella.

—Te pedí perdón. Lo he hecho una y otra vez desde entonces. Joder, ¿es que no podemos cometer errores?

—No consentiste que te ayudara en esos momentos. Me expulsaste de tu vida durante ese tiempo, me dejaste fuera de todo. No permitiste que intentara salvarte. ¿Sabes cómo me sentí?

—¡No tuve la culpa! —contestó él, empezando a enfurecerse—. No podía. Algo en mi cabeza me lo impedía, ¿entiendes?

—¿Por qué tendría que ser sincera yo ahora? Podría habérmelo callado, no contarte la verdad. Pero ya ves, lo he hecho. ¿Qué cambiaría si te dijera que lo amo?

—Naima... —Se acercó a ella e, inclinado, la agarró de las mejillas con fuerza, clavándole los dedos en la carne hasta que se quejó—. Dime la puta verdad. O vete. Porque si lo amas a él y no a mí, no sé qué haces aquí.

A ella le tembló la barbilla y por su cabeza pasó un sinfín de pensamientos que la torturaron. Jamás, jamás podría contarle cómo se sentía porque estaba segura de que no la entendería.

—Sí lo amo.

—Entonces...

—Pero a ti también.

La miró sin entender, casi estrábico a causa de la cercanía de sus rostros. Negó con la cabeza y le preguntó:

—¿Lo conozco?

Ni siquiera necesitó que ella le dijera quién era; con su asentimiento y el extraño brillo que atisbó en sus hermosos ojos lo supo enseguida. Las carcajadas retumbaron otra vez en el silencio de la habitación.

—¡Hijo de puta!

Segundos después, él abrió la puerta y salía del dormitorio, seguido por la joven, que sollozaba.

—No, Héctor... ¡No puedes hacerlo! —Trató de retenerlo cogiéndolo del brazo, pero él se deshizo de sus manos propinándole un empujón que la hizo chocar contra la pared. Aun así, se repuso de inmediato y corrió tras él una vez más, alcanzándolo cuando ya abría la puerta de la calle—. ¡Por favor, detente! —le rogó con el rostro bañado en lágrimas.

Se volvió hacia ella y, al verla así, el corazón se le encogió. La amaba. ¿Por qué tenía que amarla tanto? Lo haría incluso hasta en la muerte. Morir y amarla todavía más. Ese sentimiento, el que se supone que es el más maravilloso del mundo, iba a destrozarlo. Su amor provocaría que hiciera cosas que no debía ni quería.

—Naima... —Su voz había cambiado por completo, mucho más ronca, más decidida, más furiosa. Ella negó otra vez con la cabeza y sollozó con fuerza. No lo ablandó. Y no lo hizo porque el ardor que se le había despertado en el estómago era más poderoso que las lágrimas de la mujer a la que amaba—. Suéltame. Te lo ruego... Ahora mismo no puedo responder de mí.

Al fin, ella lo dejó marchar porque sabía que no tenía elección. Ni siquiera cerró la puerta del piso cuando él bajó la escalera a lo loco. Corrió a la ventana y la abrió, sin percatarse del venticillo helador que amenazaba la noche. Al poco, la puerta de la calle se cerró y se inclinó todo lo que pudo para verlo. Caminaba con pasos ligeros, aunque no parecía tener un rumbo fijo. «Por favor, que no vaya a verlo. Dios, te lo ruego, no permitas que ocurra nada malo», suplicó en silencio. Y cuando él desapareció tras doblar la esquina se le pasó por la cabeza que sería muy fácil acabar con todo de una vez. El suelo estaba tan lejos... Y ella no sabía volar. No duraría mucho y, por fin, podría respirar tranquila y se apagaría todo el dolor que llevaba dentro. Se inclinó un poco más, ya casi la mitad de su cuerpo estaba fuera y el viento le daba en plena cara. Cerró los ojos,

aspiró con fuerza...

Le dio un tremendo mareo que la asustó. Entró en el apartamento llorando, con hipidos que apenas la dejaban respirar. Cerró la ventana y estuvo un rato merodeando por la casa como un perro que echara de menos a su dueño, y tan sólo quince minutos después se dio cuenta de que la puerta estaba abierta, a pesar de haber pasado por delante un par de veces.

No concilió el sueño en toda la noche, y a las cuatro de la madrugada, según marcaba su reloj, el sonido de la llave en la cerradura la hizo brincar en el sofá y correr hasta la puerta. Abrió antes de que él atinara a hacerlo y se lo encontró tan bebido que el mundo se le cayó encima. Parpadeó. No. En realidad no estaba tan borracho. Todo había sido producto de su maldita imaginación, de sus temores, de esos traumas de los que no podía deshacerse.

Entraron en silencio y con cada paso de él a ella le parecía que el ambiente se oscurecía más. Cuando se volvió y le sonrió, la joven se asustó.

—He tenido mucho tiempo para pensar —dijo con voz ronca, como si hubiera estado llorando, aunque no tenía los ojos hinchados ni rastro de lágrimas en su rostro—. Si es lo que quieres, Naima, si eso nos ayuda en la relación, entonces lo haremos.

—¿Qué? —Su confusión ni siquiera le permitió pensar con claridad.

—He hablado con él —le anunció, y ella abrió la boca temerosa, pero no la dejó hablar—. Tranquila, no le he hecho nada, si es lo que piensas. Hemos conversado como hombres civilizados, ¿sabes? Me ha contado las fantasías que, alguna vez, le confesaste. ¿Por qué no me las dijiste a mí? —Se mostró apesadumbrado durante unos segundos, pero después sonrió. Una sonrisa extraña, que no auguraba nada bueno—. Te gustaría hacer un trío, ¿no es así? Que dos hombres te dieran todo el placer que ansías. —Calló unos instantes, pensativo—. Pero no dos cualquiera. Nos quieres a Ian y a mí.

—Yo... —Naima titubeó durante unos segundos, pero al fin alzó la barbilla y mirándolo con los ojos entrecerrados le dijo—: Sí, es lo que quiero. Lo deseo.

—¿Te has oído, Naima? ¡Es de locos! ¡Te has forjado una doble vida, joder!

Ella lo miró enfadada, con los labios apretados y el rostro congestionado. Él no entendía por qué no le bastaba el sexo que mantenían juntos, por qué necesitaba otro, mucho más duro, más retorcido.

—No permitiré eso... Jamás dejaré que otro hombre te tenga.

—Entonces... tendré que reflexionar sobre lo nuestro.

—¿Qué? —Parpadeó, como si no la hubiera entendido.

—Héctor, piénsalo. No es nada tan malo como tú crees. Únicamente necesitas abrirte un poco. Sólo será sexo... A veces pienso que lo necesitamos para reavivar lo que nosotros tuvimos. He visto que a otras personas que lo hacen les ayuda en su relación...

—¿A quién has visto haciendo eso? Pero ¿a qué clase de personas conoces tú?

—Alzó la voz. Se frotó los ojos al sentir que se mareaba—. No lo haré jamás...
—murmuró.

Ella soltó un gruñido, se levantó y, sin añadir nada más, lo dejó con la palabra en la boca. Él se toqueteó el cabello, con un sinfín de pensamientos increíbles rondándole la cabeza. ¿Lo había dicho de verdad? ¿Iba a dejarlo si no aceptaba formar parte de ese estúpido trío?

Ardió en deseos de llorar. De gritar.

LE LIBROS

Observo a Ian con los ojos muy abiertos, los labios apretados y una sensación indescriptible en el estómago, como si tuviera en él miles de patitas de arañas correteándome. Al coger la taza de té para darle un sorbo, las manos me tiemblan tanto que derramo parte del contenido. Él no abre la boca; se limita a mirarme con una sonrisa que, en el fondo, tiene algo de melancolía.

—Estás mintiendo —respondo al cabo de unos segundos, cuando he reunido el valor suficiente.

Ian parpadea sorprendido, ladea la cabeza y abre la boca... pero no dice nada. Espera que yo añada algo más. Sin embargo, como no lo hago, suelta un suspiro y dice:

—¿Por qué iba a mentir? ¿Qué ganaría yo con eso?

—Es una locura lo que me has contado —le espeto entre dientes, un poco furiosa.

—Tú me has pedido respuestas y yo te las he dado. —Su taza de café ya está vacía, así que se dedica a jugar con la cucharilla, removiendo un líquido imaginario y poniéndome más inquieta con el molesto sonido—. Soy yo quien debería estar enfadado. Estoy contándote parte de mi intimidad y tú, de forma descarada, me tachas de mentiroso a pesar de que sabes que es verdad. —De repente sus ojos, tan claros, adquieren un matiz oscuro.

—¿Parte de tu intimidad? —Se me escapa una risa sarcástica, incrédula—. Más bien parte de la intimidad de Héctor y Naima.

—La intimidad de los tres está unida. —Ian se remueve en su asiento de manera elegante—. Al menos durante una época.

—Héctor jamás haría eso. No habría aceptado algo así.

—Te sorprenderías de lo que son capaces los seres humanos ante la desesperación por miedo a perder a la persona que aman.

Niego con la cabeza, aturrida y con un zumbido en los oídos que va aumentando en molestia. Este hombre... Continúa atreviéndose a jugar conmigo. « Su vida lo aburre, porque si no, no lo entiendo. Quizá quiere vengarse de Naima o qué sé yo », me digo. No puedo pensar con claridad después de su relato.

—Tu versión y la de él no coinciden —le echo en cara intentando mantenerme serena. No quiero mostrarle debilidad porque entonces perdería en el juego.

—Ya te lo he dicho... No tengo ninguna razón para mentirte.

—¿Ah, no? Porque yo creo que sí.

—¿Qué es lo que crees tú?

—Que tienes una razón para mentirme.

Hace un gesto con la mano para que se lo diga. De nuevo la sonrisa le ha vuelto al rostro y me provoca un escalofrío.

—Quieres ponerme en contra de Héctor.

Ian suelta otra de esas carcajadas que se me antojan desprovistas de cualquier matiz de humor. Si no fuera porque cuando sus manos me han tocado las he encontrado cálidas, continuaría pensando que está hecho de cables.

—¿Y para qué querría hacer eso?

—Porque le guardas rencor... o qué sé yo. Si tú albergabas algún sentimiento por Naima... Ella continuó con él, a pesar de todo.

Ni por un segundo me paro a pensar en las consecuencias que puede tener mi opinión. De inmediato la sonrisa se le borra de la cara y sus ojos se abren de par en par; desprenden chispas, y no puedo más que encogerme en el asiento. Aun así, no aparto mi mirada de la suya. Las aletas de su nariz se mueven con nerviosismo, al igual que la nuez en su cuello.

—Puede que le guardara rencor durante algún tiempo —admite Ian al cabo de unos segundos, cuando parece haber recobrado la compostura. Y me sorprende que lo consiga tan pronto—. Y puede que no sea una de mis personas favoritas en el mundo. Pero, de todos modos, no es un motivo lo suficientemente bueno para mentirte.

—A mí me parece que sí. —Me mantengo en mis trece, con la barbilla bien alta—. Además, tu forma de contarme lo ocurrido... ¿Cómo podrías saber tanto, si no? ¿Estabas allí cuando pasó o qué? —Sé que mi tono ha sonado un poco burlón, pero eso hace que me sienta mejor, que esté a su altura, que se dé cuenta de que yo también puedo jugar como él.

—Eso me lo contó Naima.

—Ah, ya. Y tú la creíste.

—¿Cómo no hacerlo? Era mi mejor amiga. Una de las personas más importantes de mi vida. ¿Es que acaso tú no crees a Héctor? —Apoya las manos en la mesa y esboza esa sonrisa ladeada a la que estoy empezando a coger tirria —. Supongo que no del todo, porque entonces no estarías aquí, hablando conmigo. No habrías vuelto a recurrir a mí.

Me dan ganas de insultarlo, pero las manos han retomado su propio camino y han empezado a temblarme. Las coloco bajo la mesa para que no se dé cuenta de que estoy nerviosa, de que me siento totalmente desnuda ante él.

—Naima me contaba todo. Yo fui, durante su corta vida, un hombro en el que llorar. —Desvía la mirada y la posa en la cristalera que tenemos al lado. Me pregunto en qué estará pensando y, por unos segundos, su semblante serio me provoca algo similar a la lástima. ¿Este hombre amaría a Naima tanto como lo hacía Héctor?—. Estábamos hechos el uno para el otro. —Regresa sus ojos a mí y la suya se me antoja una mirada acusadora.

A punto estoy de decirle que eso no es así, porque si no ahora estarían juntos. No obstante, logro mantenerme callada ya que reconozco que soltarle eso es algo de muy mal gusto. Y, aunque Naima no sea santo de mi devoción, está muerta y le debo un respeto.

—Jugábamos juntos de pequeños. Estudiamos juntos en el colegio. Lo hacíamos juntos todo. Yo la amaba y ella a mí también. —Se rasca una mejilla con actitud ausente, como si estuviera reviviendo momentos en los que yo sería una intrusa—. Nos habríamos casado, ¿sabes? Todos lo decían, que nos verían ante el altar. Pero entonces apareció él. Llegó con sus aires de joven atormentado, con su afición por la música clásica, los poemas y los días grises, con su sonrisa taciturna y sus ojos de cachorro abandonado. Naima encontró en él algo diferente, algo totalmente contrario a ella, que estaba llena de vida, de luz, de ganas por conquistar todo. Quizá quería salvarlo.

«No tenía luz, estaba hecho de oscuridad. Pero tú me has entregado toda la tuya. Es casi como un milagro». Las palabras de Héctor acuden a mi mente sin previo aviso y atruenan sin otorgarme un poco de piedad. Sé que él no ha sido el hombre más feliz del mundo, que su enfermedad no se lo ha permitido. Él mismo lo ha reconocido ante mí más de una vez. Pero... ¿y qué? He decidido amarlo por encima de todo, ¿no? Amarlo. Salvarlo es algo secundario, que viene dado por mi amor. No me enamoré de él por eso, ya que esa faceta suya no la conocí hasta un tiempo después.

—Me la quitó.

—Ninguna persona es propiedad de nadie. Naima no era tuya —me atrevo a decirle.

Ian aprieta los dientes y le rechinan con violencia, sacándome un estremecimiento.

—Pero ella me pidió que fuera suyo. —Parece enfadado, a pesar de que acaba de hablar de Naima con nostalgia—. Siempre, siempre lo quiso así. Y yo siempre estuve ahí para ella.

—Erais amigos, ¿no? —le digo, sugiriéndole que era lo menos que podía hacer.

—Los tres. Los tres lo fuimos durante un tiempo, hasta que el amor fue más fuerte que la amistad.

Me quedo con la boca abierta. En ningún momento me había insinuado que los tres fueran amigos. Niego con la cabeza, mordiéndome el labio inferior con una sonrisa incrédula.

—Todo esto es tan increíble... Es como una historia de una película de esas de sobremesa.

—La realidad a veces supera la ficción, querida. —Esa última palabra en su boca me provoca otro escalofrío. Lo miro con el semblante serio y una mueca de incompreensión en el rostro—. A menudo las personas no saben cómo afrontar su vida y se limitan a luchar por sobrevivir. En la mayoría de las ocasiones se comportan como marionetas y hacen cosas que sólo tienen sentido para ellas.

El móvil me vibra en el bolso. Al sacarlo, el corazón se me paraliza. Dios, es Héctor. Miro a Ian con expresión asustada. Bueno, Héctor tampoco es mi dueño; no tengo por qué ponerme así de nerviosa. Aunque sé que me siento de esta manera porque hay algo de culpabilidad en mí. Trato de poner mi voz más serena al contestar.

—¿Melissa? —Noto a Héctor preocupado, ansioso—. He llegado hace nada. ¿Dónde estás?

—Salí a dar una vuelta. Me faltaba inspiración y pensé que en una cafetería la encontraría...

—¿Y lo has conseguido? —me pregunta, aunque por su tono de voz más que interesado parece un poco molesto.

—Sí. Más o menos.

—¿Vas a tardar mucho?

—No, claro que no. Enseguida iré.

—Bueno, no te preocupes. —De repente se relaja—. Voy a darme una ducha. Después prepararé la cena. Te quiero.

—Y yo —respondo en voz muy bajita.

Alzo la vista tras colgar y me topo con la de Ian, entre curiosa y burlona. Me paso la lengua por el labio inferior y me dispongo a coger la chaqueta para marcharme.

—Es tarde. Tengo que irme.

—Era él. —No es una pregunta, sino una afirmación rotunda.

—¿Y qué te importa a tí? —Me muestro más enfadada de lo que realmente estoy.

—¿Tienes que regresar a casa cuando él te lo pide? Me recuerda a algo...

—Me voy a casa porque quiero —le contesto mirándolo con mala cara. Pero ¿qué se ha creído el muy cretino? ¿Cómo osa decirme algo así?

Se levanta al mismo tiempo que yo. Se adelanta y paga lo que hemos tomado. No debería dejar que me invitara siempre; es algo que crea un sentimiento de confianza que no quiero que se dé. Salimos a la calle, donde ha empezado a chispear.

—Nos vemos pronto, querida.

Me tiende la mano, pero decido no estrechársela. Parpadea, entre sorprendido y un poco molesto.

—No. No nos veremos. No quiero oír cuentos.

Ian permanece callado. Una gota cae justo en su párpado, humedeciéndolo. Me mantengo seria mientras lo miro, inquieta, luchando con todas mis fuerzas para mantener la respuesta que le he dado, para no joderme a mí misma quedando otra vez con él.

—¿Y qué pasa si tengo pruebas de todo cuanto te he explicado?

Sus palabras me dejan clavada en el suelo. El hormigueo de mi estómago se acrecienta bajo su atenta mirada, esa que estudia cada uno de mis gestos, de mis parpadeos, de mi respiración entrecortada.

—¿Pruebas?

—Si me lo permites, te demostraré que no son cuentos. Puedo enseñarte cosas... Y entonces dejaré que saques tus propias conclusiones.

Me rasco el cuello a lo bestia, tratando de calmar el terrible picor que me ha entrado. No. Debo dejarlo aquí, detener todo esto y continuar con mi vida. «No remuevas el pasado, Mel —me pide la vocecilla de mi cabeza—. Ni siquiera es un pasado que te afecte». «¿Seguro que no?», ahí está la otra voz, esa que ansía descubrir más y meterse en lodazales.

—Si me das tu correo electrónico, te haré llegar algo.

—¿Qué? No. Ni hablar. No voy a darte nada. —No permitiré que este hombre se meta más en mi vida. Lo mejor es mantener una barrera de seguridad con él porque no puedo saber a ciencia cierta qué es lo que pretende.

—¿Es que acaso no te interesa saber lo que hacíamos Naima y yo? ¿No sientes un poco de curiosidad siquiera? ¿No te interesa descubrir qué es lo que ella buscaba en mí?

Niego con la cabeza, asustada. No dice nada más. Me coloco el bolso en el hombro y agacho la cabeza. Cada vez me siento más avergonzada. Este encuentro ha sido tan extraño, tan fuera de lugar...

—Adiós, Ian. Que te vaya bien. Siento no poder ayudarte en tu deseo de desahogarte, pero no soy la persona indicada... y creo que deberías entender mis motivos.

Dicho esto, echo a andar. Por unos segundos temo que vuelva a seguirme, que

me agarre del brazo y me apriete contra su pecho, que me pida que lo escuche tal como ha sucedido hace un par de horas. No obstante, nada de eso ocurre. Continúo mi camino en busca de un taxi; supongo que él se ha quedado atrás, o puede que se haya marchado también... Sea como sea, no me vuelvo para ver qué ha hecho.

Cuando estoy en el taxi, luchando por sacar de mi mente todo lo que he escuchado hoy, el móvil me vibra una vez más. Me asusto pensando que será él. Me regaño a mí misma por ser tan paranoica cuando veo el nombre de Héctor.

Ya he salido de la ducha. Voy a prepararte una cena tan estupenda que la inspiración no tendrá más remedio que acudir a ti.
Te quiero, Melissa.

Y yo sé que también lo amo. Por eso, me siento demasiado culpable por dudar. No quiero ser así.

LE=LIBROS

Héctor y yo llevamos unos cinco minutos callados en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Teníamos una cita con Abel Ruiz, el fotógrafo que él quería para el número de primavera de *Love*. Sin embargo, quien ha aparecido por la puerta ha sido una preciosa muchacha, quizá unos pocos años menor que yo, con el cabello moreno y rebelde, unos enormes ojos grises y una sonrisa triste en el rostro. Cuando Héctor la ha visto acercarse sola a la mesa, ha palidecido considerablemente. Pocos minutos después me he enterado de que es Sara Fernández, la esposa de Abel. Es tan joven... ¿Se casarían tan pronto por la enfermedad de él?

Nos ha dicho, bastante seria y apesadumbrada, que Abel no podría acudir tampoco a esta cita porque últimamente ha sufrido muchas migrañas que apenas le permiten levantarse de la cama. Para Héctor la noticia ha sido funesta: había estado esperando a que se recuperara y ha estado atrasando la salida de la revista demasiado.

—Lo siento mucho, de verdad —repite ella una vez más con el ceño fruncido y el semblante angustiado—. Quizá la próxima semana esté mejor... Pero con él nunca se sabe. Hay periodos en los que está muy bien y otros en los que recae. Creo que la primavera le pone peor...

—No te preocupes, Sara —contesto con una sonrisa forzada.

Héctor ha agachado la cabeza y está cubriéndose la nuca con las manos.

—Dios, la he cagado —murmura lo suficientemente alto para que nosotras también lo oigamos.

Sara desvía la vista hacia mí y me mira apurada, disculpándose con los ojos otra vez. Niego con la cabeza y con la mano le indico que no se lo tome como algo personal.

—Abel y yo nos sentimos muy mal —continúa, mostrándose un poco nerviosa—. Sabemos lo importante que era este número. Además, de verdad que él estaba muy emocionado con trabajar para *Love*...

—No pasa nada. Lo entiendo —dice Héctor sin alzar la cabeza. Cuando segundos después lo hace, tiene los ojos enrojecidos.

—Prometemos compensaros. Cuando Abel esté mejor, contactará contigo, en serio. Quizá para próximos números... —La joven no sabe cómo disculparse, y yo casi me siento peor por ella que por Héctor.

Él le hace un gesto para darle a entender que ya es suficiente. Sara asiente con la cabeza, mordiéndose el labio inferior, y se levanta de la silla con aspecto abatido y tímido. Soy yo quien la acompaño hasta la salida del restaurante en lugar de Héctor, algo que no me parece nada educado.

—De verdad, él quería venir... Deseaba hacer las fotos.

—Sara, no te disculpes más. Vosotros no tenéis la culpa.

Apoyo una mano en su hombro. No la conozco de nada, pero con lo que Héctor me ha contado acerca de la enfermedad de su marido considero que debe de ser una mujer muy fuerte y la admiro porque sé lo duro que puede llegar a ser.

—Nos sabe muy mal por Héctor.

—Se le pasará. —Me encojo de hombros fingiendo indiferencia, aunque estoy un poco nerviosa—. Es que es una persona que se toma muy en serio su trabajo.

—Abel también es así. Siempre se preocupa mucho por todo y le afectan las cosas un montón, aunque trate de aparentar todo lo contrario. —Esboza una sonrisa que le ilumina el rostro.

—Espero que nos veamos pronto.

Me inclino para darle dos besos. Ella, además, me estrecha entre sus brazos como si fuéramos amigas de toda la vida, lo que hace que la mire con sorpresa.

—Hasta pronto, Melissa. Un placer haberte conocido.

Me quedo en la puerta del restaurante observando su curiosa forma de caminar. La verdad es que es una joven que desprende luz, aunque no parece darse cuenta. Me sorprende pensando que, quizá, podríamos haber sido buenas amigas puesto que ambas tenemos algo en común: un amor que va más allá de las enfermedades.

Cuando se pierde entre la gente regreso al interior del restaurante. Encuentro

a Héctor aún con la cabeza gacha, la frente apoyada en la mano. Todo su cuerpo en tensión me demuestra lo nervioso que está.

—¿Héctor?

No contesta, se limita a continuar en esa postura. Me revuelvo en el asiento, mirando de reojo a la pareja que a su vez nos mira y cuchichea. Me inclino hacia delante y le pregunto en susurros:

—¿Estás bien?

Doy un brinco cuando se aparta la mano del rostro y alza los ojos. Está furioso. Tanto como todas esas otras veces en las que me miró así. Me quedo callada unos segundos. Es lo que el psiquiatra me aconsejó durante aquel terrible período. Debía mantenerme serena cuando él no lo estuviera, levantarlo cuando se cayera, pero siempre dejándole su espacio.

—¿Crees que puedo estar bien con lo que ha sucedido?

Trago saliva y mantengo el silencio. Cualquier respuesta podría ser incorrecta en este momento. Se queda pensativo unos minutos más, hasta que el camarero se acerca y nos pregunta si vamos a comer. Es Héctor quien contesta por mí, negando con la cabeza.

—Vámonos —dice cortante.

Saca un billete de la cartera y lo deja sobre la mesa para pagar las copas de vino que nos hemos tomado. Ni siquiera aguarda al cambio, sino que se va hacia la puerta con pasos agigantados que tengo que cubrir casi corriendo. Cuando llegamos al coche todavía estamos en silencio, y así nos quedamos durante todo el trayecto hasta alcanzar su apartamento. Mientras subimos en el ascensor trato de arrimarme a él, de calmarlo. Sin embargo, en cuanto voy a acariciarlo, alza una mano. Cierra los ojos, con los labios apretados con fuerza, y apoya la cabeza en la pared del ascensor.

—Héctor... —Al final no puedo aguantar más y rompo el silencio. No es lo que el psiquiatra me recomendó, pero tampoco me parece que esté inmerso en una de esas crisis nerviosas de las otras veces.

No me contesta. Lo único que hace es darme la espalda, salir del ascensor y abrir la puerta del apartamento con aires nerviosos. Nada más cerrar, da un manotazo en la cómoda de la entrada con una fuerza tremenda. Se me escapa un grito. Su mano tiembla mientras apoya la frente en la pared. Debe de dolerle un montón porque el golpe que ha dado ha sido bien fuerte.

—Creo que sería mejor que me dejaras solo un rato —dice de repente con un tono de voz que me corta el aliento.

—Pero... —Noto el corazón golpeándome en el pecho como un poseso.

—Sé que esto no está bien, pero no puedo evitarlo, Melissa. —Se aparta de la pared, pero no me mira.

—Todo se arreglará —murmuro únicamente, y sé que es un error abrir la boca porque nada de lo que le diga va a ayudarlo. No cuando se pone así. Y

hacia tiempo que no sucedía. Casi me parece una eternidad desde entonces.

—Por favor. Ahora mismo no puedo pensar con claridad. —Me da la espalda y se dirige a la cocina.

Lo sigo aunque no debería hacerlo, ya que está claro que cuando se pone tan nervioso no se controla. Pero no sé por qué, las inseguridades pasadas me atacan de nuevo y la mente se me pone en rojo al pensar en lo que puede hacer. Lo encuentro apoyado en el fregadero, bebiendo un poco de agua. Al darse cuenta de que lo estoy observando niega con la cabeza, de espaldas a mí.

—¡No voy a tomar nada! —exclama más enfadado que antes.

Me apoyo en el marco de la puerta, con unas molestas ganas de llorar. Al final hago lo que me ha pedido y me marcho. Salgo a la calle con unas tremendas náuseas y con la sensación de que, aunque me haya repetido una y otra vez desde que volvimos que es feliz conmigo, jamás conseguiré que lo sea del todo. Y mientras paseo un tanto perdida me asusto pensando en que es muy posible que nunca viva tranquila, que los fantasmas que me acosaron una vez regresarán, que siempre que se ponga así me atormentaré imaginando que ha recaído en su adicción.

«Temo por tu seguridad». Las palabras de Ian me caen como un jarro de agua fría. Niego con la cabeza, despertando la curiosidad de una adolescente con mochila que pasa por mi lado. Llego hasta un parque que hay al final de la calle. Está vacío a estas horas, así que va a venirme genial para sentarme e intentar relajarme un poco.

—Héctor jamás me haría daño —digo en voz alta una vez que he encontrado un banco más o menos limpio.

«¿Lo estás diciendo para convencerte a ti misma?» . De inmediato echo a esa voz de mi cabeza. Apoyo la espalda en el banco y alzo el rostro hacia el cielo, dejando que los rayos de sol me calienten. Siento que, como tantas otras veces, el alma se me ha quedado helada. Regresé con él porque de verdad lo amo, porque sé que es el hombre de mi vida y que quiero compartirla con él. Sin embargo, en momentos como éste no sé si realmente estoy preparada para ayudarlo o si es él quien no me permite que lo haga.

Al cabo de diez minutos estoy mucho más nerviosa y preocupada que antes, así que saco el móvil dispuesta a pedir algo de ayuda, de comprensión, de palabras de apoyo. Como no me gusta hablar con su psiquiatra, decido llamar a su madre, que siempre ha estado ahí y nos ayudó muchísimo durante aquel período. Los cinco tonos que se suceden hasta que descuelga me martillean en la cabeza y en el pecho.

—¡Melissa, cariño! —exclama, aunque aprecio en su tono un leve matiz de preocupación. No suelo llamarla, así que es comprensible que se inquiete—. ¿Cómo estás?

Antes de que pueda contestar, se me escapa un sollozo involuntario. Al otro

lado de la línea ella suelta un suspiro preocupado, pero espera a que yo tome aire y consiga hablar.

—Héctor ha tenido un mal día por el trabajo —murmuro.

—¿Estás con él?

—Me ha pedido que me vaya, y no sé si de verdad es lo mejor.

—Cariño, si él te lo ha pedido es porque necesita estar solo. Recuerdas lo que te dije, ¿no? A veces es preferible que se calme a solas, con su espacio.

—Pero ¿y si eso le hace pensar en esas cosas terribles que...? —Ni siquiera soy capaz de terminar la frase.

—Las pensaría igualmente estando tú allí. Cuando está así no se controla, se detesta a sí mismo y, por consiguiente, a todas las personas que hay a su alrededor.

—Me da un miedo atroz que recaiga. En ocasiones lo sigo hasta el baño o la cocina cuando lo noto raro porque imagino que va a tomarse una pastilla de esas que no debe.

—Lo sé, Melissa, cielo. Es un miedo con el que hay que vivir. Pero tienes que confiar en él. Sabes que lleva más de un año con su tratamiento responsablemente.

—Pero la otra vez todo se fue al traste después...

—Héctor está bien durante un tiempo, pero no siempre lo estará. Puntualmente aparece algo que lo trastoca, o sus sentimientos o su forma de pensar cambian, y vuelve a sentirse triste, sin esperanzas, vacío. —Suelta un suspiro—. Sé que no está bien decirte esto ahora que te sientes tan mal, pero debes ser consciente de la situación.

—Lo soy —digo con un hilo de voz.

—Todo esto es difícil, Melissa. Nosotros tuvimos que aprender a convivir con ello. Necesitamos una educación, tanto él como nosotros, con tal de ayudarlo y de lidiar con estos... baches. Héctor puede llevar una vida normal, de eso no hay duda. Simplemente hay que ser un poco más fuerte en determinadas ocasiones.

—¿Y lo soy?

—Sé perfectamente que lo eres. Has estado siempre ahí para él, cielo. —Su tono de voz comprensivo y cariñoso logra calmarme un poco—. Tomaste la decisión de quedarte con él, ¿no es así? Eso demuestra la fortaleza que tienes. Lo que pasa es que a veces nos caemos. Esto desgasta, ¿entiendes? Tanto a los familiares como a él. Por esa razón te habrá pedido que lo dejes a solas un rato, Melissa, porque sabe lo duro que es soportarlo en determinados momentos.

—Pero yo quiero... necesito estar con él cuando se siente así —me quejo como una niña.

—Y él te necesita a ti, sólo que no se da cuenta.

«¿Y a ella? ¿A Naima también la desgastó todo esto? Es evidente que Héctor empeoró con lo sucedido con ella, pero también está claro que su enfermedad

viene de más atrás». Me dan ganas de preguntárselo, pero, por suerte, mi garganta no produce ningún sonido.

—¿Y si Héctor no es feliz conmigo?

—Melissa... Sí lo es. A su manera, pero lo es. Ha luchado para vencerse a sí mismo porque te quiere muchísimo y porque desea que ambos tengáis una oportunidad.

—Lo sé.

—Ya te echó una vez de su vida... Pero actuó así porque no quería hacerte daño. Luego regresó a por ti. Si lo hizo es porque tiene claro que podéis ser felices juntos.

—¿Crees que debería volver a casa ya? —le pregunto, ansiosa por reencontrarme con él.

—Espera un poco. Es mejor que te llame, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza aunque no puede verme. Me dice que contacte con ella si pasa algo y me recuerda que está ahí para lo que necesite. La verdad es que me siento un poco más tranquila, consciente de que no estamos solos, de que hay gente que nos apoya y que nos ayudaría en cualquier circunstancia.

Me quedo en el banco con las manos entrelazadas en el regazo y con la cabeza apuntando al sol como antes. Observo el cielo claro, la blanca estela que deja un avión a su paso y me entretengo un poco curioseando las formas de las nubes. Pero lo que mi corazón desea es estar con Héctor, hacerle ver que le comprendo, que no me importa que se ponga tan furioso ni que no encuentre solución a problemas que sí la tienen. Estoy aquí para ayudarlo en todo eso.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que oigo unos pasos removiendo las piedrecillas del parque. Aparto la mirada del cielo y muevo la cabeza hacia delante para toparme con la silueta del hombre que amo. Sin poder evitarlo, se me escapan unas cuantas lágrimas. Se queda quieto durante unos segundos, sin tener muy claro cómo actuar. Al fin se acuclilla ante mí y me coge de la barbilla, observándome fijamente, transmitiéndome su amor. Lo sé, sé que me quiere, pero no tengo claro que ese sentimiento pueda lograr que estemos juntos para siempre. Eso me asusta. Me limpia las lágrimas con los pulgares, acogiendo mi rostro entre sus manos. Sus ojos brillan, a punto de unirse a mi llanto.

—¿Cómo voy a decir que lo siento, Melissa? Cada vez que lo he dicho, ha vuelto a suceder. —Agacha la cabeza, negando con ella—. Aún no he aprendido a separar unas cosas de otras ni a valorar lo que realmente es la vida. Creía que sí...

Me mira, y un pinchazo me hierde el corazón. Alzo una mano y lo cojo de la nuca, acercando su rostro al mío.

—No es necesario que digas que lo sientes. En realidad, no tienes que hacerlo. Estoy aquí para que aprendamos juntos.

Apoya su frente en la mía y aspira con fuerza. Sus dedos me acarician los

pómulos casi con desesperación.

—Tu olor es el que me acerca a la cordura.

—Tú no estás loco, Héctor. No digas eso.

—Tampoco es que esté muy cuerdo —murmura con tristeza.

—Nadie lo está del todo. Y a veces hay que poner un poco de locura a la vida, para hacernos despertar.

—No este tipo de locura, Melissa... —Agacha otra vez la cabeza y pasa sus manos por mi nuca, acariciándomela, enrollando mechones de mi cabello en sus dedos.

—Basta, Héctor. —Lo cojo de las mejillas para que me mire. Necesito que me atienda—. Has tenido un pronto, y a está. Me has pedido que me vaya porque no querías gritarme... o lo que fuera. Lo entiendo.

—No deseo hacerte daño... —Su voz tiembla, y durante unos segundos noto a mi vez una sacudida en mi interior.

—Decidí volver contigo sabiéndolo todo. Me gustaría ser yo quien te cuide y te ayude. Cuentas conmigo, pasaremos juntos por esto todas las veces que sea necesario. Es posible que no alcance a comprender con exactitud cómo te sientes en esos momentos... Pero te quiero, y quiero ayudarte.

—Yo también te amo.

—¿Vamos a casa?

Me levanto dejándolo aún en cuclillas, un tanto pensativo. Le tiendo una mano que él coge y aprieta con fuerza. Regresamos en silencio, yo dedicándole un par de sonrisas que se apresura a devolverme. Cuando entramos en el portal me retiene unos segundos.

—Al oír a la mujer de Abel, yo... Se me ha nublado la mente. Lo he visto todo negro. He visualizado cómo me gritaba mi jefe, el consiguiente despido, a mí encerrado en el cuarto con una botella de alcohol en la mano...

—Eso no va a pasar. Eres bueno en tu trabajo y no te despedirían por algo así. No ha sido culpa tuya —le digo todavía sonriendo—. Tienes que dejar escapar tus pensamientos negativos.

—En parte sí ha sido mi culpa porque les pedí que esperaran, alegando que conseguiría que Abel hiciera las fotos. Joder, ahora tendremos que trabajar muchísimo para que la revista esté a tiempo en la calle y encima sin su reportaje... —Se frota los ojos con nerviosismo.

—Saldréis adelante.

—¿Sabes, Melissa? Nunca he sido bueno en nada. —Su mirada es tan triste que hace que sienta una tremenda pena por él. ¿Cómo puedo aliviarlo en su dolor?

—Eso no es cierto...

—Mi trabajo es muy importante. Es lo que mejor sé hacer.

—Todo irá bien. —Lo sujeto de las mejillas y deposito un beso suave en sus

labios—. Te prepararé un baño, ¿vale? Hoy vas a ser tú quien se relaje.

Esboza una leve sonrisa y asiente con la cabeza. Mientras le lleno la bañera se queda sentado en la cama de nuestra habitación con la mirada extraviada. Echo unas sales aromáticas para perfumar el ambiente.

—Ven... —Me acerco a él por la espalda y apoyo las manos en sus hombros, acariciándoselos.

Lo desvisto como si fuera un niño. Lo dejo dentro de la bañera y me dirijo a la cocina con la intención de preparar algo para los dos y ya que nos hemos ido del restaurante con el estómago vacío y empieza a dolerme. Hago dos sándwiches de sobrasada y queso con cebolla pochadita, pues se ha convertido últimamente en uno de sus favoritos. Se lo llevo hasta el baño y me arrodillo ante él, mostrándole la bandeja.

—Mira lo que te he traído. Todo un plato *gourmet*.

Sonríe y saca el brazo del agua para coger el bocadillo. Le seco la mano con la toalla y se me queda mirando con el pan en la mano.

—¿De verdad crees que merezco esto después de todo? —me pregunta muy serio.

No contesto. También reconozco la frase de autoculpa que acaba de lanzar. Me limito a comerme el sándwich y a señalar el suyo.

—Pruébalo. Ya verás qué bueno está.

Pienso que va a decir algo más, que se echará más tierra encima, pero me hace caso y da un mordisco al bocadillo. Nos los comemos en silencio, y una vez que hemos terminado salgo del baño y dejo que se relaje a solas. Sin embargo, al cabo de un ratito me pongo nerviosa y me digo que ha sido una estupidez marcharme porque todavía no estoy segura de que su arrebató haya pasado. Por unos instantes se me pasa por la cabeza que lo encontraré con un frasco de pastillas vacío o con unos cortes en la muñeca. Corro hasta el servicio, pero lo descubro tumbado en la cama, con el cabello aún húmedo. Me mira sin comprender.

—Ya he quitado el tapón.

Asiento con la cabeza, dibujando una sonrisa un tanto nerviosa. Me dice que le apetece dormir un ratito y que si quiero que me acueste con él, pero me excuso con que tengo que escribir. En el despacho me como la cabeza. Me siento un poco egoísta, pero no quiero que aquella mala época vuelva a repetirse. Una hora después en la que, por supuesto, no he escrito nada, me deslizo en silencio hasta la habitación. Héctor ha bajado las persianas; aun así, entra algo de luz que incide en su cuerpo desnudo. Me acerco para arroparlo por si tiene frío y no puedo evitar acariciar su suave piel.

—¿Melissa? —murmura unos minutos después entreabriendo los ojos.

Me inclino y lo beso con suavidad. Me responde con un poco más de ganas. Miro de reojo su entrepierna y lo descubro excitado, algo que provoca un

pinchazo en la parte baja de mi vientre.

—No sé si te apetece hacer el amor... —susurro con voz temblorosa. Sé que en situaciones como esta su libido desciende, así que me sorprende que esté excitado.

—¿Qué te parece a ti? —me pregunta con una sonrisa señalando su entrepierna.

Me meto en la cama y me acurruco junto a él. Me abraza y me aprieta contra su cuerpo. Aspiro el olor a cítricos que desprende su piel y rozo mi rostro contra su pecho. Sube una mano hasta mi cabello y me besa en la frente, de manera cariñosa y al tiempo pasional. Alzo la cara y arrimo los labios a los suyos para fundirnos en un beso intenso con sabor a excitación. Nos tiramos así un buen rato, simplemente rozándonos, tocándonos, lamiéndonos los labios, el cuello, comiéndonos las ganas hasta que llegan al límite.

—Necesito tu cuerpo. Sentirte... —Su voz está impregnada de urgencia.

Me incorporo y bajo de la cama. Me observa con detenimiento, devorando cada centímetro de piel que voy dejando al descubierto. Una vez que me he quitado toda la ropa me quedo plantada ante él unos segundos, mostrándole mi cuerpo desnudo, que estudia de arriba abajo. Me siento calentada por esa mirada suya que se detiene en el lunar que tengo al lado del ombligo y en mi húmeda entrepierna.

—Ven...

Me subo de nuevo a la cama y gateo hasta él para que me rodee con su ardiente cuerpo. Me aparta el cabello del cuello y me lo besa, da mordisquitos con toda la suavidad del mundo y, a continuación, me tumba boca arriba y se va deslizándose por mí, besando cada milímetro de mi piel, besando mi excitación, besando las ganas que tengo de él.

Se aparta dejándome con un suspiro en la boca y se pone a trastear en el móvil. Lo miro con curiosidad hasta que, al fin, la voz de Rihanna inunda la habitación con una de esas canciones que te remueven por dentro. A Héctor le gusta hacerlo con música y es algo que me ha contagiado. «*Not really sure how to feel about it. Something in the way you move makes me feel like I can't without you. It takes me all the way. I want you to stay*». («No estoy segura de cómo sentirme. Hay algo en la forma en que te mueves que hace que no pueda vivir sin ti. Invade todo mi ser. Quiero que te quedés»).

Se desliza hasta mis piernas y me las separa. Lame mi sexo casi con devoción, arrancándome un gemido tras otro. Se me encoge el estómago cada vez que su lengua se interna en mí y me explora con delicadeza, de manera experta, ansiosa.

—No pares, por favor... —le pido apoyando una mano en su cabeza mientras con la otra me acaricio los pechos, me los estrujo, y me revuelvo en la cama, loca de placer.

Héctor me aprieta los muslos mientras se pierde por entre mis pliegues, inundándome de su saliva, que se mezcla con mi propia humedad. Jadeo, gimo, suelto algún gruñido que otro y, por fin, me rompo. Se me escapa un grito que casi me desgarró la garganta. Arqueo el cuerpo, aferrándome a las sábanas y buscando el aire que me falta. No me da tregua porque en cuanto los espasmos se calman un poco se coloca encima de mí y se introduce en mis entrañas. Su sexo duro y palpitante me colma, me hace sentir viva, resplandeciente.

—Gracias, Melissa... Por estar... ahí —me susurra entre jadeos, acogiendo mi rostro entre sus manos—. Por quererme...

Le acallo las palabras con un beso. Me aferro a su cuello con los brazos y a su cintura con las piernas. Me muevo a su ritmo, haciéndole dueño de mis caderas y haciéndome yo el ama de sus caricias. « *Something in the way you move makes me feel like I can't live without you... I want you to stay* ». (« Hay algo en la forma en que te mueves que hace que sienta que no puedo vivir sin ti... Quiero que te quedes »).

Hacemos el amor mirándonos a los ojos, recomponiendo los pedacitos de corazón que se habían despegado esta mañana. Logro olvidar todo lo que últimamente ha estado haciéndome dudar, lo que me ha provocado inquietud...

Hacer el amor con Héctor me acerca a la paz.

LE LIBROS

Me aproximo con sigilo a Aarón, que está sentado en la terraza de espaldas a mí. Le doy tal palmada en el cogote que se caga en los vivos y en los muertos de todos los que estamos a su alrededor.

—Cabrón, ¿quieres dejarme inútil de por vida o qué? —se queja mientras se palpa la nuca. Aparece una sonrisita en su rostro.

—Te veía un poco empanado —le digo chocándole la mano libre. Me siento en la silla de enfrente y cruzo las piernas en actitud relajada—. Menudo día hace hoy, ¿eh?

—¿Por qué crees que te he llamado? Estaba muriéndome por unas cañitas, Héctor.

—Yo tomaré una Fanta... o un zumo.

—¿Perdón? —Aarón parpadea y luego me mira como si no estuviera en mi sano juicio—. Vamos, tío, que no eres un alcohólico.

—Te recuerdo que aún estoy medicándome.

Suelta un suspiro y niega con la cabeza como si le pareciese el tío más estúpido del universo. ¿Desde cuándo ha dejado de ser precavido conmigo? Siempre se mostró de lo más preocupado cuando pasamos por aquel calvario. De no haber sido por su constante vigilancia, sus miradas reprobatorias y sus regañinas, ahora quizá estaría tirado en algún zulo.

—Una cervecita no hace daño a nadie...

—Aarón, basta. No somos unos críos. Además, estos días no es que esté de muy buen humor, ¿entiendes? A ver, puedo controlarme, pero ya sabes: más vale prevenir que curar.

—Está bien. Pues entonces yo brindaré con mi magnífica jarra de cerveza y tú con tu vasito de zumo, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco y opto por no responder. Me dedico a observar el aspecto desaliñado de mi amigo, algo nada habitual en él. No parece que se haya peinado hoy, y esa barba de tres días denota que su apariencia ha dejado de preocuparle. Por un instante pienso en las sospechas de Melissa: ¿estará metido en drogas o algo por el estilo? Lo cierto es que si hay alguien que sabe aquí de eso soy yo. No es que sean las mismas, pero... Quizá debería volver a preguntarle por el asunto, aunque sé perfectamente lo que podría ocurrir: saltaría negándolo todo y dándose por ofendido. Lo sé porque así reaccioné yo en más de una ocasión.

La camarera se acerca para tomarnos el pedido. Es una rubia de lo más escultural con las pechugas bien grandes. Aarón se las mira sin mucho disimulo, pero lo cierto es que lo hace casi como hastiado, como si en realidad no estuviera viendo nada. Otra señal inquietante de que algo le pasa: a él le tiran más dos tetas que dos carretas, aunque tenga pareja. Me parece algo normal, vaya. Lo raro es que ni siquiera suelte un comentario sarcástico sobre la «pechonalidad» de la muchacha.

No decimos absolutamente nada mientras esperamos nuestras bebidas: yo un Nestea y él una jarra de cerveza. Simplemente dejamos que los rayos de sol caigan en nuestros rostros, que nos los iluminen y calienten. Observamos a la gente disfrutar, como nosotros, del buen tiempo. Nos observamos a nosotros mismos. Los silencios con Aarón siempre me han resultado cómodos, agradables, sencillos. No el de hoy. Así que en cuanto la camarera deja sobre la mesa las bebidas y un platito con patatas fritas suelto una pregunta que me permitirá tantear el terreno.

—¿Y qué tal está Alice?

—¿Por qué dices que estás de mal humor?

Nuestras voces se solapan y no nos enteramos de lo que nos hemos dicho. Nos echamos a reír, alzando para brindar él su jarra y yo mi vaso. Le indico con un gesto que pregunte primero; así bajará la guardia.

—Que por qué estás de mal humor. Parece que a la gente que vivís en pareja se os pega incluso el estado de ánimo... Lo digo porque justamente ayer le envié un *whatsapp* a Mel y casi pude escuchar sus gruñidos.

—Anteayer tuvimos una discusión. —Alargo la mano para coger una patata y me la llevo a la boca.

—¿Por qué? —De repente se pone aún más serio, como si algo le preocupara.

—Lo mismo de siempre. Por mi culpa, vamos. De un tiempo a esta parte todo es una mierda en el trabajo. —Me rasco la cabeza y cojo otra patata—. Me dio uno de esos ataques de los que aún no sé cómo salir.

—Todos los tenemos —murmura algo taciturno.

Lo miro con sorpresa. No se me ocurriría pensar en él con esos prontos, soltando golpes a las cosas y pidiendo a Alice que se marche. En realidad Aarón me parece una de las personas más serenas y comprensivas del mundo, capaz de tomarse las cosas con calma y de tener más paciencia que nadie. Así actuó conmigo, a pesar de la lata que le di con mis paranoias durante tanto tiempo.

—No quiero volver a hablar mal a Melissa. —Agacho la cabeza, aunque sin apartar la mirada—. Tengo miedo de que se canse de todo eso.

—Mel jamás se cansaría de ti. —Lo ha dicho como si fuera Dios y lo supiera todo.

Le sonrío, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Últimamente está rara...

—No empecemos, Héctor. —La mirada que me dedica es reprobatoria. Da un enorme trago a su cerveza, que casi baja a la mitad de la jarra.

—No es eso. No me dejas terminar... —me quejo, lanzándole un trocito de patata—. Sé que me quiere. No tengo dudas al respecto ya, pero no la veo muy ilusionada por la boda.

—A ver, caraculo, ¿qué esperas? Si ésta va a ser su tercera «boda» —dice dibujando las comillas con los dedos—. Estará un poco cagada.

—Me gustaría que estos meses previos fueran bonitos para los dos, aún más para ella. Que los viviera cargada de ilusión. Pero no sé... A veces la veo un poco ida. No está escribiendo apenas y su editora se está cabreando. Parece más inquieta que de costumbre y alguna noche ha tenido pesadillas. No he querido decirle nada porque me da miedo presionarla, pero joder, le pasa algo.

—Ya te digo, estará nerviosa. A ver, nunca me he casado, aun así supongo que debe de ser una época agitada para una pareja. Sobre todo para ellas, que ya sabes cómo son...

—A veces me da la sensación de que quiere preguntarme algo y no se atreve. Otras noto que me mira preocupada, distante, aunque al rato esos ojos tan preciosos que tiene me dedican otra vez una mirada llena de amor.

Aarón se pasa la lengua por el labio inferior y luego se lo muerde con nerviosismo. Arqueo una ceja y lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes algo? Si ella te ha contado algo tienes que decírmelo.

—¿Y por qué debería hacerlo? —Se pone a la defensiva, algo que es también extraño en él.

—Porque somos amigos.

—Mel también es mi amiga.

—Los tres lo somos.

Abre la boca para replicar, pero la cierra y niega con la cabeza. Se acaba la cerveza y alza un brazo para llamar la atención de la camarera. Le pide otra jarra y después se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—Creo que puedo tener una vaga idea de lo que le pasa, pero no estoy seguro —continúo, tratando de sonsacar a Aarón. Estoy convencido de que Melissa le ha dicho algo—. Tan sólo quiero hacerlo bien, ¿sabes? No como la otra vez. La cagamos porque no fuimos sinceros. Necesito saber si algo le molesta para solucionarlo.

—Quizá no te cuenta lo que le preocupa porque no siente que tú seas sincero con ella.

Me deja boquiabierto. La verdad, no esperaba algo así. Me rasco la frente, empezando a ponerme nervioso. Doy un trago a mi Nestea, y me arrepiento porque la saliva se me torna pastosa y odio esa sensación.

—¿Qué quieres decir con eso, Aarón? Estoy siendo sincero con ella. ¿Por qué cree que no? ¿Es que piensa que estoy tomando pastillas de nuevo? —Le suelto una pregunta tras otra, confundido y preocupado.

—No sé si piensa eso, no me lo ha contado. —Aarón se encoge de hombros al tiempo que bebe cerveza.

—¿Entonces...?

—Mira, yo ya le dije que no se montara películas en esa cabecita loca que tiene. No pude hacer más. Pensé que se le habría pasado. —Me fijo en que empieza a mover la pierna, un tanto inquieto, y a refregarse las manos contra los muslos.

—¿Qué películas? —insisto echándome hacia delante y mirándolo fijamente.

—Ya sabes, lo mismo de siempre: historias con tu ex.

Podría haber esperado cualquier otra respuesta, pero no ésa. Ésa es la que menos desearía haber oído. Me paso una mano por el pelo y me lo revuelvo. Aarón ni siquiera ha dicho su nombre, pero el simple hecho de mencionarla de alguna forma me trastoca hasta límites insospechados. Lo hace porque es Melissa la que, esta vez, está pensando en ella, y yo creía que eso ya no nos iba a afectar, que el fantasma de Naima ya no nos acosaría nunca más, que lo dejamos abandonado en ese campo de luciérnagas al que la llevé cuando nos reconciliamos.

—Pensé que ya estaba superado —murmuro frotándome los ojos.

Aarón me mira, aunque me da la sensación de que está más en su mundo que aquí. Por el amor de Dios, no puede ser que dos cervezas se le hayan subido.

—Puede que no lo esté porque tú no has sido claro con ella en ese tema.

—¿Qué quieres decir?

Mi tono denota que estoy a la defensiva, y no es lo que pretendo. No debo dejar que esto me afecte en lo más mínimo. Es el pasado, uno que ya no puede solucionarse, uno con el que debería estar en paz tal como pedí a Melissa que se

sintiera con el suyo.

—A ver, que no estoy diciendo que no lo seas. Es más, le dejé claro que no le ocultas nada y que ella solita se estaba montando paranoias. —Otra cerveza que se acaba. Intuyo que va a pedir más, pero se queda pensativo hasta que, segundos después, reacciona—. Lo que estoy queriendo decir es que, bueno... no le has contado demasiadas cosas sobre...

—Porque no puedo —me apresuro a contestar, con ese nudo en la garganta que tantas y tantas veces me ha acosado.

—Oye, que ya lo sé. No te estoy juzgando. Jamás podré llegar a entender lo doloroso que será para ti.

—Si pudiera lo habría hecho mucho tiempo atrás... —Estoy tratando de excusarme.

—Héctor, lo único que ocurre es que las mujeres son curiosas por naturaleza.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que piensa ella?

—No sé, no me lo ha dicho exactamente. —Aarón vuelve el rostro y se pone a mirar a una pareja de jóvenes que están compartiendo un helado.

—No me mientas...

—Pues piensa que le estás ocultando cosas...

—¡¿Qué?! ¡Pero ¿cómo coño se le ocurre pensar algo así?! ¡Es una tremenda estupidez! —Me doy cuenta de que he alzado demasiado la voz porque la pareja y un grupito de chicas se han dado la vuelta para ver qué sucede.

Aarón abre las manos y se encoge de hombros, como si tampoco entendiera nada.

—Dania y yo ya intentamos quitárselo de la cabeza.

Me froto los ojos con tal de hacer desaparecer el murmullo que está empezando, uno que acude como desde lo más profundo de un pozo y que amenaza con quedarse y fastidiarme el día.

—Hay cosas que jamás deberían contarse —musito con voz apagada.

—¿Qué cosas, Héctor? —me pregunta Aarón, pero me parece que lo hace más por quedar bien que porque realmente le interese.

—Secretos.

—Todos tenemos. Y precisamente por eso son lo que son... Porque no queremos contarlos.

—No es que no quiera, es que no puedo. —Le suplico con los ojos que me entienda, pero lo único que hace es mostrarse cada vez más nervioso, moviendo la pierna derecha como si tuviera un ataquillo.

—Tú sabrás, tío. Mientras no os afecten...

—Nunca he hablado de ello con nadie. Ni siquiera con mi psiquiatra.

—¿Y no puede ser ése el motivo por el que te cuesta, a veces, seguir con tu vida?

Aunque Aarón parece tener la mirada perdida, continúa tan lúcido como

siempre con sus respuestas. Me muerdo el labio con fuerza, consciente de que lo más probable es que tenga más razón que un santo. Desprenderme de lo que me atenaza el corazón es lo que quizá haría que no me despertara aterrorizado en mitad de la noche.

—Son cosas terribles, Aarón. Cosas de las que me arrepiento, que me avergüenzan. —Otro frotamiento de ojos. Sé que dentro de un rato los tendré rojos.

Se me queda mirando extrañado, con gesto de no comprender muy bien lo que le estoy diciendo. No sé cómo hemos llegado a este punto, si lo que yo pretendía era sonsacarle información personal de él. No quiero continuar hablando sobre mí, no en este lugar, y mucho menos sobre algo que tiene sabor a pesadilla cuando lo paladeo en la boca.

—Oye, ahora vuelvo —dice unos minutos después.

Lo espero con la mirada fija en el vaso, con el estómago dándome vueltas y más vueltas y con una presión en el pecho que me da pavor. Si yo contara a Melissa alguna vez lo que de verdad sucedió con Naima, ¿qué ocurriría? Me dejaría. Lo haría porque ella es sencilla, porque su risa es brillante, porque su forma de moverse es la de una mujer que ama la vida. No podría entender lo que hice, mucho menos sabiendo lo que le ocurrió con Germán. O quizá sí, pero entonces el asco se instalaría en su cuerpo y jamás querría que volviera a tocarla, o a mirarla... o simplemente a hablarle. Se le pegaría la angustia a la piel como me pasó a mí. Y yo moriría. Sí, entonces sí lo haría. Y continuaría amándola. Más que nunca. Más que si estuviera vivo...

—Hace demasiado calor.

La voz de Aarón me sobresalta. Acaba de regresar a su silla y ni me había dado cuenta. Le dedico una sonrisa, que no me devuelve. Está nervioso. Se rasca la cabeza. Separa los labios y se frota los dientes con aire distraído. Luego se inclina, con las manos apoyadas en los muslos, y asiente mirándome con expresión interrogativa. Joder, Aarón, joder... No me hagas pensar que Melissa estaba en lo cierto.

—¿Qué? —me pregunta bruscamente—. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo está Alice? —No puedo sacar el otro tema. Si lo hiciera, se levantaría ahora mismo y me dejaría aquí sin que hubiéramos solucionado nada. Hay que acercarse poco a poco y siempre con pruebas contundentes.

—Su exmarido se ha mudado. Por lo de la orden de alejamiento y tal.

—Eso es bueno, ¿no? —Intento animarme, aunque él no lo está en absoluto.

—Su hijo no me soporta.

—¿Qué?

—Que le caigo como el culo. Me mira mal, cuando voy a casa de Alice se pone a gruñir o se va a su habitación. Le he oído preguntarle que por qué tengo que estar con ellos, que a quien quiere es a su padre. —Mueve tanto la pierna que

pienso que en cualquier momento se le va a descoyuntar—. Joder, quiere a su padre. No puedo entenderlo.

—¿Será porque es su padre? —Se me escapa un tono un tanto sardónico.

—Pegaba a su madre. ¿Cómo puede querer estar con él?

Suelto un suspiro y le digo con una mirada que es un tema demasiado grande para mí. Por Dios, habíamos quedado para pasar un buen rato tomando algo al sol y lo único que estamos haciendo es deprimirnos más y más. Permanecemos en silencio unos minutos, fisgando lo que hace el resto de la gente que está en la terraza. Ellos sonríen, parecen felices, capaces de seguir con el transcurso de la vida. Y nosotros aquí: Aarón, que posiblemente consume algo (no quiero ni plantearme qué), y yo, un hombre roto por los secretos.

—Voy a enseñarte algo —le digo un ratito después, cuando considero que estamos un poco más tranquilos.

—¿Qué? —Se echa hacia delante y me mira con curiosidad mientras meto la mano en un bolsillo de mi pantalón.

Saco una cajita y se la muestro. Enarca una ceja al tiempo que esboza una sonrisa, una bien ancha y sincera. Joder, qué ganas tenía de verlo sonreír así.

—¿Es lo que yo pienso...?

Asiento y dejo la caja en la mano que ha alargado. Me mira una vez más con una sonrisa pilla, y después la abre y suelta un silbido, moviendo la cabeza. Lo saca y lo alza bajo los rayos de sol.

—¡Por el amor de Dios, me va a deslumbrar! —bromea guiñando los ojos como si no pudiera ver.

Se trata de un anillo de seis puntas con solitario en platino. Fue pasar por la joyería al salir del trabajo y sentir que me llamaba. Supe que éste era el que Melissa tiene que llevar en su precioso dedo.

—No sé cómo definir un anillo —dice Aarón, y me lo devuelve sin borrar la sonrisa, aunque aún está inquieto y se le nota en cada uno de sus gestos—, pero éste es la puta hostia.

—Me ha costado un riñón, un huevo y parte del otro —le confieso al tiempo que observo la sortija de compromiso una vez más. La imagino en el dedo de Melissa y el pecho me da un pálpito—. ¿Crees que le gustará? Lo pomposo no le va e incluso me dijo que no era necesario... Pero lo vi y me hizo ilusión.

—Es muy... ella —resuelve Aarón—. Y, aunque diga que no, supongo que todas las mujeres sueñan con algo así. Al menos cuando son niñas.

—Tengo ganas de ver qué cara pone cuando se lo dé.

—¿Vas a arrodillarte? —se mofa, aunque sé que lo hace con afecto.

—He quedado con ella para dar un paseo. Iremos a los jardines del Real y quizá allí... —Echo un vistazo a la hora en mi reloj—. Estará al caer.

Y nada más decirlo descubro una silueta familiar a lo lejos que se acerca con sus andares elegantes y, al tiempo, un poco desgarrados. Se me olvida todo lo que

he hablado con Aarón hace un rato en cuanto reconozco sus caderas viniendo hacia mí, cuando nos ve y alza una mano con una sonrisa de oreja a oreja para saludarnos, cuando sus pechos —grandes, preciosos y míos— tiemblan al apresurar el paso. Los recuerdo entre mis manos la otra noche, en mi lengua, en mis dientes. Se me pone dura sin poder evitarlo. Pero no tiene nada que ver con aquellas primeras veces en las que follábamos como locos, como animales adormecidos por el dolor. No, porque incluso en aquellos momentos Melissa estaba dejando su impronta en cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Lleva unos vaqueros y una sencilla camisa a cuadros. El pelo largo, suelto y ondulado, le flota alrededor de la cabeza, otorgándole ese aire de sirena en tierra. Las mejillas se le han coloreado a causa del calor y de la caminata que habrá dado. Viéndola así me parece que todo puede ser más sencillo, que somos nosotros los que nos ponemos dificultades.

—¡Chicos! —exclama cruzando la terraza en nuestra dirección. Se inclina para dar dos besos a Aarón y un abrazo bien fuerte—. Te voy a mojar, que vengo sudada.

—Pues estaría bien que me... mojaras un poco. —Menos mal. Echaba de menos los chistes subidos de tono de Aarón.

Melissa le lanza una mirada reprobatoria, aunque está riendo por lo bajito. Cojo una patata frita y se la lanzo. Le cae en la pechera, la recoge y se la come.

—Tío, lo digo porque es verdad que hace calor.

Ella se sienta en la silla libre, me coge de las mejillas y me las aprieta con ternura al tiempo que me da un beso. Cuando se aparta, esa sonrisa tan bonita que tiene nos ilumina más que el sol. Está contenta. Y mucho. Me encanta cuando se muestra así. Después de nuestra última discusión y de haber estado un par de días un poco taciturna, esto es como una bendición.

—¿Qué haces tan contentita, mi amor? —le pregunto contagiándome de su sonrisa.

—No sé... Es este tiempo, que me alegra, que me hace sentir viva. —Se acomoda en la silla y echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y con una expresión de placer en el rostro.

Aarón mueve las cejas como insinuándome que es un momento magnífico para entregarle lo que le he comprado. Se me escapa una risa. Melissa nos mira sin entender, con esa sonrisa que le llega hasta los ojos y la convierte en alguien tan sublime y, al mismo tiempo, tan terrenal.

—¿Qué pasa, nenes? ¿Me he perdido algo? ¿Os estáis burlando de mí?

—¡Qué va! Es sólo que tu chico está deseando irse a dar una vuelta contigo —dice Aarón.

Melissa lo mira un buen rato, imagino que intentando descubrir si hay algo diferente en él, y supongo que lo que ve no la convence mucho porque se vuelve hacia mí un poco más seria que antes. No. No quiero que sus ojos se oscurezcan,

quiero que continúen brillando y que me iluminen a mí. Deslizo la mano hasta la suya y se la cojo.

—Yo me voy. Tengo que solucionar unas cosas en el Dreams. —Aarón se da cuenta de que empieza a hacer de candelabro.

—¿Qué tal Diego? Dania está con él como una niña con zapatitos nuevos... —Melissa se da la vuelta de nuevo hacia él.

—Pues él está como si fuera otra vez un quinceañero y estuviera saliendo con la reina del baile.

—Bueno, es que con Dania es algo parecido. —Mel se echa a reír, y me dan ganas de besarla, de tragarme ese sonido y guardarlo en mí para siempre.

—Es un buen chaval. Creo que puede hacerla feliz y darle buenos polvos.

—¡Aarón! —Melissa le suelta un reproche, pero él se encoge de hombros y la mira con expresión inocente.

—Venga, nos vemos pronto, ¿no? —Se levanta y se inclina, poniéndole la mejilla delante para que le dé un beso. Ella se le engancha al cuello y se hace la coqueta. Ay, mi Melissa...

—Ni siquiera me he tomado nada con vosotros —se queja.

—Otro día, preciosa. —Aarón le acaricia la barbilla y luego me da un apretón de manos, pero lo atraigo hacia mí con ímpetu para abrazarlo—. Joder, tío, de esto a las pajillas de Torrente no hay mucho, ¿eh?

Reímos los tres con ganas, y Mel y yo esperamos a que nuestro amigo desaparezca para marcharnos nosotros también. Poco después hemos abandonado el barrio de Ruzafa y caminamos por la calle Colón agarrados de la mano. Melissa contándome con los ojos brillantes como una chiquilla que se le ha ocurrido otra idea para una nueva novela. Melissa arrugando la nariz al ver en un escaparate un vestido que no le gusta. Melissa preguntándose si debería comprarse un helado o si se le irá todo a las cartucheras. Melissa rompiéndome casi el brazo con sus tirones porque ha visto un perro que le encanta, uno de esos arrugaditos de cara amable.

—Podríamos adoptar uno, ¿no crees?

Justo en ese momento pasamos por El Corte Inglés y el rostro le cambia. Casi se queda sin color en esas mejillas que, hace apenas unos minutos, tenía sonrojadas. Me aprieta la mano y me hace caminar más deprisa. La miro sin comprender, pero vuelve la cara y me lleva al semáforo.

—Es que he visto a una antigua compañera de la uni que me cae fatal... —dice esbozando una sonrisa. Una que no es sincera. Está mintiendo, pero ¿por qué?

Intento quitar importancia al asunto y me centro en lo que voy a hacer: otro paso más hacia nuestro futuro. Primero fue pedirle que se casara conmigo. Después ir al Registro para fijar la fecha, lo que hizo que la boda sea más real. Y ahora el anillo, que para aquellos ajenos a nosotros y a nuestro amor será algo

irrelevante, un objeto sin importancia y sin significado, pero que para mí es el símbolo de la esperanza.

Paseamos por los jardines del Real un buen rato. Melissa se compra su helado tan ansiado, aunque de hielo que «no engorda». Observamos a los patos y reímos al ver a las parejas que se enrollan en la hierba sin importarles nada más. Ella parece ser otra vez la misma, la que antes estaba tan radiante. Y yo... Bueno, yo sólo sé que la amo demasiado, que es algo tan fuerte lo que me atrapa el corazón que a veces pienso que va a matarme. Así que la llevo hasta una zona un poco apartada, pero bonita, silenciosa y perfumada. Nos sentamos en un banco, donde me habla sobre esa nueva idea para la siguiente novela.

—Melissa —la llamo. Me encanta pronunciar su nombre. Lo quiero hacer cada uno de los días de mi vida. Por la mañana. Por la tarde. Por la noche. Despierto. En sueños. Abrazados en la cama. Mojándonos en la ducha. Riéndonos bajo el sol. Corriendo bajo la lluvia. Joven. Viejo. Melissa... Es delicioso. Es mi oración.

—Dime. —Se vuelve hacia mí con un mechón pegado a los labios, que me apresuro a retirarle. Esos labios... que adoro besar, morder, lamer. Como no puedo aguántarme, la beso.

—¿Vamos a hacer manitas aquí como dos adolescentes? —Ríe quedamente.

No respondo nada, sino que saco del bolsillo la cajita, cojo su mano y se la pongo en ella, tal como hice tiempo atrás con las llaves de mi piso. Melissa abre la boca y me mira con sorpresa. Después baja los ojos hasta la caja. Veo que la acaricia con un dedo muy suavemente, como si le diera miedo romperla.

—Vamos, ábrela —le pido un poco ansioso.

Cuando lo hace, el rostro se le ilumina aún más. Y, para mi sorpresa, se echa a llorar. Me asusto pensando que va a decirme que se lo ha pensado mejor y que no quiere casarse conmigo, que tiene dudas, que no soy lo que esperaba. Sin embargo, se abalanza sobre mí y me abraza rodeándome la cintura, apoyando su rostro en mi pecho y mojándose con sus lágrimas, que recibo gustoso. Mi corazón palpita violentamente contra su cara y me abandono un rato a la indescriptible sensación de serenidad que me otorga acariciarle el cabello.

—Héctor... —susurra alzando la barbilla para mirarme—. Siempre había dicho que me daban igual los anillos, que todo eso no iba conmigo. Pero... —Se despega de mí para sacarlo de la caja—. Es para mí. Y es tuyo. No había pensado que eso podía hacerme tan feliz.

—¿En serio, Melissa? —le pregunto aún nervioso.

Su carita ilusionada me confirma que sí, que todo lo que me dice es cierto, que el anillo le ha encantado y que esto sigue hacia delante. Así que se lo quito, la tomo de una mano y, apartando los ojos de los suyos tan sólo un segundo para acertar, le pongo el anillo. Y queda en su dedo tal como había imaginado. Mi corazón aún retumba más. Sólo somos ella, yo y estas dos almas que se

desbordan.

—Te quiero... —Vuelve a pegarse a mí.

Apoyo la barbilla en su cabeza y aspiro ese aroma que me hace pensar en libertad, en paz, en noches en vela recorriendo su cuerpo, en su pecho sobre el mío, en su vientre portando un hijo mío.

Entonces recuerdo lo que Aarón me ha confesado. Me inquieta un poco pensar que no me ha preguntado nada a pesar de tener dudas. ¿Y si le doy miedo? Yo... no quiero que ella... Trago saliva y siento ese cosquilleo en el estómago que te da cuando decides hacer algo que tanto te asusta. Sí, quizá ahora sea un buen momento para contarle la verdad.

—¿Y si pedimos comida japonesa?—pregunta de repente, sacándome de mis pensamientos.

Me llena con sus enormes ojos castaños, me baña con su calidez. Y es esa sonrisa suya la que hace que me eche atrás.

Eso e imaginar que lo que le explique quizá la aparte de mí. Joder, ¡la quiero tanto...! No puedo vivir sin ella. Si se me va, moriré en vida. Y por eso callo. Me trago las palabras, me muerdo la lengua y, una vez más, me enveneno con mis secretos.

Soy un egoísta. Un maldito egoísta.

LE=LIBROS

No puedo dejar de echar ojeadas al anillo que llevo en el dedo. Es pequeño, porque Héctor sabe que a mí no me gustan esos pedruscos del tamaño de una bola de billar, pero es el más hermoso que he visto en mi vida. No se me había ocurrido que fuera a regalarme uno. Pensaba que iríamos juntos a comprar las alianzas o que quizá ni siquiera llevaríamos unas. Y también creía que iba a darme igual o que, bueno, me gustaría pero que no sería nada del otro mundo. Sin embargo, no ha sido así. Cuando Héctor me ha entregado la cajita con esa cara tan tierna que ha puesto, mirándome con esos ojos de enamorado, mi corazón se ha lanzado a la carrera. Dios, me he emocionado como una boba y me he puesto a llorar en plan histérica.

¿Cómo puedo dudar de este hombre? Está claro que me ama muchísimo y que está haciendo todo lo posible para hacerme feliz, para que ambos lo seamos. Me obligo a pasar por delante de El Corte Inglés sin inmutarme. «Deja de ser tan gilipichi, Melissa. Ese hombre ya se ha ido de tu vida. El que tienes a tu lado es el que te colmará de dicha hasta el fin de tus días». Supongo que él ha reparado en mi reacción de antes, ya que me mira intrigado, esperando que actúe como hace un rato. No obstante, le aprieto la mano y le sonrío, mostrándome radiante.

—He dejado el coche en Ruzafa.

—Menos mal que me he puesto botas cómodas —respondo riéndome.

Por el camino compramos unos zumos en el Starbucks y me empeño en pagar yo. Lo que pasa es que quiero enseñar el anillo que llevo en el dedo. La empleada lo mira con expresión de asombro, y le dedico una sonrisa en plan «mira, maja, lo que acaba de regalarme mi pedazo de futuro maridín». Estoy que no quepo en mí ahora mismo.

Héctor sonrío cada vez que observo con disimulo el anillo. Me pasa un brazo por los hombros y me da un beso en la sien.

—¿Me dejas probar tu zumo?

Me lo tiende y le doy un buen trago. No está mal, pero el mío tiene un sabor más intenso. Le devuelvo la pajita mordida, algo que le molesta un poco pero que no puedo evitar hacer.

—Hasta por esto te quiero —me dice señalando la pajita. Le doy un suave codazo en el costado.

—En nada están aquí las Fallas —digo al acercarnos de nuevo a Ruzafa, donde unos técnicos están haciendo malabares con las luces que colocan cada año.

—¿Qué te apetece, Mel? ¿Nos quedamos o nos vamos por ahí? Podría tomarme unas vacaciones... Imagino que al orco de Mordor le encantará que me marche unos días para no fastidiar nada.

Suelta un suspiro resignado. Su jefe le echó una bronca por lo de Abel Ruiz como si de verdad tuviera la culpa. Héctor me contó que se encerró en su despacho todo el día con un nudo en la garganta, aguantándose las ganas de llorar. «Los hombres no lloran. No al menos allí, en ese trabajo», me dijo tras comentarle que su jefe me caía fatal. Le recordé que Julio le habría dejado un hombro para que derramase sus lágrimas.

—¡No seas tonto! —Termino mi zumo y me suelto de su abrazo para ir a la papelera. Una vez que lo he tirado, me vuelvo hacia él y le digo—: La verdad es que prefiero quedarme. Para estar cerca de Ana. Si es que en nada estará aquí el bebé... —Abro mucho los ojos, sorprendida.

—Me parece bien —acepta, rodeándome los hombros una vez más. Apoyo la cabeza en su cuello, coqueta y mimosa—. Este año podríamos ir a ver la *masclètà* algún día, ¿no?

—Uf, no soy mucho de eso...

—Ni yo. —Se echa a reír y me da un sonoro beso en la cabeza.

—Pero sí que me gusta comer churros con chocolate y buñuelos.

—Me lo imaginaba, no sé por qué... —dice mirándome con cara de pillo—. Pero ¿qué tipo de churros? Porque para mi niña, creo que mejor porras...

Le doy un cachete en el brazo, me suelto de él, que quiere atraparme, y echo a correr. Me persigue, y río y suelto grititos, y la gente nos mira, unos como si estuviéramos locos y otros sonriendo. Cuando me alcanza, me alza en vilo, me da un par de vueltas en brazos que hacen que todavía chille más y, al fin, se detiene

y me besa. Nuestros labios van encendiéndose poco a poco, nos calentamos sin apenas ser conscientes de ello. Me concentro tan sólo en el cosquilleo que sus labios unidos a los míos me provocan en todo el cuerpo. Al dejarme en el suelo, pienso que ha sido uno de los besos más largos de mi vida.

—Todos nos observan —le susurro al oído como si me avergonzara, aunque me siento mejor que nunca.

—Pues que lo hagan —responde aferrándose a mis mejillas, cogiéndome mechones de pelo y retorciéndolos entre sus dedos—. Nos miran para contagiarse del amor que nos tenemos.

—O porque piensan que somos unos tarados.

—De locos sería no amarte, aburrida.

Me engancho otra vez a su cuello y nos fundimos en otro beso que se alarga y se alarga hasta que necesito coger aire. Héctor ríe sobre mis labios, con sus pestañas aleteando en mi rostro y su aliento alimentándome.

—Dime, ¿vas a comprarte un vestido de novia? —me pregunta cuando hemos reanudado el camino.

—¡Claro que no! —Lo miro como si estuviera loco.

—Ah, prefieres casarte en ropa interior, como me recibiste aquella vez... —
Dibuja una sonrisa maligna.

—¡Héctor! —exclamo escandalizada. Se me escapa un poco de saliva que aterriza en el dorso de su mano. Suelto un grito. ¡Por Diiios, qué vergüenza!—. Joder, lo siento. —Me apresuro a limpiárselo.

—¿Qué será lo próximo? ¿Mear mientras me lavo los dientes?

—¡Callaaa! —grito otra vez con voz de niña.

Ríe bien a gusto, me atrapa por la cintura y me atrae hacia él como antes. No me da tiempo a protestar que ya están sus labios sometiéndome a esa deliciosa tortura. Me engancho a su pelo y se lo acaricio. Tras unos cuantos besos llenos de actos y no de promesas, se separa y me mira de tal forma que se me encoge el estómago.

—Me gusta todo de ti, Melissa.

—No creo que te gustaran ciertas cosas —le llevo la contraria. Si piensa que algún día le permitiré entrar en el baño mientras meo o hago caca, va listo.

—Estas cosas... —Se señala la mano en la que había caído mi saliva. La miro por si acaso todavía hay algún resto. Menos mal que no—. Éstas... son las que me hacen sentir vivo.

—¿En serio? —Arrugo el gesto.

—La normalidad. La sencillez. Tu sonrisa. Tu cara redondita mirándome sin maquillar por las mañanas. Tus piernas encima de las mías cuando nos recostamos en el sofá. Tu respiración en mi cuello cuando te quedas dormida con la boca abierta. Nosotros corriendo por las calles como dos chiquillos, riendo sin importarnos que se nos vean las encías... —Calla para tomar aire y me dedica

una sonrisa enorme, enorme—. Todo eso, Melissa. El mínimo gesto, siempre y cuando provenga de ti, es el cielo.

Hoy estamos de lo más ñoño. En cualquier momento me veo soltando arcoíris y unicornios por la boca. Mientras lo abrazo lanzo otra mirada al anillo y se me escapa un suspiro. ¡Por favor, estoy frívola total! Pero no es el objeto en sí, no es la brillante piedrecita ni lo bonita que queda en mi dedo. No. Es el significado del que lo ha dotado Héctor, depositando en él todas sus esperanzas, sus proyectos de vida conmigo, sus ilusiones y su amor. Es increíble que pueda caber tanto en una cosita tan pequeña.

Nada más llegar a casa nos quitamos la ropa de calle y nos ponemos cómodos: Héctor el pijama y yo el camisón. Me besa en el hombro medio desnudo mientras me aplico crema corporal. Le lanzo una mirada a través del espejo y sonreímos. Tan cómplices... Ya nunca dudas. Nunca más. Sólo sonrisas y suspiros de placer y de amor.

Nos sentamos en el sofá y llamamos al restaurante Don Sushi para que nos traigan la cena. Encargamos *nigiris* y *temakis*, y tan sólo de pensarlo se me hace la boca agua. Héctor jamás había comido en un japonés —al menos no en uno bueno— hasta que me conoció a mí. Él me ha descubierto cosas como la música clásica o el *jazz*, pero yo también le he aportado algo mío como esto. Y la verdad es que me encanta.

—¿Te apetece ver una peli?

—Venga, vale. —Coloco el culo en el borde del sofá para observar la pantalla de su portátil.

—¿Cuál?

—No sé. ¿Hay alguna chula?

Entra en su cuenta de Wuaki.tv y pincha en la sección de más populares, pero no nos decidimos. Uno quiere ver comedia (o sea, yo) y el otro algún clásico (él, claro). Todavía estamos debatiéndolo cuando llaman al timbre. Me levanto de un brinco y voy corriendo a abrir.

—Me parece que alguien tiene hambre —oigo decir a Héctor desde el salón.

Saludo al repartidor, le pago, él me da el cambio y regreso más feliz que una perdiz con mi bolsa llena de comida. La dejo en la mesa del salón y me marchó a la cocina a por servilletas, vasos y una botella de agua. Como no quiero que la cena se enfríe y ninguno de los dos va a dar el brazo a torcer, al final optamos por ver una de las pelis de nuestra infancia: *Jack*. La habré visto una treintena de veces y hasta me sé diálogos de memoria, pero Héctor tampoco se queda atrás.

—Y yo que pensaba que de crío también verías cosas cultas...

—Pues era un auténtico fan de Williams. Bueno, continuo siéndolo. Es una pena lo que le sucedió. —Niega con la cabeza. Me mira con una sonrisa que tiene algo de tristeza—. ¿Si te cuento una cosa te reirás de mí?

—Claro que no.

—Cuando me enteré de su muerte, me pasé el día llorando.

—¿En serio? —Abro los ojos, sorprendida.

—No sé, no lo conocía. Para todos era un actor más, y ya está... Pero para mí era el actor de mi infancia, ese que me hizo reír y también llorar con sus películas. El hombre que tenía mirada de chiquillo travieso. El que siempre sonreía, pero que tenía los ojos tristes. Una persona que hacía felices a los demás, pero que no supo cómo guardar para sí un poco de felicidad.

Se me encoge el corazón con la confesión de Héctor. Está claro que Robin Williams le recordaba a él, a su situación, a ese deseo de encajar, de aportar algo a los demás, de sonreírles, pero que no sabía encontrar una sonrisa para sí mismo. Me inclino y le acaricio la mejilla. Me provoca tanta ternura... Se queda mirándome con una sonrisa ladeada unos segundos, y a mí me gustaría adivinar sus pensamientos. Entonces, con un gesto rápido, me quita uno de los *temakis* y se lo zampa de un solo bocado.

—¡Eeh! —me quejo.

Hacemos una lucha de palillos y acabamos riendo a carcajadas. Coge un *nigiri* y me lo acerca a los labios. Nos besamos riendo, con las bocas llenas. Al cabo de un rato ya estoy llorando con la película porque me acuerdo de todo lo que sucede y me da mucha pena, en especial el momento en el que el personaje de Robin Williams es consciente de que no podrá ser como los demás niños, que no vivirá su momento, que no dará ningún primer beso a la chica que le gusta y no verá nacer a sus hijos.

—Pero tontita... No llores tanto... —Héctor me acuna entre sus brazos.

—¡Es que es tan triste! —digo entre sollozos. Me entrega un pañuelo y me sueno con un ruido estruendoso.

Cuando ya me he recuperado un poco, Héctor me mira con una sonrisilla y me sorprende diciendo:

—Hoy va a haber maratón de pelis.

—¿Todas de Robin Williams?

—No. De anime.

—¿En serio? —Como si fuera un personaje de una de esas pelis, me salen dos estrellitas en cada ojo de la ilusión que me hace. No habría esperado que Héctor quisiera ver anime conmigo.

—Estuve investigando... Y he encontrado algunas que creo que me gustarán. Me enseña la lista de pelis. Estoy más feliz que unas castañuelas.

—Supongo que las habrás visto...

—Sí, todas... Pero no contigo. Así las vería una y mil veces. —Le sonrío y le doy un abrazo enorme.

Héctor pone en primer lugar *El viaje de Chihiro*. Aunque mucha gente piense que estas películas son para niños por ser de dibujos, para nada es así. Chihiro tiene un mensaje bastante profundo: la protagonista hace un viaje de

autoconocimiento al mundo de los espíritus en el que, poco a poco, va pasando de la infancia a la edad adulta. Vamos... ¡que a mí me encanta!

Me acomodo en el sofá, y Héctor me coge las piernas y me las estira sobre las suyas. Casi ronroneo de placer. Mientras vemos la peli le lanzo ocasionales miraditas de soslayo y lo descubro muy concentrado. A veces sonriendo; en otras con el ceño arrugado, como pensando. Me asusto con las apariciones de la bruja cabezona, como de costumbre, aunque la haya visto bastantes veces. En cuanto la peli acaba se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—Es sorprendente —dice únicamente.

—¿De verdad? —Lo miro con ilusión.

Y empiezo a soltarme un discurso sobre su visión de la película y sus teorías, y me sorprende descubrir que lo ha entendido todo y que incluso ha sacado cositas en las que yo no había reparado.

—¿Y ahora?

—Ahora... *¿La tumba de las luciérnagas?*

Y acabamos llorando los dos con la peli. Joder, ¡es que mira que es triste! Los pobres niños intentando sobrevivir en plena Segunda Guerra Mundial. Tras ésta, ambos decidimos que ya ha habido bastante por hoy y nos dirigimos al dormitorio.

Pienso que vamos a dormir porque él parece cansado, pero antes de llegar ya me ha cogido en brazos y me ha empujado contra la pared. Últimamente Héctor está más seductor que nunca y se pasa los días con ganas de hacerme de todo. Es algo que suele encantarme, aunque mi humor no es el mejor en estos tiempos. Sin embargo, me dejo llevar por su pasión. Me lame el labio inferior y lo muerde con delicadeza. Después se me queda mirando atentamente.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa.

—Eres preciosa, Melissa. No puedo creer lo afortunado que soy de tenerte.

—Madre mía, eres el protagonista de una película empalagosa —me burlo.

Arquea una ceja sin dejar de sonreír y de nuevo ataca mis labios. Los suyos son tan sabrosos y carnosos que me vuelven loca. Doy un saltito y me subo a sus caderas, rodeándoselas con las piernas. Me atrapa del trasero y me lo aprieta con ganas.

—¿Te gusta hacerlo contra la pared?

Me quedo pensativa unos segundos y después respondo:

—¿Sabes dónde me gustaría ahora? En el lugar en el que lo hicimos por primera vez.

Suelta una carcajada, pero, de inmediato, me lleva en volandas hasta el salón. Recuerdo con nostalgia aquella noche en que vine hasta su apartamento y al final no hice nada. Me deposita encima de la mesa, separa mis piernas y se coloca entre ellas. Aprecio el bulto en el pantalón de su pijama y me muerdo el labio

inferior.

—Pero hoy no me dejarás solito, ¿verdad?

—Eso sería de locos.

Arrimo el rostro al suyo y me dedico a besarlo, a impregnarme de su sabor, a empaparme con su saliva, que es como un antídoto para todos mis problemas.

Las manos de Héctor se pierden bajo de mi ropa. Las mete también por las bragas y me acaricia las nalgas. Las apretuja con fuerza mientras me mira con una sonrisa ladeada. Se la devuelvo, y luego me dejo caer hacia atrás y me tumbo en la mesa. Héctor se inclina sobre mí y deposita una hilera de besos desde mi cuello hasta mi vientre, por encima del camión. Me muero porque me lo suba y entre en contacto con mi piel. Como si me hubiera leído el pensamiento, noto su lengua en mi ombligo. Arqueo la espalda con un pequeño gemido.

—Espera —le digo. Se detiene y me incorporo. Lo aparto con suavidad mientras me mira extrañado—. Hoy quiero comerte yo. —Le dedico una sonrisilla traviesa. Sus ojos chispean.

Lo empujo contra la mesa y me acuclillo ante él al tiempo que le bajo el pantalón y el bóxer. Su tremenda polla se libera y apunta hacia mi rostro. La miro con gula y, en cuanto la rodeo con los dedos, Héctor jadea.

—Aburrida, qué malo me pones...

Me echo a reír. Cuando se me pasa, acerco la cara y lamo el glande con movimientos circulares. Los músculos del abdomen de Héctor se contraen y eso me excita. Deslizo mi mano hacia abajo y hacia arriba, sin dejar de pasar mi lengua por su carne. Alzo la vista y lo descubro con la boca abierta y los ojos cerrados. Su cara es la pura imagen del placer. Parece darse cuenta de que estoy mirándolo porque los abre y los clava en mí. Me pone a mil descubrirme deseada por él y saber que le provocho un gran placer.

—Mueves demasiado bien esa lengua, Melissa —susurra apoyando una mano en mi cabeza. Después la baja a mi mejilla y me la acaricia de una forma demasiado intensa hasta para mí.

Tengo las bragas empapadas. Ahora mismo lo que más deseo es que se corra en mi boca y, a continuación, empotrarlo en la mesa y colocarme encima de él. Me introduzco su polla y me ayudo con la mano. Héctor suelta uno de esos gemidos que tanto me gustan. Su mano empuja mi cabeza con el propósito de que me la meta más. Muevo también la lengua e incluso se me escapa algún jadeo. Yo misma me acaricio a través de las braguitas. Héctor se da cuenta y gime. Esta noche estoy provocándole mucho.

—No podré aguantar más...

Continúo con mis movimientos de lengua y mano y, unos segundos después, su sabor inconfundible me llena la boca. Héctor gruñe, suelta alguna palabrota que otra y me estira de un mechón de pelo. Alzo la cara, pasándome la lengua

por los labios como una niña traviesa, y él sacude la cabeza.

—Un día me vas a matar.

No le dejo terminar. Me levanto y hago que se tumbe sobre la mesa. En cuestión de segundos me he deshecho de las bragas y me pongo encima de él al tiempo que le subo la camiseta. Me ayuda a que se la quite. Me lanzo contra su tatuaje y lo mordisqueo. Suspira y suelta una risita. Me aprieta las nalgas y me mueve de manera que su sexo se coloque exactamente en mi entrada. Me dejo caer sin dudarle ni un solo segundo. Él gruñe y yo gimo cuando su polla se clava en mí sin piedad alguna. Cabalgo hacia delante y hacia atrás, doy saltos sobre él apoyándome en su abdomen con tal de tener más ayuda. Héctor me mira como si me hubiera poseído un diablo, y la verdad es que me siento así. Pierdo el control; las cosquillas se deslizan hacia abajo, recorren todo mi cuerpo y hacen que mi espalda se arquee. Me clavo su pene una y otra vez hasta que incluso me duele. Le susurro que le quiero, y me acaricia un pecho y el vientre con sumo cariño.

—Joder, al final conseguirás que me vaya otra vez... —gimotea sorprendido con mis expertos movimientos.

Trazo círculos con las caderas. Héctor hinca los dedos en mis nalgas, luego se pone a acariciarme el clitoris y eso acelera irremediablemente mi estallido. Suelto un grito que me sacude toda entera. Me corro como siempre lo hago con él: con los dedos de las manos y de los pies, con los ojos, con el cabello, con el sudor que se desliza por mi piel, con sus músculos temblorosos, con los míos, con el aroma de su excitación. Me corro con todo mi ser y me convierto en motas de polvo.

—Si esto es así ahora... ¿cómo será en nuestra noche de bodas y en la luna de miel? —bromea cuando logra recuperar la respiración.

Poco después nos marchamos a la habitación. Dejamos la cama cubierta de huellas de placer. Y me duermo agarrada con una mano a las sábanas, repletas de su olor, mientras que en la otra guardo el anillo.

L = LIBROS

Unos días después me despierta la voz de Madonna. Mi móvil suena y no quiero cogerlo. Estaba soñando con algo que, por fin, no era una pesadilla. Suelto un quejido frustrado cuando, minutos después, la reina del pop vuelve a decirme que se siente « como una virgen » .

—¿Sí...?—respondo con voz ronca.

—¿Nora?

Salto en la cama. Es mi editora. Siempre me llama por mi seudónimo, que ni siquiera llegué a usar al publicar los libros.

—Dime —carraspeo, intentando sonar despierta. No quiero que piense que no trabajo. Vale, no lo estaba haciendo ahora, pero...

—Te necesito más activa en las redes sociales interactuando con tus lectoras sobre esta segunda novela, que parece que te dé igual. La semana que viene vamos a hacer un concurso para que puedan ganar una camiseta. Expícame por qué no tengo el siguiente manuscrito en mi correo. Te permití atrasar la entrega una semana. No más.

—Me quedan sólo los últimos capítulos —digo tratando de no tartamudear.

—¿Y a cuántos te refieres con « últimos » ? —pregunta con sorna.

—Cuatro...

La oigo refunfuñar al otro lado de la línea. Esto con Germán no pasaría porque él se preocuparía por mí. Se habría dado cuenta de que ocurre algo y me preguntaría al respecto. Pero ella no porque, vale, únicamente es mi editora, mi jefa, y lo que le importa es que cumpla con mi trabajo.

—Dos días, Nora. No te doy ninguno más.

—No te preocupes. Los tendré, seguro. Hoy me pongo a tope.

—Ah, ¿es que no estabas ya en ello?

Me cuelga sin darme opción a contestar. Durante una media hora me quedo en la cama maldiciendo entre dientes, echándole todas las culpas a ella y murmurando que es una pesada. No obstante, al final acepto que no he trabajado como habría debido, así que me levanto, me ducho con rapidez, me pongo ropa un poco más decente por si tengo que salir a la calle y me encierro en el despacho sin ni siquiera desayunar. A los diez minutos de estar tecleando me doy cuenta de que necesito un té para dar vida a mis palabras. Después me paso diez minutos más observando la pantalla, otros diez releiendo lo que he escrito y sintiéndome insatisfecha, y unos quince cagándome en todo porque me da miedo escribir el final. Siempre igual, y ya es el tercer libro. Podrías empezar a acostumbrarte, Mel.

Me preparo un bocadillo de tortilla francesa para comer y me lo llevo al despacho mientras reviso las notas que tomé en mi libretita. El final va a ser muy diferente a lo que había planteado en un principio, pero eso siempre me tranquiliza un poco porque significa que los personajes me han llevado de la mano. Es con lo que más disfruto.

Héctor me encuentra tecleando como una loca al regresar del trabajo. Ha traído pan recién hecho y unas empanadillas de longaniza y habas. Nos las comemos acompañadas de una copa de vino tinto (yo) y un zumo de piña (él).

—Estás hoy muy inspirada, ¿no?

—Normal que sí. La editora me ha llamado y me ha dejado claro que tengo que ponerme las pilas. Voy a encerrarme cual monja de clausura para terminar la novela.

—¿Eso implica que tampoco haya jueguecitos? —pregunta picarón.

Y no me da tiempo a responderle porque ya está levantándose de la silla y llevándose al dormitorio mientras me besa con dulzura y susurra que pronto será su mujer.

Los siguientes días transcurren tranquilos, a excepción de que tengo los nervios a flor de piel por acabar la novela. La paciencia que Héctor tiene es increíble. Ni siquiera entra en el despacho para no interrumpirme. Eso o que se asustó con el grito que le solté el otro día cuando me preguntó si no salía a cenar. Pobrecillo. Tuve que compensarle con un bailecito de lo más sensual cuando fui a dormir.

Termino la novela la noche anterior a la entrega. Me siento mal por no tener tiempo para revisarla concienzudamente. En realidad, cada vez que escribo voy releyendo y corrigiendo los errores que encuentro, pero esta vez no podré buscar minuciosamente.

Héctor y yo lo celebramos con unas copas de vino. Bueno, él tan sólo se moja los labios, como dice mi madre, pero brinda por mí, asegura que está deseando leer la novela —y sé que lo dice completamente en serio porque siempre lo hace— y me estrecha entre sus brazos en el sofá. Me siento la mujer más maravillosa del mundo, leches. Y cómo no, me hace el amor y me dejo porque me merezco un premio.

A la mañana siguiente, tras asearme y prepararme el desayuno, me conecto al Mac. Entro en el correo y descubro el mensaje de la editora dándome las gracias y preguntándome si tengo ya otro proyecto pensado. Ay, Dios... Menos mal que sí. Le hablo de la nueva novela que se me ha ocurrido, dándole detalles de los personajes —es algo que realmente se me da bien, conocerlos en profundidad— y explicándole que será un poco diferente de lo que he mostrado hasta ahora. Le envío el correo y me voy a la cocina a disfrutar del poco tiempo libre que me queda... porque estoy segura de que pronto recibiré una nueva fecha de entrega. Y con «pronto» me refiero a que estará en el próximo *email* que ella me envíe. Es más, diez minutos después, mientras barro el salón, oigo el pitido que me avisa de la llegada de un nuevo mensaje.

Para mi sorpresa no es ella quien me escribe, sino un remitente desconocido, y sin asunto. Frunzo el ceño un tanto desconcertada. ¿Germán? ¿Se habrá dignado dar señales de vida? La verdad es que me gustaría saber de él.

Ni por un momento se me ocurre pensar que abrir ese correo es una malísima idea. No imagino que hay algo en él que trastocará esta calma y felicidad que estaban asentándose en nuestra casa.

Había conseguido dejar de pensar en él. Las caricias y los besos de Héctor me habían ayudado.

Pero ahí está. Un escueto mensaje: « Te dije que podía » .

Y unos cuantos archivos adjuntos. Cuatro JPG. Cuatro fotos. El pulso me martillea en las sienes en cuanto comprendo quién es el emisor de ese correo. No. No voy a ver las imágenes. Voy a salir y borraré el *email*. No necesito esto.

No obstante, mi dedo hace todo lo contrario: pulsa el botón de descarga. Abre la primera foto. En la pantalla aparecen las caras sonrientes de tres jóvenes de unos veinte años. Dos chicos, a cada extremo, y una chica. Ella tiene una sonrisa de oreja a oreja, el chico de pelo oscuro y ojos azules está haciendo una mueca graciosa y el otro, de cabello castaño y ojos marrones, posa con una sonrisa contenida.

El primero, el del cabello castaño oscuro, es Ian. La del medio es Naima.

El otro...

Es Héctor.

Con un nudo en la garganta abro la siguiente foto. Lo que veo me seca la boca. La imagen está oscura, pero puedo apreciar perfectamente que la mujer que está tumbada es Naima; en cuanto al hombre que hay sobre ella, imagino que es Ian. Están practicando sexo. Las siguientes fotos son mucho más subidas de tono: ella lleva una capucha negra y está maniatada en una enorme cama de dosel. Entre sus piernas hay un hombre... Y, junto a la cama, otros dos desnudos, también con capuchas, que observan la escena de sexo. Pero ¿qué coño es eso?

Aunque lo peor... Lo peor es el vídeo que me ha adjuntado y que, si yo fuera una persona cuerda, no miraría.

En él aparecen primero dos personas, un hombre y una mujer, a las que no puedo verles la cara. Ella se encuentra tumbada sobre la cama y él está encima, penetrándola de una forma violenta. Los gemidos retumban en el despacho y me apresuro a bajar el volumen del portátil. La cámara deja de grabar unos segundos después y a continuación se reanuda, pero la escena ha cambiado. Él, de espaldas a la grabación, sostiene un cinturón bastante grueso. El primer golpe que descarga en la pálida piel de la mujer me deja muda. El segundo me ahoga. Cuento hasta cinco, con los que ella parece sufrir y gozar al mismo tiempo. En un momento dado él habla:

—Te gusta, ¿verdad? Esto es lo que deseas, que me clave en tu piel, que te la desgarré, que el dolor te consuma...

Ella no dice nada, tan sólo arquea la espalda y mueve las caderas de forma sinuosa. Y, una vez más, el cinturón restalla contra su piel, esta vez muy cerca del sexo. Suelta un grito. Yo contengo el mío.

Tengo muy claro quiénes son.
Ian y Naima.

L=LIBROS

Me dirijo en coche a ver a mi hermana. Hace tan sólo cuatro días que se mudaron a la nueva casa en esa urbanización que, según ella, es tan maravillosa. En realidad, voy hacia allí porque ahora mismo me noto el corazón arrugado. Necesito estar con alguien que me transmita tranquilidad, y Ana siempre lo ha hecho (a excepción de las veces en las que ha querido chincharme, pero ésas no cuentan porque sé que lo hacía por mi bien).

Conecto la radio con tal de no pensar en lo que ha ocurrido hace apenas diez minutos. He salido tan escopetada que ni he cogido la chaqueta, y esta mañana el tiempo no es tan bueno como hace unos días. El Gallo saluda desde Europa FM y, a continuación, una radioyente le pide una canción de amor bonita para dedicársela a su novio. El locutor le responde que va a ponerle una de una magnífica cantante que está siendo todo un éxito. Es Ariana Grande con *Love Me Harder*. «*Tell me something, I need to know. Then take my breath and never let it go. If you just let me invade your space... I'll take the pleasure, take away the pain*». («Dime algo, necesito saber. Entonces coge mi respiración y no la sueltes. Si tan sólo me permitieras invadir tu espacio... Tomaría todo el placer, abandonaría el dolor»).

A ver, señores de la radio, ¿es que tienen ustedes un radar para localizar los dramas de la gente o qué? Parece que las estrellas se alineen en contra de una

cuando no quiere pensar en nada. Menuda letrita. Me cago en la cantante y en el locutor. Apago la radio refunfuñando entre dientes. Tampoco quiero poner ningún CD de los que llevo en la guantera porque seguro que saltará alguna canción que llegaré a odiar.

Trato de mantenerme serena, de distraer la mente concentrada en la carretera porque aún me queda casi media hora de camino. Por supuesto, no lo logro. A los cuatro o cinco minutos ya he regresado a la pantalla del portátil. Tengo bien nítidas las fotografías en la memoria, a pesar de haberlas visto durante tan sólo unos segundos. Es como si cada uno de los gestos de las personas que aparecían en ellas se hubiera grabado en mi mente. Recuerdo la primera foto, de lo más normal. Lo jóvenes que estaban. Y la bonita sonrisa de ella; su rostro, mucho más afilado que el mío; sus ojos, un poco más pequeños; su piel, menos morena. Dania estaba en lo cierto: no hay tanta semejanza entre nosotras. Y, sin embargo, me parece que nuestros destinos están más unidos que nunca a pesar de que el suyo terminara de una forma tan abrupta.

Recuerdo también el gesto desenfadado de Ian, como si estuviera a punto de morder la mejilla a Naima en broma. Reparo en que se parece poco al hombre que he conocido, que se muestra imperturbable ante todo y que tan sólo sonríe para sentirse superior. En esa imagen, sin embargo, es un joven divertido y despreocupado. Me sorprende cuánto puede cambiar alguien.

Y luego me acuerdo de Héctor, de mi Héctor, que no lo era aún el día en que se tomó esa instantánea. Debía de estar estudiando todavía en la universidad. ¿Sería ya el novio de Naima? Por la manera en que sonreía en la foto, parecía feliz. Su gesto no era tan ancho y divertido como el de los otros dos, pero, de alguna forma, se le ve tranquilo y contento.

Ian no me mintió. Los tres fueron amigos. Y por lo que aprecio, unos buenos, que se avenían lo bastante para hacerse fotografías tan íntimas, que desearon conservar durante el resto de sus días para que, en el futuro, pudieran recordar esos momentos de carcajadas, de charlas, de amistad sin complicaciones. Al menos durante un tiempo.

Pero lo peor... Lo peor, por supuesto, han sido las siguientes fotos y ese horrible vídeo. ¿Acaso Héctor participó alguna vez en una de esas sesiones de sexo duro? En ninguna imagen aparece (habría reconocido sin duda su cuerpo desnudo en el de alguno de los hombres que miraban) y tampoco en el vídeo. Pero... ¿quién sabe! ¿Y por qué nunca me ha hablado de Ian? ¿Tanto le duele mencionarlo? No puedo evitar sentir un pinchazo en el corazón al pensar que la historia que me contó puede ser cierta. Se me seca la boca al imaginar a mi Héctor cediendo a lo que esa mujer le pidió e incluso participando en esas sesiones y gozando. No, no. ¡No es posible, joder! Me sorprende dando un manotazo al volante. Inspiro y luego expulso el aire retenido. Hago esto unas cuantas veces para controlarme.

A ver, tampoco nos pongamos tan dramáticas. Quizá... quizá hicieran un trío alguna vez. ¿Y qué? Muchos hombres y mujeres fantasean con algo así en su vida, sólo que algunos dan un paso más allá y lo realizan. ¿Qué problema habría en ello? Que es Héctor el que lo habría hecho, no otro. Si fuera cualquier otro hombre, no me importaría lo más mínimo. Aarón me confesó una vez que lo había probado y, aunque me sorprendió, no me afectó en nada. La cuestión es que Aarón lo hizo con dos mujeres desconocidas. Y hasta ahí la cosa imagino que funcionará. Pero... ¿cómo puedes compartir a la persona que amas y encima con alguien por el que sientes algo también?

Según Ian, Naima los quería a los dos. Unas molestas náuseas se apoderan de mí. ¿Realmente se puede amar a dos personas? Estoy tratando de ponerme en su lugar, de entender lo que le sucedió a esa mujer para buscar calor en otro cuerpo. Un calor con prácticas poco comunes, al menos para mí.

Una figura borrosa aparece de la nada y se coloca en medio de la carretera. Suelto un grito y doy un volantazo para no atropellar a lo que distingo como un gato anaranjado. El corazón casi se me sale por la boca y noto que, en cualquier momento, la vejiga se me va a aflojar. Por suerte, recupero la posición en la carretera.

—Dios, Dios, Dios... —repito una y otra vez como una letanía, convencida de que lo más aconsejable es centrarme de verdad en la carretera. Ya tendré tiempo para pensar en la maldita foto.

Sorprendentemente lo consigo y el viaje termina sin ningún incidente más. Estoy meándome a chorros debido al susto que he pasado en la carretera. La urbanización se encuentra en Llíria y la verdad es que, por ahora, todo parece muy tranquilo. Voy pasando una casa tras otra —todas ellas maravillosas, para qué mentir— hasta que llego a la de mi hermana.

—¡La madre que...! —exclamo con los ojos como platos. Se me olvida todo en cuestión de segundos al contemplar la mansionaca que se ha comprado la muy perra. Cómo se nota que Félix y ella tienen pasta.

La verja está entreabierta, así que no necesito llamar al timbre. Me descubro en un jardín que parece sacado de una de esas películas americanas de familias felices y superreligiosas. De esas que organizan barbacoas domingo sí y domingo también. Me tuerzo un tobillo porque mis tacones no están domingados para esto. Ana podría haberme avisado de lo que iba a encontrarme. Piscina, porche, extensiones de césped en los que puedo hacer la croqueta. ¿En serio vive aquí mi hermana y no Jennifer Aniston?

Antes de que llegue a la puerta, ésta se abre y aparece Félix con unas herramientas y la camisa bañada en sudor. No hace tanto calor como para eso, así que me imagino que habrá estado trabajando en la casa. Al verme, se le ilumina el rostro y esboza una sonrisa.

—¡Cuñada!

Lo saludo con la mano y, cuando va a darme un abrazo, me echo hacia atrás y le señalo con mal gesto su camisa. Se mira y se echa a reír.

—Lo siento. Estoy hecho un asco y ni me acordaba. Pasa, Mel, que tu hermana está en la cocina preparando la comida. Voy a dejar esto en el cobertizo. —Alza las herramientas y me deja ahí con cara de panoli. ¿Cobertizo?

Asomo la cabeza un poco asustada. No puedo contener la exclamación de asombro con tan sólo ver la entrada. Una preciosidad, eso es lo que es. Paso y me detengo, observándolo todo. Se nota el toque de mi hermana en las docenas de fotos que hay colgadas por las paredes.

—¿Ana? —pregunto.

Me doy cuenta de que estoy caminando de puntillas. Pongo los ojos en blanco. Tonta.

—¡Mel! —la oigo saludar desde algún lugar de la casa, pero es enorme y me meto en un par de habitaciones equivocadas hasta que encuentro la cocina.

—¿Cuándo ibas a decirme que vivías en el paraíso? —le pregunto acercándome y rodeándole la barriga—. ¡Pua!, qué mal huele!

Alza las manos y me señala unos cuantos pescados, todos con sus tripas fuera. Dibujo una mueca de asco y me retiro. La miro con los ojos muy abiertos y me pregunta:

—¿Qué?

—Dios, es como si estuviera viendo a mamá. Estás convirtiéndote en ella.

—¡No digas tonterías! —se queja mi hermana, aunque he podido adivinar la sonrisa que asomaba a sus labios. Ana adora a mamá.

—Menuda chozaca que te has buscado —le repito.

—Los niños serán aquí muy felices.

—¡¿Los niños?! —aúllo.

—Me refería a los que vengan en un futuro. —Me mira con los ojos bien abiertos, conteniendo la risa.

—Por un momento he pensado que traías gemelos.

—¡Menuda loca estás hecha! —Por fin se le escapa la risa.

—No sería tan extraño con esa tripa que te gastas.

—Estoy horrible, ¿verdad? —Hace pucheros, y luego se da la vuelta hacia el fregadero para lavarse las manos y quitarse la suciedad de los pescados.

—¡Claro que no! —Vuelvo a arrimarme a ella y me agarro a su vientre—. Estás más preciosa que nunca.

—Eso dice Félix. —Ladea la cabeza hacia mí y me muestra su sonrisa.

Ana está radiante, feliz, plena. Y no quiero ni imaginarme cómo se pondrá cuando sostenga al bebé entre sus brazos. Félix seguro que no se queda atrás, será un padre de estos chochos que se tiran al suelo y se revuelcan junto a sus hijos con tal de hacerles reír. En ese momento entra con los ojos sonrientes.

—Todavía no puedo creerme que esté tan guapa —dice. Al parecer ha oído

nuestra conversación—. Por las noches apenas duerme. No hace más que moverse en la cama y darme golpes en el culo con la tripa.

Los tres reímos. Ana enharina los pescados meneando la cabeza, aunque sin borrar ese gesto contento.

—Me cuesta dormir. Es que no encuentro la postura adecuada. Y me duelen un poco los riñones.

—Está así de radiante de la felicidad —le explico a Félix.

Me ofrece una cerveza y, una vez que ha dado un trago a la suya, retira a Ana de la tarea y continúa él preparando la comida. Mi hermana se acerca a mí y se sienta en la silla de enfrente, mirándome con curiosidad.

—¿A qué viene esta visita?

—He terminado la novela y quería celebrarlo de algún modo. —Me encojo de hombros. Mentirosilla, más que mentirosilla. Te has venido aquí para no comerme el coco en casa y no mirar las fotos más.

—Pues ya que has venido hasta aquí, quédate a comer —ofrece Félix, que continúa con su tarea de freír los boquerones.

—¿Seguro? ¿Hay bastante para los tres?

—Claro que sí, hermanita. Aquí tenemos comida en cantidades indecentes. Félix se empeña en comprar y comprar como si esto fuera un refugio nuclear — dice Ana acariciándose la nuca.

Él le lanza una miradita, pero una de enamorado perdido.

—¿Cómo está Héctor? —me pregunta volviéndose hacia nosotras con una espátula en la mano y un delantal de color azul.

—Bien. Estresado con el tocapelotas de su jefe. Espero que pronto lo asciendan y pase a otro departamento donde no tenga que ver a ese individuo — refunfuño.

—Pues sí, se lo merece. Trabaja mucho —opina Ana, que ha apoyado la espalda en la silla—. ¿Me sacas una cerveza sin alcohol, cariño? —pide a Félix.

Mi cuñado se la deja en la mesa y se inclina para depositar en su cabello rubio un beso de lo más delicado y bonito. Contengo un suspiro y, sin poder evitarlo, me pongo a pensar en lo de antes. Es como si la foto estuviera acercándose a algo oscuro, a algo que no tendrá un hueco en mis creencias. Mi familia es normal. Mis amigos, también.

Observo a Félix atentamente. Lo conozco desde hace muchos años. No creo que mi hermana haya tenido otro novio, al menos que yo sepa. Llevan juntos toda una vida y aún se aman como al principio. Pasaron una mala época, pero la superaron. Ana sabe todo de él. Conoce todo su pasado porque han compartido cada momento desde la adolescencia.

Y, sin embargo, yo... ¿Qué es lo que sé de Héctor? Que era mi jefe. Que estaba enamorado de mí en silencio. Que conquistó mis entrañas una y otra vez cuando aún estábamos adormecidos por el dolor. Que se coló en mi corazón sin

apenas darme cuenta cuando pensaba que quería a Aarón. Que dejó huella en cada uno de los rincones en los que nos besamos. Que lo vi caer. Que me vio romperme. Que me ocultó que era adicto a las pastillas. Que había sufrido depresión en su juventud, que su mente tras lo de Naima jamás volvió a ser la misma. Que me soltó. Que luchó por meterme de nuevo en su vida. Que me ha besado en lugares que desconocía. Que me ha dado el mayor placer de mi vida. Que quiere compartirla conmigo.

Pero... ¿y qué más? ¿Qué es lo que hay detrás de sus pesadillas, de sus ojos en ocasiones melancólicos, de sus silencios acerca de Naima? ¿Qué hay aparte del dolor por su muerte? ¿Qué se esconde tras los jóvenes de esa foto?

Un golpecito en el brazo me saca de mi ensimismamiento. Es Ana, que me mira con las cejas arqueadas. Félix estaba preguntándome algo, pero no me he enterado.

—¿Qué?

—Félix quiere saber si te apetece ensalada.

—Sí, claro.

En realidad no tengo hambre. Se me ha cerrado el estómago desde lo de esta mañana. Me rasco el cuello y me doy cuenta de que Ana me observa sin nada de disimulo. Da un sorbo a su cerveza y me lanza:

—¿Sabes quién va a venir pasado mañana?

—¿Quién?

—¡Dania! —lo dice superemocionada. Ni en mil vidas se me habría ocurrido que fueran a hacerse tan amigas.

—Anda que avisáis, cabrónidas.

—No te comunicamos todos nuestros encuentros porque sabemos que estás ocupada. Y porque no creo que te gustara pasarte dos horas oyendo historias sobre pedos, pipí que se escapa y ardores de estómago.

—¿Ardores de estómago?

—Sí, Dania los tiene últimamente. Por lo visto eso pasa cuando el bebé va a tener mucho pelo.

—¿En serio? —La miro un poco incrédula.

Ayudo a Félix a preparar la ensalada y a poner la mesa. El comedor también es una pasada. Pero el salón todavía más: hasta tiene chimenea. Estoy pensando decir a Héctor que quiero vivir en un lugar así. Siempre he soñado con escribir delante del fuego. Seguro que salen mejores historias. Ana parece que adivina mis pensamientos porque dice:

—Convence a tu futuro maridito para haceros con una vosotros.

—No sé si podríamos permitirnoslo.

—¡Pero si estarás forrada con lo de los libros!

Enarco una ceja y la miro con reproche. Ay, esa creencia de que todos los escritores somos ricos. ¡Ojalá!

—No puedo quejarme. Gano mucho más que otros autores... Aun así, esto costará un dineral.

Cuando me confiesa la cifra me quedo estupefacta. Niego con la cabeza.

—Además, creo que a Héctor le gusta mucho su apartamento. Y a mí, más o menos, también.

—¿Más o menos? —Ana ya se ha sentado en su silla y ha cogido un boquerón. Félix todavía está en la cocina ultimando la macedonia para el postre.

—Es un piso precioso, y lo sabes, pero ella estuvo allí.

—¿Otra vez con eso? Mel, déjame decirte que en ocasiones eres un poco pesadita. —Mueve la cabeza y se chupa los dedos antes de limpiárselos en la servilleta—. Échales limón, si te apetece.

—Claro, como Félix no tiene historias truculentas —me quejo volviendo a mis pensamientos de antes.

—¿Qué quieres decir? Que se te muera alguien no es truculento, Mel. Es algo muy triste. —Ana me mira un tanto enfadada.

Estoy a punto de contestarle que lo de «truculento» va por lo que ella hizo, pero Ana se me adelanta.

—Si no te apetece estar en el apartamento, díselo. Por aquí hay alguna casa que está a mejor precio. Ésas son más pequeñas, pero de momento vosotros sólo sois dos...

—Ya se lo comenté alguna vez y, no sé, no parecía hacerle mucha gracia.

—Pero eso es algo que tenéis que decidir juntos. Si tú no estás cómoda allí, entonces ¿qué?

—No es que no esté cómoda, es que...

Félix entra con los platitos de macedonia y ambas nos callamos. Mientras comemos no se vuelve a tocar ese tema ya que, al fin y al cabo, él no sabe nada. O eso creo. Quizá mi hermana le haya contado algo. Charlamos de lo poco que queda para el parto, de sus planes a corto plazo y de los míos y del nombre que van a ponerle al bebé.

—Si es niño, Sergi...

—No me gusta —protesto.

—Pero a nosotros sí, que es lo que cuenta.

—¿Y si es niña?

—Nos gustaría ponerle el nombre de mamá —dice ella con ojos brillantes, dirigiendo una mirada emocionada a Félix.

—¿El de nuestra madre?

—Sí, Mel. Y de segundo el de la abuela de Félix.

—Carmen Vicenta —dice él, aunque no muy convencido.

Pongo unos ojos como platos. Ay, por Dios, que me da.

—¡Como le pongáis ese nombre, me niego a ser su tía! —exclamo totalmente indignada.

—Pero ¡qué estás diciendo, Mel! —Ana se pone a la defensiva y Félix nos mira con cara de circunstancias—. ¡El nombre de nuestra madre es precioso y el de la abuelita de Félix también!

—¡Puede que por separado sí, pero juntos dan lugar a un nombre feísimo! —continúa yo, que no quiero que mi futura sobrina sea el objeto de burla de todo el colegio. Ya puedo imaginarla llorando en un rincón del aula mientras se meten con la pobrecita mía.

—¡Te estás pasando, eh! —chilla Ana, y se levanta, con tripa y todo, con tanta agilidad que por poco me da con ella en toda la cara.

—¡Con la de nombres bonitos que hay y le ponéis el más feo!

Mi hermana alza una mano dispuesta a soltar otro berrido, pero Félix la contiene en el último momento y le acaricia el hombro.

—Cariño, quizá Mel tenga razón. Sabes que tenemos otras opciones —murmura. Seguro que al final la idea de ese nombre compuesto más feo que el culo de un mandril ha sido de Ana. Es muy suyo.

—¡Pues a mí Ángela no me gusta! —exclama deshaciéndose de Félix. Madre mía, qué mal genio, qué hormonas más revolucionadas.

—Pues oye, ése es mucho más bonito —meto baza yo. Mira que me gusta chincharla—. Pero vamos, si es nene le ponéis Hermenegildo, ya que estamos.

Ana suelta un bufido y se vuelve hacia Félix en busca de ayuda, pero él tan sólo se encoge de hombros. Mi hermana se cruza de brazos sobre la tripa y me mira soltando chispas por los ojos.

—Tú no vas a decirme qué nombre tengo que poner a mis hijos.

—Mientras no sean del siglo pasado, cualquiera me parecería bien. —Ladeo la cabeza en dirección a Félix—. Oye, que no es nada personal en contra de tu abuela, que seguro que es una mujer estupenda. Es que, leches, no me gusta para una niña. Pero vamos, ni el de mi madre.

—¿Qué tonterías dices? ¿Es que ahora hay nombres para niños y nombres para adultos? —Otra vez Ana gritando.

—¡Pues sí!

—Calma, calma... —Félix trata de apaciguar la discusión que, en el fondo, a mí me está divirtiendo. Ana está graciosa con sus mofletes sonrosados y el panzón apuntándose—. Mel ha venido para pasar un rato agradable con nosotros. No lo estropeemos, ¿vale?

—¡Me dijiste que te parecía bien que le pusieramos el nombre de tu abuelita! —continúa ella—. Lo hice porque sé lo importante que fue para ti.

—Sí, mi amor, pero Mel tiene razón sobre eso de que hay nombres que para niños, como que no...

—¡Ni que tu abuela no hubiera sido pequeña! —berrea Ana. Y de tanta indignación, se le escapa un gas. Los tres nos quedamos en silencio. Ella sonrojada y yo que no puedo aguantarme las carcajadas—. Lo siento, ha sido sin

querer... —Y al final acabamos muertos de la risa. Para que luego digan que los pedos son malos.

Terminamos de comer proponiendo otros nombres, pues mi hermana ha dado el brazo a torcer —aunque a desgana— y ha aceptado que Carmen Vicenta no es un nombre demasiado agraciado. Después nos vamos al sofá a hacer la digestión: Félix en el pequeño y nosotras en el más grande. Al cabo de nada él empieza a roncar y Ana también se queda sobada. Acercó la cabeza a su tripa y apoyo la oreja. Casi me parece oír el latido de esa vida que está creciendo ahí dentro. Suspiro, notando en mi corazón una calidez que me sorprende. ¿Qué se sentirá al llevar a tu futuro hijo dentro? Me quedo un rato pensándolo mientras despierta en mí una ternura maternal de la que no me creía capaz. El bebé se mueve y me hace dar un brinco. Ana murmura entre sueños. Esto es precioso, es la maravilla de la vida.

Y gracias a la tranquilidad que se respira en este hogar, y a las pataditas del bebé, consigo olvidarme de lo que he visto esta mañana.

Al menos hasta que me despierto bañada en sudor. Ana está observándome preocupada.

—¿Qué soñabas, hija? Me agarrabas la mano con tal fuerza que un poco más y me la rompes.

La miro confundida... No puedo recordar bien el sueño. Tan sólo sé que... era horrible. Que yo era la destinataria de unas caricias entregadas por cuatro manos y que luego esas caricias se tornaban en golpes, en insultos y en prácticas que ni siquiera puedo describir.

LE LIBROS

Una sensación húmeda me despierta. Durante unos segundos el corazón me palpita con rapidez, hasta que abro los ojos y me encuentro con los de Héctor, cariñosos y brillantes.

—No quería despertarte —susurra apartándome unos mechones pegados a la frente para depositar otro beso.

—¿Qué hora es? —pregunto adormilada.

—Una indecente. Me voy a trabajar.

Suelto un gemido y me coloco boca abajo. Me duele la espalda y tengo la sensación de no haber dormido nada. Héctor me da unas palmaditas en el trasero.

—El hombre del tiempo dijo que hoy haría muy buen día, y cada vez hay más gente en la calle —dice aún bajito—. Puedo pedir a mi jefe que me deje salir antes, y vamos a tomar algo esta tarde, ¿no? Últimamente has estado encerrada en el despacho para terminar la novela. Te vendrá bien antes de que empieces otra.

—Mmm... —murmuro con la cara contra la almohada.

—Te llamo después y lo hablamos. —Otro beso, esta vez en la espalda, y acto seguido cede el peso que he notado en la cama.

Entre sueños oigo que la puerta se cierra. Consigo dormir un par de horas

más, aunque de forma intermitente, inquieta, con pensamientos inconexos en la cabeza. Cuando la luz que se filtra por las rendijas de la persiana es bastante molesta, decido dejar de dormir. Me quedo un rato más en la cama, vuelta hacia el móvil, que descansa en la mesilla de noche.

No he borrado el correo con las fotos, a pesar de que debería haberlo hecho en cuanto regresé de casa de Ana. Sin embargo, lo que hice fue conectarme al móvil y pasarme un buen rato observando esos rostros que me sonreían desde la pantalla. Y después volví a mirarlos una vez más, y luego otra. Cada vez que se me ha descargado la foto la he borrado, temiendo que Héctor pudiera verla. Lo que no he vuelto a visionar son las otras imágenes ni la grabación. De hacerlo, vomitaría.

Tres noches sin apenas dormir no están haciéndome ningún bien. Cuando estoy cansada tiendo a deprimirme y a rayarme mucho más la cabeza. Y a querer hacer cosas que no son las correctas. Como intentar ponerme en contacto con Ian. Rompi la tarjeta con su número, pero estoy segura de que si respondo a su correo, él no tardará en contactar conmigo de nuevo.

Y entonces ¿qué? ¿Qué le diré cuando lo tenga delante otra vez? ¿Qué le pediré para ver con mis propios ojos la verdad? ¿Una foto en la que ellos tres aparezcan practicando sexo? Por Dios, se me contrae el estómago con tan sólo pensarlo. Por otra parte, creo que me sentiría tremendamente avergonzada si volviera a encontrarme con él, después de decirle que era un mentiroso y que confiaba plenamente en Héctor. Si nos vemos, está claro que pensará que no es cierto y tomará ventaja en lo que sea que quiere.

Pero ¿y si realmente sólo quiere desahogarse? Aunque así fuera... ¿por qué conmigo? ¿Y a qué viene esa insistencia en advertirme, en velar por mi seguridad? ¿Acaso quiere contarme que Héctor sufre un trastorno psicológico? Porque eso ya lo sé, y no me ha echado atrás ni lo hará. Amo a Héctor, no le tengo miedo. Sé que jamás me haría ningún daño. Así que en eso Ian no va a conseguir nada.

Me paso un buen rato en la ducha, tratando de poner en orden mis ideas. Mientras me trago los cereales a duras penas lanzo varias ojeadas al móvil. Podría enviarle un mensaje y ya está. Uno en el que le pidiera perdón por haberlo llamado mentiroso. No le estaría proponiendo que quedásemos ni nada parecido. Si fuera él quien lo pidiera, quizá no me sentiría tan culpable, tan nerviosa.

Dios, pero ¿cómo puedo tener estos pensamientos tan patéticos?

Adeciento un poco la casa para quitarme el estrés, aunque ni siquiera lo consigo con el plumero en mano. El móvil, desde la mesa, está llamándome. La mano me tiembla en cuanto lo cojo. Tres días con esta presión en el pecho es demasiado. Me han parecido cientos.

Me doy cuenta de que lo que necesito es un apoyo, alguien que me diga que

tampoco está tan mal todo lo que estoy pensando ni lo que quiero hacer. Miro la hora en la pantalla del teléfono: Dania estará trabajando. Además, tengo claro que las palabras que necesito no provendrán de su boca. Es Aarón y su mente fría los que tienen que ayudarme. Aarón, que nunca juzga, que siempre tiene una visión clara acerca de cualquier asunto. Aunque no sé muy bien si es un buen momento dada la situación en la que se encuentra.

Cinco minutos después estoy saliendo por la puerta con la chaqueta en una mano y el teléfono quemándome en el bolso. No lo he llamado para decirle que voy a su casa. Puede que ni siquiera esté... y quizá eso sea lo mejor. Mientras conduzco me llega un *whatsapp*. Lo leo detenida en un semáforo. Es Héctor, y los cereales se me revuelven en el estómago.

Hecho. ¿Nos vemos esta tarde a las seis delante de La Tortuga Negra, en Ruzafa? ¿O prefieres que vaya a por ti?

Me apresuro a contestarle para deshacerme de la culpabilidad que me ciñe el cuerpo.

Ya voy yo. ¿Llamo a esta gente?

Su respuesta no tarda en llegar, así que puedo leerla segundos antes de que el semáforo se ponga en verde para mí.

Claro. Nos vemos esta tarde. Me muero por estar contigo... Pasa un buen día, mi amor. Te quiero.

Al llamar al timbre del apartamento de Aarón me vienen a la cabeza mis primeros encuentros con él y mis ridículos intentos por llamar su atención. Aquellos tiempos, a pesar de que creía que eran los peores de mi vida, fueron bonitos.

Aarón está en casa. Tengo que subir hasta el ático, pero lo hago por la escalera para retrasar el encuentro. Cuando llego está esperándome apoyado en el marco de la puerta. Como aquellas veces. Aunque ahora su semblante es diferente: continúa con esas ojeras y ese aspecto de cansado y de aburrido de la vida. Antes era todo lo contrario. ¿Qué nos está pasando?

—Buenos días, nena. Menuda sorpresa me has dado —dice abriendo los brazos para rodearme con ellos, y suspiro con alivio al oler su fragancia.

Me hace entrar, y cuando tras cerrar la puerta me lleva al salón, me topo con Alice. Me pongo roja cuando ella sonrío. Sé que es una mujer inteligente y que no pensará nada raro de mi visita, pero, aun así, me siento como si hubiera

interrumpido algo íntimo.

—Hola, Mel —me saluda al tiempo que se levanta del sofá para estrecharme entre sus brazos. Ya se ha recuperado del todo de sus heridas y su rostro luce bonito.

—Siento haber venido sin avisar... —me disculpo en voz bajita.

—No pasa nada —responde con sus límpidos ojos clavados en mí. Viéndola tan serena, tan inocente, se me ocurre pensar que saber lo que Aarón hizo la destrozaría.

—¡Hola! —Una vocecilla aguda me hace aterrizar. Agacho la cabeza y me encuentro con una cabecita rubia con una trenza, unos ojos muy claros, unos mofletes sonrosados y una sonrisa que ha perdido un diente.

—Hola... —susurro encantada ante la preciosa niña que tengo delante.

—Ella es Nuria, mi hija —dice Alice sonriendo dulcemente.

—Encantada, yo soy Mel. —Le tiendo una mano, y me la estrecha con una manita muy suave.

Se me queda mirando con curiosidad y de repente dice:

—Tienes los pechos mucho más grandes que mi mamá.

Alice se lleva una mano a la boca, avergonzada, mientras Aarón suelta una carcajada a mis espaldas. Abro la boca, sorprendida, y luego también me echo a reír.

—¡Nuria! —la regaña su madre entre dientes. Pero le hago un gesto para dejarle claro que no me ha molestado.

—¿Y tú sabes que tienes los ojos más bonitos que he visto nunca?

Apoyo las manos en las rodillas y me inclino ante ella para tener la cara a su altura. La nena sonríe de una manera tan dulce que me dan ganas de darle un achuchón.

—Mira. —Se señala el hueco entre dos dientes—. Se me cayó y ha venido el Ratoncito Pérez.

—¿En serio? —Finjo un gran asombro.

—Sí. Aarón lo conoce. Son amigos.

—Vaya, Aarón tiene muchos amigos, ¿eh? —Suelto una risita y, al volverme hacia él, lo descubro sonrojado.

—Tú también eres su amiga, ¿no?

—Sí.

—Y yo. Y mucho. —La niña hincha el pecho con orgullo.

Aarón me dijo que el hijo de Alice le tenía algo de manía, pero al parecer la chiquilla está encantada con él, y me alegro. Me incorporo y sonrío a Alice, que abraza a la pequeña con un amor que me sacude.

—¿Pasa algo, Mel? —me pregunta mi amigo en ese momento, acercándose a nosotras.

—¿Podemos hablar? —susurro aunque es inevitable que Alice nos oiga.

Ella se da cuenta de que algo sucede porque dice:

—Tengo que bajar un momento a comprar pan, que luego se me olvidará.

La miro un poco avergonzada porque me sabe mal haber interrumpido esta escena familiar. Sin embargo, no parece molestarle. Coge a la niña en brazos y me dice:

—Voy a dejarla en el cuarto de Aarón. Es que hoy no la he llevado a la escuela porque tiene un poco de fiebre. No os molestará, ¿verdad que no, cariño? —Se vuelve con una sonrisa hacia Nuria y esta niega con la cabeza muy seria.

Ambas se marchan a la habitación, y Aarón y yo nos quedamos en silencio hasta que Alice sale de nuevo, coge un monederito y unas llaves y se despide. Antes de que pueda abrir la puerta, él la retiene por el brazo y le susurra algo en voz baja, aunque oigo lo que le dice.

—Me preocupa que salgas sola.

—Aarón... —Alice me mira disimuladamente—. Por favor, no lo hagas más difícil. Estoy bien y no va a pasarme nada. La panadería está cerca. —Él la observa muy serio, pero relaja el gesto cuando ella le acaricia una mejilla—. Tenemos que vivir, ¿eh?

Una vez que la puerta se ha cerrado, Aarón regresa a donde estoy y retira una silla para sentarse. Hago lo propio, y ambos guardamos silencio unos segundos.

—Estoy obsesionándome —me suelta de pronto.

—Aarón...

—Alice va a cansarse de mí.

—No digas eso.

—Aunque ahora él está lejos, no puedo evitar pensar que la esperará agazapado en algún rincón para hacerle daño. Y me temo que también se lo hará a ellos. —Alza la cabeza, que tiene apoyada en las manos, y me dice con ojos brillantes—: ¿Has visto a Nuria? Es un ángel. Es la personita más inocente y dulce que he conocido en mi vida. Hace que quiera ser un hombre mejor.

—Eso está muy bien —murmuro con ternura—. Y sí, es una niña preciosa.

—El otro día pasé la noche por primera vez con ellas dos. Su hijo quiso quedarse en casa de su abuela, pero Nuria rogó para dormir aquí con mamá y con... —A mi amigo se le traba la lengua.

—¿Te llamó «papá»?

—Sí.

—Eso es fantástico. Es muy bonito, Aarón.

Me levanto de la silla y me acerco a él para abrazarlo. Sus fuertes brazos me rodean la cintura y me la aprietan, al tiempo que apoya la cabeza en mi vientre. Le acaricio el pelo con cariño.

—Estoy pensando en hacer algo con el Dreams.

—¿A qué te refieres?

—A alquilarlo, venderlo... Qué sé yo. El mundo de la noche es una mierda, Mel.

—Pensé que te gustaba —murmuro.

—Veo cosas que no están bien. Y no me gustaría convertirme en alguien como su exmarido.

—¿Por qué dices eso?

No contesta, así que tiro con suavidad de su cabello para que alce la cabeza y me mire. En sus ojos atisbo una sombra de culpabilidad que hace que el nudo de mi estómago sea mayor.

—Aarón, ¿tú... otra vez...? —No sé cómo preguntárselo, ni siquiera sé cómo manejar este tema. Quizá al final debería ser Héctor quien hablase con él.

Se muerde el labio por toda respuesta, y el mundo se me cae a los pies. No entiendo de drogas. No sé cuándo alguien se convierte en un adicto. No sé cuánto consume Aarón. Joder, ¿por qué no sé nada? ¿De qué sirve encerrarse en los mundos que escribo si luego ignoro tantas cosas de la vida real?

—Alice no...

—No. No lo sabe. —Cuando me mira otra vez, sus ojos son suplicantes—. Por favor, no se lo digas. Y no me juzgues. Te lo ruego. Sólo ha sido una vez más hace unas noches. Estaba asqueado, únicamente quería terminar la jornada y encontrarme con Alice y con esa niña que se abraza a mí con su cuerpecito y que hace que me sienta tan especial. Hubo una movida en el Dreams. Nunca antes había pasado algo así. Dos borrachos empezaron a pelearse, pero es que pronto se les unieron más. No bastó con mis dos seguras.

—¿Fue la policía?

Aarón asiente. Niego con la cabeza, sorprendida. Me gustaba mucho más el anterior local, ése en el que podías bailar y divertirte sin que algo así sucediera.

—¿Estás metido en algún lío? —le pregunto. Necesito saberlo de una vez por todas, aunque no sé si me dirá la verdad.

De repente su gesto se torna diferente, como si yo, una de sus mejores amigas, le provocara asco.

—¿Cómo puedes decir eso, Mel? ¿Quién te crees que eres para hablarme así? ¿Es que te consideras superior? —Me aparto de él como si me hubieran sacudido una bofetada. Se levanta y se acerca a mí, muy serio y un tanto nervioso—. ¿Es que nunca has cometido un error?

—Muchos —susurro ofendida, con el estómago dándome vueltas.

—¿Eres mejor que yo porque no bebes o no consumes nada? Porque si realmente piensas eso, márchate ahora mismo de mi casa.

Sus palabras suenan demasiado duras. Sin poder remediarlo, todo el estrés de los últimos días me choca en el cuerpo. También los recuerdos de aquel oscuro período en el que Héctor me pedía una pastilla, me gritaba o simplemente me miraba con asco. Y ahora Aarón está comportándose de una forma parecida y

no puedo creer que esto esté sucediéndome otra vez.

Cuando se da cuenta de que estoy llorando, abre mucho los ojos y se apresura a intentar subsanar el error que ha cometido. Sin embargo, me echo hacia atrás para que no me toque. Me ha dolido. Me ha jodido lo que me ha dicho porque lo único que quiero es verlo bien.

—Mel, Mel, Mel... —repite mi nombre una y otra vez mientras cojo mi chaqueta y mi bolso dispuesta a marcharme. Me sigue, con la respiración agitada, en un intento por calmarme—. Mel, estoy volviéndome loco. No sé qué me pasa. Ven, ven, por favor... —Sus dedos me rozan el codo y hago un gesto tan brusco que se asusta.

Me vuelvo hacia él furiosa, con los ojos empañados en lágrimas.

—Sabes lo mal que lo pasé. Y no hace tanto de eso, Aarón. ¿Es que se te ha olvidado que siempre estuve con Héctor? Jamás pensé nada malo de él. Traté de ponerme en su lugar, y estoy haciendo lo mismo contigo. —Agacho la mirada y cojo el aire que me falta—. Todo lo que te digo no es porque crea que eres inferior, ni siquiera para joderte, aunque creas que sí. Quiero ayudarte, como tú siempre has hecho conmigo.

Nuestras miradas se encuentran. La suya, buscando redimirse. Se frota los ojos, el rostro, y suelta un bufido de frustración. Me acerco con la intención de poner en práctica con él lo que el psiquiatra me recomendó para Héctor. Al fin y al cabo, es una adicción más.

—No te juzgo. Jamás haría algo así. Eres mi amigo. Por eso quiero que sepas que estoy aquí, que lo único que deseo es ayudarte.

Le acaricio los nudillos de la mano con la que se cubre la cara. Consigo que la aparte y le doy un abrazo. Vuelve a aferrarse a mí como un chiquillo y noto que tiembla.

—Gracias. Lo sé, Mel, sé que estás ahí. Soy yo, que se me va... —Se da un golpecito en la sien.

Me quedo pensativa durante unos segundos, hasta que al fin le propongo:

—¿Te gustaría hablar con Héctor sobre esto?

Me mira con los ojos entrecerrados, y siento que voy encogiéndome poco a poco bajo esa mirada. Espero que me responda que estoy loca o que me grite otra vez, pero entonces dice:

—Quizá sería lo mejor.

Dejo escapar un suspiro silencioso. Me recoloco detrás de la oreja un mechón de pelo rebelde y asiento, sonriéndole. Me permite que le acaricie una mejilla.

—Pero lo haré si vuelvo a meterme algo, Mel —dice segundos después. Abro la boca, un tanto contrariada, porque pensaba que ya había conseguido convencerlo—. De momento noto que puedo evitarlo. Aún tengo la suficiente fuerza de voluntad. No es preciso que lo molestemos ahora, cuando está tan

agobiado con el trabajo.

Me dispongo a contestarle que quizá no es tan fuerte como piensa, pero decido que es mejor callar. No entiendo por qué le cuesta tanto confesarse con Héctor. Es su amigo, ha pasado por algo similar y él sí estuvo ahí cuando yo no pude. Ahora debería dejar que lo ayudásemos nosotros. ¿Y si acudo al psiquiatra y le pregunto qué puedo hacer en una situación como ésta? También, pienso, podría prepararle una encerrona para llevarlo a una visita... Pero ¿cómo reaccionaría?

—¿Qué haría si vendiera el local, Mel? —me pregunta de repente, como si en su mente todo estuviera revuelto.

—Continuar con tu vida, Aarón.

—Es que no sé hacer otra cosa.

—Eso no es cierto. Sabes hacer muchas...

—¿Cómo qué? —Lo noto ansioso.

—Pues... —Dirijo la vista hacia su estudio—. Tus cuadros. Son estupendos.

—Te dije que de eso no se puede vivir —murmura rascándose la barbilla. A continuación clava sus ojos en los míos y añade—: Últimamente no he pintado cosas muy bonitas.

—¿Por qué no? —le pregunto un tanto curiosa.

Vacila unos segundos y, al fin, me indica con un dedo que lo acompañe al estudio. En él hay un lienzo tapado con una sábana. Cuando me lo descubre el corazón me palpita con fuerza. Es una obra muy diferente a las demás. Es tenebrosa, inquietante, opresiva; con colores oscuros, apagados. A primera vista no se distinguen figuras precisas, pero enseguida advierto que entre todos esos trazos ha dibujado un remolino de hombres, como una masa, que está gritando. Y aunque no soy una crítica que pueda decir lo que Aarón quiere transmitir en este cuadro, sé que me provoca: desconcierto; hace que me sienta sola en el mundo, a pesar de estar rodeada de personas. ¿Es eso lo que Aarón ha querido expresar? ¿Que se siente solo, perdido?

Me vuelvo hacia él, que se ha quedado a mi espalda con las manos en los bolsillos, y lo miro con preocupación. Me lanzo a sus brazos de nuevo y nos quedamos así un buen rato. Oigo el palpar de su corazón. Mi Aarón. Mi querido amigo. Está desolado, lo sé, porque quizá la vida lo desborda. Intuyo cómo debe de sentirse, pero sigo pensando que Héctor lo ayudaría más.

—Si me necesitas en el Dreams, sólo dímelo. No sé nada sobre locales de copas, pero... puedo aprender. Y si decides venderlo, también contarás con mi apoyo. Siempre, en todo, lo tendrás.

Los ojos le brillan y sé que le falta poco para llorar. Me alza la barbilla y deposita un beso en mi nariz, otro en una mejilla. Nos abrazamos una vez más con toda la fuerza que tenemos. Cuando nos separamos me mira, y de repente parece que se le ocurre algo.

—¿Qué querías, Mel? Has dicho que teníamos que hablar.

Me debato durante unos segundos entre contarle el motivo de mi visita o no hacerlo. La foto está en el correo, puedo enseñársela, permitir que me dé algún consejo. Pero sé que ahora mismo no es el Aarón de siempre y que, de todas formas, tiene sus propios problemas. Y, por lo que parece, son mucho más graves que los míos. ¿Cómo voy a meterlo en mis paranoias?

—Nada, que esta tarde podríamos quedar todos.

Parpadea, sorprendido. Está claro que sabe que no he venido sólo para eso. Va a decir algo, pero oímos girar la llave en la cerradura. Alice ha vuelto. Aarón se apresura a ocultar el cuadro. Es más que probable que no se lo haya enseñado.

—¿Os venís a tomar algo esta tarde? —vuelvo a preguntar una vez que Alice ha entrado en el estudio.

Aarón y ella intercambian una mirada y asienten con la cabeza.

—Claro. No os importa que lleve a los niños, ¿verdad?

—Para nada, Alice. Ya sabes que Dania y mi hermana en breve aumentarán la familia.

Suelto una risa y ella también sonríe.

—Perfecto. Entonces nos veremos esta tarde. Hace un tiempo genial.

—Te mando un *whatsapp* para concretar la hora, Aarón —le digo.

Y salgo del apartamento rezando, aunque es algo que nunca hago. Rezo para que Aarón cambie de parecer y permita que lo ayudemos. No soportaría otra pérdida.

LE LIBROS

—Madre de Dios, ¡mirad cómo me sudan las tetas! —exclama Dania como si no hubiera nadie más alrededor.

Unos chavales de unos veinte años sentados a la mesa de al lado se echan a reír y comentan algo sobre una MQME.

—¿Qué leches es MQMF? —pregunta Héctor a los presentes.

Todos nos encogemos de hombros menos Diego, que pone mala cara. Se vuelve hacia los chicos y les pregunta:

—¿Tenéis algún problema?

Se quedan pasmados y luego alzan las manos y niegan con las cabezas. Al cabo de unos minutos ya han pagado y se han largado. Creo que ninguno entendemos nada de lo que ha ocurrido porque estamos intercambiando miradas de soslayo. Dania, por su parte, está riéndose por lo bajito.

—Pero ¿qué pasa? —quiere saber Héctor con una sonrisa.

—Pues que esas iniciales significan Madre Que Me Follaría —responde Diego con cara de asco.

Y, sin poder evitarlo, nos echamos a reír. Dania también deja de disimular y se une a nuestras carcajadas. Al principio Diego nos mira con los ojos muy abiertos, hasta que al final también se parte el culo como todos.

—¿Cómo es que sabes eso? ¿Es la nueva jerga juvenil? —pregunta mi

hermana, muy sorprendida y un tanto escandalizada.

—Estás un poco anticuada, cuñada —la pica Héctor con una sonrisa.

—¿Perdona? ¿Me lo dice el que se pone esas chaquetas de viejuno? —Se vuelve hacia él con una ceja enarcada.

—¡Eh, que a mí me gustan sus chaquetas! —intervengo agarrándole uno de los botones.

—Ahora que me acuerdo, eso de Madre Que Me Follaría viene de la peli esa de *American Pie*, ¿no? —dice Aarón en ese momento con su cerveza en la mano.

—¡Hostia, sí! —exclamo toda emocionada. ¡Madre mía, pero si la vi un montón de veces cuando era adolescente! Era una de esas pelis que a Germán no le llamaban mucho la atención y a mí, en cambio, me encantaban.

—¡Yo también la he visto! Tiene ya un montón de años. —Félix se ha apuntado a la conversación. No me lo imagino viendo ese tipo de películas.

—Pues yo no me acuerdo. —Mi hermana se encoge de hombros y se acaricia la panza.

—Joder, pues yo me meaba de la risa —continúa Aarón moviendo la cabeza con una sonrisa en los labios—. ¿Os acordáis de que eso de Madre Que Me Follaría venía a cuento de que el personaje más tonto se ligaba a la madre del macarra?

—¡Una de las mejores escenas! —Félix apunta a Aarón con un dedo, todo emocionado. Ya se le ha subido a la cabeza la media cañita que se ha tomado—. Se la tiraba con la canción de *Mr. Robinson* de fondo.

—¿Se la tiraba? —Mi hermana se pone blanca y lo mira con los ojos como platos.

—Es un sinónimo de follar, Anita —me meto con ella.

—Hay que reconocer que esos chavales tenían razón —opina Aarón, llamando la atención de todos nosotros—. En esta mesa hay dos MQMF.

—¡Y son nuestras MQMF! —exclama Diego señalándose a sí mismo y a Félix.

Veo que Aarón va a abrir la boca, pero al final se calla. Leñe, qué susto, pensaba que iba a decir algo referente a que se había acostado con Dania (bueno, supongo que Diego lo sabrá) o que había tonteado con Ana (y esto no lo sabe Félix, sólo faltaría que se fastidiara la tarde tan buena que estamos pasando).

Observo a mis amigos y sonrío. Dania y Diego están dándose un piquito, Félix y Ana discuten por el « vocablo malsonante » que ha dicho él, y Aarón escribe algo en el móvil, supongo que preocupado porque Alice está tardando un poquito. En ese momento Héctor me coge de la mano y arrima el rostro a mí para hablarme.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Por supuesto. Cuando estamos todos juntos me siento muy feliz.

—Yo también. —Me da un beso en una mejilla y sonrío.

—Has tenido una idea estupenda. —Le acaricio la barbilla—. Aún no sé cómo hemos podido venir todos, con lo que nos costaba últimamente.

—Me apetece ir al cine —dice Dania de repente. Da un enorme lametón a su helado. Menos mal que no están los chavales de antes—. ¿Y a vosotros?

—¡La verdad es que sí! —Diego se muestra muy conforme con lo que ella propone. ¡Ay, madre, el amor...!

—¿Qué pelis hay en la cartelera? Busca en tu móvil, porfa —le pide.

En ese momento Aarón da un brinco en su asiento. Me vuelvo hacia donde mira y descubro a Alice con sus dos hijos. La pobre viene casi corriendo, pero parece estar bien. Él se levanta y va a su encuentro. Se dispone a besarla en los labios, pero al bajar la vista hacia el niño cambia de opinión y lo hace en la mejilla. Ella sonríe con dulzura y después nos saluda alzando la barbilla.

Tras las presentaciones, Ana está como loca con los chiquillos. No deja ni respirar a Javi, el niño, que tan sólo responde con gruñidos o monosílabos hasta que mi hermana le pregunta si quiere un cucurucho de chocolate. Al cabo de media hora se lo ha camelado. Luego los dos nenes nos abandonan para ir a corretear por la plazuela, bajo la atenta mirada de su madre.

—Lo siento —se disculpa—. Está un poco revoltoso últimamente.

—No pasa nada. —Ana sacude la mano, restándole importancia—. Si es monísimo.

—¿Verdad que es bonito vivir un embarazo? —pregunta Alice a Dania y a Ana.

—Es maravilloso —responde la primera con una sonrisa en sus labios rosáceos.

Diego la coge de la mano y posa la otra en su vientre. Noto un molesto pinchazo en el corazón. ¿Por qué siento que Héctor y yo, a pesar de todo lo que hemos vivido, no estamos en la misma situación?

—Y vosotros, ¿cuándo? —nos pregunta entonces.

Me quedo callada, sin saber qué contestar, pero no lo necesito porque Héctor lo hace por mí.

—Quizá pronto. Después de casarnos podríamos ponernos a ello... —Lo ha dicho mirándome a los ojos fijamente y después me ha besado el dorso de la mano. Lo único que hago es sonreír.

—¡Claro que sí! ¡Quiero ser tía! —chilla Ana—. ¡Cuánto me habría gustado estar embarazada a la vez! Habrían jugado juntos los primitos.

—Sí, hombre.

—¡Habría sido genial parir las tres a una! —Ahora es Dania la que berrea.

Como se ponen a hablar con Alice sobre embarazos, pañales, pipis, lloriqueos por la noche y unas cuantas cosas más que todavía no entiendo, aparto la atención de ellas y la deposito en los hombres, que están hablando de fútbol. Por Dios, menudo aburrimiento.

—Oigan, que voy al baño —les aviso al cabo de unos cinco minutos de cháchara incomprensible.

Apenas me hacen caso, tan sólo Héctor me guiña un ojo. Me levanto con cuidado para que no se me suba la falda y me encamino al aseo. Cuando estoy en él, inclinada hacia delante, me doy cuenta de que voy un poquillo contentilla. Normal, después de tres dobles y sin haber comido mucho a mediodía, como para no estarlo. Tras mi infructuosa visita al piso de Aarón, he vuelto al mío y me he dedicado a dar vueltas a la cabeza mientras miraba la foto. Qué maravilla, ¿eh?

—*Cagoentó* —protesto al descubrir que no hay papel.

Atrapo el bolso del suelo y rebusco en él. Me queda un pañuelo en el paquetito. Sin embargo, parece que se ha acabado la buena suerte porque, cuando salgo del aseo, descubro una figura familiar apoyada en la barra. El corazón me da un vuelco, se me escapa el aire y no puedo atraparlo. Una mujer se acerca a donde estoy, supongo que con la intención de entrar en el baño, pero doy un par de pasos hacia atrás y vuelvo a entrar en él.

Ay, Dios, ¿qué hago? No puedo pasarme toda la tarde aquí, esperando a que él se marche. Me están esperando fuera y, por si fuera poco, hay una persona que quiere entrar aquí. Me acerco al espejo y observo mi rostro inquieto. Suelto un gruñido, maldigo unas cuantas veces y me revuelvo el pelo sin poder contener el nerviosismo y el cabreo. Bueno, Mel, ¿no era esto lo que querías? ¿No necesitabas algo que volviera a ponerlo en tu camino sin tener que ser tú quien contactara con él?

Mi mente se pone a montar historias, a imaginarse que me ha seguido... o que sé yo. ¿Qué hace él en un lugar como éste? No le pega para nada. Joder, ¿y si Héctor lo ha visto? Suelto otro gemido de exasperación.

—¿Perdone?

La mujer que espera fuera está llamando a la puerta. No puedo quedarme aquí dentro más rato, al final pensarán mal o creerán que me ha pasado algo. Lanzo otra mirada a la imagen que me devuelve el espejo, cojo aire, lo suelto y me doy la vuelta para abrir la puerta. «Venga, Mel, si aún te queda un poquito más de suerte, quizá ya se haya marchado... o puedes pasar sin que te vea».

—¿Está usted bien? —me pregunta la señora cuando salgo.

—Sí, lo siento —me disculpo al tiempo que agacho la cabeza.

Asiente y entra en el baño. Me coloco el pelo por delante del rostro para ocultármelo. Pero entonces... otro vuelco en el corazón.

Él ya no está en la barra, sino unos pasos delante de mí, apoyado al lado de la puerta del aseo de los hombres. Me mira con esa mirada burlona que me hace temblar. Hemos empezado a jugar de nuevo. Podría pasar por delante sin dirigirle la palabra. ¿Qué haría él? ¿Y si simplemente le digo «hola»? ¿Qué ocurriría? No obstante, antes de que pueda decidirme se acerca un poco más, con

las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones negros de vestir. Arriba tan sólo lleva una camisa azul que resalta el color de sus ojos. Las otras veces iba muchísimo más arreglado, pero, a pesar de todo, es alguien que destaca mucho en un barucho como éste. Quizá por esa aura que desprende. Quizá por sus andares felinos. Quizá por esa mirada que hace que te quedes clavada en el suelo.

—Vaya, qué casualidad encontrarte por aquí —dice a modo de saludo con el labio superior curvado en un gesto socarrón.

—Las casualidades no existen —respondo, repitiendo lo que me dijo una vez. Me fijo en que sus ojos se tornan más oscuros.

—¿Cómo estás? —me pregunta en tono bajo y con voz ronca.

Echo un vistazo de reojo hacia el bar, con miedo de que Héctor entre en cualquier momento y me encuentre con este hombre. No puedo ni imaginar lo que sucedería.

—Tengo que irme. Me están esperando.

Alargo los brazos para hacerlo a un lado, pero me corta el paso. Alzo la cabeza, topándome con su penetrante mirada, y no puedo evitar que un escalofrío me recorra la espalda.

—¿Por qué tanta prisa? —Sus ojos están posados en el anillo que Héctor me regaló. Me apresuro a ocultar la mano.

—¿Me has seguido? —se me ocurre preguntar de repente, y enseguida me arrepiento.

Arquea una ceja, abriendo los ojos en ese gesto tan característico suyo.

—No eres tan importante —murmura. Se ha puesto serio. ¿Lo he cabreado? Ojalá sea así para que me deje pasar. Pero entonces añade—: He venido con alguien.

—¿Una mujer? —Dios mío, pero ¿por qué le estoy preguntando esto? ¡Si a mí realmente no me importa nada su compañía!

Vuelve a dibujar esa sonrisa. En esta ocasión no es burlona, pero sí puedo atisbar en ella algo de orgullo. Se imaginará cosas que no son, y no puedo permitirlo, me digo, aunque ni siquiera tengo claro qué pretende.

—Un cliente.

—No te va nada estar aquí. —Se me escapa lo que he pensado antes. ¿Por qué estoy hablando con él como si nuestra relación fuera normal?

—¿En serio? —Saca las manos de los bolsillos y apoya una en la pared con una expresión relajada—. ¿Y qué crees tú que es lo que me va? —Lo ha dicho en un tono de voz que provoca que me sonroje.

Noto lo mucho que me arden las mejillas y aún me avergüenzo más cuando, sin previo aviso, toca mi piel. Apenas un leve roce, una milésima de segundo, pero ahí ha estado. Me echo hacia atrás. La mujer sale del baño en ese momento y me pide que me aparte. Al pasar por nuestro lado se nos queda mirando con

curiosidad. Susurro unas disculpas y, al instante, volvemos a estar solos.

—Quería decir que... Bueno, pensaba que frecuentarías otro tipo de lugares. Más sofisticados.

—¿Me consideras un pijo engreído? —me pregunta en tono divertido, algo que me sorprende porque siempre se ha mostrado muy comedido.

—No es eso... Yo...

—Sólo tengo dinero. ¿Y? ¿Qué es el dinero? —Sé que continúa mirándome fijamente aunque he agachado la cabeza. Sus ojos se deslizan por todo mi cuerpo, por el que voy notando un incomprensible ardor—. Me gusta beberme un buen vaso de cerveza en un bar como éste. Me acerca a ella, ¿sabes? —Alzo la cabeza en cuanto la menciona—. Yo quería a Naima. Le gustaban estos lugares. A mí también. Me encantaba tomar una cerveza en una terraza con ella y reírnos. Reírnos hasta que nos dolían las comisuras de la boca.

—¿Por qué siempre que nos encontramos tenemos que hablar de ella? —pregunto con un hilo de voz.

—¿De qué más podríamos hablar? Es Naima la que nos ha unido, ¿no? —Otra vez ese tono cargado de segundas intenciones.

«Unido». Me mareo unos instantes, así que me apoyo en la pared y me abanico con una mano aunque, por supuesto, no me da aire ninguno. Ian hace amago de acercarse a mí, pero levanto el dedo avisándole de que no es buena idea.

—Mis amigos están ahí fuera. Él también. ¿Te ha visto? —Lo miro con ojos suplicantes.

Se queda callado unos segundos. Mi corazón palpita tan fuerte que creo que me explotará en el pecho. Al fin, niega con la cabeza.

—Hay dos entradas en este bar. No nos hemos encontrado.

—Entonces no lo estropees.

—¿Crees que me apetece ver su cara? —Lo ha dicho de una forma tan despectiva que me asusto.

—Estoy pasándomelo bien con mis amigos. Por favor... —le suplico. Soy patética—. Déjame pasar.

—¿Viste el correo?

La boca se me seca y el estómago se me revuelve. Sólo con pensar en lo que hacían, en la relación que los unía, me pongo enferma. Me muerdo el labio inferior, con lo que rápidamente comprende que sí lo he hecho. Su mirada se oscurece.

—¿Y bien? ¿Por qué no me has contestado? —Y lo ha dicho como si estuviera ofendido, algo que hace que me enfade a mi vez.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Me acusaste de mentiroso, y te dije que podía darte pruebas. Ahí las tienes. Creo que ahora merezco mi recompensa, ¿no?

—¿Tu recompensa? —Me quedo estupefacta. ¿A qué recompensa se refiere?

—Te pedí que me escucharas. —Su tono de voz cada vez es más duro y estoy deseando salir de aquí—. ¿Sabes? No tengo nada que perder con todo esto, porque ya lo perdí. Pero tú... Podrías evitarte mucho sufrimiento.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué siempre tienes que hablar con acertijos? —lo acuso, frustrada.

No contesta, tan sólo me mira con los ojos entrecerrados y, al fin, replica:

—Este viernes. A las ocho. Quedamos donde elijas. Te mostraré cosas. Te daré todas las respuestas que estás buscando. Me lo niegas, pero todo tu cuerpo me deja claro que necesitas saber, que no puedes vivir con esas dudas que te atormentan. —Calla durante unos segundos para coger aire—. Si no acudes, te dejaré en paz. Lo prometo.

—Yo...

—A veces las personas no son lo que nos muestran —me susurra al oído, paralizándome.

Y se marcha por el pasillo. Me deja sola, con la sensación de que toda yo huelo a su fragancia. Héctor va a darse cuenta enseguida de que he estado con alguien; es más, sabrá que es él porque reconocerá su aroma. Entro corriendo en el baño, me lavo las manos, la cara, me echo un poco de desodorante que llevo en el bolso. El corazón no deja de latirme con una fuerza tremenda.

Una vez que salgo y cruzo el bar lo descubro sentado a una de las mesas más ocultas con otro hombre que parece mayor. Agacho la cabeza para no mirar, para escapar de sus ojos, pero no lo consigo. Me persiguen hasta que abandono el bar. Fuera brilla el sol y todo parece haber sido una pesadilla.

Cuando me siento con mis amigos se me quedan mirando con preocupación. Supongo que tengo una cara terrible. Héctor me agarra de las manos y me pregunta:

—Mel, ¿qué te ocurre?

Y, de repente, me echo a llorar. Ana suelta un grito, asustada, y los demás se quedan callados mientras Héctor me abraza y tiemblo sobre su pecho.

—Nada... Es que... me he quedado encerrada en el baño y... lo he pasado fatal —digo limpiándome las lágrimas. Mentirosa.

—¿Por qué no nos has llamado? —me pregunta Dania, y chasquea la lengua.

—No... no tenía cobertura.

—Bueno, la cuestión es que estás bien, ¿no? —Héctor me seca el resto de las lágrimas—. Y estás aquí, ¿verdad? —Esboza una de sus hermosas sonrisas. Tan dulce, tan impregnada de amor.

De nuevo me entran unas tremendas ganas de llorar, y me culpo a mí misma por repetir una y otra vez en mi mente la frase que me ha dicho Ian: «A veces las personas no son lo que nos muestran».

¿De verdad éste no es el auténtico Héctor?

¿Acaso soy yo quien está cambiando por completo? ¿Quién es esta mujer que miente descaradamente?

L=LIBROS

—Dania —digo casi sin aliento.

—¿Mel? Me pillas a punto de entrar en la ducha —murmura a través de la línea telefónica.

—Esta noche nos vamos a dar una vuelta por la ciudad para ver las luces de las Fallas. Luego iremos a cenar, y puede que al cine. —Lo he soltado todo de carrerilla para no arrepentirme.

—¿Perdona? ¿Que he quedado con Diego! —se queja.

—Tranquila, puedes hacerlo.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Sólo tienes que repetir a Héctor lo que acabo de decirte en el caso de que él te llamara. —Noto que el estómago se me revuelve con todo esto que estoy haciendo. Pero hay algo superior a mí que me está tirando, que está convirtiéndome en alguien que no soy.

—¿Por qué? —Suena sorprendida.

—Porque sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Adónde piensas ir? —Cada vez es más insistente. Y es mi amiga. Sé que si a ella le digo lo que pretendo, no contará nada.

—He quedado con alguien.

El silencio inunda la llamada durante unos segundos. Dania no parece segura de qué replicar, y eso en ella es algo sorprendente. Carraspea y, al fin, me pregunta:

—¿Tienes un amante, Mel?

—¡No, joder! —exclamo.

—¿Entonces...? A ver, si lo tienes... Yo... No debes preocuparte, soy una tumba. Es más, ni siquiera te sermonearé porque cada uno... —Titubea.

—No tengo ningún amante, Dania. Quiero a Héctor —respondo muy seria, recalcando cada una de las palabras.

—Pues, chica, estoy totalmente perdida.

—¿Recuerdas lo que te conté acerca de aquel hombre?

—¿Qué hombre?

—El que conocía a Naima.

Otro silencio. Me cambio el móvil de oreja porque estoy empezando a ponerme nerviosa. Vamos, Dania, di algo.

—Sí. —Parece algo preocupada—. ¿Es con ese hombre con quien has quedado?

—Sí.

—¿Por qué, Mel?

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—¿De verdad que no sois amantes?

—¡Joder, que no! —Me llevo una mano a la cara y suelto un bufido.

—¿Y qué tipo de relación tenéis? —me pregunta. Sé que tan sólo lo hace por curiosidad, que no está insinuando nada ni me lo reprocha, pero, aun así, estoy que salto por todo.

—Ninguna.

—Entonces no entiendo por qué quedas con alguien con quien no tienes relación y encima se lo ocultas a Héctor. —Sé que en esas palabras tampoco hay malicia.

—Pues porque él es el único nexo con Naima, el que puede hacerme comprender muchas cosas.

—¿No te acuerdas de lo que te dije?

—Sí. Que deje a los muertos en paz.

—Me parece que mi consejo no te ha gustado mucho.

—No es eso, Dania. Es sólo que... hay ciertas cosas que no comprendo. Y encima esos sueños...

—¿Has tenido más?

—Sí. Y lo paso mal, ¿sabes? No creo en espíritus. —Me echo a reír yo solita, aunque aprecio que se me ha puesto la carne de gallina—. Pero la verdad es que esto parece una peli de ésas en las que la muerta trata de poner claridad en su

muerte.

—¿Qué? —Dania casi está gritando a través del móvil—. Mel, ¿no estarás pensando que Héctor...?

—¡No, por Dios! —Esta vez soy yo la que chilló. Cojo aire y trato de serenarme. Dania se mantiene callada, esperando mi respuesta—. Es sólo que necesito saber por qué ella hizo eso y por qué Héctor lo permitió. Si ese hombre puede explicármelo, entonces...

—Soy incapaz de comprender por qué necesitas saber eso, Mel. Naima es el pasado de Héctor y no tiene nada que ver con vosotros —se interrumpe, a ver si yo digo algo, pero no. No porque entonces le contaría que Ian no opina lo mismo y paso de parecer una loca—. Pero bueno, si consideras que te ayudará, entonces te apoyo.

—¿En serio? —Una especie de tranquilidad acude a mi estómago. Si tan sólo una persona está ahí conmigo, no me sentiré tan mal—. ¿Crees que estoy comportándome de forma horrible haciendo esto a las espaldas de Héctor?

—Bueno... Puede que fuera más fácil que le preguntaras directamente, pero...

—Él jamás ha querido hablar sobre eso. Precisamente por esa razón estoy así, Dania.

—Vale, pues ya está. Sólo vas a hablar con ese hombre, ¿no? La verdad es que no veo nada malo en ello. —La buena de mi amiga intentando quitar importancia al asunto para que me sienta mejor.

Sonríó, aunque tengo un ardor en la garganta con el que no puedo.

—Pues muchas gracias, en serio. Te debo una.

—Pero, oye, no sé... ¿Vas a ir tú sola?

—Claro. ¿Por qué lo dices?

—No sé, es que me preocupo por ti. No conoces a ese hombre de nada.

—Es una de las personas más ricas de la ciudad. Puede que del país —le informo.

—¿En serio? —Se calla una vez más, pero luego vuelve a la carga—. De todos modos, podría acompañarte. Y cuando termines, nos volvemos.

—No creo que...

—¿Dónde habéis quedado?

—En una cafetería.

—No es necesario que me sienta con vosotros cuando habléis de eso... Puedo tomarme algo en otra mesa.

—No sé si será lo mejor. —Empiezo a ponerme nerviosa. ¿Y si aparezo con Dania, él se enfada y pierdo la oportunidad de saber algo?

—Vamos, Mel. También podemos acudir antes, y yo entro a la cafetería como si no fuéramos juntas. Así os veo y me quedo tranquila.

Me muerdo el labio inferior. Sé que insistirá una y otra vez, y que hasta que

no acceda no se callará, así que al final le digo que vale, que vayamos juntas.

Me paso el resto del día sin poder hacer nada porque no puedo concentrarme. Tan sólo pienso en la cita de esta noche, en lo que él se propone, en las cosas que me mostrará. A medida que van pasando las horas me pongo más y más nerviosa. Cuando la puerta de la calle se abre y Héctor me llama, el corazón vuelve a la carga. « Para, para, joder. Que él no note que estás inquieta » .

—Hola, mi amor. —Entra en el salón y se inclina para darme un beso. Alzo el rostro y se lo devuelvo, aunque sin muchas ganas. Por suerte, no parece darse cuenta. Se quita la chaqueta, tira el maletín en el sofá y se dirige a nuestro dormitorio—. Voy a quitarme la ropa. Porque... no querrás salir, ¿no? Estoy agotado.

—¡No, tranquilo! —exclamo desde el sofá poniéndome tensa. Cojo aire y digo—: En realidad sí voy a salir.

Se asoma desabotonándose la camisa. Me mira con una sonrisa, aunque me parece que no le hace mucha gracia.

—¿Y eso?

—Dania y yo pasaremos una noche de chicas —digo en un susurro.

Héctor abre la boca, parpadea y después se muerde el labio. Me pongo más nerviosa. « A veces las personas no son lo que nos muestran » . Me rasco la frente para apartar las palabras de Ian.

—¿Por qué no me has avisado? Pensaba que nos quedaríamos en casa, juntos. —Ha borrado la sonrisa y ahora me mira serio. Me recuerda a aquellas veces en las que se imaginaba que yo quedaba con otro hombre. Y, en realidad, voy a hacerlo, aunque no para nada malo...

—Es que se nos ha ocurrido de repente. Dania está un poco agobiada con lo del embarazo. —Espero la respuesta de Héctor. No llega, tan sólo me mira con los ojos entornados. Siento que debo excusarme, así que continúo—: Pero volveré pronto, y vemos alguna peli o algo. Hemos quedado a las ocho. Cenaremos, iremos al cine...

Otro silencio. Por unos segundos me enfado porque no tendría que darle tantas explicaciones. Somos pareja, pero no es mi dueño, somos libres de hacer lo que queramos. No obstante, como sé que estoy actuando en secreto, me digo a mí misma que no tengo derecho a molestarme. Es normal que él quiera saber, ¿no?

—Vale —dice al final, aunque no muy convencido—. Intentaré esperarte despierto. —Me dedica una sonrisa que no es muy sincera y regresa al dormitorio.

Me quedo en el sofá con la boca seca y con un martilleo en la cabeza. A las siete entro en la ducha y luego me visto con algo muy sencillo, como para demostrarle que de verdad es una noche de chicas. Cuando termino está tomando una Coca-Cola y unas patatas fritas mientras ve la televisión. Se vuelve hacia mí

y me sonrío, pero tengo la sensación de que no está nada contento.

—Pásatelo bien.

Me inclino para darle un beso y hasta sus labios me parecen menos familiares.

«¿Vas a joder de nuevo tu relación, Mel?», me susurra la vocecilla que tanto odio. No cojo el coche porque estoy demasiado nerviosa para conducir. Pillo el autobús y paro en la plaza del Ayuntamiento, pues al final he quedado con Dania en una de las cafeterías más céntricas. Estará esperándome en un banquito. Todavía queda media hora para las ocho. Ian no habrá llegado y cuando lo veamos acercarse podremos fingir que ella y yo no nos conocemos.

Mi amiga llega cinco minutos más tarde y se disculpa. Le digo que no pasa nada, que ni siquiera tendría por qué haber venido. Nos dirigimos hacia la cafetería en silencio, aunque no para de lanzarme miradas de reojo. Me siento como si fuera a cometer un crimen terrible o algo así.

—Estaré allí, ¿vale?— Señala una mesa del fondo, y asiento con la cabeza.

Me pido un té y juego con el hilo de la bolsita una y otra vez al tiempo que lanzo miradas a Dania, a la que tengo enfrente. Me responde con sonrisas tranquilizadoras. Dos minutos antes de que sean las ocho, la puerta de la cafetería se abre y sé perfectamente que es él. Puedo oler su fragancia desde aquí y eso hace que tiemble toda. ¿Cómo puedo ser capaz de reconocerlo si apenas nos hemos visto?

Me fijo con disimulo en Dania. Le ha cambiado la cara. Tiene los ojos como platos y sé lo que está pensando. Que es un hombre muy atractivo, o algo parecido. Y que tiene... un no sé qué misterioso, algo que no te deja confiar en él por completo y, a pesar de todo, te atrae. Un chico peligroso, diría ella.

Unos segundos después Ian se sienta frente a mí con esa sonrisa tan suya. Jamás he visto una igual. Trago saliva, pero no aparto la vista de él. Trato de devolverle el gesto; tan sólo logro esbozar una mueca. Voy a preguntarle cómo está para ser educada, pero se inclina hacia delante y susurra:

—Creo que lo de traer amiguitas a una cita es propio de una adolescente, ¿no? —Me mira fijamente y me parece que caigo en la infinita espiral de sus ojos.

—¿Perdona? —Me hago la disimulada. Se incorpora, apoyando la espalda en la silla, y mueve la cabeza en dirección a Dania. Abro la boca, totalmente sorprendida.

—Tu amiga. ¿Qué hace aquí?

—¿Cómo sabes que es mi amiga? —Me pongo a la defensiva, imaginando por un instante, una vez más, que este hombre está vigilándome, que controla cada uno de mis pasos.

—Os vi el otro día en el bar. ¿Te acuerdas?

No puedo evitar soltar un suspiro de alivio. Vale, tiene lógica. Aunque es sorprendente que sea capaz de recordarla con haberla visto sólo una vez.

—¿Es que me tienes miedo, Melissa?

«Contesta. Hazlo rápido. No permitas que vea lo inquieta que estás». Es como un animal: puede oler mi miedo.

—Claro que no.

—Pues no lo parece. Sabes que soy conocido y que tengo una reputación. ¿Iba a arriesgarme a hacerte algo? Por Dios... —Se lleva a los labios la taza de café y me sonrío antes de dar un sorbo—. Que se vaya.

—¿Cómo? —Parpadeo porque no me esperaba esa respuesta.

—Si quieres que esto funcione, debemos vernos a solas. No entiendo por qué traes a una amiga. ¿Acaso vengo yo acompañado?

«Si quieres que esto funcione...». ¿El qué, joder?

—No estamos en las mismas condiciones —musito.

—Tú estás en una superior.

—¿En serio? Pues explícate.

Me cruzo de brazos, esperando a que me diga algo. Sin embargo, se inclina hacia delante y me susurra:

—Pídele que se vaya. Tiene cara de cansada, y encima está embarazada. —Entorna los ojos y después los abre en ese gesto que me pone nerviosa y, al mismo tiempo, empieza a agradarme—. Si lo que pretendes es conocerme mejor, trato hecho. ¿Quieres que hablemos? Hagámoslo. Intentaré comportarme como un posible amigo.

Aparece en su rostro esa sonrisa ladeada que, en el fondo, es bonita. Ian es como un ángel caído... Inquietante, oscuro y seductor. Lo sabe y lo usa como arma, aunque por suerte estoy lo suficientemente inquieta para impedir que funcione.

—No te entiendo...

—Antes de mostrarte lo que quiero y lo que necesitas, te contaré todo lo que desees saber de mí. Como personas normales que están conociéndose. —Se echa hacia atrás y alza la taza como si brindara y, por fin, bebe.

—No nos estamos conociendo —replico de mala manera.

Su semblante cambia. Se hace más oscuro, como si le hubiera ofendido.

—Claro... Ya nos conocemos, ¿eh? Aunque tú quieres más. —Me guiña un ojo y frunzo el ceño sin entender a qué ha venido eso.

Se acaba el café de un trago e, inclinándose una vez más, me dice en voz baja:

—Se va y me quedo. O se queda y me voy. Tú decides, querida. —Me muestra una sonrisa llena de dientes perfectos.

Sé que no tengo ninguna elección. Si no pido a Dania que se marche, quien lo hará será él... y me quedaré con la misma insatisfacción de siempre, porque lo más seguro es que no vuelva a tener otra oportunidad. Sin decir nada me levanto de la silla y me dirijo hacia mi amiga. Da un respingo, sorprendida, y me

pregunta con la mirada qué sucede.

—Tienes que irte —le digo entre dientes.

—¿Qué? ¿Por qué? —berrea casi, con lo que tengo que hacerle un gesto para que baje la voz.

—Por favor, Dania. —Le estoy suplicando. ¿Por qué estoy haciendo esto...?

—No me voy de aquí sin ti. ¿Qué coño es lo que quiere ese tío?

Estoy segura de que Ian tiene ahora una sonrisa en los labios.

—Todo irá bien. Llama a Diego y que venga a por ti. Te lo ruego...

La miro con intensidad, tratando de convencerla. Desliza sus ojos de uno a otro, nerviosa y aturdida. Sé que se muere por sacarme de aquí, pero al final asiente, arrancándose un suspiro silencioso.

—Sigo pensando que deberías solucionar tus dudas con Héctor, Mel —me dice mientras se pone la chaqueta. Cierro los ojos, mordiéndome el labio y asintiendo con la cabeza. Me da un abrazo fuerte—. Llámame si me necesitas. Y no te vayas de la cafetería con él a ningún sitio.

—Vamos, ve.

Le doy una palmada en el brazo. Se saca el móvil del bolso y manda un *whatsapp* a Diego. Luego me mira, como si esperara que cambiara de opinión y, al darse cuenta de que no lo haré, suelta un bufido y se va. Las miradas de Ian y ella se cruzan.

Cuando me siento ante él de nuevo, tiene las manos cruzadas ante el rostro y una expresión de suficiencia que me cabrea aún más. Para mi sorpresa, empieza a hablar.

—Soy hijo único. Mi programa favorito de pequeño era *Los Fraggles* y mi película preferida *Pesadilla antes de Navidad*, aunque durante unos años me daba un poco de miedo, en especial por la forma en que se movían; me resultaba siniestra. Fui a un colegio privado donde estudiaba muchísimo. Mi padre era muy estricto con las notas. No quería que cursara Humanidades... así que al final hice lo que quiso: Economía y Dirección de Empresas para poder trabajar con él. En ocasiones es muy estresante. Creo que me ha provocado algunos traumas... —Abre los ojos como si de verdad los tuviera y, sin quererlo, dibujo una sonrisa que parece satisfacerle—. Me gusta el *rock*, y del duro, aunque te sorprenda por mi aspecto. Adoro viajar, en especial a lugares exóticos. Vivo solo en un apartamento enorme, con demasiadas habitaciones que no necesito. Acudo al gimnasio dos veces por semana para relajarme... ¡Ah, se me olvidaba! En el trastero de mi piso guardo cadáveres de mujeres; los colecciono.

Calla y espera a mi reacción. Me he quedado boquiabierta. Al final se echa a reír y me apunto, aunque estoy nerviosa. ¿Por qué ha de tener este humor tan negro?

—Entonces no iré a tu casa. —Trato de seguirle la broma para que vea que no me intimida.

—Qué pena —murmura pellizcándose el labio inferior. ¿Está flirteando? ¿De verdad lo está haciendo en esta situación?

—Gracias por contarme todo esto. Ahora ya puedo decir que eres mi mejor amigo —respondo con sarcasmo.

—Sería algo cíclico —murmura sonriendo y al mismo tiempo mirándome con ojos serios.

Sé a qué se refiere y, aunque me he quedado para que me explique cosas de ella, no puedo evitar ponerme más nerviosa.

Ambos nos quedamos en silencio hasta que él lo rompe con algo que me deja helada:

—¿Nos vamos?

—¿Adónde?

—A mi coche —responde tranquilamente.

—¿Qué?! Ni hablar. —Mi mente empieza a montarse historias oscuras.

—Tranquila, recuerda que si no te llevo a mi piso no ocurrirá nada... —Me guiña un ojo. Su expresión se ha vuelto tan relajada que me sorprende sentirme un poco más tranquila y notar cierta conexión con él—. No puedo mostrarte aquí lo que deseo, querida.

Trago saliva. No debo irme con él, ¿a que no? Joder, podría haber traído mi coche. Está esperando mi respuesta. Los segundos me parecen horas, como si el tiempo se hubiera detenido. Mi corazón actúa mucho antes de que mi mente pueda procesar lo que ocurre. Me veo a mí misma levantándome de la silla. Lo veo a él pagando lo que hemos tomado. Veo nuestros pies dirigirse a la salida. Y entonces descubro un pedazo de coche esperando fuera que, por supuesto, es suyo. Abro la boca al percatarme de que lo conduce un chófer.

—Mira la cara de Juan. ¿Te parece alguien de quien desconfiar? —Me señala al conductor, un hombre de unos cincuenta años de mirada afable.

Para no pensar más y no echarme atrás, señalo la puerta con un gesto de impaciencia. Ian me la abre y entro, sintiéndome como Caperucita en las fauces del lobo. Cuando se sienta a mi lado el corazón se me acelera. Y me retumba en el pecho en el momento en que ladea el rostro hacia mí y me sonríe. ¿Es ternura lo que advierto en sus ojos? Me sorprende y, a medida que cruzamos semáforos, en lugar de inquietarme me siento más segura y valiente. Apoyo la mano en el asiento, al igual que él.

Cuando sus dedos rozan los míos con disimulo no sé por qué motivo no los aparto.

LE LIBROS

Ladeo el rostro y me topo con la mirada de Ian: feroz, siniestra. Hay en ella algo que me resulta perturbador.

—Melissa... —Otra vez ha pronunciado mi nombre en tono irónico—. Pronto sabrás lo que a Naima y a mí nos gustaba.

Me quedo callada, muy rígida en el asiento. Al final aparto la mano de la suya porque ya empieza a incomodarme. Esboza una sonrisa burlona.

—A lo mejor a ti también te agrada...

—No lo creo —niego tratando de mostrarme convencida.

—¿Alguna vez has practicado sexo con más de una persona? Oh, claro, por supuesto que no. —Él mismo se ha contestado anticipándose a mí.

—No lo necesito.

—Toda la gente que vas a ver dentro de un rato no estaría de acuerdo con lo que crees.

—¿Y qué es lo que creo, si puede saberse? —lo reto. El enfado sustituye a la inquietud. ¿Cómo se atreve a juzgarme?

—Que si amas a alguien no necesitas a nadie más. Pero eso son tonterías cursis, querida. El amor va por un lado y el sexo por otro, y este último hay que disfrutarlo al máximo.

—¿Con eso te refieres a ser infiel? —suelto molesta.

—Se es infiel si uno quiere considerarlo de esa forma. Es la sociedad la que establece unas normas y marca unos límites, que por cierto me parecen estúpidos. Muchas personas mantienen relaciones abiertas en las que se acuestan con otras, y no por eso aman menos a su pareja.

—¿Hasta dónde se supone que llegan tus límites? —pregunto sarcástica.

—Yo no tengo. —Su respuesta me inquieta—. Me gusta probarlo todo.

Lo miro atónita. Echo un vistazo por la ventanilla para descubrir dónde nos encontramos, pero no reconozco la zona. «¿Qué estás haciendo, Melissa?», inquiera mi cabecita.

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo he dicho. A un lugar en el que tampoco existen los límites. Al lugar en el que los tres compartimos mucho más que una amistad.

—¿Qué hay en ese lugar?

La curiosidad me vence. De todas formas, prefiero saber a qué atenerme. Dania me relató una vez experiencias de conocidos suyos que frecuentaban clubes de intercambio de pareja. Incluso ella acudió a uno en una ocasión y le pareció divertido. Lo que sucede es que me parece que lo de Ian es más que eso.

—Tranquila, es sólo un club —dice en voz baja al percibir mi inquietud—. Hay muchísimos. Por todas partes. Las personas que menos te lo esperas acuden a ellos para dar rienda suelta a su imaginación y hacer todo lo que de normal no pueden porque las tacharían de pervertidas o qué sé yo.

—¿Por qué vas tú?

—Porque mi vida es demasiado aburrida y allí puedo convertirme en alguien que no tiene que dar explicaciones a nadie de lo que quiere. —Advierto que está hablándome con cierta emoción. ¿Acaso le gusta contarme todo esto? Pero ¿por qué?

Todavía no sé qué cojones hago metida en este coche con un hombre a quien apenas conozco. Uno que me inquieta. ¡Joder, soy una incauta!

—A esos clubes se acude con o sin pareja. Puedes participar o mirar. Puedes decidirte por tener sexo *light* o sexo *hardcore*.

—¿Cuál prefieres tú? —Ay, Melissa, ¿por qué te empeñas en querer saber cosas que no debes? ¿Es que acaso no recuerdas las fotos y el vídeo?

—¿De verdad es necesario que conteste? —Abre mucho los ojos con una sonrisa enorme.

Aparto la mirada. Estoy empezando a sentirme desnuda. Ian se arrima un poco más a mí, situando su rostro muy cerca del mío. Lo ladeo, con el corazón acelerado, y me susurra al oído:

—En esos clubes hay gente de todas las edades. Hombres y mujeres poderosos, pero también sencillos, como tus propios vecinos. Unos de gustos refinados, otros de apetencias un poco más extrañas. Hay muchas salas y habitaciones para que desates tus deseos. —Su voz se torna más susurrante, con

un tono seductor—. Imagina que vas con tu pareja y os calentáis al ver todo aquello. Entonces podéis ir a una de las habitaciones. No hay puertas, tan sólo una cadena. Si la pasas, nadie entrará, pero sí podréis ser observados. Si la dejáis descorrida, estaréis permitiendo que cualquiera se una a vuestros juegos. —Se detiene unos segundos y después añade—: No sabes cuánto disfrutaba Naima sabiéndose observada... Bueno, quizá sí. ¿No te excitó el vídeo ni un poquito?

Una náusea me sube hasta la garganta, aunque logro controlarla. Cierro los ojos, presa de un molesto nerviosismo. «Vamos, Mel, esos lugares son comunes y lo sabes. Ya tenías claro que existían y quizá, como Ian dice, personas que conoces han asistido en alguna ocasión. No hay nada malo en ello... Aunque, claro, lo que te preocupa es lo que ellos pudieran hacer, no el lugar en sí».

—Naima fue alguna vez que otra ella solita. Estaba tan aburrida de su vida sexual con Héctor... —continúa Ian, dejándome sorprendida.

Lo miro de hito en hito, en completo silencio. Me devuelve una sonrisa.

—¿Acaso no te aburres tú del mismo sexo cada día?

—Mi vida sexual es satisfactoria —le digo. Y de inmediato agregó—: Y eso es algo que no te importa nada.

—Naima sabía que no podría ir a uno de esos clubes con Héctor porque la tacharía de zorra.

—¡Eso no es verdad! ¡Héctor no es así! —exclamo enfadada.

—¿En serio? Pues qué poco lo conoces.

Me quedo en silencio otra vez. Vuelvo el rostro hacia la ventanilla, notando que empiezan a temblarme las manos. El sexo que mantengo con Héctor es maravilloso. ¿Cómo se atreve Ian a decirme todo eso?

De repente percibo un movimiento por el rabillo del ojo. Miro disimuladamente y descubro que Ian ha sacado de su bolsillo una hoja doblada. Me la tiende con una sonrisilla.

—¿Qué es esto? —pregunto, dudando si cogerla o no.

—Otra prueba más. Una carta de Naima. Una de las muchas que me envió.

Dudo unos instantes más mientras observo a Ian y la carta alternativamente. Al fin la curiosidad me vence una vez más. Cojo el papel con la mano temblorosa y el corazón arrugado. Antes de desdoblarlo lanzo una nueva mirada a Ian. Sonríe y asiente, como animándome a que lea. Lo hago con la sensación de que me estoy metiendo en algo demasiado íntimo.

Ian:

No puedo contestar a tus llamadas. ¿Acaso quieres que todo se vaya al traste? Después de cuanto ha sucedido, ¿no crees que ya va siendo hora de comportarnos de manera adulta? Vale, está claro que no soy la más indicada para decir eso, pero tan sólo lo hago para que todo vaya bien.

Tras visitar esos lugares que te comenté... No sé, estoy emocionada. He descubierto un mundo tan distinto, tan perturbador y al mismo tiempo tan fascinante que sólo me apetece conocerlo y saber aún más.

Si te digo la verdad, algunos de esos clubes me parecieron soeces. Yo necesito algo más sutil, acorde a mí. Y he encontrado uno perfecto. Está alejado de la ciudad, pero no sólo eso, sino que allí puedes llevar capucha para que nadie te reconozca. Todavía no estoy preparada para liberarme por completo.

Siento que necesitaba esto desde hace mucho, pero no me atrevía a hacerlo. El sexo con él está bien, o al menos lo estuvo durante bastante tiempo, pero últimamente las cosas son diferentes. Este lugar lo veo como una forma de eliminar esa tristeza que me ha agarrado el cuerpo. Sé que no me juzgas, que ya hemos hablado de esto muchas veces y que te gustaría ir a algún sitio conmigo y compartir las fantasías con las que tanto hemos soñado.

La cuestión es que ya no me bastas, Ian. Necesito más. Lo necesito a él. Quiero que apruebe lo que vamos a hacer y me encantaría que, además, participara. ¿Es una fantasía demasiado oscura? Sé que me dirás que no, pero ¿y él? ¿Cómo se lo tomaría? Me gustaría tanto pedirselo. Puedo imaginar su respuesta, su nerviosismo, su enfado. Héctor no querrá compartirme porque su forma de ver el mundo, su manera de entender el amor y el sexo, es muy diferente a la nuestra. Durante un tiempo yo también pensé como él... Pero ¡he estado tan equivocada! Mi mente se ha abierto, así como mi cuerpo.

Deja que te cuente algo de lo que vi en ese club, de las cosas que descubrí... ¡Te vas a morir! Puedes ir con tu pareja, o solo, por supuesto. La gente no te molesta ni te dice nada si no te muestras dispuesto a ello. Me pedí una copa y estuve curioseando un rato... Nada más entrar me topé con una enorme cama redonda en la que había una mujer —y entrada en años, ¿sabes?— en ropa interior... ¡y con ella un hombre joven acariciándola y besándola de la cabeza a los pies! Otras personas los miraban, y a ellos parecía gustarle. Tengo que reconocer que me dio algo de morbo.

Pregunté a una de las dueñas si podía visitar el lugar aunque no fuera a hacer nada y me dijo que por supuesto. Ella misma me acompañó. El local consta de una sola planta, pero es enorme. Hay muchas habitaciones, aunque sólo en las que se practica *bondage* están cerradas. Las otras están expuestas, y cualquiera puede ver lo que ocurre en ellas, aunque son los que juegan en su interior los que deciden si aceptan que los demás se unan a ellos. Descubrí parejas practicando sexo y gente que los miraba, en otras había tríos y en algunas incluso orgías. No me pareció nada forzado, más bien todo lo contrario. La verdad es que me gustó mirar cómo lo hacían y me pregunté qué sentiría si me miraban mientras me follabas... Pero también pensé en Héctor, y en que me gustaría que él estuviera con nosotros.

Tú siempre me animas a que le cuente lo nuestro. Es algo para lo que no sé si estoy preparada, aunque lo deseo. Siento como si estuviera viviendo una doble vida, y a veces creo que no voy a poder soportarlo mucho más. En algunas ocasiones me siento mal al pensar en todo esto, en especial porque me apetece ir más allá, sacarlo de mi cabeza y que se convierta en realidad. Me da miedo que Héctor no lo entienda, que se enfade muchísimo... Aunque supongo que sería algo normal, por otra parte. Me has repetido infinidad de veces que no estamos haciendo nada malo, que si lo amo no hay ningún problema y que muchas personas mantienen dos relaciones. Pero yo... noto que esto no está bien. La sociedad no lo aprobaría. Si alguien supiera de mis fantasías, me tacharían de perversa o de loca. Tan sólo la gente de ese lugar podría aprobarlas. Por eso quiero regresar. Contigo. Pero... ¿debería antes confesarle la verdad a Héctor?

Por si acaso, mientras tanto nos comunicaremos por carta. Él no es tonto, y sospecha. Las excusas se me están acabando. ¿Y cómo se sentirá cuando sepa que mi amante eres tú? Dios, Ian, dime que esto está bien, que no estamos haciendo nada malo.

No me envíes más mensajes subidos de tono, ni fotos ni nada por el estilo. Sólo cartas, nada más. Tampoco me las mandes a casa... He abierto una dirección postal para que puedas enviarlas allí. Déjame un poco más de tiempo... Y entonces veremos qué ocurre. Tengo ganas de verte, pero esperemos unos días.

NAIMA

Las letras se me emborronan cuando estoy llegando al final. Descubrir la caligrafía de esa mujer ha hecho que la sienta aún más cerca. Pero lo que Ian acaba de descubrirme... ¡Joder! Es todo tan increíble... ¿Qué era lo que pasaba por la mente de Naima? No consigo entender por qué los necesitaba a los dos en sus fantasías.

Por un momento creo que esa carta la ha escrito Ian. Sin embargo, ¿por qué se tomaría tantas molestias? Las fotos son reales, también el vídeo. ¿Por qué no iba a serlo esta misiva?

Me doy cuenta de que está observándome con una sonrisa de oreja a oreja. No puedo evitar sentir un escalofrío. Le devuelvo la carta y me quedo en silencio, pensando en lo que voy a encontrarme.

Entonces el coche se detiene. El chófer se vuelve hacia nosotros y dice:

—Señor, ya hemos llegado. ¿Quiere que lo espere aparcado aquí fuera?

—Sí, por favor —responde Ian sin apartar los ojos de mí. A continuación me tiende la mano—. ¿Vamos, querida?

Rechazo ese gesto y salgo del vehículo sin darle una respuesta.

—¿De verdad era necesario venir aquí?

Ian abre los ojos en ese gesto que va haciéndome acumular más y más cabreo. Asiento con la cabeza y me apresuro a ir a la barra para pedir una copa. Alguien me agarra del brazo y me impide avanzar. Me doy la vuelta enfadado, suponiendo que es ella quien me detiene, pero me sorprende comprobar que es él.

—¿Qué coño quieres?

—Si vamos a hacerlo, mantente sobrio. Por ella.

—¿Crees que podré soportarlo sin beber?

Naima se ha sentado en uno de los sofás, esperando a que acudamos, y cuando quiero darme cuenta ya hay un par de moscones revoloteando a su alrededor, intentando llevársela al huerto. Ian se coloca a mi lado y, aunque no estoy mirándolo, sé que ha esbozado esa sonrisa suya tan sarcástica que hace tiempo me gustaba y que ahora odio.

—¿De verdad es una buena idea estar en un lugar como éste? —repite.

—¿Y qué querías, hostia? ¿Que lo hiciéramos en tu cama? ¿En la nuestra? —Me froto los ojos, tratando de calmarme. Al fin y al cabo he sido yo quien ha accedido a esta mierda—. Eso sería mucho más de lo que podría soportar.

—Tampoco es fácil para mí —responde alzando la voz para que lo oiga a través de la música. Puto mentiroso. No me creo que no haya visitado nunca este club.

—Es lo que buscabas, ¿no? Poder continuar tocándola. —Le lanzo una mirada de desdén—. Pues lo has conseguido.

—Esto es tan jodido para mí como para ti.

—¿Estás insinuando que la amas tanto como yo? Porque si fuera así, jamás te habrías acercado a ella.

No soporto más escuchar su voz. Me gustaría no tener que ver su cara, aunque está claro que esta noche voy a tenerlo muy cerca de mí y eso me pone enfermo. Me dirijo a la barra y le digo a la camarera que me ponga lo más fuerte que tengan. Ella me regala un par de caídas de pestañas que ignoro totalmente. Mientras me tomo la copa, que me arde en la garganta y en el estómago, estudio el local. No puedo entender en absoluto a la gente que está aquí, a esas mujeres

restregándose con hombres que no son su pareja, a esos tíos que están besándose con otras que no son su esposa. ¿Acaso todos han accedido para no perder a la persona que aman, tal como he hecho yo? ¿O es que realmente les pone la situación? Dios, no quiero juzgar, no debería hacerlo porque cada uno tiene sus gustos sexuales, pero pensar que Naima precisa de esto... me pone enfermo.

Me termino la copa y me marcho al cuarto de baño. Sé que lo que voy a hacer está mal, que si ella se entera se enfadará, pero me da igual. Necesito aliviar el dolor que empieza a agrietarme la piel. Sólo así podré soportar esta noche. Me encierro y saco el frasco de pastillas. Me trago tres. Dios mío, si mis padres y mi psiquiatra se enteraran, la armarían pero bien buena. ¿Qué pensaría ese loquero de lo que vamos a hacer?

Salgo del servicio con el deseo de pedir otra copa, pero a lo lejos distingo la mirada preocupada de Naima y me convengo de que mejor no, de que de todos modos es preferible mantenerme consciente para saber que él no hace nada que yo no desee. Me planto ante ellos y les hago un gesto de impaciencia.

—¿Y bien?

—La mujer nos ha dicho que nuestra habitación está preparada.

Espero a que Ian se ponga de pie y nos conduzca hasta allí. Naima se coloca en medio y yo cierro la comitiva. Esto es patético, esto es... Ni siquiera sé cómo definirlo ni cómo expresar mis sentimientos. Una vez en la habitación, que es de lo más hortera y vulgar y que no tiene ni puerta (eso es lo que más me inquieta, que cualquiera pueda vernos), me quedo de pie mientras Ian se sienta en la cama. Naima posa su espectacular trasero —ese que antes sólo tocaba yo— en el borde y me lanza miradas inquisitivas. Me dijo que nos amaba a los dos, que no podía dejarnos a uno por el otro. Sé que esto la avergüenza, que la hace sentir inferior. Y, en cierto modo, me agrada pensar que estoy provocándole dolor.

—Nada de besos.

—¿Cómo? —Ian abre los ojos de par en par.

—No quiero que la beses.

—Pero...

—No lo harás delante de mí, ¿lo entiendes? —Sé que mi voz se va tornando amenazadora. Me coloco delante de él y lo miro desde arriba. Alza la barbilla con actitud desafiante. La tensión es tanta que Naima se levanta y se arrima a nosotros, pero la detengo con el brazo—. No sé cuántas veces la habrás besado, pero no lo harás más. Es un gesto demasiado íntimo.

—Tú no eres quien elige. —Ian me reta con las pupilas dilatadas y la mandíbula tensa.

—Soy su novio, ¿no? Es conmigo con el que vive, con el que comparte la vida, sus problemas, sus alegrías. ¿Qué coño es lo que comparte contigo? ¿Sexo? —Sé que estoy pasándome, que les falto el respeto a ambos. Pero ¿y ellos? ¿No han hecho lo mismo conmigo? ¿Me lo habrían contado alguna vez si no lo hubiera

sospechado yo? Está claro que no, y mucho menos Ian. De ser por él, continuaría siendo un maldito cornudo inútil. Bueno, ahora soy un cornudo inútil, cabrón y permisivo.

Vuelve el rostro hacia Naima, que nos está mirando con expresión asustada. Parece a punto de echarse a llorar, y eso me hace sentir bien. Demasiado. Ansio que lllore tanto como lo he hecho yo desde que supe la verdad.

—¿Quieres que él te bese? —le pregunto agarrándola de la muñeca en un apretón demasiado fuerte. Pero no se queja.

—Yo...

—Si lo hace, esto se habrá acabado. No me tendrás, aunque me muera sin ti. —Estoy mintiendo. Jamás la dejaría. No lo haré si ella no lo hace primero. La necesito a mi lado por mucho que todo esto sea una tortura. Por eso he accedido a esta locura, para no perderla.

—No lo besaré —murmura.

Eso despierta en mí cierta esperanza. Me ama a mí. Cree que lo quiere también a él, pero no. Tan sólo está equivocada. Haremos esto y después regresará a mi piel de nuevo, se dará cuenta de que fue un estúpido error caer en los brazos de otro hombre... De quien yo pensaba que era nuestro amigo.

—Esto es increíble... —dice Ian apretando los puños, visiblemente enfadado—. Vamos a hacer cosas mucho más...

No le dejo terminar. Las pastillas y el alcohol que me he tomado (en realidad en casa ya había ingerido alguna cerveza que otra, con lo que me está subiendo rápidamente) empiezan a hacerme efecto. Me noto más desinhibido. Tanto que le alzo los brazos a Naima y le quito la camiseta. No lleva sujetador, algo habitual en ella. Sus erguidos y hermosos pechos nos apuntan a ambos. Hace ademán de taparse, pero se lo impido. ¿Por qué cojones es tan tímida ahora? ¿No era esto lo que quería?

—Trae alcohol, lo que sea. Fuerte —ordeno a Ian.

Y, aunque duda unos segundos, al final accede y sale de la habitación, dejándonos solos. Naima me observa cohibida. Ella era valiente, segura de sí misma. ¿Quién es la mujer que tengo delante? ¿Soy yo el que ha provocado esto? ¿Ha sido Ian?

No me reconozco cuando la atrapo entre mis brazos y pongo mis labios sobre los suyos. Se muestra sorprendida al principio, para después soltarse, apoyar las manos en mis hombros y devolverme el beso. Mi lengua entra en contacto con la suya y, al reconocer su sabor, enloquezco. Le aprieto los pechos hasta que deja escapar un quejido. Me aparto, cogiendo aire, pasándome la lengua por los labios para encerrar en mi boca toda su esencia. La miro fijamente, descubro algo en sus ojos que no acierto a descifrar.

—Estoy haciendo esto por ti, Naima, porque te amo. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Lo entiendes, ¿no? No concibo que estés con él a solas, no

permitiré que te toque sin estar presente. De esta forma puedo establecer unos límites, saber que gozas más conmigo que con él, que esto es tan sólo un capricho. —La cojo de las mejillas, sacudiendo su cabeza—. ¿Lo entiendes? Me comprendes, ¿verdad?

Asiente, con los ojos muy abiertos y los labios plenamente expuestos a mí. Vuelvo a besarla, esta vez con más ímpetu, con esa rabia que se ha instalado en mí y que no quiere soltarme. Oigo la puerta abrirse, los pasos de Ian y su presencia a nuestro lado.

—¿Habéis empezado la fiesta sin mí?

Lo odio. Lo hago porque él no la ama como yo, porque no le importan nuestros sentimientos lo más mínimo, porque la ha engañado llevándosela a su terreno.

—¿Puedo unirme? —pregunta con esa sonrisa burlona.

Le arranco una de las botellas que lleva en la mano y doy un buen trago. Después se la paso a Naima y, aunque se muestra un poco reticente, también la prueba. Y mientras Ian le acaricia los brazos desnudos, mientras me la va quitando poco a poco, bebo más y más. Mucho más. Creo que al cabo de un rato, tras habernos tragado las dos botellas, los tres somos otras personas. Unas que no conocíamos. Puede que las auténticas, esas que habíamos escondido bajo la piel.

Ian alza la botella y, para mi sorpresa, vierte un poco de líquido por entre los pechos de Naima. Después se inclina sobre ellos y empieza a lamerlos. Lo observo todo como si mi cuerpo se hubiera desdoblado y flotara. Me provoca malestar ver que Ian tira del pezón de mi novia, que ella se contorsiona sobre la cama de forma libidinosa y, al tiempo, me causa cosquillas en el bajo vientre. Le ha quitado la falda y la ha dejado con tan sólo el tanguita. ¿Por qué no soy yo el que la está desnudando?

—Ven, Héctor... Por favor... —me pide Naima con la voz entrecortada.

Titubeo unos segundos, pero después me acerco y permito que tantee hasta encontrar mi polla. La acaricia por encima de mi pantalón. Con la mirada me pide que me lo quite. Accedo y me sorprende al comprobar que mi sexo está despertando. Dios mío, ¿quién soy yo...? No me da tiempo a pensar en nada más porque mi novia me ha cogido de la polla y está masturbándose. Ian continúa bebiendo de sus pequeños pero bonitos pechos y ella suelta un gemido tras otro. No quiero oír cómo él la hace jadear, así que me inclino y la beso con rabia. Naima acelera los movimientos en mi sexo, logrando que me ponga de lo más duro.

—Joder, estás tan buena...

Ése es Ian, y me violenta muchísimo que esté dedicando esas palabras a mi novia. Ella parece darse cuenta porque sus caricias se tornan más lentas. Les he dicho que no se besen, pero supongo que no puedo estar prohibiéndoles todo. Intento abrir la mente y concentrarme únicamente en las sensaciones que la mano de Naima me provoca en la polla.

En ese momento Ian la atrapa y le da la vuelta, colocándola a cuatro patas. Naima tiene que soltarme y se muestra confundida aunque, en cierto modo, puedo apreciar que está húmeda a través de la tela de su tanga. Él se lo rompe de un tirón. No puedo evitar preguntarme si han follado siempre así, de esa forma tan sucia. No la deja ni respirar. Observo en silencio cómo mi ex mejor amigo clava su enorme polla en el coño de mi novia. Ella da un grito de sorpresa y cierra los ojos. Aprecio que está disfrutando. Y yo... estoy dolorosamente empalmado. Me está poniendo a mil ver el vaivén de Ian tras el trasero de Naima y también el balanceo de sus pechos con cada sacudida.

—¡Joder! Esto es la leche... —jadea Ian, sujetando a Naima de las caderas. Le asesta un cachete en el trasero. Uno que parece haber sido fuerte y doloroso por la mueca de mi chica.

Y, a pesar de todo, no me da pena. Pienso que se merece sufrir. Me masturbo con violencia observando cómo follan ellos dos. Sin embargo, Naima ladea su cara hacia mí y me suplica con la mirada que me acerque. No me lo pienso ni un segundo. Estoy borracho y colocado, y quiero meter mi polla en su boquita. Mientras me la come con toda su experiencia (y, joder, es mucha, lo hace tan bien...) me dedico a mirar a Ian, que está enfrente de mí. Me dedica una sonrisa burlona que hace que me cabree, de manera que echo el cuerpo hacia delante, introduciéndole el pene aún más a Naima. Oigo una arcada, pero ella no se detiene.

—Eres una guarra, Naima, pero sé lo mucho que te gusta así... —Otra vez es Ian, y ya ni siquiera me molestan esas palabras. Incluso me gustaría decirselas yo a ella.

Otro cachete aterriza en una de sus sexis nalgas. Me da un suave mordisquito en el glande. Muevo las caderas hacia delante y hacia atrás, posando una mano en su cabeza. Puedo ver las lágrimas en sus ojos. Seguramente le duele, pero también está disfrutando muchísimo. Ian le coge un par de mechones de cabello y tira de ellos hacia atrás. Voy hacia delante para que mi polla no salga de su boca. Estoy a punto de correrme y no me quitará ese placer.

Es como si Ian y yo estuviéramos compitiendo para ver quién le saca un gemido mayor, para comprobar quién hace que su espalda se arquee más, para entender quién roza su corazón.

El mío explota con cada caricia que él regala a la mujer que amo. Pero, para mi total incomprensión, estoy tan excitado que me corro en la boca de Naima como nunca lo había hecho, y disfruto al contemplar el líquido escurriéndosele barbilla hacia abajo. Después soy yo quien se la folla sin contemplación alguna. Me coloco sobre ella y la penetro con violencia. A continuación la pongo encima de mí, la trato como si no fuera nada... Luego Ian se coloca detrás de ella y yo delante, y nos restregamos, la lamemos, la acariciamos, la mordemos. Conquistó su sexo mientras Ian intenta introducirle un par de dedos en el trasero. Naima

suelta un grito, se arquea, clava las uñas en mi hombro y me mira...

—¿Pedimos unas esposas y una fusta? —pregunta en ese momento Ian.

Lo miro sin entender. No espera la respuesta de ninguno de los dos. Sale de la habitación y nos deja allí. Regresa con tres objetos: una cuerda gruesa, una capucha con un orificio casi en el centro y un objeto que parece una pala. Para mi sorpresa, le coloca a Naima la capucha. De ella tan sólo se ven sus carnosos labios. Observo cómo le ata las manos a los barrotes de la cama, con unos nudos bien apretados que se clavan en su fina piel. Después me tiende la fusta y me la quedo mirando sin entender, aunque mi polla parece tener bien claro lo que significa.

—No hablamos de esto —murmuro con la cabeza dándome vueltas—. Así que no. —Intento devolvérsela, pero la rechaza.

—No me jodas. Ahora que hemos llegado hasta aquí, ¿vas a echarme atrás? —Ian esboza una tétrica sonrisa—. ¿No ves que ella lo desea? Quiere que se lo hagas tú.

Dirijo la mirada hacia el cuerpo desnudo de mi novia. Está temblando. Pero sé que no es de miedo, sino de expectación. Naima está excitada y deseosa de que participe en este despropósito. No quiero golpear a mi novia, ¿verdad? No podría soportar ver su piel enrojeciendo...

—O lo haces tú o lo hago yo. Conseguirás que se me baje, ¡joder! —interrumpe Ian en ese momento.

Lo miro de hito en hito. ¿Golpearla él? Niego con la cabeza, muy despacio. Agarro la fusta y la aprieto con fuerza hasta que los dedos se me ponen blancos. Ian sonríe... Naima se menea en la cama con las cuerdas clavadas en su piel y la boca entreabierta por la única rendija de la capucha. Y alzo la fusta... Oigo un grito, pero apenas veo nada. La golpeo unas cuantas veces en el vientre, los pechos, los muslos e incluso cerca de su sexo. Es Ian quien me detiene.

—¡Reserva un poco para después! —exclama riéndose.

Y de repente oigo algo que me pone la piel de gallina. Es Naima sollozando, pero enseguida suelta una carcajada. Está gozando porque su cuerpo le pide esto. Está consumiéndose en el dolor porque su alma se ha roto. Y yo soy el dueño de esos dos sentimientos, de los que (aunque no debería) me siento orgulloso.

—Héctor... —susurran sus labios rosados, húmedos por el placer.

La beso. Hay un sabor a arrepentimiento, a deseo, también a locura.

Me veo como por encima de tan borracho y colocado como estoy. Sí, puede que estemos locos.

Locos por esta mujer.

—Te quiero, Héctor...

—¡No!

Me incorporo con el corazón a punto de matarme. Me paso los dedos por la

frente sudorosa y compruebo que todo mi cuerpo está bañado. Dios... Esa horrible pesadilla... ¿Por qué, cuando estaba otra vez mejor, tiene que aparecer?

Vuelvo a tumbarme en el sofá con una ligera jaqueca. Me cubro los ojos con el brazo, a pesar de que todo está oscuro. No sé qué hora es, pero seguro que tarde. Todavía no ha regresado.

Melissa... ¿Dónde estás para salvarme de mis propios demonios?

L=LIBROS

Casi no me da tiempo a salir a la calle. Vomito en la acera lo que he tomado a mediodía, justo delante del guardia de seguridad que está mirándome con malas pulgas. De inmediato Ian se sitúa a mi lado y se dispone a ayudarme, pero hago aspavientos para que me deje en paz y se aleje. Me aprieto el estómago con la esperanza de que los espasmos se me pasen, pero sólo consigo que el vómito vuelva a aparecer. Me riego los zapatos sin poder evitarlo. Sollozo como una chiquilla asustada.

—Melissa, permite que te...

—¡Vete! —Mi propio grito me sorprende. Ni siquiera sé cómo he tenido voz para lanzarlo después de la vomitada.

Recojo el bolso, que se me ha caído al suelo, y empiezo a andar lo más rápido que puedo, aunque tengo claro que Ian me pisa los talones. Dios mío, lo que he visto en ese lugar cruza mi mente sin cesar. Y lo que me ha contado está trastornándome por completo. Ahora mismo no puedo hacer otra cosa más que odiar a este hombre que no sé qué pretende.

—¡Márchate, maldito mentiroso! —grito una vez más.

Estoy dando un espectáculo, pero por suerte este lugar está tan apartado que no hay nadie. No alcanzo a dar un paso más porque Ian me atrapa y hace que me vuelva con brusquedad. Me cruza los brazos delante del cuerpo formando una

barrera y me zarandea como si fuera una muñeca desmadejada.

—¿Adónde crees que vas?

—¡Lejos de ti! —le increpo. Me escuecen los ojos. Estoy a punto de ponerme a llorar como una histérica.

Estoy tan asustada. Tan dolida. Tan rabiosa. Tan aturdida... Creo que ahora mismo podría volverme loca después de lo que he visto ahí dentro. Esos hombres y esas mujeres tratando de buscar placer en otros cuerpos distintos del de la persona que aman. Ian me ha traído a un lugar que jamás pensé que existiría. «Dios, Me!, eres patética. A tu edad, ¿y todavía tan inocente? Como si nunca hubieras oído hablar de sitios como éste; de gente a la que le gustan los tríos, el intercambio de parejas, las orgías». En el fondo, ¿hay algo de malo en ello? Claro que no. Sólo que, según Ian, Héctor estuvo ahí. Llevó a Naima. Dejó que fuera tocada por los dos. Y la golpeó... Me sobreviene otra arcada.

—Te lo dije: las personas a veces no son lo que creemos —musita agarrándome todavía.

Forcejeo y, al fin, me suelta. Lo miro con rabia, con los dientes apretados y la respiración acelerada.

—Estás inventándote una historia horrible —le digo, incapaz de creer algo como esto. No, incapaz no. Lo único que sucede es que no quiero creerlo porque eso supondría derribar todo lo que he construido. Supondría aceptar que Héctor es otro hombre distinto al que conozco. Mi estómago suelta un gañido.

—¡Jamás me inventaría algo así! —ruge Ian de repente, asustándome. Me mira con furia, con desdén y con algo que no logro adivinar—. ¿Es que acaso no has visto cómo te escudriñaba esa mujer? ¡Ella es la dueña! ¡Se ha quedado extrañada al verte... por tu parecido con Naima! ¡Es la que nos abrió las puertas la primera vez que vinimos, la que compartió charlas regadas de alcohol con ella cuando decidió acudir aquí sola! —Su tono sube y sube hasta que me pitan los oídos.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Naima se sumió en un mundo diferente, uno en el que podía ser otra persona porque al final no se soportaba a sí misma. Primero lo hizo conmigo.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Ya lo viste en el vídeo. Me convirtió en una especie de amo.

—¿Qué quieres decir? —inquiero aturdida.

—Parece que no sabes mucho de este mundo. —Esboza una sonrisita—. A Naima le gustaba sentirse sometida. Con Héctor tenía el poder, pero no conmigo. Ella quería que yo le diera sexo sucio, duro, que la golpeará, que la insultara. No sabes cuánto le excitaba todo eso.

—Estás mintiendo otra vez.

—¡Por supuesto que no! Hay personas que disfrutaban con ello. Naima lo descubrió y quiso probarlo. No es tan extraño. Todo empezó con unas palmadas

en el trasero, con unos arañazos más fuertes que otros, con mordiscos. Luego la cosa subió de tono y me pidió que introdujéramos juguetes. Estuve informándome bien. Al fin y al cabo, no quería hacerle daño. Siempre hubo respeto entre nosotros.

—No parecía que fuera así en el vídeo...

—Estás muy equivocada. Naima lo hacía todo por voluntad propia, ella misma me lo pedía. Le gustaba que le provocara dolor. Después, cuando empezó a irsele la cabeza, lo probó con otros. Participó en orgías, en un sado mucho más oscuro. Yo fui perdiéndola también a medida que se le iba de las manos.

—Erais unos sádicos —le suelto, furiosa y mareada.

—A tu novio también le gustaba.

Me quedo paralizada. Niego con la cabeza, a punto de echarme a llorar.

—¡Deja de mentir de una puta vez! —le grito.

Su mirada cambia y se torna rabiosa.

—¡Él la destrozó! ¡Hizo que se sintiera perdida, que tuviera ganas de quitarse la puta vida día sí y día también! ¡Él provocó que necesitara buscarse en otros hombres! —La saliva de Ian aterriza en mi cara, dejándome sorprendida y sin poder moverme del sitio—. La alejó de él, pero también de mí. Y de ella. Es lo que se propuso hacer desde que Naima le contó que nos amaba a ambos: convertirla en una cáscara vacía.

—No, no... —Niego con la cabeza una y otra vez. Ése no es Héctor. Él jamás haría algo así. Naima hizo lo que hizo porque le apetecía, punto. ¿Cómo iba a llevarla él a esa situación?

—La rompió por completo, la convirtió en una sombra. —El rostro de Ian se va acercando al mío peligrosamente y yo, sin embargo, continúo sin poder moverme—. Necesitaba que alguien le hiciera recuperar la sonrisa y yo estaba ahí, su mejor amigo de siempre, el que estaba enamorado de ella como un bobo. ¡Héctor sólo le amargó la vida por sus putas locuras! —De nuevo está gritándome.

—¡No son locuras! —Logro reaccionar, encarándome a él. Nosotros sí que parecemos dos dementes gritándonos en plena calle—. ¡Héctor está enfermo!

—¿Enfermo? —Se echa a reír, y ese sonido me trastoca—. Puede que lo esté, pero ¡no tenía ningún derecho a hacer que ella enfermara también! Naima estaba llena de vida, y él se la fue quitando poco a poco. Se apagó porque él no luchaba por salir de lo que fuera que tuviera, porque le gustaba regocijarse en su oscuridad, lamerse las heridas, hacer que todo el mundo lo siguiera y se sintiera como él. Es lo que le gusta, ¿lo entiendes? ¿Es que no lo sabes ya?

—¡Eso no es cierto! —Me duele la garganta de haber vomitado y de estar gritando ahora. Noto algo caliente en las mejillas y comprendo que son mis lágrimas. Para mi sorpresa, Ian me las limpia, colocando ambas manos en mi cara.

—Intentamos ayudarlo, ¿sabes? Todos, todos lo hicimos. Y él nos echaba de sus vidas. Naima no sabía qué hacer, se sentía atrapada. ¿Cómo no iba a volverse loca también?

—Basta... —murmuro tratando de negar con la cabeza.

Él me lo impide. Me aprieta las mejillas y acerca su rostro al mío tanto que por unos segundos creo que va a besarme.

—Y tú imagino que también estarás intentándolo. Pero dime, ¿qué es lo que ha hecho él? Sé sincera, por favor. Alguna vez te ha echado de su vida, ¿no? Te ha dejado fuera de lo que coño le pase, ¿verdad? ¿Y le ha importado cómo te sentías tú?

Sollozo con fuerza, agachando la cabeza y dejando que el cabello me cubra el rostro. No quiero que me vea tan derrotada, aunque no hay manera de que pueda escapar de él. Recuerdo aquella horrible época, mis intentos para que Héctor se sintiera bien y no deseara esas pastillas. Rememoro la mañana en que me echó de su piso y, con ello, de su vida. Los meses posteriores en los que creí morir. Y me siento morir también al pensar que, quizá, eso podría volver a suceder. ¿Estoy dispuesta a vivirlo de nuevo? ¿Hasta dónde alcanzan mis límites?

—Mírame, por favor. —Ian ha bajado la voz a un susurro. Me alza la barbilla y, al final, nuestros ojos entran en contacto. Advierto en su mirada comprensión, preocupación y dolor—. Sólo quiero que no te pase eso otra vez.

¿Otra vez? ¿Es que acaso él sabe que Héctor y yo...?

—¡Yo no soy ella! —chillo aferrándome a sus brazos, clavándole las uñas a través de la ropa—. ¡Estás tratando de exorcizar tus propios pecados a través de mí! O de vengarte, seguramente, tanto de él como de ella. Lo único que quieres es separarnos... —Otro sollozo.

—¡No! —Ha perdido la compostura por completo. Me coge de los hombros, me zarandea y yo sólo tartamudeo, suelto un gemido tras otro y lloriqueo—. ¡Lo único que quiero es protegerte! Cuando te veo a ti pienso en ella. No puedo evitarlo, ¿qué quieres que haga?

—Odiás a Héctor por lo que sucedió, pero lo que deberías entender es que yo lo amo y que nada de lo que me digas cambiará eso —le espeto entre dientes, tratando de que mi voz sea segura, aunque es totalmente imposible porque yo misma tiemblo como la luna en el río.

—Claro que lo odio. Pero eso no significa que no sea consciente de lo que puede sucederte.

—¿Y qué coño crees que va a sucederme, eh? —Estoy gritando otra vez, y él tan sólo me mira con enfado, con las aletas de la nariz moviéndose de forma desenfadada. Sé que está conteniéndose para no insultarme o algo peor.

—Te marchitarás. Te darás cuenta demasiado tarde, por eso estoy avisándote. —Sus ojos me provocan inquietud y, al mismo tiempo, siento una gran lástima por él y no entiendo los motivos.

—Ahora mismo no sé qué pensar de todo esto... Yo... —Me llevo las manos a la cabeza para procurarme algo de tranquilidad, pero es imposible.

Para mi sorpresa, me estrecha entre sus brazos con fuerza. Me mantengo rígida hasta que no puedo más y relajo cada uno de mis músculos. Lo nota, y el abrazo se torna más cálido. Soy consciente de su aroma un tanto salvaje, del palpitar desenfadado de su corazón, de su respiración agitada, de la forma en la que apoya su mano en mi cabeza, un tanto posesiva.

—Es difícil de entender, lo sé. Las personas a veces actuamos de manera imprevisible. —Oigo un eco en su pecho mientras habla—. Nos equivocamos los tres. Hicimos cosas horribles, ¿verdad? Bueno, al menos lo eran porque ambos queríamos a Naima para nosotros y nadie más, y no nos atrevimos a luchar por ella lo suficiente.

Quiero decirle que eso no es cierto, que quizá él no lo hizo pero Héctor sí y que precisamente por eso accedió a esa situación repugnante y dolorosa. Incluso lo fue para Naima. Me pregunto si tan sólo Ian disfrutó. Debido a esos pensamientos se me revuelve otra vez el estómago, así que apoyo los puños en su pecho y lo empujo para apartarlo.

—Esto se acabó —murmuro con la cabeza gacha.

—¿Perdona?

—No quiero volver a verte en mi vida. No me mandes correos. No te cruces en mi camino.

Suelta una carcajada incrédula. Cuando alzo la cara atisbo cabreo en sus ojos entornados.

—¿Cómo puedes estar tan ciega después de todo? ¿Cómo puedes tratarme de esta forma tan desconsiderada después de lo que estoy haciendo por ti? —Me habla como si nos conociéramos de toda la vida, como si hubiéramos sido amigos, pareja, amantes, qué sé yo. ¿Es que acaso piensa que soy ella cuando habla conmigo?

—¿Y qué cojones es lo que estás haciendo por mí, eh? ¿Intentar destruir, de nuevo, una relación?

Sus manos se cierran en puños temblorosos. Trago saliva, consciente de que quizá debería marcharme de una vez.

—¡Te estoy iluminando, joder! Te he traído al lugar en el que todo empezó porque me pediste pruebas. ¡Has sido tú quien ha querido remover el pasado!

—Lo reconozco. Y me he equivocado —murmuro.

—No siempre es bonito lo que uno se encuentra, ¿sabes? —Noto cierto resentimiento en su tono—. En ocasiones el pasado sólo trae sombras.

—Lo siento, Ian. Puede que... estés haciendo esto por mi bien. No lo sé, no te conozco de nada. Héctor jamás me habló de ti.

—¿Acaso lo ha hecho de algo? —Se mofa, cruzándose de brazos—. De ser así, no estarías aquí.

—Sólo sé que ahora estoy con él y quiero ser feliz.

—¿De verdad crees que puedes serlo?

Nuestras miradas se encuentran. Me estremezco porque está observándome de una forma que me hace sentir desnuda. Tanto física como mentalmente. Me rasco la frente, nerviosa, asqueada, deseosa de marcharme... ¿Adónde? ¿Por qué ahora mismo no quiero ir a casa?

—Lamento mucho lo que ocurriera entre vosotros, pero es cosa vuestra. Sois vosotros los que deberíais solucionar aquello que os esté carcomiendo...

—Lo único que me carcome de verdad es la muerte de Naima, y no podemos hacer nada al respecto. —Su mandíbula se tensa.

—Me voy, Ian. Y tú también, para siempre. Nuestros encuentros han sido un error. También lo loca que me he puesto con todo esto, con querer saber... —Alzo los brazos mirando a un lado y a otro, sin encontrar las palabras adecuadas para explicarme—. Siempre he sido así... Intento rascar hondo, y no es algo bueno.

Ian está muy tieso, demasiado callado. Necesito que diga o haga algo, que me asegure que se alejará de mí. De Héctor. De los dos.

Por fin me aparto de este hombre que se ha colado en mi vida sin ningún derecho. Camino, doy un paso, otro, un tanto aturrida pero impaciente por doblar la esquina para buscar un taxi que me aleje de ese desagradable lugar. No, en realidad lo que quiero es que me lleve lejos de los recuerdos de Ian, de su historia, de la de Héctor. Estoy a punto de lograr mi cometido cuando oigo su voz muy cerca de mí.

—¿Vas a dejarme así?

Contengo la respiración, vuelvo apenas el rostro y lo encuentro caminando casi a mi lado. Aprieto el paso. Él también. Acelero. Él lo mismo. Empiezo a asustarme, a sentir que este hombre no es de confianza.

—¿Qué quieres?

Se queda callado, mostrándome su sonrisa hueca. Casi estoy corriendo, pero él también. Atisbo un taxi a lo lejos. No me verá, por mucho que alce el brazo. Ian trata de detenerme, a lo que respondo forcejeando.

—¿Qué coño quieres de mí, eh? —grito.

—Un trato.

Me detengo de golpe, con los ojos muy abiertos. Él también, y su sonrisa se ladea.

—¿Un trato...?

—Te he dado todo lo que deseabas... Ahora te toca agradecermelo, ¿no?

—Has hecho esto porque querías. No te debo nada —susurro con rabia.

—Una noche.

—¡¿Qué?! —Parpadeo sin comprender.

—Dame una noche —repite muy serio, casi como un robot.

—No entiendo qué...

—Te quiero una noche entre mis brazos.

El mundo se paraliza a mi alrededor. Primero abro mucho los ojos, luego me echo a reír como una loca. Ian mantiene su gesto imperturbable, y yo río hasta que me doy cuenta de que esto no forma parte de ese humor negro suyo. El gesto se me muda en uno de asco. Lo miro de arriba abajo, y su proposición indecente me produce repugnancia.

—¿Acaso piensas que soy una prostituta?

—Eres una mujer que me recuerda a la que amé con toda mi alma. —Y esta vez ya no parece un autómatas, sino que sus ojos se tornan oscuros, manchados de un infinito dolor.

—En serio, esto es de locos... —Me revuelvo el pelo, sin saber qué hacer o decir. La vocecilla de mi cabeza está chillándome que eche a correr.

—No pude despedirme de ella. —Para mi sorpresa, sus ojos empiezan a brillar y, unos segundos después, un par de gruesas lágrimas se deslizan por sus pómulos—. ¡No pude abrazarla por última vez! —Su voz está bañada de tormento—. Lo necesito. No sé, yo... Lo he meditado, no creas que no. —Trata de reponerse, pero le cuesta, está nervioso, perdido; como yo—. Sé que lo que te pido es algo increíble, pero créeme que no lo haría si supiera que soy capaz de continuar viviendo.

—No puedo hacer eso. Ni siquiera alcanzo a entender que estés pidiéndomelo —murmuro.

—Lo siento... Yo... la amaba tanto...

Me sorprende tanto verlo llorar con ese sentimiento que, por un breve instante, me da pena. Siento ganas de abrazarlo, de acariciar su pelo, de calmarlo y decirle que todo irá bien. Sin embargo, la voz de alerta me insinúa que son lágrimas de cocodrilo, que tan sólo está mintiendo, que busca una venganza y no sabe cómo conseguirla, que la única forma de hacer daño a Héctor es a través de mí.

—Necesitas ayuda —le digo en voz baja—. Deberías ir a...

Todo sucede muy rápido. Su mano se cierra en torno a mi muñeca y sus uñas, aunque cortas, se clavan en mi piel. Cuando quiero darme cuenta me la está retorciendo.

—¿Insinúas que estoy loco, querida? —Y ahí está de nuevo esa sonrisa que asustaría a cualquiera que tuviera un mínimo de inteligencia. Yo, desde luego, he actuado como una imprudente, y me arrepiento.

—Sólo digo que necesitas ayuda para aliviar tu dolor —respondo simulando que estoy tranquila. Creo que es mejor no provocarlo. No sé de lo que es capaz.

—Y ahí entras tú, ¿lo ves? —Parpadea de manera infantil sin borrar la sonrisa.

—Suéltame. Me haces daño. —Forcejeo otra vez, y lo único que consigo es

que me apriete con más fuerza—. Gritaré. Haré que venga la policía —le advierto, luchando para contener las lágrimas. Su mirada me hace pensar que le importa una mierda que alguien se entere de esto, que continuaría haciéndolo de todas formas.

Al fin me suelta. Suspiro con alivio y me froto la muñeca dolorida.

—Piénsalo, Melissa... —De nuevo esa mirada triste que no sé cuánto tiene de real. Y de repente, vuelve a parecer el mismo hombre sereno, el imperturbable.

Nos quedamos en silencio, observándonos el uno al otro. Y entonces echo a correr sin saber adónde voy, derramando todas las lágrimas que he retenido. Al final mis pies me llevan al piso de Dania, que me rodea con sus brazos y guarda silencio mientras descargo toda la incertidumbre, el miedo y la incompreensión que llevo dentro.

LE=LIBROS

Dania fue la que avisó a Héctor de que me quedaba a dormir en su casa. Yo tenía un par de llamadas suyas, a las que no me atreví a responder. Él le preguntó qué sucedía, que por qué no lo llamaba yo, y a Dania no se le ocurrió otra cosa que decirle que había cogido un pedo.

—Ese hombre te ha hecho daño —murmuró entre dientes cuando me acompañó al cuarto de invitados y me ayudó a acostarme. No lo preguntó. Lo dio por hecho.

—No me ha tocado, si es lo que piensas.

—¿Por qué fuiste? ¡Te avisé! ¡Te dije que no era de fiar! Muy guapo, elegante, todo lo que quieras. Pero ¿te fijaste en sus ojos? ¡Provocan escalofríos!

Alcé una mano para que se callara. Los martillazos en la cabeza estaban matándome. Para colmo, Diego dormía en el sofá, y no quería que despertara por mi culpa y me viera en semejante estado.

—¿Qué es lo que ha pasado, Mel? —preguntó mi amiga otra vez, sentándose en el borde de la cama, a mi lado—. Por favor, si te ha hecho algo, dímelo. Lo denunciaremos. Estaré contigo.

Ladeé la cara y la apoyé en la almohada, mojóndome con mis propias lágrimas. Tenía un nudo en la garganta que me hacía imposible soltar una sola palabra.

—No ha sido eso.

—¿Entonces...? ¡Mírate! Estás fatal.

—Me ha contado cosas horribles —susurré.

—¿Y tú lo crees? ¿Qué es lo que te ha contado? —quiso saber mi amiga, inclinándose hacia delante.

—No puedo, Dania. Ahora mismo soy incapaz de hablar de ello.

Me avergonzaba demasiado tener que contar lo que Ian me había explicado sobre Héctor. Yo... no lo creía, ¿no? Entonces ¿por qué sentía ese retraimiento?

Ella se quedó callada durante un buen rato, seguramente sopesando para sus adentros si era buena o mala idea insistir. Optó por lo segundo, ya que soltó un profundo suspiro, palmeó la sábana y me dijo:

—Sabes que estoy aquí, ¿no?

Asentí con la cabeza de forma imperceptible. Me dolía tanto el cuerpo, estaba tan aturdida y cansada que empezaba a amodorrarme.

—Cuando quieras me lo cuentas. Por favor. Sólo deseo ayudarte. —Depositó un beso en mi frente—. Diego y yo estaremos en la habitación de al lado, ¿vale? Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Nada más apagar la luz y marcharse, el corazón me dio un vuelco. Las sombras en la pared y en el techo se me antojaron demasiado fantasmagóricas. Pensé en todo lo vivido esa noche, en cada una de las palabras que había oído. Recordé la mirada de Ian, su llanto, su ira, su horrible petición.

¿Dónde me había metido?

No me sentía con fuerzas de regresar a casa. Temía mirar a los ojos de Héctor y no reconocerlo en ellos ni reconocirme a mí. Sin embargo, echaba de menos su aroma en la almohada y el peso de su brazo rodeándome la cintura.

Soñé con Naima. Y con Héctor. Soñé conmigo misma. Por mucho que Dania dijese lo contrario, en ocasiones es imposible dejar a los muertos en paz porque ellos mismos no lo están y se cuelan dentro de nosotros.

Por la mañana me fui de puntillas del piso de Dania como una vulgar ladrona. Dejé una notita a mi amiga en la mesa de la cocina, asegurándole que estaba bien y que no se preocupara. Al llegar a casa me encontré a Héctor dormido en el sofá, boca abajo y con un brazo colgando fuera. Me quedé allí plantada durante un buen rato, observando su sueño, estudiando los gestos de su rostro, gestos inquietos que me decían que estaba teniendo una pesadilla. Al final se despertó y le costó enfocar la mirada unos segundos. Cuando comprendió que era yo y la que estaba allí de pie, se incorporó del sofá de golpe y corrió a mí. Me abrazó de forma intensa, desesperada. Me acarició el rostro con sus dedos suaves y me inundó con su mirada.

—¿Estás bien?

—Sí... —atiné a responder, un tanto desconcertada. La verdad era que había dormido mal y que todo me daba vueltas.

—Creo que todavía vas un poco borrachita —dijo con una sonrisa. Sentí un poco de odio. ¿Por qué me lo estaba poniendo tan difícil? ¿Por qué no estaba enfadado? Creí que cuando llegase me gritaría, que se enfadaría o que sé yo.

Caí en la cuenta de que pensaba en otro Héctor, en uno que mi mente estaba inventando por culpa de Ian, por culpa de antiguos recuerdos. El Héctor que tenía delante, no obstante, era el hombre cariñoso y atento que había aparecido tras nuestra separación. Era éste el auténtico, ¿no?

Me llevó a la cama. Era aún demasiado temprano. Me acurruqué contra su cuerpo y aspiré su olor, pero, a pesar de todo, la inquietud no se marchó.

LE LIBROS

Desde entonces los días son como un eco lejano. Me siento irreal, como si no existiera o lo hiciera en otro plano, como si mis pasos, mi voz y mis gestos estuvieran fabricados de sueños. La verdad es que duermo poco y, la mayoría de las veces, las pesadillas me acosan.

Héctor trabaja. Yo me quedo en casa fingiendo que escribo, pero lo que realmente hago es permanecer tumbada en la cama sin esperar nada, sin querer hacer nada, sin entender nada. Miro a Héctor, hablo con él, fuerzo sonrisas. Lo quiero, y sé que soy yo quien ha cambiado y que, de algún modo, tengo que poner fin a esto. Deseo estar con él y tengo claro que me ama, pero a veces se me ocurre pensar que quizá sólo se debe a que necesita alguien a su lado.

Salimos el día de San José dispuestos a ver la *cremà*. Nos acompañan todos, incluso Ana y Félix, aunque se marchan antes de que se quemé la falla del Pilar porque mi hermana está agotada. Le queda tan poco para que nazca el bebé... Y, sin embargo, mi cabeza no puede pensar en eso. En realidad la noto vacía, como si me hubieran extraído todos los pensamientos y las ideas que tenía en ella.

Dania no deja de lanzarme miraditas, y en respuesta agacho la cabeza y aprieto la mano de Héctor. Todavía es la suya. Aún puedo reconocer su tacto. Conseguiré olvidar lo que oí, tengo que hacerlo. Al fin y al cabo, Ian no me llama. No me envía mensajes ni me escribe correos. Me esperanzo pensando

que todo ha terminado, que simplemente fui el juego de un hombre rico que lo tiene todo y se aburre. Me invento yo solita mil historias para sentirme mejor: Ian lo ideó todo, no hay nada de verdad en sus cuentos, trucó la foto, ni siquiera conoce a Héctor. No obstante, cuando consigo razonar, la presión en el pecho no disminuye.

LE LIBROS

Doy un respingo en la cama. Al abrir los ojos y darme la vuelta, descubro que Héctor está apoyado en la cama acariciándome el costado por encima de las sábanas.

—¿Te he asustado? —me pregunta con su cálida voz.

—No, tranquilo. —Pero sí lo ha hecho porque estaba soñando... ¿Con qué? Ni siquiera lo recuerdo.

—¿Qué haces durmiendo todavía?

—¿Qué hora es?

—Más de las siete.

—Sólo quería echar una siesta. Me cuesta dormir por la noche.

Hago amago de incorporarme, pero Héctor me empuja contra el colchón y aprisiona mis labios con los suyos.

Le devuelvo el beso. Me doy cuenta, con júbilo, de que mi cuerpo y mi piel responden a su llamada. Paso las manos por su fuerte espalda y se la acaricio al tiempo que sus manos se pierden por debajo de la sábana.

—¿Dónde está tu pantalón? —pregunta risueño. Sus dedos me rozan suavemente la parte interna del muslo.

—Tenía calor —murmuro en su boca.

Me separa las piernas y se coloca entre ellas. Su polla dura choca contra mi sexo, arrancándome un suspiro ahogado.

—Hace días que no nos acostamos —jadea, llenándome el pelo de besos y el rostro de caricias—. Me cuesta no lanzarme sobre ti, porque te deseo cada día, cada momento.

—Y yo.

Cierro los ojos y me dejo llevar. No he pensado en sexo últimamente, pero ahora que Héctor respira sobre mi boca, ahora que su expectante miembro se frota contra mis húmedas braguitas, ahora que su lengua explora en mí, reparo en que yo también lo he echado de menos.

Su respiración se acelera y, sin más, me baja las bragas y me deja desnuda de cintura para abajo. Se levanta de la cama y empieza a quitarse la ropa. El cinturón cae al suelo, después el pantalón. Me observa con su oscurecida mirada.

—Eres preciosa, Melissa. Me encanta cómo se te sonrojan las mejillas cuando estás excitada. En realidad, me pone muy cachondo —me susurra una vez colocado sobre mí de nuevo. Suelto una risita.

Con un movimiento de cadera su sexo busca el mío. Lo encuentra de inmediato, y levanto las piernas y apoyo los talones en sus caderas. El gemido que sale de su garganta al entrar en mí me excita.

—Dios, me encanta sentir tu calor rodeándome —jadea en mi cuello.

Le clavo las uñas en la espalda y me penetra con más violencia. Gruñe, hundiendo la nariz en mi cabello. Sus manos rodean mis pechos y los estruja. Le pido más, le ruego que me folle como sólo él sabe. Apoya las manos a cada lado de mi cabeza y toma impulso para adentrarse más en mí. Sus ojos oscurecidos están bañados por el placer. Cruzo las manos en su nuca y lo atraigo para besarlo.

Y entonces, antes de que sus labios toquen los míos, sus ojos se me antojan los de Ian. Y sus labios —su sonrisa— me parecen los de él. Mi mente se llena de imágenes tórridas y desagradables cuyos protagonistas son ellos tres: Naima, Ian, Héctor. Imágenes que me repugnan y, al tiempo, me excitan. Me asusto tanto que el vientre se me contrae y las extremidades se me ponen rígidas. Ruego en silencio para que no se dé cuenta y prosiga. Al fin consigo recomponerme y de nuevo el placer se instala en mi cuerpo. Suelto un gemido cuando su pene se clava con fuerza en mi interior.

—Quiero saborearte un poco... —dice de repente.

Un segundo después se ha deslizado por mi cuerpo y está separando mis labios para introducirse en ellos. Los lame con precisión, con una experiencia que me resulta inaudita. Arqueo la espalda, sorprendida de ser capaz de abandonar mis inquietudes y gozar del placer que me da. Apoyo una mano en su pelo revuelto y se lo acaricio, lo enrolló entre mis dedos y tiro de él.

—Me perdería entre tus piernas todas las noches de mi vida —jadea alzando la cabeza y mirándome con los labios brillantes por mis flujos. Le sonrío.

Cuando se pone a la tarea de nuevo todo mi cuerpo se contrae. Me masturba con dos dedos mientras que con la lengua y con los dientes juguetea con mi clitoris, que cada vez está más hinchado. Gimo, me retuerzo, arqueo la espalda y tiro aún más de su cabello. No me da tregua. Con la otra mano estruja uno de mis pechos, y me siento tan *sexy* viéndome totalmente desnuda y abierta de piernas

ante él que el cuerpo empieza a temblarme y, segundos después, estoy terminando en su boca.

Pero entonces otra vez viene a mi mente todo lo que Ian me ha contado, las prácticas que realizaba con Naima y su insinuación de que Héctor también lo hizo. Mi cabeza se vuelve loca y piensa que quizá le gustaría practicar un sexo más osado, parecido a lo que hiciera tiempo atrás.

—Héctor... —susurro, un poco nerviosa.

—¿Sí? —Se me queda mirando con una sonrisa.

—¿Quieres que juguemos?

—Claro que sí.

Intento tragar saliva, pero lo cierto es que tengo la boca muy seca. Si le propongo lo que estoy pensando, tal vez pueda averiguar qué es lo que ocurrió de verdad... No lo pienso mucho más.

—Podríamos jugar en otro lugar —le sugiero.

—¿Qué quieres decir? —Parpadea.

—Ir a un club, comprar juguetes...

—Ya tenemos a *Ducky*.

—Me refiero a otro tipo de juguetes...

—¿Qué? No te entiendo.

—¿Te gustaría que nos miraran mientras lo hacemos?

—¿A qué viene esto, Melissa?

—Mucha gente lo hace, ¿no?

—¿Y por qué tenemos que hacerlo nosotros?

—No sé, quizá nos gustara. —No reconozco mi propia voz. ¿De verdad estoy comportándome de esa forma?

Para mi sorpresa Héctor se aparta y se levanta de la cama. Segundos después se está poniendo el pantalón. Descubro algo diferente en sus ojos.

—¿Héctor?

Se sienta en la cama y se pasa una mano por el cabello. Me fijo en que su mirada está perdida. ¿Acaso piensa en su pasado? ¿En lo que hacía con Naima? ¿Así que era real? Hay algo que me tiembla muy adentro. No debería haberme comportado así. ¿Qué es lo que pretendo?

—¿Qué te pasa, Melissa? —En su tono hay demasiada preocupación, y me siento culpable.

Ladeo la cabeza y lo empujo con suavidad para colocarme de lado.

—¿Estás bien? ¿Por qué me has dicho eso?

—Sólo quería probar cosas nuevas. Muchas parejas lo hacen —me excuso.

—¿Es que no tienes bastante con nuestro sexo? Porque a mí me parece el más maravilloso del mundo —me dice con los ojos oscurecidos.

—Claro que sí, pero... No sé, Héctor. Lo siento, y sólo...

—Además, te he notado rara un par de veces más. Estás distraída, Melissa, y

seria. ¿Va todo bien?

—Estoy estresada —miento.

—¿Qué? No lo entiendo. —Calla durante unos segundos y luego pregunta—: ¿Es por lo de la boda?

—Sí —me apresuro a contestar, aunque ni siquiera he pensado en ella últimamente. No me doy la vuelta porque no quiero que vea mi cara de mentirosa—. Me preocupa que no salga bien.

—Melissa... —Me acaricia el pelo, y me tenso aún más. « Por el amor de Dios, no puedes seguir así. Tú lo amas. ¿Por qué dejas que las historias de un desconocido te afecten? » .

—¿Qué?

—Saldrá bien. Yo haré que todo sea perfecto, que sea el mejor día de tu vida. Y luego vendrán muchos más.

Nos quedamos en silencio un rato. Su corazón palpita en mi espalda, y me provoca más y más culpabilidad y tensión. Deseo que se abra a mí, deseo saber, deseo que sea sincero conmigo. Antes de que mi cabeza pueda controlar mi boca, me he vuelto hacia él y estoy mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sentiste al descubrir que ella no era como tú creías?

Le he lanzado la pregunta sin pensar en las consecuencias.

Héctor abre los ojos de par en par. Su nuez tiembla al comprender a qué me refiero. Lo reto con la mirada y, aunque me la sostiene, soy consciente de que se ha molestado y reparo en que se ha puesto nervioso.

—¿Cómo te sentiste al saber que no era la mujer que esperabas? ¿Al descubrir todos sus secretos? —continúo, presionándolo.

Separa los labios, dispuesto a decir algo. O va a gritarme, y esto se acabará aquí, o me lo contará. No hay más. Sus pupilas se dilatan y contengo la respiración.

El teléfono lo salva. Esa melodía molesta le dibuja una expresión de alivio. Sé que está dudando si cogerlo o no, pero me rindo y le hago un gesto. Se levanta y sale de la habitación con el móvil pegado a la oreja. Lo oigo hablar, pero me da igual. Cuando regrese sé que ya no estará dispuesto a hablar. Me lo confirma su sonrisa unos minutos después, al aparecer por la puerta.

—Abel Ruiz quiere participar en el número de verano. Ha hablado con mi jefe y éste lo ha convencido. —Atisbo la alegría en su voz y trato de sonreír también, aunque siento cierto enfado al saber que eso le interesa más que yo—. Cenamos pasado mañana con ellos. —Me coge de la barbilla y me mira profundamente—. Te vendrá bien despejarte.

Asiento con la cabeza. Tengo un nudo aprisionándome la garganta. Acostados el uno al lado del otro nos mantenemos en silencio. Creo que ha pasado más de una hora cuando Héctor susurra:

—Sentí que yo era el culpable de todo, Melissa. —El estómago se me cierra, pero el corazón me palpita emocionado al oír esas palabras. Está respondiendo a mis preguntas—. Aún hoy no sé si es mejor sacar los secretos a la luz o guardarlos a buen recaudo.

Me obliga a darme la vuelta para enfrentar nuestras miradas.

—Sé lo que te ocurre. Aarón me contó que no confiabas del todo en mí —dice muy serio. ¡Maldito Aarón! ¿No me aseguró que se quedaría calladito? ¡Yo no he contado lo suyo!—. Tengo claro que necesitas saber. Pero yo... Estoy un poco asustado, Melissa. Me habría gustado hacer las cosas de otra manera, pero no supe. Por eso estoy tratando de hacerlo bien contigo. —Calla unos segundos; está pensativo mientras se acaricia el labio inferior—. Te prometo que te lo contaré. —Me sujeta de las mejillas—. Antes de la boda lo haré. Quiero que decidas casarte sabiéndolo todo de mí. —Sus ojos se entornan—. ¿Puedes esperar un poco más? Quizá esté pidiéndote demasiado porque ya te defraudé... Yo... necesito tiempo. No mucho. Hablar con mi psiquiatra. Encontrar las palabras adecuadas...

Asiento con la cabeza antes de que pueda continuar. Si necesita tiempo, se lo daré. Mientras me cuente todo sobre él, no me importa cuándo lo haga. Éste es un paso mucho mayor de lo que esperaba. Puedo entenderlo. A veces es muy complicado abrirse, incluso a la persona que amamos. Incluso más a ella.

Me abrazo con fuerza a su cuerpo, demostrándole que no me importa nada más que nuestro amor.

Pero no sé si es cierto del todo. No sé cómo me sentiré o cómo actuaré si me confirma todo lo que Ian me reveló.

¿Podré amar a Héctor a pesar de su otra cara?

¿Quizá sería mejor, como ha dicho él, dejar los secretos enterrados?

LE LIBROS

La cena con Abel Ruiz y Sara, su esposa, es mucho más amena y sencilla de lo que esperaba. En contra de mis expectativas, me lo estoy pasando bien. Sara es una mujer magnífica y él... Bueno, ¿qué decir de él? Es guapísimo. Si Dania lo viera se le caerían las bragas, como suele decir cuando ve un buenorro.

Héctor no deja de enlazar su mano con la mía mientras charlamos con ellos. Es una cena de lo más agradable, entre dos parejas auténticamente enamoradas y, por primera vez en bastante tiempo, me siento relajada. Creo que hemos dado otro paso más en la relación.

Y es que desde la charla del otro día Héctor parece que ha decidido demostrarme que de verdad está dispuesto a hablarme sobre Naima y él. No puedo estar más satisfecha, aunque avance en esto poquito a poco. Puede que sea mejor así. Ayer trajo unas fotos que me sorprendieron. Me dijo que las tenía guardadas en casa de sus padres. En ellas aparecían Naima y él algo más jóvenes. Eran las típicas instantáneas que uno se hace durante las vacaciones; o haciendo tonterías, o simplemente porque le apetece. En ninguna de ellas estaba Ian, por supuesto. Cuando Héctor esté preparado me contará quién es y me hablará de lo que ocurrió entre ellos.

Primero me relató anécdotas de su amistad con Naima, de su noviazgo después. Me dijo lo que a ella le gustaba y lo que detestaba. Me explicó dónde

pasaban las vacaciones y algunas de las discusiones que tuvieron por cosas tontas. Sé que fue difícil para él. Reparé en lo mucho que le dolía contarme aquello; sin embargo, a pesar de todo, lo hizo. Y me sentí un poco más tranquila. No tuve celos. Ni por un momento llegué a pensar que a ella la amaba más que a mí o que todavía la echaba de menos. Por supuesto que lo hace. No importa lo que sucediera. Con ella compartió muchas cosas, así que lo entiendo. Y, en cierto modo, sentí que me acercaba más a Naima, que casi podía verla frente a mí, de carne y hueso, y no de humo y sombra como en mis sueños.

—Podríamos ir allí, ¿eh, cielo?

Parpadeo confundida; no sé qué responder a la pregunta que Héctor está haciéndome. Abel y Sara me observan con una sonrisa.

—¿Perdona? Es que estaba pensando en otra cosa...

—Que podríamos acercarnos al Dreams a tomar algo —repite.

—Hemos querido ir muchas veces, pero la verdad es que nunca encontramos tiempo —dice Abel.

—Os va a encantar. —Héctor sonríe y después me mira en espera de mi aceptación.

Asiento con la cabeza, entusiasmada con la idea. La verdad es que me apetece ver a Aarón, charlar, averiguar cómo va todo lo del local y saber cómo se encuentra. Debería preocuparme más por él.

Hace una noche estupenda cuando salimos del restaurante. Sara y yo caminamos un par de pasos por delante de ellos y hablamos sobre nuestros estudios, de las aficiones que tenemos y de su preciosa hija, a la que he visto en una foto.

—¿Héctor y tú pensáis tener hijos? —me pregunta con su franca sonrisa y sus ojos grises.

Viniendo de cualquier otra persona me habría jodido una intromisión así, pero Sara es tan inocente y buena que no puedo más que contestar con sinceridad.

—Supongo que sí. Pero será después de la boda.

—Yo me casé con un panzón enorme. —Se echa a reír, y es tan cálido ese sonido que me lo contagia.

Ambas nos volvemos y lanzamos una mirada cariñosa a nuestros hombres, que charlan muy emocionados a saber de qué.

—Es estupendo —le digo.

—También lo es Héctor.

—Él también tiene una enfermedad —susurro porque no quiero que me oiga. Me siento tan bien con Sara que me apetece hablar de todo con ella. No me pregunta qué le pasa, tan sólo esboza una sonrisa comprensiva.

—Es duro, pero al mismo tiempo te hace más fuerte. Tuve miedo, muchas veces, pero también supe desde el primer momento que iba a quedarme con él. A pesar de que al principio me lo ocultó todo... —Se queda callada unos

segundos, con la vista clavada en el suelo mientras continuamos caminando—. Se avergonzaba de su enfermedad. Bueno, no sólo de eso. ¡Es que son tantas historias...! —Otra vez su risa iluminando la noche—. Tenía pánico a que lo dejara o qué sé yo, a que no fuera capaz de entender muchas cosas que hizo. Creo que todos tenemos derecho a que nos amen porque todos nos equivocamos alguna vez. Y si una persona ha hecho algo malo pero ahora es capaz de verlo y de querer enmendar esos errores, y si encima lo hace porque se ha enamorado y desea ser una persona mejor... entonces se gana aún más nuestro amor y nuestra admiración. No todos cambian, ¿sabes? Por eso quien lo hace merece otra oportunidad.

Sus palabras me dejan sin aliento. Me siento muy identificada con ella. No sé lo que su marido pudo haber hecho en el pasado, pero en eso de querer ocultar a Sara la enfermedad me recuerda a Héctor. Le sonrío, sin saber qué contestar. No puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho.

Al llegar al Dreams nos topamos con una larga cola. La gente protesta cuando los seguratas nos cuelan. Abel silba al descubrir el gentío, las luces de colores, la enorme pista, los modernos y extravagantes sillones.

—Esto sí que es un local de putísima madre.

—¡Esa boca! —lo regaña Sara medio en broma—. ¿Te recuerda a tu juventud, eh?

—¿Está llamándome viejo, señorita? —La estrecha entre sus brazos y se ve muy pequeñita en ellos. Les noto tanto amor que se me acumulan lágrimas en los ojos al pensar en su triste situación.

Héctor me pasa la mano por la cintura y me sonrío. Apoyo la cabeza en su hombro, intentando ocultar mi emoción. ¡Leñe, a ver si ahora voy a parecer una sensiblera!

Caminamos por la pista en dirección a la barra, ya que a Sara le apetece una bebida y a mí, para qué mentir, también. Quiero divertirme, que hace tiempo que no lo hago. Diviso a Diego; va de un lado a otro moviendo los brazos tan rápidamente que parece un pulpo. Héctor y yo lo saludamos con efusividad y él responde con un bufido, dándonos a entender el agobio que lleva.

—¡Eh! ¿Qué tal, guapo? —Me aúpo en la barra para darle dos besos.

—Creo que después de esta noche nada acabará conmigo —grita por encima de la música.

—¿Por qué está tan lleno?

—¡Noche temática! —exclama señalándome a la gente.

Ahora que me fijo, es cierto que muchos van de negro, con trajes, corbatas y sombreros. Ellas llevan vestidos como los de la década de 1920.

—¿No me jodas que van de mafiosos...? —Héctor arquea una ceja. Diego asiente con la cabeza y, visto y no visto, sirve a unas jóvenes un par de chupitos de color rojo—. ¿Por qué no me avisó Aarón? Sabe lo fan que soy de *El Padrino*.

—Parece molesto—. Cuando lo vea, le voy a dar louyo.

—Espero que darle louyo no implique látigos o cosas así —bromea Abel, que ya tiene un vaso en la mano. Por lo que Sara me ha contado, no bebe, de modo que imagino que será un refresco.

Los cuatro reímos y nos alejamos de la barra, contentos con nuestras bebidas. Las que llevamos alcohol, y bien fuertecito, somos Sara y yo. Héctor ha decidido pedirse una tónica. Tratamos de localizar un sofá vacío, pero todos están ocupados, así que acabamos bailando en la pista.

—¡Me encanta! ¡Ponen una música muy chula! —chilla Sara arrimándose a mí para que pueda oírla.

—Entonces ¿el local es de algún amigo vuestro? —pregunta Abel, bailando también.

El único que está un poco más quieto, como siempre, es Héctor, pero lo cojo de la mano y lo animo a moverse.

—¡Sí! Pero ¡a saber dónde estará!

—¡Debe de estar muy ocupado con todo este ajeteo! ¡Ya nos habían dicho que este garito es uno de los mejores de la ciudad!

Bailamos un rato más en la pista, Sara y yo emocionándonos cada vez más con cada una de las canciones. Algunas las reconozco porque forman parte de algunas películas de mafiosos. Nuestros acompañantes se lo están pasando realmente bien y, cuando ellos se arriman para bailar juntitos, hago lo mismo con Héctor. Me sonríe y me da un intenso beso en los labios.

—¿Te estás divirtiendo? —me pregunta.

—Por supuesto que sí.

Me aparto y le indico que voy a por otra bebida y, de paso, al baño. Asiente y se queda bailando solo, aunque pronto Abel se da cuenta y se separa de su mujer para hacerle caso. Qué atento. Esbozo una sonrisa mientras me dirijo a la barra. Oigo al DJ anunciar que la noche temática termina y que da paso a otro tipo de música. En cuanto suenan los primeros acordes, ¡ya sé cuál es! *Monster*, de Lady Gaga, una de mis favoritas.

—¡La adooooooo! —grito a Diego, que se echa a reír—. ¿Qué hace mi embarazada favorita?

—¿Ésa no es tu hermana?

—Bueno, es que Ana es mucho más pesada que Dania... —respondo sonriente.

Diego mueve la cabeza y también ríe. Me prepara un cóctel muy colorido con una sombrillita muy mona.

—Estará viendo alguna peli o durmiendo, seguro. Quizá comiendo... Sí, es muy probable que esté haciendo esto último.

Muerdo la pajita y sorbo. Vaya, está buenísimo. Zarandeo la cabeza a un lado y a otro al ritmo de Lady Gaga. «*He ate my heart. He ate my heart. You, little*

monster). (« Él se comió mi corazón. Tú, pequeño monstruo »). Y entonces, como si fuera una puñetera broma del destino, lo veo.

Está en el otro extremo de la barra con una muchacha demasiado joven para él que mueve mucho las manos mientras habla. Pero le da igual, porque en realidad está mirándome a mí. El corazón empieza a latirme con fuerza y unas horribles náuseas se apoderan de mí. Noto sus ojos quemándome entera. Dejo la copa en la barra para ir hacia Héctor y alejarlo de aquí. No debo permitir que vea a ese hombre. Sin embargo, antes de que pueda hacer nada, Ian ya se ha colocado a mi lado. Ahogo un gemido y agacho la cabeza. Me rodea, como olisqueándome, y se sitúa a mi espalda. Su cuerpo me roza y me provoca un escalofrío.

—Qué sorpresa verte aquí —me susurra al oído con su ronca voz.

« *Look at him. Look at me. That boy is bad, and honestly he's a wolf in disguise, but I can't stop staring in those evil eyes* ». (« Míralo. Mírame. Ese chico es malo y, honestamente, es un lobo disfrazado, pero no puedo dejar de mirar esos ojos malvados »). Maldita Lady Gaga, ya no me gustas tanto.

—Márchate —digo lo bastante alto para que me oiga. Oteo hacia la barra y, por suerte, descubro que Diego está demasiado ocupado para darse cuenta de lo que sucede.

—Vaya, ¿no te apetece bailar? —Las grandes manos de Ian se posan en mis caderas, arrancándome un jadeo asustado. Sé que su cuerpo me tapa, que Héctor ignora que estoy delante de él, pero... ¿y si me viera? ¿Qué ocurriría?—. Nena, estás lo suficientemente buena para comerte —me dice al oído, parafraseando la canción de Lady Gaga.

El estómago y la cabeza empiezan a darme vueltas. Me aparto bruscamente, pero me coge del brazo y vuelve a juntarme a su cuerpo. Ahora ambos nos encontramos de perfil, cara a cara, y estoy expuesta a la pista. Desde aquí puedo ver a Héctor bailando en broma con Abel y a Sara riéndose. El corazón se me dispara, presa de un miedo atroz.

—Te pedí que me dejaras en paz —murmuro.

Nuestros rostros están tan cerca que su respiración agitada choca contra mi piel.

—Y yo te pedí una noche. Dime, ¿dónde está?

Me aprieta más contra su pecho. Ladeo la cara porque no soporto su mirada. Este contacto me está poniendo enferma.

—Suéltame. Gritaré como una loca y los de seguridad te sacarán de aquí.

—No creo que lo hagan. Les di una buena pasta para que me dejen entrar.

—Entonces se lo diré a mi amigo.

—Me parece que él tampoco lo hará —se burla con su sonrisa lobuna. Parpadeo, confundida. ¿A qué se refiere?—. ¿Tú sabes lo fácil que es comprar a la gente?

Forcejeo con disimulo. Nadie se da cuenta de lo que ocurre; todos están concentrados en bailar, beber o hablar entre ellos. Vuelvo a dirigir la mirada hacia la pista y me percató de que Héctor está a punto de venir hacia aquí. Contengo la respiración, rogando en silencio que no lo haga... Por suerte, Abel lo zarandea del brazo y le señala la pantalla gigante que Aarón hizo instalar en una de las paredes del local. Suelto un suspiro de alivio, aunque no sé por cuánto tiempo podré evitar que nos vea. Tengo que irme. Debo separarme de este hombre. ¡Joder! ¿Por qué no se marcha de mi vida?

—En serio, ¿qué quieres? —le espeto, y le suplico con la mirada tratando de encontrar algo de piedad en él.

Para mi sorpresa, no es el mismo de las otras veces. Es más oscuro aún, más intimidante, más... cruel. Confié y caí en su juego, a pesar de que algo me decía que no era lo mejor. Sus dedos presionan mi cadera con tanta fuerza que me parece oír un crujido. Esto es una pesadilla...

—¿Qué crees que pasaría si él nos viera en este momento?

Agacha la cabeza y comprendo qué es lo que pretende hacer. Reacciono a tiempo, dándole un empujón que lo descoloca y, por fin, consigo escapar. Aparto a un par de chicas, que protestan, y corro hacia los lavabos. Me vuelvo para comprobar que no me sigue y lo veo en la barra, con esa sonrisa ladeada que me provoca tantos escalofríos. Dios mío, ¿dónde me metí cuando accedí a hablar con él? ¿Acaso está persiguiéndome?

En lugar de ir a los aseos decido buscar a Aarón para rogarle que lo eche de aquí. Es mi amigo. Le importará una mierda lo rico que sea este hombre. Una de las camareras que sirve en los reservados me informa de que lo ha visto ir hacia el almacén. Una opresión malsana se me instala en el estómago. Sé que no podré aguantar otra sorpresa. Una terrible. Quizá lo que debería hacer es girar sobre mis talones y no chocarme con la realidad. No obstante, mi parte inocente me convence de que Aarón habrá ido a por algo. El corazón me golpea en el pecho mientras me acerco.

Como aquí la música suena ahogada, puedo oír perfectamente los tacones de mis botas. Me detengo ante la puerta entornada del almacén y lo sé antes de entrar. Lo sé por ese sonido como el de aspirar cuando tienes mocos. Lo que pasa es que Aarón no está resfriado. Aarón está metiéndose coca o a saber qué. No sé de drogas, no tengo muy claro lo que uno puede esnifar por la nariz.

No me atrevo a entrar. ¿Estará solo? ¿Acompañado? ¿Y si él mismo pasa a los clientes? Pero, a pesar de que asuste, es mi amigo y tengo que ayudarlo. Me prometí a mí misma que no lo dejaría en la estacada. Me dijo que podía acabar con eso cuando quisiera, pero yo ya sabía que no sería así.

Estoy a punto de empujar la puerta cuando ésta se abre delante de mis narices. Alzo la cabeza y me topo con un Aarón con cara de sorpresa.

—¿Mel? —pregunta, como si no se creyera que soy yo.

—¡Me dijiste que no volverías a hacerlo! —le reprocho con voz chillona. Es lo único que se me ocurre y enseguida sé que no ha sido lo acertado, pero estoy demasiado alterada.

De inmediato su sorpresa se torna en un cabreo monumental que me aturde. Y todavía me pasma más que Aarón me tome del brazo e intente sacarme del almacén. Hago fuerza para no moverme, con lo que todavía se enfada más.

—¿Qué estás haciendo?

—¡No, Mel! La pregunta es: ¿qué cojones estás haciendo tú? ¿Has venido a espiarme o qué?

Me deja boquiabierta con sus palabras. Niego con la cabeza, sin poder creer que éste sea Aarón.

—Pero ¿qué dices? ¡Estaba buscándote, joder! ¡Necesitaba tu puta ayuda, y te encuentro esnifando otra vez la coca asquerosa esa... o lo que sea!

Sé que he empezado a llorar y que estoy actuando como una histérica, pero no puedo evitarlo. Primero lo de Ian y ahora esto. Sabía que no podría soportarlo y, a pesar de todo, como siempre, he dado un paso más.

—Sal de aquí, Mel. No lo estropees más. —Me mira con los ojos inyectados en sangre, esos preciosos ojos azules que siempre me han mirado con ternura. En este momento, en cambio, sólo veo desdén en ellos.

—¡Lo estás estropeando tú! —exclamo, y me aferro a su brazo con mirada suplicante. Me observa con incredulidad—. Por favor, por favor —le ruego, repitiendo esa letanía una y otra vez—. Por favor, tienes que hablar con Héctor. O dejar que te ayude yo. Por favor, Aarón, esto no está bien. Mírate, no puedes tú solo. Déjanos ayudarte. Te lo ruego, ¡habla con Héctor!

Se suelta de mis manos y rechina los dientes. Jamás había visto tanta furia en sus ojos.

—¡No necesito tu maldita ayuda! ¡Tampoco necesito hablar con él! No digas gilipolleces, porque sé perfectamente que puedo dejarlo cuando quiera. —Una gota de sudor resbala por su rostro y cae hasta mi mano—. ¿Crees que hago esto porque no soy capaz de controlarme? ¡No, Mel! ¡Lo hago porque me apetece, así que no seas estúpida y márchate!

No puedo creer que mi amigo esté insultándome y que me eche de aquí. Sollozo negando con la cabeza e intento agarrarlo de nuevo, pero me rechaza una y otra vez y mi llanto es más y más fuerte, provocando su enfado.

—¡Joder, Mel! No llores como una puta cría. En serio, vete.

—Ven conmigo. Podemos hablar esta noche con Héctor. No voy a dejarte, te lo prometo.

Las lágrimas se me meten en la boca, pero ni siquiera me importa. Tan sólo quiero que mi amigo solucione su problema. Tan sólo deseo que esta pesadilla en la que se ha convertido mi vida termine pronto.

—¡No pienso ir contigo, hostia! ¡Deja de comportarte como una maldita

monja de la caridad! —Clava sus ojos furiosos en mí y murmura—: Ocupate de tus asuntos, que creo que son más jodidos que los míos.

—¿Qué dices?

—Te he visto. —Esboza una sonrisa sarcástica. Seguro que eso se debe a la droga; éste no es mi amigo—. He visto cómo te rozabas en la barra con ese tío mientras Héctor bailaba en la pista ajeno a todo. ¿Quién coño es ese pringado, eh? ¿Es quien me imagino?

—¿Cómo puedes decir que me rozaba con él? —Lo miro con horror—. ¡Estaba buscándote porque quería que lo echaras! —De repente yo también me siento rabiosa. Intento ayudarlo y me trata como una mierda—. Se lo diré a todos. A Alice la primera. Merece saber qué le está ocurriendo a su novio.

El brazo de Aarón se alza y me encojo con los ojos cerrados, segurísima de que va a golpearme. No obstante, lo que oigo seguidamente es un estruendo que me hace dar un brinco. Al abrir los ojos descubro que ha tirado al suelo unas cuantas cajas llenas de botellas vacías, que se han roto. Observo el desastre del suelo, sin poder decir palabra alguna. Cuando me atrevo a mirarlo a él me doy cuenta de que está temblando de arriba abajo. Me gustaría abrazarlo, calmarlo, pero sé que no me lo permitirá. Sus palabras me lo confirman.

—Si tú explicas esto, yo le contaré a Héctor lo que has hecho. Y no me refiero a lo de esta noche. Porque me imagino quién es ese tío, Mel, y no sé qué coño haces con él cuando te dije que te alejaras. Héctor sabrá que has estado curioseando a sus espaldas, y si todo lo que ese tío te ha dicho es verdad, ¿cómo crees que se sentirá Héctor, eh?

Los ojos de Aarón se han oscurecido y, al mirarlo a la cara una vez más, me parece que no es él.

—No puedo creer que esto esté pasando... —murmuro negando con la cabeza, sin poder dejar de llorar—. Creía que éramos amigos, que yo te importaba, que Héctor también. Y que amabas a Alice. ¿Es esa droga más importante que nosotros, tus amigos?

No responde. Desvía la mirada y, derrotado, se apoya en la pared. Parece tan desvalido, tan perdido... Podría quedarme, pero la verdad es que es lo último que me apetece. Ya he tenido suficiente. Ya basta de ser una gilipollas. Lo único que deseo es salir de aquí, perder de vista a Ian, olvidar las palabras que Aarón me ha escupido esta noche.

Cuando echo a correr por el pasillo me llama a voces. Hago caso omiso. Tanteo las paredes aturdida, mareada, temerosa de vomitar aquí mismo. Al regresar al local atestado de gente me entra el pánico. Doy vueltas sobre mí misma, con el miedo pegado al cuerpo, imaginando que Ian se acercará otra vez y que todo habrá acabado. Para mal, claro está. Me froto la cara, llorando como una histérica, pero nadie se da cuenta. Todos bailan a mi alrededor, sacuden sus cuerpos, sonríen, y no puedo evitar preguntarme cuántas de estas personas irán

colocadas. Siento que en cualquier momento me desplomaré en esta pista y que me pisotearán hasta terminar conmigo.

—¡Melissa!

Una mano se cierra en torno a mi brazo y doy un grito que queda ahogado por la música. Al darme la vuelta descubro los enormes ojos de Sara, que me mira con preocupación.

—¿Qué te pasa? —me pregunta asustada.

Sin darme tiempo a contestar, tira de mí y me lleva por la pista hasta un sofá donde se encuentran Abel y Héctor charlando. Este último se levanta de golpe, con los ojos como platos, y corre hacia mí.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha hecho daño alguien?

—Vámonos, por favor —sollozo enterrando el rostro en su cuello. Me acaricia el pelo y enseguida aprecio su corazón agitado—. He discutido con Aarón. —Omito mi encuentro con Ian, por supuesto.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho?

—Vámonos, te lo ruego. Ya lo solucionaremos, pero esta noche no. Me rompo, Héctor... —Y le suplico con la mirada.

Ve algo en mis ojos que le asegura que no puedo más.

Abel y Sara nos acompañan a la salida y no dicen nada cuando nos despedimos a toda prisa, aunque puedo entrever, a través de mi aturdimiento, su preocupación. En especial la de Sara, quien me aprieta la mano con cariño antes de que nos separemos. Héctor conduce con la mandíbula en tensión, lanzándome vistazos de vez en cuando. Me he tapado con la chaqueta porque no puedo controlar los escalofríos. Al llegar a casa y mirarme en el espejo rompo a llorar una vez más. Dios, estoy horrible. Se me ha corrido todo el maquillaje y parezco una zombi.

Héctor me lleva al dormitorio para meterme en la cama. Se dispone a ayudarme con la ropa, pero le suplico que me la deje. Lo único que quiero es dormir. Me asegura que es mejor que tome antes algo caliente y sale de la habitación. Me quedo a solas con el retumbar de las palabras de Ian y de Aarón en la cabeza.

Cierro los ojos y únicamente los veo a ellos, así que los abro y contemplo el anillo que Héctor me regaló con tal de sentirme mejor.

LE LIBROS

Cuando al día siguiente me despierto no encuentro a Héctor en la cama. Durante unos minutos me entra ansiedad: imagino que al final Aarón lo llamó y le contó lo ocurrido. Sin embargo, una vez que mi ruidoso corazón me permite oír algo que no sean sus estruendosos latidos, adivino que se encuentra en la cocina. Echo un vistazo al reloj de la mesilla y descubro que son las diez de la mañana. Vaya, pensaba que sería mucho más tarde.

Un ruido me hace dar un brinco en la cama. Se trata del móvil, y me da pánico cogerlo, pero como no deja de vibrar al final alargo la mano. Es Aarón. Espero a que desista y cuando lo hace descubro que tengo numerosas llamadas tuyas. Entro en la aplicación de WhatsApp. Cuarenta mensajes tuyos. Temo abrirlos; lo hago, no obstante, y lo que me encuentro son un montón de disculpas que, en este momento, no puedo aceptar.

El encuentro con Ian de anoche y el posterior descubrimiento de lo de Aarón me han dejado hecha polvo. Al darme la vuelta en la cama noto que me duelen las piernas y los riñones como si hubiera estado toda la noche de fiesta. También me da vueltas la cabeza, a pesar de que apenas bebí.

—¿Estás despierta?

Vuelvo la cara en dirección a la voz. Héctor está en el umbral de la puerta con una bandeja. Me ha traído el desayuno a la cama y, en otras circunstancias,

me parecería un gesto precioso. Me gusta que lo haga. Pero hoy no, hoy no hay nada luminoso en mí.

Se acerca en silencio y, con tiento, se sienta a mi lado. Esperaba una sonrisa calmada, pero en su rostro tan sólo veo inquietud. Yo misma empiezo a preocuparme y me incorporo apoyando la espalda en la pared. Nos miramos durante unos segundos, hasta que él me tiende el vaso de zumo. En la bandeja también hay té, café, fruta y galletas, pero no creo que me entre nada.

Doy un par de sorbos al jugo sin apartar la vista de Héctor. ¿Por qué me mira así? Sus ojos se desvían a mi dedo, con el anillo, y por un momento me entran unas ganas tremendas de llorar.

—He hablado con Aarón —dice de repente, dejándome la boca seca.

Espera a que conteste algo, pero como se me han quedado atascadas las palabras continúa él.

—Me lo ha contado todo, Mel. —En su voz hay un ligero reproche que me paraliza.

—Yo... —murmuro, sin encontrar una frase o una palabra adecuadas.

Para mi sorpresa se inclina hacia delante y me acaricia el pelo. Su mirada cambia y se torna dulce. Abro la boca para decir algo, pero continúo con la garganta seca, así que me apresuro a dar otro trago al zumo.

—Me ha dicho que anoche lo pillaste en plena... faena. —Carraspea, como si le costase hablar de ello. Quizá sea así debido a su adicción—. Y que se puso como un loco contigo. —Suelta un suspiro. Sus dedos se enredan con suavidad en mi pelo—. Sé que está fatal lo que hizo y cómo reaccionó, pero ya sabes que...

—Lo sé, pero ahora mismo no quiero hablar con él —murmuro.

—No pretendo que lo hagas. Te entiendo perfectamente, y él también, aunque está muy arrepentido. —Me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja y me mira fijamente—. Quiere dejarlo.

—No creo que sea verdad —niego, recordando sus palabras de anoche—. Me dijo que podía detenerse cuando quisiera, pero no es cierto.

—Esta vez parece que sí, Melissa. Va a contárselo a Alice.

—¿Qué?!

Me pongo tan nerviosa que derramo un poco de zumo en la sábana. Héctor se apresura a cogerme el vaso y lo deja en la bandeja. Después la deposita en la mesilla de noche y vuelve a sentarse a mi lado. Me coge una mano y me la acaricia con un dedo.

—Ella merece saberlo.

—Pero ¿y si... y si no lo entiende, Héctor? ¿Y si lo deja? —Estoy enfadada por lo que Aarón me hizo anoche, pero, al mismo tiempo, estoy muy preocupada por él. Joder, lo quiero tanto—. ¿Qué hará si Alice se va? —He alzado la voz sin darme cuenta.

—Esto es así, mi amor. —Héctor me acaricia la barbilla con una ternura

increíble—. Debe decirse, ¿lo entiendes? Quizá es ella la que puede ayudarlo de verdad.

Me recuesto en la cama, apartando la vista para mirar por la ventana. Héctor se levanta y sube la persiana. Ni siquiera los fantásticos rayos de sol me hacen sentir mejor.

—No te digo que lo hagas ahora, ni mañana. Ni siquiera en persona... Pero algún día tienes que contestar a Aarón. Decirle que lo perdonas, porque sé que lo harás, Melissa.

No respondo. Me tapo la cara con el brazo. En cuestión de segundos rompo a llorar. Héctor se apresura a abrazarme. Me mece entre sus brazos como si fuera una chiquilla. Y lo peor es que piensa que estoy así sólo por lo de Aarón. Se me pasa por la cabeza que debería ser como nuestro amigo y contarle toda la verdad, tal como él va a hacer con Alice. Sin embargo, mientras Héctor se pasa un buen rato intentando que coma algo más, comprendo que no puedo.

—Aarón saldrá de ésta. Es fuerte. Y nosotros vamos a estar con él.

Héctor trabaja todo el día en su despacho y yo tan sólo me levanto para ir al baño. En alguna ocasión viene al dormitorio, se me queda mirando desde el umbral de la puerta y sonrío. Luego se acerca y me besa en la frente con una ternura que me sacude. Con cada minuto voy odiando un poco más a Ian por haberme hecho sentir así, por haber propiciado que desconfiara de este hombre que está intentando ser lo mejor que puede. Y también me repugno un poco más a mí misma por haber caído en su terrible juego.

Los días pasan y mi móvil no cesa de sonar. Una vez es Ana, que me cuenta que está muy ilusionada y, al mismo tiempo, un poco asustada. Otra es Dania, que está contentísima porque Diego le ha comprado ropita para el bebé. También me llama mi editora para decirme que ya ha leído la novela en su totalidad y que en breve me reenviará el documento con anotaciones y correcciones. Todo se me hace una montaña. Todas sus palabras me parecen cuevas enormes.

Cada vez que la melodía del móvil suena doy un brinco pensando que será él, susurrándome con su ronca voz y pidiéndome esa noche. No, más bien, exigiéndomela. «Tan sólo está jugando contigo. Lo dije para inquietarte, nada más. Que él estuviera en el local fue una coincidencia. Horrible, pero lo fue». Eso es de lo que intento convencerme.

Héctor no ha vuelto a contarme nada acerca de Naima, aunque tampoco le pregunto porque no estoy en condiciones de escuchar. Cuando llega del trabajo se mete en la cama conmigo y me abraza muy fuerte. Eso me hace pensar en los días en los que era él quien se sentía mal, quien no lograba encontrar el camino. Creo que puedo entenderlo, al menos en parte.

Al quinto día de reclusión decido escribir un *whatsapp* a Aarón con manos temblorosas. No recibo respuesta hasta dos horas después, y su mensaje no es demasiado alentador.

Gracias, Mel. En serio, no sabes cuánto te agradezco que me concedas tu perdón. Sé lo que hice. Estuvo demasiado mal. Ya no más, Mel, ya no más. No quiero volver a ese mundo. Voy a traspasar el Dreams. En cuanto a Alice... Le conté lo mío y, bueno, está asimilándolo. Hace un par de días que no sé de ella. Noto puñales clavados en el alma, pero sé que es lo mejor. Espero que nos veamos pronto y que estés bien.

El resto del día me siento mucho peor. Quizá haya sido yo quien ha propiciado ese desencuentro entre Aarón y Alice. Puede que él hubiera conseguido acabar con todo sin tener que contárselo. ¿Por qué fui tan dura con él? ¿Por qué me cuesta tanto aceptar los errores de los demás si yo misma soy una equivocación andante?

A pesar de mis oscuros pensamientos, el sexto día me despierto un poco más tranquila. Me siento como si Ian no hubiera existido nunca. Héctor y yo decidimos pasar el fin de semana tranquilos en casa. Vemos una película de acción, comemos palomitas y pedimos comida china. No me atosiga, no me juzga, tan sólo me abraza cuando le pido que no deje de hacerlo nunca.

Al llegar el lunes me animo a salir a la calle. Decido ir al mercado de Ruzafa y comprar productos frescos para prepararle una buena cena. Es lo mejor: centrar la mente en otras cosas. Hace una mañana estupenda y, por primera vez en todos estos días, noto que los rayos de sol me calientan. En el mercado disfruto como una chiquilla con todo lo que veo. Compró hortalizas, lechuga, huevos, un poco de carne y de pescado, y regreso a casa cargada de bolsas. Subo directamente sin detenerme a mirar el correo. Es algo que nunca me ha gustado hacer. Me preparo una deliciosa comida y, por la tarde, soy yo la que telefonea a Ana para preguntarle cómo se siente. Está deseando que el bebé salga ya porque dice que va a explotar. Consigue hacerme reír.

A las seis y media recibo un mensaje al móvil que oscurece mi día. Creía que se había marchado. Qué ilusa he sido. Jamás lo hará. No al menos si yo no... Dios, no puedo pensar en eso.

¿Te has decidido ya? Querida, soy un hombre con poca paciencia. Y permíteme decirte que me siento utilizado. No te he pedido mucho, ¿sabes? En cambio, te he dado todo. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

Me sorprende que me hable con tanta confianza, con tanto descaro. Está claro que o no está muy cuerdo, o se divierte muchísimo con todo esto. Me repito que fui una estúpida por haberlo llamado sin ocultar mi número. Si vuelve a enviarme un mensaje, tendré que cambiarlo. Y si se atreve a dar un paso más, avisaré a la policía.

Al poco rato me llega otro. La curiosidad me vence y lo abro, a pesar de

saber perfectamente que es suyo.

Sé lo que estás pensando. Y créeme, no es una buena idea. Te lo dije la otra noche, querida: comprar a la gente, teniendo dinero, es realmente fácil. Y hacer daño... también.

Esta vez el mensaje me inquieta demasiado. Esa penúltima palabra hace que mi corazón salga disparado por la boca. Estamos hablando de amenazas verbales, y no me gusta ni un pelo toda esta situación. Realmente no conozco a ese hombre, no sé de lo que es capaz. ¿Y si es un buen momento para contar a Héctor lo sucedido? Necesito que me diga quién es Ian y cuáles pueden ser sus intenciones, pero me provoca mucho más miedo su reacción.

La cabeza me da tantas vueltas que parece que vaya a desmayarme de un momento a otro. Gemidos, jadeos, gritos. Piel desnuda. Bocas húmedas. Los ojos de Ian. Los de Héctor. Los labios de Naima. El lugar aquel al que me llevó Ian para darme pruebas. Todo eso pasa por mi mente en cuestión de segundos, y me abrumba tanto que me levanto del sofá y doy unas cuantas vueltas por el salón. Lanzo miradas al móvil una y otra vez, valorando mi situación. ¿Qué puede hacernos él? Nada. Me lo dijo claramente, que no se arriesgaría puesto que es bastante conocido. Pero, por otra parte, acaba de enviarme un mensaje en el que asegura que es muy fácil sobornar a la gente. ¿Está insinuando que...?

Cuando el teléfono vibra de nuevo lanzo un grito de frustración.

—¡Déjame en paz! —chillo a la nada del piso.

No abro el mensaje, sino que tecleo como una loca dispuesta a llamar a la policía. Antes de que pueda hacerlo, una llamada entrante me paraliza. Es él. Las manos me tiemblan tanto que el móvil está a punto de caérseme, por lo que tengo que hacer malabares hasta atraparlo en mis manos. Cojo aire, aunque el corazón me martillea desbocado, y descuelgo con la intención de cantarle las cuarenta al hombre que está acosándome.

—¡Oye, gilipollas! ¡Si no dejas de llamarme...! —empiezo a decir, pero él me corta en un tono de voz tan peligroso que las piernas me fallan.

—No, oye tú. No me amenes, querida. —No parece ni un poco inquieto, a diferencia de mí, que estoy a punto de echarme a llorar, hiperventilar o lo que sea—. Que yo sepa, no te he hecho nada —dice, y puedo adivinar que sonríe al otro lado de la línea. ¿Cómo puede pensar que no está haciendo nada? ¿Esto le parece normal?

—Por favor, ¿qué quieres para dejarnos en paz? —Mi voz es demasiado temblorosa. Estoy mostrándome débil.

—Ya te lo he dicho. Una noche. Tú. Yo. Mi cuerpo sobre el tuyo.

—No me pidas eso... —Se me escapa un sollozo. No quiero hacerlo. No lo haré.

—Vamos, nena... —Y ese «nena» en su boca me parece repugnante y me provoca náuseas—. ¿Qué es sólo una noche cuando él va a tenerte todas las otras? —Suelta una risita.

—No lo metas a él en esto —siseo.

—¿Ah, no? Bueno, es que creo que debería estar en esto, ¿sabes? Al fin y al cabo, es tu pareja. Según tú, lo amas.

—Por favor... Puedes tener todo lo que quieras...

—A ti. Te quiero a ti. —Y noto en su voz cierta desesperación malsana.

—No puedo hacerlo.

—Quizá pueda conseguir que quieras hacerlo... —murmura.

Abro mucho los ojos al oír el mecanismo del ascensor. Se detiene y se abren las puertas. Es Héctor. No vive nadie más en esta planta. No puede saber con quién estoy hablando. Me dispongo a colgar aunque eso signifique enfadar a Ian.

—Eh, querida, ¿sigues ahí? —Su tono de voz ya no es amenazador, sino divertido—. No te gusta mirar el correo, ¿cierto? Tal vez tendrías que hacerlo a partir de ahora. —Me cuelga sin darme opción a contestar.

El corazón topa contra mi pecho cuando la puerta se abre y Héctor entra con una sonrisa en los labios, curioseando las cartas que lleva en las manos. Y, por instinto, sé que hay una que no debería ver. No tengo ni idea de lo que habrá hecho Ian, pero seguro que no será nada bueno. Meto el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Hola, cariño —me saluda, y se acerca para darme un beso. Lo recibo rígida, aturdida, con el cuerpo tembloroso—. ¿Pasa algo? —Me mira con el ceño arrugado.

Distingo un sobre diferente de los demás. Es de color cremoso, muy elegante y de aspecto antiguo. Héctor también se fija en él y lo alza con curiosidad.

—Es bonito, ¿no? —Le da la vuelta, pero no hay nada escrito—. No lleva remitente. ¡Ya estamos con la publicidad...!

—Lo tiraré —me apresuro a decir. En el bolsillo el móvil me vibra, arrancándome un gemido silencioso.

—¿Por qué? Déjame ver de qué se trata.

Héctor echa el brazo atrás para que no se lo quite. Estoy actuando de manera impropia y soy consciente de que está dándose cuenta. Dios, esto va a ser mucho peor, pero no sé qué coño hacer...

—Héctor... —digo en un tono de voz demasiado agudo.

Rasga el papel, y siento que mi corazón también se ha agrietado. Saca algo del sobre y, al instante, tengo claro que ya no hay marcha atrás.

Otra vibración en mi móvil. El horror en la cara de Héctor al descubrir lo que contiene el sobre. Después la incomprensión, el dolor y, por último, la decepción y el desdén. Se cree traicionado. Todos esos sentimientos que advierto en los gestos de su rostro me destrozan la carne. Las manos le tiemblan tanto como a mí

y, con la cara más pálida que nunca y los ojos rabiosos, me enseña lo que ha recibido.

Se me escapa un gritito.

Una foto. Una en la que salgo con Ian la primera vez que hablamos en la cafetería.

L=LIBROS

Su silencio está desgarrándome las entrañas. Sostiene la foto mirándome fijamente, con la nuez bailándole en el cuello. Es más que evidente que sí conoce a Ian; puedo notar lo por cómo se le tensan las mandíbulas y se le dilatan las pupilas.

La he jodido bien. He sido yo la culpable de todo esto. Soy yo la que ha removido las arenas del pasado, y ahora vamos a pagarlo caro. Descubro en la mirada de Héctor algo que me tortura: decepción. Dios, no, no... No permitas que crea que he hecho algo que no es. Haz que deje que me explique.

Voy a hablar, pero se me adelanta alzando la otra mano y negando con la cabeza. Se le ha congestionado el rostro a causa de la ira que lo invade. Trago saliva, me paso la lengua por los labios, trato de controlar la respiración, pero todo es en vano.

—¿Qué coño significa esto, Melissa? —me pregunta por fin, en un tono de voz mucho más frío del que me esperaba.

—No es lo que parece.

—¿Estás oyéndote? Claro, nunca es lo que parece.

—Héctor, te lo juro, yo... —Las lágrimas empiezan a brotarme sin poder remediarlo. Me mira imperturbable, con los ojos convertidos en rendijas que echan chispas—. De verdad, no es lo que piensas.

—¿Qué es lo que pienso?

—Él... —Las palabras se me atragantan y me sale una tos.

—¡Dime, Melissa! ¡¿Puedes explicarme por qué sales con el cabrón que destrozó mi vida y la de Naima?! —Su explosión me pilla desprevenida. Me encojo, sollozando sin parar—. ¡No te calles, hostia puta! ¡¿Qué significa esta maldita foto, eh?!

La blande delante de mí, y niego con la cabeza una y otra vez.

—Es... pe... ra... —respondo con dificultad. Me falta el aire en los pulmones.

—¿Que espere? —Me mira con los ojos fuera de las órbitas y, abriendo los brazos, suelta una carcajada—. ¿A qué tengo que esperar? ¿A que me cuentes que te lo has follado? ¿A que me digas que estás enamorada de él? —Sé que está rememorando todo el pasado por mi culpa.

—No he... hecho... nada... de eso...

Me llevo una mano al pecho y luego me dirijo al sofá para tomar asiento, pero me alcanza del brazo y me da la vuelta. Su furia me aterra.

—¡Dime de una puñetera vez por qué estás con ese hijo de puta! —me grita a la cara, regándome con su saliva.

La foto cae al suelo, y me hago chiquitita al ver que su mano se alza sobre mi cabeza. Esta vez estoy segura de que me llevaré la bofetada que, en más de una ocasión, he esperado recibir. Suelto un chillido cuando descarga el puño en la pared. Lo hace una y otra vez, hasta que cuento cinco puñetazos y descubro el rojo brillante en sus nudillos.

—¡No!

Me abalanzo sobre él para separarlo. Me da un empujón sin apenas darse cuenta de lo que hace. Choco contra la otra pared.

Se lleva las manos al cabello y se lo estira, totalmente fuera de control. Pero lo que me hace morir es ver las lágrimas que se acumulan en su rostro, el comprender que ahora mismo no me ve como antes, que ese desprecio que advierto en sus ojos es real. Acabo de destrozar todo lo que habíamos conseguido tirar hacia delante. Todo por mi impaciencia, por mi maldita curiosidad, por mi desconfianza. He querido protegerlo de Ian y al final lo he dañado yo.

—No lo entiendo, Melissa, no lo entiendo... —repite incansable y de forma atolondrada.

Comprendo que su mente está yéndose, como otras veces, y me asusto. ¿Y si en esta ocasión ya no logro traerlo de vuelta?

—Por favor, escúchame, Héctor...

Me acerco a él con cuidado. Me mira con los ojos muy abiertos. Hay una tremenda pena en ellos. Luego observa sus nudillos ensangrentados como si no comprendiera muy bien lo que ha ocurrido.

Le cojo la mano y se la beso. No me importa nada mancharme los labios con su sangre. Alzo los ojos y los clavo en él, intentando acercarlo a mí de nuevo.

Parece ido, hasta que parpadea y dice:

—Esto es una pesadilla... Una jodida pesadilla... —Se revuelve el cabello otra vez y apoya la espalda en la pared.

—Héctor, él y yo no... no tenemos nada. Fue una maldita casualidad. Me llamó Naima y... caí. Me arrepiento, ¿entiendes? Ojalá no hubiera ocurrido nunca. Jamás tendría que haber hablado con él, pero tenía dudas, y tú... —Decido callar y no reprocharle nada. No es el momento oportuno—. Fui una inconsciente. No pensé que ese hombre querría hacernos daño. Por favor, Héctor, tienes que creerme. Sólo lo he visto una vez, sólo para preguntarle alguna cosa... —Miento como una bellaca y me entran unas ganas irrefrenables de llorar.

—No logro comprender. No consigo centrar mis pensamientos —susurra. Apoya también la cabeza en la pared y cierra los ojos. Su pecho sube y baja sin control alguno.

Lo abrazo, pero se mantiene rígido. Poso la cabeza en su pecho, me froto la cara en su camisa para abarcar todo su olor. «Por favor, que no sea ésta la última vez que aspire su aroma. Por favor, que me perdone. Otra oportunidad más, aunque no me la merezca. Soy egoísta, soy desconfiada, estúpida, infantil, caprichosa. ¿Por qué no fui capaz de esperar a que se abriera él? ¿Cómo me atreví a escuchar a un desconocido?» .

—Tienes que creerme. Por favor, hazlo —sollozo contra su camisa, manchándosela de mocos, saliva y lágrimas.

Recuerdo la vez anterior en la que me sacó de su vida. Y ahora... Lo he hecho yo. Así somos: dos almas desenfundadas que no consiguen poner calma en su vida, que no encuentran la forma de ser felices, que se dañan y se curan, que no saben vivir separados pero tampoco juntos. Me dijo que éramos Héctor y Melissa, y que precisamente por eso todo nos unía, que estábamos hechos el uno para el otro. No atino a comprender por qué nos hacemos esto, por qué vivimos con la oscuridad pisándonos los talones, por qué nos guardamos aquello que nos avergüenza cuando tendríamos que confiarlo el uno al otro.

—Héctor... —Me paso la lengua por los labios, salados a causa de las lágrimas. Niega con la cabeza y trata de apartarme, pero me aferro con más fuerza a él—. Dime que me perdonarás. Da igual que no sea ahora, pero dime que lo harás.

—No puedo pensar, Melissa. No puedo. Recordarlo acaba de matarme. Creía que se había ido de mi vida —responde con voz temblorosa.

Alzo el rostro y descubro miedo en sus ojos. Pero ¿qué he hecho? ¿Qué es lo que sucedió en realidad?

—Sólo fue una vez, te lo prometo. Fue una locura, lo sé, fui gilipollas. Es mi culpa. Y ese hombre no es nada, no me encontré con él por nada de lo que estás pensando. No es la misma historia, aunque tu mente te diga que sí. No está

repetiéndose. Él sólo quería hacernos daño, pero no va a conseguirlo... —Las palabras me salen atropelladas.

—No es verdad. Ian siempre hace daño.

Sus ojos se clavan en el vacío, y se me escapa otro sollozo. ¿Qué estará recordando para que su rostro se contraiga de esta forma?

—¡No lo permitiré, en serio!

Y entonces su gesto cambia de nuevo. Esta vez sí me aparta. Lo hace con brusquedad, aunque sé que no es a propósito. Me aferro a las mangas de su camisa y observo sus nudillos dañados, y creo que me volveré un poco más loca a causa de ese brillante color rojizo. Se suelta del todo por fin y de nuevo golpea la pared con la mano magullada. Chillo, me desgarró casi la garganta intentando separarlo para que no se la rompa. Cuando lo consigo, la tiene hinchada y ya está apareciéndole un horrible moratón.

—Voy a matarlo —rechina entre dientes—. Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo.

Y le creo. Ahora mismo ya no es el Héctor que conocí, sino quizá aquel otro del que quería protegerme. Vuelvo a aferrarme a él, desgañitándome.

—¡No! ¿Qué vas a hacer? Por favor... —sollozo, y recuerdo lo que Ian me contó sobre aquella noche en la que Naima suplicó como yo.

Pero esta vez, ésta... Héctor no tendrá piedad de Ian. O quizá sea éste quien no la tenga de Héctor. Me asusta muchísimo más ese hombre, por supuesto. He conocido al Héctor tierno, cariñoso, buen hijo y buen novio. Con Ian, en cambio, sólo he compartido experiencias inquietantes.

—Voy a arreglarlo, Melissa. Lo solucionaré de una vez por todas. Desenterraré mi puto pasado.

Y tengo claro que no lograré que entre en razón. Abre la puerta furibundo, y por poco me caigo al suelo cuando se aparta de mí. Trastabillo confundida, mareada, y corre escalera abajo sin decir nada y sin atender a mis llamadas. Lo persigo, consciente de que los vecinos van a oírnos. De hecho, me parece que una puerta se ha abierto. Pero no veo más que a Héctor delante de mí, saliendo del vestíbulo del edificio y echando a correr por la calle como un loco, y yo tras él tratando de alcanzarlo en vano. Sus pies se separan más de los míos, su figura va alejándose más y más y, al final, lo único que tengo delante son las gotas rojizas que han dejado sus nudillos.

Me empapo en llanto, escondiéndome en un callejón para que nadie me vea. El móvil no deja de vibrarme en el trasero, pero no quiero cogerlo. No puedo leer los mensajes. No me atrevo a descubrir lo que Ian estará diciéndome. ¿Y si Héctor está en peligro?

Cuando logro acallar el llanto salgo de mi escondrijo y miro a un lado y a otro, desesperada. Una pareja de ancianos pasa por delante de mí y me observa con confusión. Evito su mirada y echo a andar para disimular, sin tener muy

claro adónde ir. No sé dónde vive Ian. No sé, sinceramente, si Héctor ha ido allí. No sé qué es lo que pretende ni cómo quiere arreglarlo.

Camino aturdida, notando las piernas pesadas. Apenas pueden responderme. Siento que floto, que avanzo sin un destino exacto y que todo alrededor es falso, que lo son las luces brillantes, los cláxones de los coches o las chicas que pasan riéndose y que, al verme, callan de repente. No sé qué aspecto tengo, pero debe de ser horrible. Y ando, ando, y me pierdo más. Me culpo a mí misma una y otra vez, me baño en el dolor que me causa el saber que he sido quien ha provocado esta terrible situación.

Mi móvil vibra de nuevo y, esta vez, lo saco de mi bolsillo. Por un momento pienso en lanzarlo contra el suelo y que se rompa en cientos de pedacitos. Sin embargo, con una diminuta llama de esperanza en el pecho abro la aplicación suplicando por que sea Héctor el que esté intentando contactar conmigo. Pero no, es ese número al que ni siquiera puse un nombre.

Su mensaje me provoca un escalofrío.

Mira a tu izquierda, querida.

Alzo la cabeza un tanto aturdida. No reconozco la calle en la que estoy. Desierta, oscura, peligrosa. Al igual que el coche negro que se halla detenido a mi lado. Lo reconozco y el miedo se agolpa en mis intestinos. Cuando la puerta se abre sé que no tengo elección, que todo esto lo ha planeado él para conseguir lo que desea. Una palabra retumba en mi mente: traición.

—¿Subes, querida?

Me entran ganas de chillar al oír la voz que flota desde el interior del coche.

—¿Crees que no sé dónde está y que no hay alguien vigilando sus pasos? A cada segundo que dudas, uno de mis hombres se acerca más a él. —Los ojos de Ian se asoman en la oscuridad.

—De acuerdo, lo haré —respondo derrotada. Enseguida veo su sonrisa.

Una vez en el coche, todas mis creencias se derrumban. Ian pone una mano sobre la mía y sonríe con sarcasmo. Lo odio con toda mi alma. Creo que lo hice desde el primer día en que me encontré con él, pero quise acallar ese sentimiento en favor del otro con tal de satisfacer mi curiosidad.

Su mano se apoya en mi muslo y después sube por él. Contengo una arcada y cierro los ojos para no echarme a llorar. Me recuerdo que estoy aquí para desviar su atención y que se olvide de Héctor.

—¿Adónde vamos? —pregunto, aunque sé que no me dirá que a su casa.

No contesta, simplemente suelta una risita.

—Por favor, no hagas daño a Héctor —le pido en voz baja, sin apenas fuerzas —. Ahora ya me tienes a mí.

Tampoco dice nada, y eso me inquieta aún más y me dan ganas de bajar en

marcha de este coche y olvidarme de todo. El resto del trayecto se me hace horrible, con esa mano suya sobre mi muslo que va subiendo cada vez más hasta rozar mi entrepierna.

El automóvil se detiene y, en cuanto salimos, descubro que me ha traído a una finca vieja, destartalada, alejada de la ciudad. El estómago se me contrae y me asusto. « Tan sólo tengo que acceder a su deseo, ¿no? No me hará nada más. Y Héctor estará bien. Lo hago por él, por él, sólo por él —me repito una y otra vez—. Traidora. Traidora. Maldita traidora» .

Desconecto. Lo hago tanto que, cuando vuelvo a aterrizar en la realidad, nos encontramos en una habitación horrible que huele a humedad. Siento que todo avanza a trompicones, como secuencias sin sentido. Ian se encuentra a mi espalda y lo oigo exhalar en mi cuello. Segundos después sus dientes me lo acarician y me da un suave mordisco. La bilis que me sube por la garganta me hace reaccionar. ¿Qué hago aquí, por favor? No quiero que me toque otro hombre más que Héctor. Mucho menos que lo haga alguien como Ian. Es un perverso, un sádico, un extorsionador que sólo busca venganza.

Me aparto bruscamente, provocando que se tense. Me mira con los ojos muy abiertos y una sonrisa burlona.

—¿Pasa algo, querida?

—No voy a hacerlo.

Se echa a reír. Tengo miedo, demasiado. Busco algo con la mirada para golpearlo, pero no encuentro nada. No hay ni un maldito jarrón ni un teléfono con el que hundir su puta cabeza. Se sitúa de nuevo ante mí y me rodea la cintura con las manos. Sus dedos se aferran a mi piel por encima de la ropa, y pienso que en cualquier momento le vomitaré encima.

—¿Qué dices? Has subido a mi coche y has venido hasta aquí conmigo, ¿lo recuerdas? —Me dedica una mirada inocente; quiero gritarle—. ¿Es que no te despierta nada este lugar?

¿Qué? Pero ¿cómo va a hacerlo, si es horrible y estoy aquí para ceder a un deseo mucho más terrible?

—No me has dejado otra opción. —Las palabras se me atragantan una vez más—. Por favor, no hagas daño a Héctor. He venido hasta aquí porque no deseo que le pase nada. Si necesitas desahogarte, y o...

—¿Qué coño quieres que hagamos? ¿Hablar? —Su risa es histérica—. ¿Estar diciéndome otra vez que no me darás esa puta noche? ¡Tan sólo una! —Cuando alza la voz me hago muy chiquita—. En cambio, pretendes que yo sí haga lo que tú me pides. ¿Qué es eso? ¿Qué poco caritativa. No has cambiado nada.

Su respuesta me desconcierta. Al mirarlo a los ojos comprendo que no está muy cuerdo. Me llevo la mano al bolsillo trasero dispuesta a coger el móvil y hacer algo con él, aunque no sé si será de mucha ayuda. Ian capta mi movimiento y, antes de que pueda sacarlo, ya me lo está impidiendo

apretándome las muñecas con una fuerza descomunal.

Suelto un grito, dos. Me tapa la boca. Me revuelvo. Forcejeo, trato de morderle. Veo que se saca algo de la americana.

De repente noto un dolor muy intenso en la sien. Después tan sólo hay oscuridad.

LE LIBROS

En cuanto salgo de casa lo entiendo. Desaparezco por una esquina y comprendo que no soy el hombre adecuado para Melissa. Quizá no lo sea para nadie. ¿Qué mujer en su sano juicio querría estar conmigo? Recuerdo que una noche, después de haber hecho el amor, me dijo entre risas que le encantaba amarme. Eso fue cuando retomamos lo nuestro, cuando ambos pensábamos que todo marcharía bien. Le contesté que era una loquita, y su respuesta me dejó sin habla: «No, Héctor, loca sería si no te amara». Y en aquel momento, con su suave cuerpo pegado al mío, con sus enormes ojos sonrientes contemplándome, con su cabello revuelto haciéndome cosquillas en el cuello, lo creí.

Sin embargo, después de haber visto esa foto no tengo nada claro. Joder, sé muy bien que Melissa no se ha acostado con ese cabrón y, a pesar de todo, le he gritado reprochándoselo. Sé perfectamente qué motivos la empujaron a encontrarse con Ian. Y estoy muerto de miedo. ¿Es por lo que él le haya contado que ha estado tan distraída, tan apartada de mí? No podía rozar sus pensamientos. No lograba acercarme a ella con una simple sonrisa, como tantas veces hice anteriormente.

Debería haber sido yo quien se lo contase todo. Al fin y al cabo, todos guardamos algún secreto, ¿no? Aunque es evidente que el mío es mucho peor que el de la mayoría de la gente. Melissa es una mujer comprensiva, pero ¿hasta qué

punto?

No quiero que la historia se repita. Por nada del mundo permitiré que ella se convierta en lo que Naima fue. Yo fui un cobarde, y tampoco deseo comportarme de ese horrible modo. No logré entender a mi expareja, en mi mente la convertí en la mujer que no habría sido, si la hubiera ayudado de alguna forma. Pero, al fin y al cabo, soy terrible, ¿no? En mí tengo una oscuridad de la que no puedo desprenderme por mucho que lo intente. Y eso bien lo sabe Ian. El muy cabrón se ha aprovechado. Aunque claro, ¿cómo reprochárselo después de todo? Si Melissa prefiere estar con él... ¿Quién soy yo para interponerme?

De inmediato hay algo en mi cabeza que me avisa de que me estoy equivocando, y mucho. Melissa no es para él. Es para mí. Por eso le pedí que se casara conmigo, por eso le regalé el anillo, por eso he luchado para ser otro hombre. Uno mucho mejor, uno que sepa cómo ser feliz, cómo vivir. ¿Cuándo aprenderé, joder? Cómo voy a amarla tal como se merece si ni siquiera sé hablar. Discuto. Grito. Rompo cosas. Doy golpes. Y me marchó. Las dejo tiradas en los peores momentos. No repetiré esa historia nunca más. No quiero que la felicidad de la mujer que amo se rompa por mí.

Lo único que recuerdo de mi infancia es a un niño triste y solitario del que muchos se burlaban. Recuerdo también a unos padres cariñosos a los que no sabía querer. No elegí nacer así, con este pecho que a veces se me desgarran aunque luche por impedirlo. No quise ser una persona dañina para los demás. Odio las épocas en las que sale ese otro yo que intento esconder. Puede que la soledad sea mi mejor opción. Al fin y al cabo, cuando jugaba con las mujeres no les hacía tanto daño como a Naima y a Melissa. A ambas las destruí. Una se me fue para siempre. La otra quizá esté a punto de hacerlo. Y puede que así sea mejor. Puede que me equivocara volviendo a por ella en su boda.

Mi corazón me dice una cosa. Mi mente otra. Odio estas batallas que pugnan en mi interior. Me odio en tantas ocasiones...

Sólo deseo amar a Melissa como cualquier persona normal. Quiero ofrecerle sonrisas, cosquillas en el estómago, latidos en el pecho, susurros a medianoche. Quiero jugar con nuestros hijos, abrazarlos cuando tengan frío y contemplarlos mientras duermen. Y aunque el psiquiatra me dijo que no tenían por qué heredar mis problemas, el miedo no se va. Y nunca lo hará.

Necesito tener una vida normal con Melissa. Se lo debo a ella. Me lo debo a mí. A los dos.

¿Ha sido este otro de esos avisos que te da la vida? ¿Qué debo hacer: mantenerla a mi lado para siempre y hacerla infeliz... o dejarla marchar y que rehaga su vida con otro hombre? Creo que soy el mismo egoísta de siempre. No he sido capaz de enfrentarme a mí mismo. ¿Acaso pensaba que lo había conseguido sólo por abandonar aquellas pastillas?

El teléfono suena arrancándome de todos estos horribles pensamientos. Es

Aarón. Otra persona que tiene problemas. Un amigo al que tampoco estoy ayudando. Respondo con voz ronca.

—Héctor, ¿dónde estás? —pregunta con voz ansiosa.

—En la calle. He discutido con Melissa, y no sé qué...

—Escucha... —Me corta bruscamente. Un retortijón en el vientre me avisa de que su llamada no augura nada bueno—. He visto a Melissa.

—¿Y...?

—Creo que tiene problemas. Yo, no sé... —Suelta un bufido, y me inquieto más. Aprieto el teléfono hasta que los nudillos se me quedan blancos, pero no me sale la voz para poder preguntarle—. Héctor, ¿estás ahí? He visto a Melissa con... —Duda si decirme la verdad, pero ahora mismo sé con quién está ella. Y, como si se tratara de una premonición, tengo claro que no ha sido de forma voluntaria.

Ni siquiera me espero a que Aarón añada algo más. Cuelgo y echo a correr.

Hace mucho que no veo a Ian, pero me acuerdo de sus ojos la última vez que hablamos de Naima.

El pecho empieza a abrirseme mientras corro. Si le sucede algo a Melissa, seré yo mismo quien lleve al infierno a aquel que le haga daño.

L=LIBROS

Lo primero que noto al despertar, sin haber abierto los ojos todavía, es un mareo terrible. Dolor de cabeza. Boca seca. Náuseas. Dios, ¿cuánto tiempo he dormido? Me siento aturdida. No sé dónde estoy y me duele la cabeza demasiado para pensar con claridad. Me encantaría beber algo. Joder, es como si tuviera resaca.

Abro los ojos. Trato de moverme, pero no puedo. Un pinchazo me atraviesa el corazón. Reparo en que estoy en una cama, tumbada de lado, pero hay algo que me impide incorporarme. En realidad ese algo ni siquiera me deja mover las manos. Entonces también percibo que tengo la boca tapada. Algo tira de mis labios. Unos segundos después comprendo que se trata de una cinta adhesiva. Cuando la mente se me aclara un poco, empiezo a entrar en pánico. Me viene una imagen tras otra, y me echo a temblar hasta que decido calmarme y hacer algo.

Repto por la cama como puedo y, entonces, lo veo: sentado en una silla frente a la cama, con algo en la mano que no atino a discernir qué es. Está manchado de rojo. Igual que sus dedos. Eso es sangre. No puede ser la mía, ¿verdad? ¿Por qué iba a hacerme daño? Sin embargo, recuerdo que ahora mismo estoy atada de manos, amordazada y tirada en una cama en este lugar al que me ha traído. Y me duele tanto la cabeza... Me golpeó antes, así que es más que probable que esa sangre sí sea mía.

En cuanto se levanta de la silla el corazón se me acelera. Cuando se acerca a mí me entran ganas de gritar. No puedo respirar bien con la cinta, así que en cuestión de segundos mis gemidos se convierten en jadeos. Me quedo muy quieta, encogida. Aunque lo que más me gustaría es darle una patada y salir corriendo de aquí, sé que está por encima de mí y que, ahora mismo, puede hacer conmigo lo que quiera. Soy su presa, y de lo que más me arrepiento es de no haber sido consciente de ello mucho antes.

—Querida, ¿cómo te sientes?

Se acuclilla ante la cama y me acaricia la frente. Un dolor punzante me hace cerrar los ojos. Cuando los abro su rostro está muy cerca, y eso me provoca más ganas de chillar.

—Seguro que te duele, ¿no es así? Ha sido un golpe fuerte —me dice. Tendría que haberme dado cuenta desde un principio de que no hay nada de sano en él—. Imagino que estás asustada, así que vamos a hacer un trato, ¿vale? Te quito la cinta si me prometes que no gritarás. —Calla en espera de mi respuesta. Lo observo con los ojos muy abiertos, entre cautelosa, aturdida y temerosa. Como ve que no respondo, me coge del pelo y tira de él. Se me escapa un chillido que queda acallado por la cinta—. Cuando te pregunte algo me respondes, ¿entiendes? —Me apresuro a asentir con la cabeza—. Entonces ¿gitarás si te la quito?

Esta vez niego, dejando escapar un par de lágrimas que me escuecen. Me suelta del cabello, y suspiro aliviada. Me arranca la cinta de manera violenta, pero consigo mantenerme callada para no molestarlo.

—Ián... —empiezo a decir.

Su mano se alza, y me encojo esperando un nuevo tirón de pelos o algo peor. Sin embargo, lo que hace es llevarse un dedo a los labios y pedirme silencio. A continuación me levanta, me sienta en el borde de la cama bruscamente y se va hacia la silla. Una vez que ha colocado el trasero en ella me sonrío. No es una sonrisa bonita. No es tranquilizadora. Es la de un hombre que lo perdió todo, incluso su cordura, y a quien ya no le importa nada.

—Melissa, Melissa... —canturrea con tono irónico inclinado hacia delante con los dedos cruzados—. Con lo fácil que habría sido que aceptaras lo que te propuse... ¿Qué te supone una noche? ¿Es que no le has dado a él una tras otra desde siempre? —En cuanto lo menciona, su sonrisa cambia a un gesto de asco.

Lo miro con la barbilla apoyada en el hombro, llorosa y aterrorizada. Me tiembla tanto todo y tengo el corazón tan acelerado que creo que en cualquier momento me dará algo. Quizá sea lo mejor; así no seré consciente de lo que me haga, sea lo que sea lo que haya pensado.

—¿Sabes? Es que no puedo entenderlo. —Niega con la cabeza—. ¿Qué es lo que ves en él? ¿Acaso no te convierte en un fantasma? ¡Claro que sí! Aun así, lo eliges a él, lo prefieres.

Vuelve a levantarse de la silla. Me encojo un poco más, pero suspiro de alivio

al descubrir que lo único que hace es pasearse por la habitación.

—Naima me prometió que iba a estar conmigo siempre. ¡Y me engañó, joder! —Alza las manos como si aún no pudiera creerlo—. Le di todo... La escuchaba cuando venía a explicarme las peleas que tenía con Héctor y a contarme lo infeliz que a veces se sentía con él. ¡Pero luego regresaba a sus brazos! —Su tono de voz se eleva, y cuando quiero darme cuenta ya se ha cernido sobre mí y está cogiéndome de los brazos—. ¡Follaba conmigo, me pedía placer y comprensión, pero después se iba a dormir con él!

Me zarandea provocando que me maree. Trato de aguantar el grito que pugna por salir de mi garganta. Me encantaría cerrar los ojos y no encontrarme con los suyos, pero hay algo en mí que me obliga a mantenerlos abiertos.

Me da un empujón. Caigo de espaldas en la cama, sollozando, y esta vez sí cierro los ojos. No obstante, la calma me dura poco porque lo siguiente que noto es un terrible escozor en la cabeza. No puedo aguantar, así que el grito se me escapa. Una bofetada aterriza en mi cara, una tan bestial que me corta la voz de inmediato. Ian estira de mi cabello tanto que me obliga a incorporarme de nuevo. Me sienta en la cama como antes y me mira con esa sonrisa lunática. Me muerdo los labios, tratando de contener los sollozos.

—¿Sabes? Yo no quería hacerle daño —murmura con una voz desprovista de sentimientos. Sé que está mintiendo y, por eso precisamente, el miedo me retuerce las entrañas—. Pero ella me obligó. Incumplió sus promesas. Y por si fuera poco un día me dijo que en ocasiones le daba miedo. ¿Puedes creerlo? —Me agarra de la barbilla y lanza una carcajada totalmente forzada.

Se me escapa un sollozo y, una vez más, me llevo una bofetada. Los dedos de Ian duelen mucho, pero su forma de mirarme, con tanto desprecio, todavía me daña más.

—Déjame ir, por favor... —le suplico en un susurro.

Posa su oído junto a mi boca y le repito lo que acabo de decirle. Suelta otra risa despectiva.

—¿Y por qué cojones debería dejarte marchar? —Ladea la cabeza y me sonrío. Su mano se acerca de nuevo a mi cara, pero lo que hace ahora es acariciarme la mejilla. Mi estómago se contrae con ese simple roce—. Yo te quiero para mí. Es lo que he deseado durante mucho tiempo... Y por fin puedo tenerte de nuevo.

—¿Qué? —Lo miro incrédula, sin comprender del todo sus palabras.

—Lo supe desde el día que te vi en la solapa de ese libro. —Mueve la cabeza sin borrar su tétrica sonrisa—. Pensabas que no iba a enterarme, ¿eh? —Su caricia se hace más dura, hasta que me clava las uñas en la mejilla. Se me escapa otro sollozo y su semblante cambia una vez más—. Has vuelto para hacerme la vida imposible, ¿no es así, Naima? ¡Basta ya de tantos jueguecitos! Me cuesta llamarte Melissa... Por cierto, me parece nombre de puta. ¿Por qué lo

elegiste?

Contengo la respiración y niego al comprender qué sucede. En realidad no sé muy bien qué es lo que tiene este hombre en la cabeza, pero estoy más que segura de que no hay ni rastro de cordura en ella. Ian está loco y, por algún extraño motivo, piensa que soy Naima.

—No moriste, ¿no? Él consiguió salvarte... o qué sé yo. —Hincha las aletas de la nariz y me observa con los ojos abiertos, aunque no parece estar mirándome—. Creíais que me engañaríais. La verdad es que eso del entierro, lo compungidos que estaban todos... ¡Qué buenos actores! Y tú, que tanto amabas la vida... Debió de ser duro para ti estar en ese feo ataúd, ¿eh? ¡Qué buena actriz fuiste también...! O quizá ni te metieron en él, y estabas tomándote una copita de vino y riéndote de mí. —Su labio superior se curva hacia arriba como si sintiera mucho asco—. ¿Por qué quisiste huir de mí, eh? Eso no estuvo nada bien, Naima. ¡Joder, eso fue una puta mierda!

Sus dedos, una vez más, me azotan la mejilla. Tan fuerte que me hace volver la cara. No le doy la satisfacción de verme llorar. Aguanto el tipo como puedo, y por suerte el pelo me cubre la cara. Lo cierto es que estoy muerta de miedo. No sé qué me hará. Me arrepiento tanto de haberme acercado a él, de haber conversado, de haber confiado. Ahora mismo, lo que más desearía es estar entre los brazos de Héctor. Me digo que si quiero evitar caer en la desesperación lo mejor es centrar la mente en él. No obstante, Ian no me lo permite. Sus dedos se hincan en la carne de mi rostro como garras. Me obliga a mirarlo y, durante unos segundos, lo que más deseo es escupirle y dejarle claro lo que pienso de él. Sin embargo, logro contenerme. « Esto no es el final, Melissa. Todavía puedes salir de aquí» .

Quizá lo único que pretende es asustarme. Pero borro esta idea de mi mente cuando, sin previo aviso, sus manos se cierran en torno a mi garganta. Me asusto tanto que el corazón me da un salto en el pecho. Jamás pensé que me encontraría en esta situación. A medida que Ian aprieta, el miedo me cubre más y más. Ni siquiera puedo manotear al estar atada. Abro la boca, pugnando por coger aire, pero me falta, me falta demasiado. Pasan un montón de pensamientos inconexos por mi cabeza, entre ellos que no quiero morir sin ver los ojos de Héctor por última vez. Caigo de espaldas sobre la cama, con la rodilla de Ian al lado de mi cuerpo. Empiezo a marearme. Su rostro se me desdibuja. Dios mío, ¿en realidad merezco lo que está pasándome?

La presión cede. Los dedos de Ian sueltan mi cuello. Ladeo la cara entre toses y lágrimas que corren por mis mejillas. Me arde la garganta y me duele la piel, pero al menos estoy viva. Tengo que pensar, por mucho que me cueste, en cómo escapar de este hombre.

Para mi sorpresa pasa las manos por mi cintura, me coge en volandas y me lleva a la silla en la que estaba sentado. Me coloca encima de ella y me deja ahí,

temblando como una niña abandonada. Me obligo a mantener la cabeza bien alta, a no permitirle que olisquee el miedo que me atenaza. Se acucilla ante mí y me mira de una forma que no logro comprender. Hay una niebla en sus ojos que no me permite ir más allá. Por unos segundos advierto tristeza en ellos, pero al momento siguiente me parece que está burlándose de mí o que me odia.

—Eras muy inteligente, Naima... Bueno, para unas cosas. No con los hombres. —Su índice se desliza por una de mis mejillas hasta los labios. Me sobreviene una arcada que apenas logro contener. Los ojos de Ian devoran mi boca y temo que sea después la suya la que lo haga—. Fue fácil engañarte, aunque también a Héctor. Parece que la ingenuidad se pega.

Me sonrío con los ojos muy abiertos, y casi me dan ganas de contestar que es cierto, que he sido la más ingenua del mundo.

—Cuando mi querido amigo vino a verme aquella noche, pensé que todo se acababa. Pero el muy gilipollas había bebido, ¿sabes? Me resultó bastante sencillo hacerle creer que él también tenía su parte de culpa en todo esto. —Su gesto se contrae en señal de repugnancia y enfado—. Le dije: «Naima nos necesita a los dos. Naima quiere que seamos tres en la cama. Se marchará de nuestras vidas si no aceptamos». Y lo creyó porque, al fin y al cabo, yo era tu mejor amigo y también el suyo, ¿no? ¿Cómo iba a inventarme esas cosas horribles? Y después fuiste tú quien se lo confirmó, así que...

Se queda callado unos instantes y me observa con esa sonrisa ladeada.

—Eres un monstruo —se me escapa antes de que pueda comprender las consecuencias.

—¿Perdona? —Se lleva una mano a una oreja—. Creo que no te he oído bien.

Ni siquiera me permite repetir la frase. El puñetazo que recibo en el rostro me deja muda. Incluso tiene que agarrarnos a la silla y a mí para que ambas no caigamos al suelo.

Abro la boca, aturdida, dolorida y aterrorizada. Me doy cuenta de que la nariz me gotea. Oh, Dios mío... El corazón empieza a latirme desbocado y hasta eso me da miedo. Me da pánico que Ian oiga mis latidos y se cabree. ¿Fue así como se sintió Naima aquella vez que le confesó que lo temía? ¿La golpeó en alguna ocasión? Todo son dudas que están carcomiéndome.

—Quizá yo sea un monstruo, pero tú fuiste una puta. Y aun así te aceptaba. —Lo ha dicho con tanto desprecio que se me encoge el estómago. Está tan convencido de que soy Naima y yo estoy tan aturdida que empiezo a creer que esto es una jodida broma del destino—. ¡Llegó un momento en que te volviste una maldita viciosa, hostia! —De nuevo alza la voz y a mí se me escapa un sollozo—. Aunque he de reconocer que me divertía. No tanto a él, y lo sabes... Héctor es demasiado tradicional para todo eso, e imagino que continuará así. ¡No sabes lo que me reía por dentro cuando me pedías que te golpeará o que fingiera que te violaba! ¡Joder, Naima, es que eso era de psicólogo! —Se le escapa una

carcajada.

No puedo soportar todo lo que me está confesando. ¿Héctor también accedía a esos deseos? No es algo que me agrade, pero lo cierto es que si todo era consentido, ¿quién soy yo para juzgarlos? ¿Y quién es Ian para despreciar de esa forma a la mujer que supuestamente amó y que ahora está muerta?

De nuevo mi instinto actúa más rápido que mi razón. Reúno saliva en la boca y, segundos después, se la lanzo a la cara. Ian se echa hacia atrás, totalmente sorprendido, y luego se lleva una mano al rostro como si no creyera lo que he hecho. Me mira con una ira tremenda, y cierro los ojos preparada para recibir el golpe que se avecina. No llega. Entreabro un ojo y lo veo limpiándose el escupitajo con la manga de la americana.

Se va hacia una puerta, a nuestra derecha, en la que yo no había reparado antes. El miedo vuelve a ensañarse con mi cuerpo y, antes de que pueda darme cuenta, se me ha escapado un grito. Ian sale corriendo de la habitación en la que está ahora —imagino que será el cuarto de baño— y se apresura a colocarme una nueva cinta en la boca. Me revuelvo, suelto un par de gritos más que quedan amortiguados y, al fin, me quedo callada y lo observo con la respiración agitada. Está muy cabreado, y me lo he buscado yo solita, pero al menos habré actuado como me pedía el alma.

—Eres una zorra, querida. —Se acuclilla una vez más ante mí, posando sus manos en mis muslos. Mi respiración se agita, y la cinta adhesiva lo empeora todo—. Podría habernos ido tan bien... ¿Sabes que llegué a entender que quisieras todas esas cosas? Al fin y al cabo, con mi amiguito te sentías muy frustrada. De adolescente eras una mosquita muerta... Eso es algo que me ponía tremendamente cachondo, y tú lo sabías. Pero después te empeñaste en probar todo eso que él no sabía darte. Yo estaba dispuesto a dártelas. Lo hice, ¿o no? ¿No te acuerdas? —Me agarra de la barbilla y me echa la cabeza hacia atrás. Su respiración también se acelera—. Porque yo sí me acuerdo de las veces en las que estuviste ante mí como ahora, con una soga entre los dientes y otra alrededor de las manos. Disfrutabas como una perra. ¡Y luego empezaste a recriminarme que a veces te hacía más daño del que debía! —Se encoge de hombros como si le pareciera algo increíble—. ¡Claro que sí, joder! ¿Cómo no iba a hacértelo si siempre regresabas con él, eh?

Me zarandea en la silla y a mí se me escapa un gritito.

—Tú y yo estábamos hechos el uno para el otro —continúa—. Yo podía darte todas esas cosas enfermizas que querías. Él no. Ni siquiera te daba amor; eso, al menos, era lo que siempre me decías entre lágrimas. —Niega con la cabeza, incrédulo—. Entonces ¿qué cojones hacías con él, eh?! ¿Por qué hostias no te quedabas a dormir conmigo ninguna noche?!

De no tener la cinta en la boca le preguntaría si no se le ha pasado por la cabeza que Naima estuviera enamorada de Héctor a pesar de lo que hizo. Ahora

mismo no sé qué pensar. Me siento demasiado confusa.

—Te quería muchísimo, Naima. Aún lo hago, ¿eh? Tranquila, que todavía estoy yo para hacerlo. —Me separa las piernas y se coloca entre ellas—. Porque está claro que nuestro queridito Héctor te abandonará como a un perro. No sería la primera vez que lo hace. Entonces vendrás a mí, llorarás en mi hombro, me pedirás que te folle y, antes de que amanezca, te irás.

Sus manos vuelven a posarse en mis muslos, pero ahora no las deja quietas sino que las desliza hacia mi entrepierna. El estómago me da un vuelco cuando me aprieta el sexo por encima del pantalón. Se me escapa un jadeo impregnado de pánico y asco. Al agachar la vista descubro el bulto en su entrepierna y el llanto vuelve a apoderarse de mí.

—Esta vez he decidido que no permitiré que suceda eso. Por esa razón estás aquí, Naima. —Sus dedos presionan mi sexo haciéndome daño—. Me costó seguirte ese jueguito de «jiji, soy Melissa, soy tan distinta a Naima, no te conozco, cuéntame cosas». Cada vez que te veía sentada ante mí en la cafetería quería llevarte al baño, tirarte del pelo y follarte contra la pared mientras repetía tu nombre. No pudiste mantenerte alejada de Ian, ¿eh? Aunque te atemorizo, siempre vuelves a mí. —Acerca su rostro al mío con los ojos muy abiertos y su sonrisa de depredador en los labios—. Esta vez no te dejaré escapar. Te daré todo lo que quieras para que desees quedarte conmigo.

Sin previo aviso pasa las manos por debajo de mis muslos y se levanta conmigo en brazos. Pataleo; trato de golpearlo con las piernas, que es lo único que tengo libre; me sacudo todo lo posible... Pero es en vano. Me tira sobre la cama como si fuera una muñeca rota. En realidad, así es como me siento. Y estoy segura de que ésa era la forma en la que Naima se sintió durante mucho tiempo. Por eso no puedo evitar caer en el llanto.

Ian me coloca boca abajo a pesar de mis protestas. Me baja el pantalón con malas maneras y me da un doloroso cachete en el culo. Grito contra la cinta, me revuelco en la cama y lloro. Este hombre va a violarme y no podré hacer nada para evitarlo. Después, si tengo suerte, me matará... Así no tendré que llevar conmigo esta vergüenza el resto de mi vida.

—¿No es esto lo que te gustaba, eh? —Otro azote en el trasero que hace que mi espalda se curve.

Niego con la cabeza, desesperada, pero lo único que hago es provocarlo más, con lo que me llevo un golpe tras otro.

Cuando se detiene me siento exhausta y con las nalgas ardiendo. Es un dolor sordo que está traspasándome y que me provoca más terror. Me arranca las bragas de un tirón. Oigo un sonido que no presagia nada bueno y al intuir de qué se trata estoy a punto de desmayarme. Me acerco aún más a la inconsciencia cuando su cinturón se clava en mi carne, desgarrándomela un poquito más con cada uno de los golpes.

—Lo siento, querida, lo siento tanto... —Se coloca sobre mí, aplastándome con su peso y haciéndome ver las estrellas en el trasero. Está llorando, y su humedad cae en mi rostro uniéndose a mis lágrimas—. A mí también me jode hacerte esto, ¿sabes? Pero es un pequeño castigo, un poco de dolor por todo el que me causaste.

Quiero gritarle a la cara que está loco, que es un ser despreciable, un auténtico monstruo. No puedo, y eso hace que todavía me sienta peor. Apoyo la frente empapada en sudor en las sábanas, consciente de que si sobrevivo a esto jamás seré la misma. Ninguna mujer puede serlo cuando la despojan de su alma.

Al momento siguiente me veo tumbada boca arriba, sin comprender bien lo que está sucediendo. Ian reparte un montón de besos húmedos por mi frente, mis ojos, mi rostro, mi barbilla, incluso en mi boca, a pesar de que me la tapa la cinta. Sus dedos se pierden por mi sexo, y me obligo a volar muy lejos de aquí. Ya ni siquiera lloro. Trato de alcanzar un estado en el que no note nada, en el que tan sólo haya buenas sensaciones. Pienso en Héctor y en su manera de mirarme, en cómo se curvan sus labios al susurrarme un «te quiero» o uno de sus «aburrída», en el modo en que me acaricia con cada una de las partes de su ser. Recuerdo cómo nos conocimos, lo diferentes e iguales que éramos a ahora, el pánico que nos daba amar, lo atados que estábamos a los secretos.

Y por eso estoy aquí. Por ese motivo mi alma va a morir de un momento a otro, y quizá también lo haga mi cuerpo. No me casaré tal como teníamos previsto. No tendré hijos y no sabré cómo es Héctor como padre. ¿Quién llorará por mí? Seguramente mi familia y mis amigos. ¿Y qué sucederá con él? ¿Será tan grande su dolor que tampoco podrá continuar con su vida?

Jamás había pensado en la muerte. Aunque bien es cierto que jamás la había tenido tan cerca. Y supongo que es esto que estoy sintiendo ahora mismo mientras las manos de Ian me atenazan la garganta. Imagino que morir es esta oscuridad que se acerca galopando y ese frío que está invadiendo cada una de mis extremidades.

Ian está hablando... Trato de concentrar mi atención en él, aunque sólo atino a captar alguna frase que otra.

—Me enfadaste tanto aquella noche... —Sus dedos aprietan más, tanto que me parece oír un crujido en mi cuello—. No podía creer que me dijeras aquello, que no quisieras que nos viéramos más. Me explicaste que te habías dado cuenta de que era yo el que estaba destrozándote. Pero ¡¿cómo coño pudiste soltar esas cosas?! —Me zarandea contra la cama con los dedos clavados en mi nuez—. No sé qué fue lo que te dijo él, pero te comió la cabeza, como siempre. No podía dejarte marchar, Naima. Lo entiendes, ¿no? Si no eras para mí, no ibas a serlo para nadie. Si no eras mía, te prefería muerta.

Al entender sus palabras algo se quiebra en mí. Mi cuerpo instintivamente

reacciona, tratando de aferrarse a la vida. Se me está escapando por cada uno de los poros de la piel, pero no quiero, no puedo dejarla marchar. No después de todo lo que ha ocurrido, después de lo que hemos tenido que luchar Héctor y yo para amarnos. No voy a permitir que este hombre me separe del hogar que he creado. Está en mi pecho, en mi corazón, en mi alma. Cada gesto, cada palabra, cada susurro, cada mirada, cada jadeo, cada momento que Héctor me ha regalado los tengo guardados y son los que ahora mismo están luchando conmigo.

Ian aprieta los dientes y el ruido que hace con ellos me trastorna. Quiero vivir, pero no puedo respirar. Me siento tan débil... Y tan terrible. Yo he sido la culpable de esto. Me gustaría ver a mis padres por última vez. Me encantaría oír el llanto de mi sobrino, al que no conoceré. Desearía volver a sentarme con Héctor, agarrarlo de la mano y confesarle todas mis dudas, exponerle mis errores. Y amarlo. Sobre todo amarlo, nada más. Ahora me doy cuenta de que es lo único que necesito. Qué curiosa es la vida. Y la muerte. Comprendes lo que significa vivir cuando estás a punto de dejar de hacerlo.

Las lágrimas recorren mi rostro. El rostro de Ian se desdibuja ante mí. Él continúa hablando, y yo lo que hago es caer en una oscuridad que, en el fondo, no es tan mala. No, porque en ella diviso los ojos de Héctor. Quiero que me abrace, que me susurre con su cálida voz que todo estará bien.

Desearía haberle dicho por última vez lo mucho que lo he amado.

—¡Melissa! ¡¡¡Melissa!!! —Es una voz familiar. Es la de Héctor. Está llamándome. ¿Cómo es posible? ¿Es que ha muerto también?

Atisbo entre la niebla el rostro atemorizado de Ian. A continuación oigo más voces que no reconozco. Golpes, gritos, movimientos que suceden delante de mis ojos y no atino a ver.

La oscuridad se cierne sobre mí, más y más.

Y, en el centro, la mirada del hombre que más amo. Gracias, Dios, gracias por traérmelo. Gracias por dejarme contemplar de nuevo esos ojos antes de irme de aquí.

L=LIBROS

Me despierto de golpe, empapada en sudor. No acierto a comprender dónde estoy. Esto no se parece en nada al cielo. Tampoco al infierno. No es que yo crea en esas cosas, pero...

Poco a poco voy siendo consciente de todo mi cuerpo y de lo mucho que me duele, especialmente el cuello. Trato de llevarme una mano para acariciármelo y descubro que algo tira de mi piel con un pinchazo. Es un gotero. Estoy en un hospital. ¡Eso quiere decir que no estoy muerta! Pero ¿cómo...?

La puerta se abre. Intento alzar la cabeza con la ilusión de encontrarme con mis padres. Es Héctor el que se asoma. Se detiene, con los ojos muy abiertos, entre sorprendido y alegre. Unos segundos después su rostro se ilumina con esa sonrisa tan suya, esa que acabó volviéndome loca de amor. Yo también quiero reír, pero, sin poder contenerme, rompo a llorar. Se acerca a mí con cautela. Noto que no sabe qué decir ni qué hacer. Una de sus manos se posa en mi brazo libre en un intento por calmarme.

Dios, me siento tan avergonzada... Tan culpable. Tan estúpida. No podré ser la misma con él. Me acerqué a Ian únicamente porque estaba dolida, y un poco enfadada por el hecho de que Héctor no fuera capaz de contarme cosas sobre Naima, me obstiné en que me ocultaba algo y necesitaba saber si podría amarlo a pesar de todo. ¿Por qué necesité ponernos a prueba?

—Melissa...

Me tapo la cara con una mano para llorar a gusto. Héctor no me interrumpe durante el buen rato que me tiro sollozando, despojándome de todo el terror que he vivido y de la lástima que ahora mismo siento por mí, por ser tan desconfiada y mala persona.

—Lo siento tanto... —Ni siquiera sé cómo disculparme.

Me aparta la mano y me acaricia una mejilla. No puedo evitar temblar de alivio ante ese gesto tan cargado de amor. Me da la vida. Y, verdaderamente, debo estar viva por él.

—Todo fue culpa mía. Yo me lo busqué.

—No necesitamos hablar de eso, Melissa.

—Sí es necesario. Estuve a punto de echarlo todo a perder. —Me quedo callada al observar su semblante serio. Me asusto y el corazón se me acelera—. Joder... Sí, eso. La he jodido, ¿verdad?

—Eh, eh... Basta ya. Por favor, no te culpes más. —Acoge mi cara entre sus manos y me mira con una delicadeza que me sobrecoge—. Yo no lo hago. Jamás lo haría. Ni siquiera pienso que te equivocaras. Entiendo lo que querías, Melissa. Fui yo quien obró mal, como tantas otras veces.

Veo el dolor en sus hermosos ojos y me apresuro a negar con la cabeza.

—Podría haber esperado. Tendría que haber confiado en ti y... No sé, Héctor. ¿Por qué no lo hice?

—Porque no supe ofrecerte la confianza que precisabas.

—Fueron todos esos sueños, ¿sabes? Estaban carcomiéndome. Necesitaba respuestas para continuar con lo nuestro y, no sé por qué, me daba miedo preguntarte.

—Y yo no podía darte esas respuestas porque mi temor era que lo nuestro no continuara. —Agacha la mirada. Me doy cuenta de lo preocupado que está—. No me comporté bien. Tampoco fui una buena persona con Naima. No supe amarla como se merecía.

—No, Héctor.

Mi respuesta lo sorprende. Alza la cabeza con los ojos muy abiertos, y me observa con expresión interrogativa.

—Tú lo hiciste lo mejor que pudiste y supiste. Y, en el fondo, Naima también lo sabía. Por eso continuó contigo, por eso te amaba tanto.

—Me convencí a mí mismo de que era una mala mujer... —Sacude la cabeza.

—Está claro que Naima no hizo tampoco lo correcto, pero creo que puedo llegar a entenderla... en cierto modo. —Espero a que diga algo y, aunque tan sólo asiente con la cabeza, me muestro satisfecha y continuo—: Estaba atrapada, y tú sabes lo que es eso. Ella quería darte lo mejor de sí misma, ayudarte, sacarte de toda esa oscuridad que en ocasiones te envolvía. Pero eso no quita que se

comportara de manera horrible, que hiciera cosas que no debió. Se le fue de las manos.

—Lo sé.

—No estoy justificándola, sólo trato de ponerme en su piel porque a veces no empatizamos y juzgamos sin comprender. Naima no supo cómo encauzar su vida e Ian se encargó de desviarla aún más. A pesar de todo, continuó pensando que lo que ella hizo también fue terrible. Te destrozó.

Soy consciente de lo que ese nombre provoca en Héctor. Su puño, apoyado en la cama, tiembla. Se lo cubro con mi mano para tranquilizarlo.

—Ese hombre se aprovechó de vuestros problemas, les dio la vuelta y os fue separando. Me contó tantas cosas... —Al recordarlo me estremezco y se me escapa un sollozo. Héctor se sobresalta y me mira con preocupación—. Y al final Naima, con esa doble vida que quería llevar, no supo cómo destejer la telaraña. La lio todavía más.

Héctor no puede hablar. Está controlándose mucho para no romper a llorar ahora mismo. Su nuez sube y baja a toda velocidad y sus ojos brillan más que nunca.

—¿Tú sabías que Ian tenía un problema?

—Yo... no. No me di cuenta de que estaba tan obsesionado con Naima.

—Creo que él la mató, ¿sabes? No sé cómo, pero es el presentimiento que tengo.

LE LIBROS

Melissa rompe a llorar con fuerza después de esa confesión, y mi corazón se resquebraja por completo. Se hace añicos tanto por ella como por el recuerdo de la muerte de Naima. Por fin y también lloro. Suelto todo el dolor que he llevado dentro durante años, la incomprensión, la rabia, la vergüenza y la culpabilidad. Melissa estira un brazo para abrazarme y, aunque es ella la que está hospitalizada y la que merece recibir cariño, acabo siendo yo al que tiene que calmar.

—La policía dijo que había tomado muchos tranquilizantes y que por eso se

durmió al volante —digo con voz temblorosa. Melissa me observa con gesto de horror—. En un principio me pareció raro... porque ella los odiaba, ¿sabes? Los detestaba por mí. Pero luego me olvidé de ello y sólo dejé hueco para la rabia, así que no pensé más en que era extraño. Todas esas noches echándola de menos y odiándola a partes iguales no me permitieron verlo todo con claridad.

—¿Dónde está él? —pregunta Melissa de repente, un poco inquieta.

—La policía lo detuvo.

—Espero que se pudra en algún lugar —dice con expresión de desagrado. Pero es tan buena que ni siquiera atisbo en ella la rabia que ese monstruo se merece—. ¿Me encontraste tú, Héctor? ¿Fueron realmente tus ojos los que vi antes de caer inconsciente?

—Sí, Melissa, eran los míos.

—Pero ¿cómo...? —Se muestra aturdida y asombrada. Mi Melissa... Tan curiosa, hasta en una cama de hospital hecha polvo.

—Me llamó Aarón. Te vio subir en un coche negro y le dio mala espina. No me fue difícil atar cabos.

—¿Qué hacía Aarón por allí? Bueno, en realidad no me acuerdo ni de dónde me encontraba yo. Salí a buscarte y me perdí, o no sé... —Menea la cabeza y esboza un gesto de dolor. Se me encoge el vientre al contemplar su cuello maltrecho—. ¿Cómo supiste dónde buscarme?

—Estaba allí por... Ya sabes por qué. —No me apetece decirle, tal como está, que Aarón había quedado con su camello. Sin embargo, entiende a lo que me refiero y una sombra le oscurece los ojos—. No pienses ahora en eso. —Le acaricio los finos dedos con suavidad—. Supe dónde buscarte por un presentimiento. La noche de la muerte de Naima... —Un nudo me atenaza la garganta, pero tengo que hablar, debo hacerlo por Melissa. Por mí—. Ella y yo discutimos. Me contó muchísimas cosas. Me confesó que, a pesar de que yo le había pedido que detuviese todo aquello y ella me lo había prometido, continuaba quedando con Ian. Me dijo dónde se veían. Me enfadé tanto que le eché en cara cosas horribles... Se fue sin mi perdón y sin una palabra cariñosa por mi parte.

Me froto los ojos en un intento por olvidar los tristes ojos de Naima cuando aquel día la dejé sola y me marché a trabajar. Ésa fue la última vez que la vi viva.

—Héctor... —Los dedos de Melissa, tiernos y amorosos, me rozan la barbilla y es ese único gesto el que logra mantenerme cuerdo.

—Así que al decirme eso Aarón, algo en mí dio un brinco. Mi mente me gritaba que estabas en peligro. Joder, no debí haberme ido. Hice lo mismo que con ella. Te dejé a ti también. Creí que ni yo ni la policía llegaríamos a tiempo, Melissa. —Le lanzo una mirada apesadumbrada y me devuelve otra un tanto críptica—. Cuando te encontré allí, él encima de ti y tú... Dios mío, pensé que iba a ocurrir otra vez lo mismo. Creí que ibas a morir entre mis brazos, y supe que si

ocurría eso me iría contigo.

Me observa con los ojos muy abiertos, entre sorprendida y tímida. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios, y me dan ganas de besársela y de rogarle que intentemos olvidarlo todo, de decirle que lo único que deseo es perderme en el aroma afrutado de su pelo y enredarme en las curvas de su cuerpo. Su cuerpo, que es mi templo, mi vida, mi presente, mi futuro... es mío para siempre. Pero sé que alguna vez tenía que responder por mis pecados.

—Estoy hecha un asco, ¿no?

—Estás preciosa. —Más tarde o más temprano se mirará en el espejo y se encontrará con el cuello amoratado, pero prefiero callarme.

—¿Me rompió la nariz?

—No.

—¿Me viol...? —No es capaz de terminar la frase.

Me apresuro a negar con la cabeza. Si ese hombre la hubiera despojado de su orgullo, de su libertad y de su condición de mujer, yo mismo lo habría matado.

—Melissa...

Ladea el rostro y me dedica una sonrisa triste. ¿Y si después de esto ya no es la misma? ¿Y si su amor por mí se va marchitando poco a poco? Estoy seguro de que se siente culpable por haber caído en la trampa de Ian, pero me encantaría susurrarle que continuó queriéndola como siempre, que ella es y será por siempre mi Melissa. Necesito saber que no le importa lo que hice.

—Me siento avergonzada —dice en voz muy bajita con una débil sonrisa—. He hecho algo horrible. Sabía que no estaba bien, pero algo tiraba de mí para que continuara. No podía detenerme, Héctor. Y, de verdad, me doy asco.

—No vuelvas a decir eso. —Rozo sus dedos distraídamente mientras miro el imperfecto contorno de esos labios que adoro—. Pensar así es terrible, es una sensación que no debería existir. Hemos vuelto a actuar indebidamente, sí, pero los dos. Yo no he sabido abrirme a ti. Yo... deseo ser de otra forma. En serio, no quiero ser de esas personas que tienen todo dentro, que se pasan la vida dormidas porque así es como se sienten más libres. No quiero ser así, de verdad. Y tampoco quiero que lo seas tú. Ambos necesitamos superarnos a nosotros mismos.

—Pero ¿ahora qué? —pregunta con una expresión tan indefensa que me trastoca—. Hemos vuelto a equivocarnos, como dices. Es como si todo se conjurara para separarnos. Siempre hay algo que no nos deja amarnos con tranquilidad. Mejor dicho: somos nosotros los que lo impedimos. ¿Cómo es posible, Héctor?

Quiero contestarle que no, que en realidad, todo nos une. Y quiero decirle que mi deseo es que nos casemos, que tengamos esos hijos con los que hemos soñado. ¿Por qué no me sale ninguna palabra?

—Creo que debería pasar un tiempo con mi familia —murmura cautelosa.

¿Acaso teme mi respuesta? ¿Qué le provoco ahora? ¿Inquietud? ¿Temor? En mi mente se forman unas palabras que no cobran vida: « Hazme tu familia, Melissa ». Pero me mantengo en silencio y asiento con la cabeza porque, al fin y al cabo, la conozco más de lo que ella cree y sé que necesita pensar y reconciliarse consigo misma.

—Ambos debemos reflexionar, ¿no? —Me estrecha la mano con fuerza y yo lo hago con un temor enorme, uno subterráneo de esos que se acomodan en la piel.

—Sí. Es lo mejor.

Mientras le doy ese abrazo que se me antoja el último medito sobre lo estúpidos que somos los seres humanos cuando perdemos a alguien: « Me alegra que te vaya bien con tu nueva pareja ». « Espero que encuentres la felicidad con otra persona ». « Sí, es mejor que nos demos un tiempo ». Todo son mentiras. Lo son porque si alguna vez se ha amado con todo el corazón, si alguna vez se ha amado de esa manera en la que hasta te duelen las entrañas, entonces uno no puede alegrarse de ver al amor de su vida con otra persona. Yo quiero que Melissa sea feliz, pero esta vez necesito que lo sea conmigo, no con nadie más. Quiero ser yo quien le saque sonrisas. En cambio, estoy aquí acariciándole una mejilla y dedicándole un « cuidate, hasta pronto ».

En el ascensor recuerdo la mañana en la que la eché de mi casa. Nos destrocé a ambos y, sin embargo, continuó amándome y mantuvo la esperanza. Y luego fallé. Lo hice porque, como me sucedió con anterioridad, no supe llegar a su interior y no vi que algo ocurría. Tampoco entiendo cómo hemos llegado a esto, aunque es evidente que fui un ingenuo al pensar que podía estar conmigo sin sentir curiosidad. Supongo que cuando amas a alguien y esa persona te da todo, entonces merece saber también todo de ti. Pero fallé, sí. Fallé como siempre, como desde que salí del vientre de mi madre, como desde la primera vez que me arrinconé en la escuela primaria y odié a mis compañeros sin una razón aparente, como el día en que visité al primer psiquiatra y lo mandé a la mierda, como la primera noche en que bebí más de la cuenta y grité a Naima porque pensaba que no me comprendía, como cuando la alejé de mí poco a poco, como cuando lo hice con mis padres. Y con Melissa.

Dios, cómo duele. Y cómo odio el miedo. Lo detesto porque me ha perseguido desde que tengo conciencia. Un pánico que se me pega a la piel y me provoca ganas de gritar. Bien mirado, he sido yo quien lo ha reforzado. He sido yo quien se apegaba a esa tristeza, a ese daño. Los hice míos, como si no supiera vivir sin cierto malestar. Y no quiero seguir así. Me lo prometí cuando Melissa se instaló en mi vida. Me juré a mí mismo que aprendería a amarme para ofrecerle a ella todo mi amor.

Algunos se burlan de un amor así. Uno infinito. Yo lo hacía. Pero ahora lo noto, lo tengo enraizado en cada uno de los poros de mi piel. Es un amor que me

desgarra, que me hace volar, que me tortura, que me recompone, que me enloquece, que me ilumina, que me hace ser yo. Eso es lo que me devolvió a la vida. Eso es lo que hizo que me diera cuenta de que cada día merece la pena. Eso es amor: comprender quién eres al mirarte en los ojos de esa persona. Y no de ninguna más.

Dicen que la auténtica felicidad llega al soltar el pasado para mantenerse a flote en el presente. Siempre he creído que las personas que lo consiguen son aquellas que no se avergüenzan de sí mismas, aquellas que no tienen al mismo tiempo ganas de huir y de quedarse. Debería haberlo superado mucho antes, como por ejemplo el día en que le entregué el anillo. Ahí habría podido confesarle todo lo que ocurrió, quién soy yo realmente. Podría haberme dado cuenta antes de que, precisamente, ella es la única que nunca me juzgará.

Ahora mismo, mientras camino calle abajo dejando el hospital atrás, comprendo que esta vez estoy preparado. Pero Melissa está en su cama del hospital y yo aquí, en la calle, buscando con la mirada la hipotética ventana de su habitación.

Quiero regresar, desandar mis pasos y correr hasta ella. Estrecharla entre mis brazos y decirle que fuimos, somos y seremos el uno para el otro. Sí, abrazarla hasta el último día de nuestra vida y, entonces, hacerlo aún más.

Sin embargo, me meto en el coche, sumido en un silencio que no dice nada y lo dice todo.

De: hectorplm@gmail.com
Asunto: ¿Cómo está la enfermita?

El otro día Ana me comentó que tu cuello va mucho mejor. Está un poco triste, lo he notado en su voz. Bueno, también lo sé porque ella me lo ha contado. Dice que lo único que quiere es que yo sea su cuñado y el tío de su hijo. Me hizo reír al contarme que piensa que en cualquier momento va a reventar y el niño se le deslizará piernas abajo. La verdad es que a mí me gustaría estar en su parto, a tu lado, aunque ahora mismo sea imposible.

Le pregunté si no te molestaba que habláramos por teléfono y me confesó que no lo sabías. He preferido decírtelo. No sé, me parece que para ti será una prueba de que no quiero ocultarte nada más.

Espero que no te moleste que me haya tomado la libertad de escribirte un correo. Esto y las llamadas a tu hermana son las dos cosas que me mantienen ligado a ti, y necesito conservarlas. Pero bueno, si así no te permito pensar, si mis mensajes van a desconcertarte y a agobiarte más, entonces dejaré de enviártelos.

No es necesario que contestes, ¿de acuerdo? Es que, simplemente, escribirte me hace bien, me hace sentir que soy real.

Un beso,

Héctor

De: hectorplm@gmail.com
Asunto: Mi día

Aburrido, sin más. Me pregunto cómo habrá sido el tuyo. ¿Habrás decidido empezar la nueva novela que me comentaste? Me habría gustado encontrarte ante el ordenador, tecleando como una loca, cuando

he entrado en casa. Ese ruido que hacen tus dedos, la forma en que los curvas para escribir... Dios, cuánto echo de menos cada uno de tus gestos.

Aarón y yo hemos estado hablando, y le he dicho que es mejor que deje pasar un tiempo para llamarte. Lo que sí quiero anunciarte es que está recibiendo apoyo psicológico. Es estupendo, ¿no? Por fin van a ayudarlo, Melissa. Por otra parte, Alice todavía está sopesando qué hacer con su relación, pero Aarón está decidido a luchar por ambos.

Como yo. Por eso, aunque no has contestado mis correos, continuó escribiéndote. Quizá ni siquiera los estés leyendo. Me da miedo preguntar a Ana si has querido saber de mí. Ella tampoco ha mencionado nada, así que lo más probable es que no hables de mí.

Ojalá este tiempo pase pronto.

Te quiero,

Héctor

De: hectorplm@gmail.com

Asunto: Tu piel

No sabes lo que ha sucedido hoy, Melissa. Estaba duchándome para ir al trabajo y tenía una prisa de cojones porque anoche me costó dormirme. Bueno, eso no es lo importante ni lo que quiero contarte. Lo que ha sucedido es que descubrí, detrás de unos frascos de gel, uno de los tuyos. Era ese de color rosa que huele a chicle de fresa, ¿lo recuerdas? Te lo regalé porque la chica de Carrefour me dijo que te encantaría, y la verdad es que acerté: adorabas ducharte con él.

Lo destapé y lo olí, como si me evitarlo. Y entonces fue como si estuvieras conmigo, como si me rodearas. Podía recordar el tacto exacto de tu piel, como si formara parte de mí de una manera totalmente lógica. Me quería dentro de ti, y me pareció que también lo estaba. Únicamente éramos tú y yo, a pesar de que me encontraba solo.

Cómo echo de menos tu piel, Melissa. Cuánto la necesito...

Héctor

De: hectorplm@gmail.com

Asunto: La injusticia. Esa encantadora pareja. Tú

Hoy he ido a pasear por los jardines del Real. Me senté en el mismo banco en el que puse el anillo en tu dedo. Vi a una pareja besándose, y luego se separaron y se agarraron de la mano, y ella al volverse se echó

a reír, y entonces descubrí que sus dientes delanteros eran algo más grandes y que estaban un poquito separados, y me hizo pensar en los tuyos porque son los que amo tanto. Pensé que el mundo es injusto, que es un jodido cabrón por no permitirme estar en esos momentos pasando mi lengua por tus dientes. Quería golpear al mundo, y también insultar a esa pareja que se atrevía a sonreír delante de mí.

Sin embargo, cuando llegué a casa comprendí que somos nosotros los injustos.

Héctor

De: hectorplm@gmail.com

Asunto: Mis secretos

Cuando Naima y yo nos conocimos Ian ya estaba ahí. Naima había crecido en una familia en la que todo lo que hacía estaba mal. No había margen para el error. Supongo que lo que le llamó la atención de mí es que fuera un error andante. Ian, Naima y yo fuimos los mejores amigos durante un tiempo. A ellos no parecía importarles que yo acudiera al psicólogo una vez a la semana o que les fastidiara una noche de fiesta con mi mal humor. Ella empezó a darme luz, pero no supe cómo acoplarla a mi alma.

No pensé que sus ausencias significaran que estuviera en la cama de otro hombre, y menos en la de su mejor amigo, en la del mío. Bueno, en realidad no lo fue, está claro, pero en esa época pensaba que sí. Cuando me lo confesó lo achaqué a un error. Ella continuó viéndose con él, sin embargo. Le pedí que fuera sincera y me explicara qué quería. Estaba dispuesto a dárselo. Me dijo que nos amaba a los dos. Al principio no lo acepté, por supuesto... Pero entonces ella empezó a cambiar, a rechazarme continuamente. Me puso entre la espada y la pared. Me dijo que si no accedía, lo nuestro se acabaría. Y yo la amaba. No quería perderla. Por eso lo hice. Por eso accedí. Pero me he arrepentido durante mucho tiempo. No sé lo que hicimos. Realmente no sé qué nos ocurrió. Parecíamos poseídos por una fuerza impregnada de oscuridad, sufrimiento y furia.

Puede que a Naima le gustaran las relaciones destructivas, pero lo único que sé es que fue descomponiéndose con cada uno de nuestros encuentros. Fueron cinco, no más. Al sexto decidí que no hacía falta porque, de todas formas, la rabia me había abandonado pero no el dolor. No me servía de nada provocárselo a ella porque el mío continuaba ahí. A veces la detestaba. Otras la amaba con locura. Nuestra locura, la de los

tres, fue la que nos llevó a ese trágico final.

Nunca golpeé a Naima, pero en muchas ocasiones le grité, y eso no estaba nada bien. La saqué de mi vida siempre que estaba deprimido, a pesar de que ella quería ayudarme. Algunas noches llegué borracho y la ignoré. La hice llorar otras. Le reproché demasiadas veces que no entendía mi dolor. La hacía sufrir con mis manías. Aguantó mi mal humor, mis quejas acerca de lo mierda que era mi existencia, y ni siquiera la tenía en cuenta cuando me ponía así.

Eso fue antes de lo de Ian. Después aún fue peor, porque los dos empezamos a hacernos la vida imposible. Me reprochaba que él era mejor que yo en la cama. Eso me daba igual; lo que me daba miedo es que se quedara con su corazón. Un par de veces vino con mordiscos y moratones en el cuerpo. Debí darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Naima ya no era una mujer, sino una muñeca rota. Un día sí que la golpeé con una fusta. Fue en uno de nuestros escasos tríos. Me di cuenta de que odiaba hacer algo así y no lo repetí. Pero a ella le gustaba todo eso, y yo no podía entenderlo. Lo único que deseaba era que estuviéramos juntos solos los dos, en nuestra cama, regalándonos caricias. Pero ella necesitaba a Ian, y también a otros hombres, y yo ya no podía más.

La noche antes de que muriese nos provocamos demasiado daño. Lloramos, gritamos, nos perdimos el respeto como nunca. Y, aun así, yo sabía que no podía estar sin ella. Pero entonces se fue, de repente. Estaba tan enojado que la culpé de todo, hasta de su muerte. Lo hice durante muchas noches en vela para sentirme mejor. Pasé a ser la víctima y ella fue la mujer malvada y promiscua. Mi madre me convirtió en un santo. Mi padre creo que me odió un poquitín por no defender a Naima. Ian desapareció de mi vida. La última vez que lo vi fue en el entierro. Debí haber sospechado al contemplar en su rostro una expresión burlona. Pero lo único que quería era olvidarme de él para siempre. Lo borré de mi vida hasta el momento en que nos envió esa foto.

A pesar de todo lo que ella buscaba en otros, espero que alguna vez se sintiera amada. A menudo pensé que no la merecía, que era inferior a ella, que no era feliz conmigo y, aun así, continuaba a mi lado. «¿Por qué, por qué?», me repetía. Y también espero que ella me amara a mí, a su manera.

He hecho sufrir a demasiada gente y tampoco creo poder excusarme. Pero ahora siento que ya no soy ése. Hay alguien que ha conseguido cambiarme de verdad, y has sido tú. Ahora ya conoces mis secretos y sabes qué tipo de persona fui con Naima. Ni todos los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos. Alguna vez se me ha pasado por la cabeza contar toda la verdad a mis padres, pero no deseo causarles más

daño. Lo que me gustaría sería hacer que Naima, allá donde se encuentre, pueda respirar y hacerlo yo también.

Y por supuesto, lo que más deseo ahora es hacerte feliz, algo que jamás quise hacer con nadie. No al menos con tanta fuerza y tan en serio.

Héctor

De: hectorplm@gmail.com

Asunto: Verte. Verte ayer, hoy. Verte mañana. Verte nunca. Verte siempre. Verte, sobre todo, al cerrar los ojos

Melissa:

He estado sentado durante un buen rato pensando en todas las cosas por las que quiero disculparme. Sé que nos hemos causado mucho dolor mutuamente a pesar del poco tiempo que hemos pasado juntos. Te culpé de muchas cosas tal como hice con ella, y volví a equivocarme. Te dejé fuera sin tener en cuenta tus sentimientos. Lo hice por dos veces, y no sabes lo que me arrepiento. Pero permíteme decirte que siempre habrá una parte de ti dentro de mí, decidas lo que decidas. Te amé y te amo porque, aunque te parezca que no, hemos crecido juntos. Tú me has convertido en una persona distinta, justamente en esa que quería ser. Me ayudaste a ser el hombre que está escribiéndote este correo, y te lo agradeceré para siempre.

No me importa que arriesgaras tanto al acercarte a Ian. Tampoco me importa que fuera la desconfianza la que te llevó a él. Entiendo que te cerraras, que pensaras que yo no era del todo sincero. No me importa porque amo todo de ti. Te amo testaruda, descuidada, nerviosa, impaciente, curiosa, impertinente y caótica. También te amo sonriente, luminosa, empática, inteligente, cariñosa y divertida. Te amo cuando estás cerca y también cuando estás lejos. Te amo cuando te toco y cuando no lo hago. Te amo entera. Te lo dije desde el primer momento: jamás te querría por partes.

Lo que queda saber es si tú me quieres, si puedes amarme con mis errores y mis aciertos, si te gustaría construir una nueva vida en la que nosotros fuésemos los protagonistas. Sólo tú y yo. Melissa y Héctor, sin guantes, sin abrigos, sin máscaras. Sólo tu piel y la mía, con nuestra alma y nuestro corazón.

Necesito verte. Creo que me acercaré hoy a tu casa, Melissa. Lo necesito, en serio. Pero también quiero tu permiso. Estaré esperando tu respuesta. Si deseas verme mándame un correo. Da igual que lo hagas a

las cinco de la mañana. Correré hasta tu casa para estrecharte.

Son ya tres semanas, Melissa, y te veo por todas partes, pero sin poder tocarte...

Héctor

LE LIBROS

Me detengo ante las verjas del cementerio. Recuerdo aquel sueño que tuve y no puedo evitar que se me escape un suspiro acompañado de una sonrisa. Me parece que han pasado cien años desde aquello, como si hubiera sido otra Melissa, una mucho más inconsciente y más niña que no sabía cómo enfrentarse a sus temores.

En cierto modo no he podido dejar de pensar que he madurado gracias a todo lo que ha sucedido debido a la historia de Naima. Por eso decidí acudir a hacerle compañía en el aniversario de su muerte y, así, quedarme en paz.

Camino despacio por el cementerio desierto. Supongo que no es muy normal venir a hablar con los muertos cuando no es primero de noviembre. Ni siquiera conocí a Naima, pero puedo decir que la siento dentro de mí más que a nadie. Cuando Ian estuvo a punto de matarme me sentí tan cerca de ella que ya jamás se ha separado de mí. Ya no temo su recuerdo, incluso alguna vez he deseado volver a soñar con ella. También han desaparecido el rencor y la incompreensión. Naima hizo muchas cosas malas, no fue una persona del todo buena con Héctor, pero al fin y al cabo todos nos equivocamos, y ahora sé que la relación que mantenía con Ian se le fue de las manos hasta acabar en su trágico final.

Al principio me enfadé por la condena que le impusieron a ese hombre. Mi deseo era que se pudriera en la cárcel, que los otros presos se cebaran en él a

golpes, y no que lo internasen en un centro psiquiátrico. Sin embargo, al cabo de un tiempo me amonesté a mí misma. No me gustaba esa Melissa rabiosa. Después de todo, Ian viviría atormentado y solo el resto de su vida. Supongo que también es algo muy triste.

Doblo la esquina que me separa de la lápida de Naima. Para mi sorpresa, no está solitaria. Hay un hombre cabizbajo apoyado en el mármol. A medida que me acerco y descubro quién es, el corazón se me acelera.

Álvaro alza la cabeza al notar mi presencia. En un principio se muestra sorprendido y receloso; parece no gustarle que lo haya pillado aquí. No obstante, acaba dedicándome una sonrisa. Se la devuelvo y me sitúo a su lado para contemplar la foto de la losa.

—¿Cómo estás, Melissa?—me pregunta.

—Bien. ¿Y tú?

Tan sólo asiente con la cabeza. Ya no me siento nerviosa cuando estoy cerca del padre de Héctor y es algo que me demuestra que todo está superado.

—Supongo que te sorprende encontrarme aquí—dice en voz bajita.

—La verdad es que no, Álvaro. En todo caso, la intrusa soy yo.

—Suelo venir, ¿sabes? Alguien de esta familia tiene que recordar a Naima.

—Héctor lo hacía.

—Sí, pero no podía venir. Y lo entiendo, de verdad que sí.

Guardamos silencio durante unos segundos, hasta que retoma la palabra y, esta vez, sí me sorprende.

—Imagino que en alguna ocasión te habrás preguntado qué sentía yo por ella. —Carraspea y posa la mirada en la lápida—. Lo comprendí por tu forma de observarme. Para mí Naima fue más que la novia de mi hijo, eso está claro. Fue casi como una hija.

En cualquier otra circunstancia y en otro momento me resultaría increíble e incómodo que Álvaro estuviera hablándome de esto. Sin embargo, me siento tranquila, serena, con una madurez en mi corazón que no tenía antes.

—A veces Naima me pedía consejo y apoyo para ayudar a Héctor. Y, aunque quise hacer algo al respecto, no supe cómo.

Estoy observándolo, pero mantiene la mirada fija en la foto de esa Naima sonriente, tan bonita y luminosa. Me da tanta pena lo que le sucedió que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Nunca tuve nada con ella. Puede que la quisiera, eso no puedo asegurarlo porque ni yo mismo lo sé. Naima era especial, diferente, y se te metía hondo. —Se pasa la lengua por el labio inferior—. Pero nunca intenté nada, y ella mucho menos. Sé que me adoraba como a un padre, y ambos queríamos a Héctor más que a nuestra propia vida. Jamás le habríamos hecho algo así a mi hijo.

Asiento con la cabeza, convencida de que está siendo sincero. Lo veo en sus labios temblorosos y en su manera de mirar la foto.

—Pero lo que sí hice alguna vez fue decirle que, si quería ser feliz, lo intentara por ella misma, que se preocupara más por su salud y menos por la de mi hijo. No estuvo bien por mi parte, supongo, pero esa chica me preocupaba. Estaba dando toda su vida por Héctor, y él no se comportó como debía en más de alguna ocasión. Su madre y yo lo excusábamos, obviamente, y también el psiquiatra. Héctor no es un mal chico, no tenía la culpa de nada. No elegimos cómo nacer. Por supuesto, ella tampoco actuó nada bien. No debió engañarlo... Siempre he pensado que los problemas pueden solucionarse hablando, aunque quizá ellos no supieron hacerlo.

Se queda pensativo unos segundos y luego vuelve el rostro hacia mí. Tiene los ojos enrojecidos, hinchados, pero se le iluminan con una sonrisa.

—¿Sabes lo que Naima solía decirme?

Niego con la cabeza, conteniendo la respiración.

—Me decía que lo que más le gustaba era sacar una sonrisa a Héctor, que cada vez que lo hacía encontraba sentido a su vida. Y también le encantaba tener la libertad de comportarse con él como no podía con su familia ni con sus allegados. Con Héctor no tenía por qué sonreír siempre, y él la entendía en ese aspecto. Podía enfadarse, quejarse y levantarse de mal humor. Me aseguraba que Héctor la amaba de cualquier forma. Y me di cuenta de que tenía razón: Héctor la amaba por encima de todo, aunque ni él mismo fuera consciente de ello. Así que aún me cuesta entender por qué ella eligió irse con otros.

Me quedo callada, sopesando sus palabras. Una pequeña sonrisa asoma a mis labios mientras ambos nos observamos. Para mi sorpresa, Álvaro apoya una mano en mi hombro; una muestra de aprecio.

—Y tú también. Tú has conseguido que Héctor, desde el primer día que te vio, quiera ser un hombre feliz, alguien mejor.

Noto un temblor en el vientre. Aprieto los labios con fuerza para no derramar ninguna lágrima más. Sin embargo, su nombre provoca que todo mi ser se sacuda.

—Hasta pronto, Melissa —se despidе.

Sigo sus pasos con la mirada hasta que desaparece por la esquina. Me quedo muy rígida, sin saber muy bien qué hacer. Transcurridos unos minutos dirijo la vista de nuevo a la foto de esa mujer. Es difícil soltar determinadas palabras aunque no te quepan en el pecho.

En el silencio agradezco continuar viva, poder ver cada día los ojitos verdes de Marta, la hija de Dania, y también los de Víctor, mi adorable sobrino. Menos mal que al final Ana no le puso ningún nombre feo. Agradezco también poder abrazar a mi Aarón siempre que quiera. Maldito, ¡cuánto he sufrido por él! Eso sí, lo que me regocijé con cada una de las docenas de disculpas que me ofreció por haberse comportado como un imbécil. Ha tenido mucha suerte con Alice, quien decidió permanecer a su lado y ayudarlo en su adicción. Todavía recuerdo

la tarde en la que ambos fueron a casa de mis padres para contármelo todo. Aarón quería pedirme perdón cara a cara.

—¿Cómo estás, Melissa?—me preguntó Alice con su sonrisa eterna.

Estaba tan feliz de verla junto a Aarón de nuevo que los ojos me hacían chiribitas.

—Estoy bien. Hace ya dos semanas que no tengo ni una pesadilla —le expliqué, contagiada de su sonrisa.

—Mira que te lo advertí, que estabas actuando como una loca... —interrumpió Aarón mirándome muy serio.

Alice y yo chasqueamos la lengua y pusimos los ojos en blanco.

—¿Has venido a echarme un sermón, papi? Está bien, me voy a mi habitación y no saldré en una semana —bromeé.

—Joder, Mel, ¿por qué quitas importancia al asunto? Podría haberte ocurrido algo realmente malo, y todo por no...

Alice posó una mano sobre la suya y él se calló, imbuido de la paz que ella le transmite. Sacudí la cabeza, aún con la sonrisa en el rostro.

—Bueno, la cuestión es que no ha pasado, ¿verdad?

No me apetecía hablar de ese hombre, ni recordar lo acontecido. Lo había catalogado como una experiencia más que me había servido para aprender. Fue horrible, eso es cierto, pero daba gracias cada día por continuar viva y no quería mortificarme más.

Alice se ofreció a ir a la cocina para prepararnos unos té y ya que mis padres se habían ido a pasear. Sabía que quería dejarnos a solas para que pudiéramos hablar con tranquilidad. Los ojos de Aarón se posaron en los míos y me miraron de una forma tan adorable que me lancé a abrazarlo. Se mostró sorprendido.

—Ya no estoy enfadada contigo, si es lo que piensas. Tampoco es que lo estuviera entonces. Lo que estaba era dolida, Aarón. Me dijiste cosas horribles, cuando sólo quería ayudarte. Pero ahora estoy contenta, de verdad, porque lo estás solucionando.

—Sé que me porté como un gilipollas, Mel. Joder, ¡hay que ver cómo te controla esa mierda! —Bajó los ojos, avergonzado porque él mismo más de una vez me había dicho que podía dejarlo cuando quisiera—. Me la ofreció un cliente una noche y, ¿sabes?, estaba estresado, asqueado. Sentía que todo me desbordaba, así que pensé que una raya no me haría daño. Pero luego, cuando me sentía mal, quería otra para sentirme bien y empecé a comprender a Héctor. Lo que pasa es que tendría que haber sido mucho más listo de lo que fui.

—Lo que importa es el presente, nada más.

Le acaricié una mejilla. Por fin se había arreglado la barba y lucía tan perfecto como siempre.

—La psicóloga me ha dicho que he hecho bien en acudir tan pronto, que en otras circunstancias, cuando se lleva más tiempo en eso, es mucho más difícil

salir. Pero bueno, ahora ya apenas pienso en la coca, ¿sabes? Y, si alguna vez me estreso y siento que la necesito, me concentro en los ojos de Alice y se me pasa.

—Eso es precioso, Aarón —le susurré, dedicándole a continuación una sonrisa. Y me di cuenta de que cuando yo pensaba en los ojos de Héctor, también me sentía fuerte. Me sentía yo misma.

LE LIBROS

Ha sido un año complicado para todos y cada uno de nosotros; aun así, continuamos aquí como una gran y bonita familia. No puedo evitar sentir cierta tristeza porque yo sigo respirando y recibiendo cada una de las cosas hermosas de la vida, y, sin embargo, Naima está bajo una fría losa de piedra.

Unos pasos me sacan del ensimismamiento. Al volverme me topo con esos ojos color caramelo que tanto me han hecho vibrar. Esos ojos por los que he derramado tantas lágrimas y por los que he reído tanto. El corazón se me congela unos segundos para, de inmediato, encenderse y quemarme todo el cuerpo.

—Héctor... —Un susurro escapa de mis labios—. Has venido.

—Era hora de hacerlo —murmura.

—Me gustaría haberla conocido. ¿Crees que era una buena mujer? —pregunto jugueteando con el botón de mi blusa.

—Claro que sí. Todos merecemos un perdón —dice con las cejas arrugadas. Le señalo las flores que lleva en la mano—. Son lirios, sus favoritas. —Separa uno de los demás y me lo entrega.

Le doy las gracias con un movimiento de la cabeza y me agacho para dejarlo en el florero.

Me debato unos segundos sobre si contarle o no mi encuentro, pero al final decido hacerlo.

—Me he encontrado con tu padre.

—Lo sé. Él ha venido siempre. Fue capaz de perdonarla mucho antes que yo.

Cruzo las manos por delante del cuerpo y me quedo en silencio mientras observo a Héctor cuando se arrodilla y deposita el ramo. Un pinchazo de ternura

me sobrecoge cuando besa la foto. Al incorporarse tiene los ojos brillantes, y pienso que va a llorar, pero al final no lo hace.

—Me habría gustado decirle adiós y que ambos hubiésemos sabido perdonarnos.

—Ella me dijo lo mismo en un sueño —respondo un poco tímida.

Héctor se me queda mirando con curiosidad y después, para mi sorpresa, dice:

—Últimamente he pensado que alguien te ha puesto en mi camino para que cuidaras de mí.

Me entran ganas de llorar, así que vuelvo la cabeza y me muerdo el carrillo para no hacerlo. No ahora. No delante de él. Después de todo...

—Estoy segura de que Naima te perdonó incluso antes de que se fuera —le digo con voz temblorosa.

—¿De verdad lo crees? —pregunta en un tono ansioso.

Al final desisto y ladeo el rostro hacia él con una sonrisa tranquilizadora. Héctor tiene algunos rastros de dolor en su rostro, y quiero ser yo la que se los quite. Asiento y alzo una mano para apoyarla en una de sus mejillas, un poco rasposa debido a la incipiente barba.

—Sí, lo creo porque eres un buen hombre, Héctor. —Me concentro en ese tacto áspero y lo hago mío, me lo voy metiendo en la piel—. Jamás dejes que te culpen de lo contrario. Y mucho menos lo pienses tú. No fuiste culpable de nada. Ninguno de los dos lo fue. Sólo que no supisteis cómo vivir vuestro amor.

Héctor abre la boca para decir algo y sé muy bien lo que es, así que lo acallo posando dos dedos en sus labios. Se los acaricio, deleitándome en esa humedad que desprenden.

—Voy a cuidar de mí. No tienes que preocuparte del daño que puedas causarme.

Mueve la cabeza con esa sonrisa que tanto me gusta, esa que me dice en silencio que soy una testaruda. Y estoy contenta de ello porque, si no lo fuera, el hombre de mi vida no estaría aquí conmigo.

De repente suena su móvil. Apoyo las manos en las caderas y lo miro con una ceja arqueada.

—¿Qué haces con el teléfono encendido aquí?

—Es Aarón —responde, y lee el mensaje que ha recibido—. Está contento. Acaba de salir de su última sesión y quiere celebrarlo.

Se me escapa una risita. Este Aarón, siempre tan inoportuno... Pero entiendo que se sienta así; al fin y al cabo, está curado. Hoy ha sido la última visita a su terapeuta. La verdad es que tengo unas ganas infinitas de verlo, darle un achuchón y decirle lo fuerte que ha sido.

—¿Tenemos tiempo para quedar un rato con él y con Alice? —pregunto a Héctor.

Asiente con la cabeza. Echamos a andar, dejando atrás la foto de esa mujer que, según él, nos ha unido. Y esa idea ya no me parece descabellada sino una hermosa posibilidad. Héctor y yo caminamos por el cementerio en silencio, con las sonrisas pegadas al rostro.

—¿A qué hora tenemos que ir a la prueba del banquete? —le pregunto.

—Me dijeron que mejor a las ocho que a las nueve —responde metiéndose las manos en los bolsillos.

—¡Vamos a ponernos las botas! —Me echo a reír.

Me coge una mano, se la lleva hasta los labios y deja un beso en ella. Agacho la cabeza, tímida y exultante de felicidad.

—No veo el momento en que pueda besarte siendo ya mi mujer —susurra con una mirada tan intensa que me hace temblar.

—Ni yo, Héctor.

Nos detenemos ante la verja del cementerio. Acoge mi rostro en el hueco de sus manos y me lo alza para observarme. Nos sonreímos de manera temblorosa, como si fuera la primera vez que nos encontramos. Mis labios se separan mucho antes de que se acerque, esperando los suyos. Cuando entramos en contacto el corazón me da vueltas en el pecho. Ardo, ardo entera, como si nuestras bocas y nuestras lenguas estuvieran hechas de fuego.

Los dedos de Héctor se pierden en mi cabello, arrancándome un suspiro. Mi vientre se deshace en olas que van haciéndose grandes, enormes, infinitas. Lo aparto con suavidad, aunque tengo ganas de quedarme así el resto de mi vida.

—¡Mira dónde estamos, pervertido! —Le señalo el cementerio a su espalda. Me mira de una forma que me provoca ganas de comerme su sonrisa—. ¿No puedes esperar a llegar a casa?

—Si se trata de ti, no.

Le doy un golpecito juguetón en el pecho. Vuelvo a cogerlo de la mano y tiro de él hasta el coche. Cuando arranca, lanzo una última mirada al cementerio y, por primera vez en muchísimo tiempo, siento que tengo alas en la espalda. Unas que me otorgan una agradable sensación de libertad.

Después de la visita a Aarón y de la degustación de la cena, regresamos al apartamento y hacemos el amor. Primero lo hacemos muy lentamente, observándonos con sonrisas contenidas, acompañándonos en los movimientos. La lengua de Héctor juega con mis pechos, recorre mi vientre hasta llegar al ombligo y me hace querer llevar un hijo suyo ahí.

—Te amo... —le susurro al oído entre gemidos.

—Y yo... Estoy deseando que me des el «sí, quiero» —responde metiéndose en mí una vez más.

—Siempre que me tocas me conviertes en luz —jadeo, y alzo las piernas para atraparlo con ellas por la cintura.

Me sumo a sus delicados y precisos movimientos. Su sexo entra y sale de mí

como si hubiéramos sido creados para estar así toda la vida. Rodea uno de mis pechos con su mano y me lo acaricia con mucha suavidad, con un amor tremendo. Lo miro y le dedico una sonrisa, que me devuelve. Quiero que me ame cada noche de mi vida y que lo haga con esa mirada almendrada que me hace sentir la mejor persona del mundo.

Recorro su espalda con mis dedos y repaso el tatuaje con todo mi cariño. Su pene bombea en mi interior, a punto de estallar para mí. Nos colocamos de lado, tan abrazados que no queda ni un solo milímetro entre nosotros. Mis pechos contra su pecho significan libertad, amor, sueños, esperanza, vida. Me acaricia una nalga y me da un suave pellizquito. Se me escapa una risa que acalla con un apasionado beso, uno que termina con promesas que muy pronto van a cumplirse.

—Hacerte el amor me otorga la paz que nunca tuve, mi aburrida... —susurra en mi oído. Y esa voz tan erótica, junto con sus palabras cargadas de amor, hace que estalle.

Me corro mirándolo a los ojos. Lo hago apretándolo contra mí con la boca entreabierta, de la que se me escapan suaves gemidos. Lo hago con todo mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Le entrego mi orgasmo, y con él me ofrezco toda. Héctor no tarda ni un minuto en terminar también, regalándome un «te quiero» tras otro. Clavo mis uñas en su espalda, invadida de felicidad.

Me quedo dormida acunada en su pecho. En mi hogar.

LE LIBROS

Sobra decir que traje de nuevo a Héctor a mi vida, ¿no? En realidad, en cuanto salió por la puerta de la habitación del hospital me di cuenta de que me costaba respirar sin su presencia. Sin embargo, también sabía que necesitaba un tiempo para reflexionar sobre si debíamos estar juntos. Además, me sentía demasiado culpable y avergonzada. Medité acerca del daño que nos habíamos hecho, de lo poco que habíamos confiado el uno en el otro. Fui consciente de que nos habíamos creído nuestras propias mentiras, esas que nos decían que ya estaba

todo superado y que podíamos avanzar. La victoria surge de cada uno de nosotros, a pesar de que esperamos que nos la otorguen los demás.

Tras un mes en casa de mis padres comprendí que no quería que nadie que no fuera Héctor se instalara en mi vida. Tan sólo él. Me dolía la piel cada vez que lo recordaba, anhelaba poner voz a esos correos que me enviaba casi a diario. La tarde que vino a verme para saber cómo me encontraba recordé el sabor de sus labios como si nunca me hubiera abandonado.

No me importaron las advertencias de mi madre acerca de que mi futuro con él podía ser duro. Yo misma acudí al psiquiatra en busca de consejo. Quería aprender a curar a Héctor o, al menos, a intentarlo. Si todo estaba en nuestra contra, ya me encargaría de darle la vuelta. Por más daño que nos hubiéramos hecho, lo que tuve claro es que mis días sin él no tienen ningún sentido.

Ya no me importaba nada más que tenerlo de nuevo entre mis brazos y continuar con todo aquello que habíamos empezado. En los días que pasé en casa de mis padres me veía envejeciendo a su lado con nuestras manos arrugaditas entrelazadas y unos cuantos nietos jugueteando a nuestro alrededor. Si eso no es amor, ignoro qué puede serlo.

No sé si existen las medias naranjas, pero sí me convencí de que Héctor se había colado en lo más hondo de mi ser y estaba dibujado en cada uno de mis lunares, escondido en esos huecos de placer que tan sólo él parecía conocer a la perfección.

Por eso lo traje a mí de nuevo. No hubo disculpas, palabras de reproche o dudas. Es como si ambos supiéramos que tenía que ser así. La primera noche que quedamos tras esa corta separación volvimos a conocernos a través de nuestros labios y nuestras manos. Sí, éramos nosotros. No cabía ninguna duda.

Tan sólo nosotros dos podíamos crearnos luciérnagas en el estómago.

Epílogo

Tres años y medio más tarde

Unos cuantos chiquillos corretean ante mí y por poco me tropiezo con ellos. Alzo los platos que llevo en las manos para que no se me caigan. Mi madre se apresura a ayudarme.

—No deberías hacer tantos esfuerzos —me regaña, y me despoja de la carga.

—Pero ¿qué esfuerzo ni qué leches? Sólo son unos platos —me quejo.

Me tiene controladísima. No me deja ni respirar. Piensa que me quebraré en cualquier momento. Nos dirigimos al comedor, donde aguardan Ana y Félix. Mi sobrino está jugueteando con mi padre. Le revuelvo el cabello rubio cuando paso por su lado.

—Me encantan los cumpleaños —dice mi madre, depositando en la mesa los platos con los ganchitos.

—Pues a mí no. —Chasqueo la lengua.

Me mira mal. Varios niños se acercan para coger patatas, pero mamá los regaña y les dice que esperen.

—Estás hecha una bruja —murmuro.

—¿Cuándo vienen? —pregunta Ana, impaciente.

—No tardarán mucho. Hace unos minutos me ha enviado un *whatsapp* diciéndome que ya estaban llegando.

El timbre suena. Me adelanto a mi madre y abro la puerta. Unas manitas se enganchan a mis piernas. Me inclino y la tomo en brazos.

—¡Mamiiii! ¡Mira lo que me ha comprado el papi! —Se señala un enorme lazo rosa que adorna su cabeza.

—Podríaís haber elegido uno menos llamativo... —Sonrío.

Héctor se acerca, me pone una mano sobre los riñones y me da un beso.

Vamos hasta el salón, y entonces Ana, Félix, mis padres y los nenes que están allí gritan « ¡Sorpresaaa! ». Mi hija da palmadas con los ojos muy abiertos.

—¡Una *fieta* de cumpleee! —grita emocionada. Luego se lleva un dedo a la boca y se lo aparto. Siempre se lo chupa cuando está nerviosa.

La deposito en el suelo y dejo que se una a sus amiguitos. La miro tiernamente mientras les enseña el lazo. Luego se ponen a comer ganchitos. Mi madre regresa de la cocina con unos sándwiches de Nocilla y otros de fiambre. Todos los chiquillos atacan los primeros. En ese momento suena otra vez el timbre.

—¡Corre, Nazaret! —la llama Héctor—. Seguro que es Aarón.

Ella camina hacia él como un patito con su bonito vestido de florecitas. Es preciosa. Su cabello largo, moreno y brillante flota a su espalda. Se parece tanto a los dos... Héctor me ha otorgado lo más bonito de mi vida, aunque él pensara que no podía hacerlo, aunque le diera miedo por sus problemas. Creo que me quedé embarazada la misma noche de bodas.

Oigo gritos de emoción, besos húmedos y palmas. Acto seguido las voces de Aarón, Alice, Diego y Dania. Entran en el comedor. Naza agarrando de la mano a Aarón, por supuesto. Para ella es como un héroe. Dania se lanza a mí, como es habitual, y me abraza. Después abrazo a su marido. Sí, su marido: Diego, ese hombre más joven del que pasaba al principio y del que luego se enamoró locamente. La cabecita de Marta asoma por detrás de él y se lanza hacia Naza. Ambas niñas se abrazan como si fueran las mejores amigas del mundo y cuchichean, a saber de qué, como unas adultas marujas.

—Mami, ¿te cuento un secreto? —Naza me observa con sus enormes ojos negros.

—¿Cuál? —Me muestro interesada.

—Aarón será mi novio.

—¿En serio, cariño?

Él se echa a reír, la coge en brazos y le da un enorme beso. Aprovecho para dar un fuerte abrazo a mi querida Alice, que me dedica una de esas sonrisas tan suyas que nos alegra a todos.

—Eso será por encima de mi cadáver —bromea Héctor a sus espaldas.

—¡Hostia, tú! Sándwiches de Nocilla —dice Aarón, y coge uno sin soltar a la pequeña—. No los comía desde que era un crío. —Le da un bocado.

—¿Podrías no decir tacos delante de la niña? —lo regaña Héctor.

Un rato después los chiquillos dan sus regalos a Naza. Una mochila nueva para el cole, colonia de Hello Kitty, un conjunto precioso de camiseta y faldita, y un montón de cosas más. A Nazaret se le salen los ojos de las órbitas al ver tantas cosas. Dania le ha comprado un estuche para hacer pulseritas, que ahora está de moda en el cole. Aarón le entrega un perro de peluche que es más grande que ella.

—¡Va a llamarse Aarón! —exclama ella. Todos reímos.

Héctor y yo somos los últimos en darle su obsequio: a la niña se le ha antojado un piano, y como su padre se lo consiente todo, le ha comprado uno de esos pequeñitos para que vaya aprendiendo a tocar. Y no quiero ni imaginarme el

regalo que le traerán los padres de Héctor, que vienen el próximo fin de semana. Siempre le compran cosas carísimas.

Después nos dirigimos al jardín para que los niños jueguen un rato. Hace un año que nos marchamos de la ciudad. En parte para que yo pudiera escribir más tranquila, en parte para dejar atrás, de una vez por todas, lo que ya no es. Ahora vivimos en la misma urbanización que Ana y Félix; es tranquila y encantadora, y está lo bastante cerca de Valencia para que Héctor pueda ir cada día al trabajo y regresar a casa sin perder demasiado tiempo en los trayectos.

Los adultos nos sentamos y charlamos, observando a los críos mientras juegan. Mi sobrino y mi hija se pelean por el perro de peluche, mientras Marta ríe pues parece que la situación le hace mucha gracia. Félix se levanta y se interpone entre ellos.

No puedo apartar los ojos de mi pequeña. Realmente es preciosa. Tiene los mismos ojos que Héctor y la misma forma de rascarse la nariz. Al cabo de un rato ella lo llama para que la ayude a subir al columpio. Héctor no pierde ni un segundo y se pone a empujarla. Los miro embobada, orgullosa de lo que he construido. Él es un padre ejemplar. Tan cariñoso, tan atento... La trata como a una princesita.

Durante la merienda Dania pregunta a Aarón y a Alice si ya han decidido algo acerca de la adopción. Llevan un par de años intentando tener un bebé, pero la cosa no está funcionando, así que se han planteado adoptar. Aarón asiente con la cabeza y nos habla, con los ojos muy brillantes, de una niña rusa de dos años a la que abandonaron al nacer.

—Tenemos varias fotos de ella. ¿Queréis verla?

Todos asentimos y lo miramos expectantes. Saca el móvil del bolsillo y trastea en él hasta dar con lo que busca. Nos vamos pasando el teléfono unos a otros. Cuando llega mi turno suelto una exclamación de sorpresa.

—¡Es una muñequita!

—Sí lo es —coincide con voz de niño. Me topo con su sonrisa tontuna. Está claro que le encantaría tener una hija de Alice, pero parece muy feliz por poder adoptar a esa niña.

—Queremos ir a conocerla y que ella vaya acostumbrándose a nosotros —nos dice al tiempo que observa a Alice con ojos amorosos.

—¿Y qué opinan tus hijos, Alice? —pregunta mi hermana.

—Pues la verdad es que están ilusionados, y me sorprende. —Se echa a reír.

—Me alegro muchísimo —les digo sinceramente.

—¡Ahora sólo falta ir de boda otra vez! Únicamente quedáis vosotros —exclama Dania.

—Hemos estado pensándolo —responde él con una sonrisa tímida.

—¿¡En serio?! —Dania está encantada. Desde que me casé, asiste a todas las bodas que puede. Se ha hecho una adicta a ellas.

Charlamos un rato más sobre nuestro respectivo trabajo, los niños, el estrés de los niños, los llantos de los niños, las escuelas de los niños.

—No quedan cervezas, Mel —dice en ese momento Aarón.

—Voy a buscar unas cuantas. —Me levanto de la silla. Mi madre me mira de forma severa. Joder, que no estoy parapléjica, sólo un poco cansada.

—Te acompaño —se ofrece Aarón.

De camino a la cocina noto su mirada clavada en mí. Me vuelvo con una sonrisa maliciosa.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Estás como una foca y, aun así, totalmente follable.

Vaya, el Aarón de siempre. Lo eché de menos durante un tiempo. Menos mal que regresó, aunque tuvo que dejar atrás las malas compañías y su negocio. Ahora se dedica a sus cuadros y, aunque gana bastante menos dinero que antes, es muy feliz. De todos modos no puede quejarse, ¡con el pastón que le dieron por el Dreams...!

—¡Serás gilipollas! —Le doy un puñetazo en el brazo y finge que le causo mucho daño.

Me ayuda a sacar unas cuantas cervezas y decido servir unas patatas fritas más.

—Estoy segura de que Anuk será muy feliz con vosotros —digo. Anuk es la niñita que quieren adoptar.

—Y Cris y Elisabet serán las niñas mimadas de su tío —responde con una sonrisita orgullosa, refiriéndose a las bebidas que llevo en el vientre. Sí, aún no me creo que sean gemelas, por Dios. Se me va a llenar la casa de niñas.

—Mientras no les regales cada año un libro, como uno que me sé... —bromeo.

—¿Te ha enviado otro? —dice entre risas.

—Sí. —Asiento con la cabeza riéndome a mi vez—. Pero oye, que me encanta recibirlos. Los he leído todos y son muy bonitos. Tiene talento.

Resulta que Germán, desde que le escribí para darle la noticia del nacimiento de Naza, ha estado mandándome los libros que ha publicado. Mi hija recibe uno cada Navidad y otro por su cumpleaños todos los años. Lo cierto es que cuando me envié el primero me sorprendió, pero ahora no sabría vivir sin esos detalles. Me parece bonito poder mantener esta relación de amistad a distancia con esa persona que, al fin y al cabo, fue importante en mi vida.

Por la noche, después de que todos se hayan ido, me tiendo en el sofá completamente agotada. Héctor se encarga de bañar a la niña, de darle de cenar y de acostarla. Cuando regresa del dormitorio se sienta a mi lado y, con una mano apoyada en la mejilla, me observa con una mirada traviesa.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¿No te acuerdas de qué día es hoy?

—La verdad es que no... —miento, juguetona, para picarlo.

¿Cómo no voy a hacerlo? El nacimiento de nuestra hija coincidió con el día en que él y yo decidimos empezar nuestra relación. Héctor se levanta y enciende el televisor. Toquetea el mando hasta dar con el disco duro. Para mi alegría, oigo la voz de uno de mis cantantes favoritos actualmente, Ed Sheeran.

Héctor alarga una mano y mueve los dedos. Niego con la cabeza.

—¡Estoy muy gorda! —me quejo—. Chocarás con mi barriga todo el rato.

—Vamos, Melissa. Quiero bailar contigo —me dice acercándose.

Me toma de la cintura y me levanta. Después me pega a su cuerpo todo lo que puede.

Es un hermoso ritual que Héctor y yo hacemos cada año. Por la noche, cuando Naza duerme tras su fiesta de cumpleaños, bailamos tal como hicimos aquella primera vez.

—«Quédate conmigo... Y seré tu guardián. Tú serás mi dama. Fui hecho para mantener tu cuerpo caliente, aunque yo sea frío como el viento... Así que sostenme en tus brazos» —canturrea Héctor en voz baja junto a mi oído.

Su mano se desliza por mi espalda mientras bailamos. Apoyo la cara en su hombro y aspiro su aroma, ese que es sinónimo de felicidad y calma. Aprovecha para acariciarme el cabello. Me huele también, y luego me alza el rostro y roza su mejilla contra la mía. Nuestros labios se encuentran sin más premura. Es sorprendente que sienta todas esas cosquillas en el cuerpo cada vez que me besa, pero es así. Jamás me cansaré de que me recorra con sus labios, de que sus manos exploren rincones que, seguramente, aún quedan por descubrir.

La canción de Ed termina, y la que suena a continuación hace que abra los ojos y me aparte de Héctor. Se me queda mirando otra vez con su sonrisa traviesa.

—¡Es Nena Daconte!

—*Idiota* fue la canción con la que caí en tus ojos, así que... teníamos que bailarla, ¿no?

—Cuánto tiempo, en serio... —susurro con nostalgia y una entrañable sensación de felicidad.

Héctor vuelve a abrazarme. Baja una mano hasta mi abultado vientre y me lo acaricia, y siento que este baile es casi algo sagrado.

—Estás insinuando con esta canción que tengo cara de idiota, ¿verdad? —le digo bromeando.

—La verdad es que un poquito...

Nos echamos a reír. Sus besos, una vez más, me hacen volar. Me aprieta el trasero y se me escapa una carcajada.

—Oye... Ahora que Naza está durmiendo... —insinúa.

—Todavía no somos contorsionistas del Circo del Sol —le digo, refiriéndome a lo difícil que es hacerlo con mi tripón.

—Ya me encargaré yo de buscar la mejor postura.
No me deja añadir nada más. Apaga el televisor y me lleva a la habitación.
Entre risas y jadeos, sus besos y caricias se asientan en mi piel.
Me siento hermosa.
Me siento mujer.
Me siento yo.

LE LIBROS

Me vuelvo y la abrazo. Ella duerme profundamente después de haber tenido un orgasmo. Me encanta recordar cómo encoge los dedos de los pies cuando alcanza el placer y cómo contiene los gemidos para que Naza no nos oiga.

Deslizo las manos por su cuerpo hasta llegar a su abultada barriga. Se la rozo, imaginando las caritas de nuestras bebitas. Me quedo un rato en esa postura, disfrutando de su olor, escuchando su respiración. Viviendo, simplemente viviendo. La vida es esto. Es saber que está a mi lado y que, dentro de ella, crece parte de mí. Deposito un beso en su nuca desnuda. Ella murmura algo entre sueños. Después me levanto y me dirijo a la habitación de Naza.

Abro la puerta muy despacio para que no se despierte. Está durmiendo plácidamente, con esa profunda respiración que tienen los niños pequeños. Se ha empeñado en llevarse a la cama el peluche que Aarón le ha regalado, y casi ocupa más espacio que ella. Me arrimo y la observo durante un buen rato, grabando en mi memoria cada uno de sus gestos, su perfil, sus pequeños y bonitos labios.

Me inclino y le acaricio el pelo con suavidad. Cada noche vengo a su habitación, la estudio mientras duerme y doy gracias a Dios por haberme entregado este inmenso regalo. Creía que era imposible querer a alguien tanto como amo a Melissa, pero me equivocaba. Amo a Nazaret con todo mi corazón, que se ha hecho muy grande desde que llegó a nuestra vida para iluminarla aún más con sus risas infantiles y sus sorprendentes ocurrencias.

—Te quiero, princesita —susurro inclinándome sobre ella. Dejo un beso en su

frente. Ella suspira y se abraza a su peluche.

Regreso a nuestro dormitorio con la sensación de ser alguien en la vida. Lo soy porque, junto con Melissa, la he creado a ella. Y en unos meses llegarán dos personitas más a las que también adoraré. Me muero de ganas por verles la cara. Ansío que me cojan el dedo con sus diminutas manos. Deseo más que nada oír de sus labios ese « papi» que me lleva al mismo cielo.

Estoy rindiéndome al sueño cuando Melissa se abraza a mí y me pregunta:

—¿Has ido a ver a la niña?

—Sí.

Esbozo una sonrisa en la oscuridad. Me vuelvo hacia ella y poso de nuevo las manos en su vientre.

—Te preocupas demasiado —murmura con voz somnolienta.

—Me gusta mirarla mientras duerme —confieso, y la beso suavemente.

—Te quiero, Héctor —susurra.

—Y yo a ti. —Me abrazo a ella.

No puedo decir que todo haya sido perfecto desde que retomamos la relación. Al fin y al cabo no soy una persona fácil, pero ambos hemos aprendido y hemos luchado juntos. Ella ha aguantado todas esas veces en las que de nuevo me he puesto de mal humor o he visto la vida como algo oscuro. En alguna ocasión estuve a punto de recaer en mi adicción a las pastillas, pero fue su amor lo que me alimentó e hizo que lo superara.

Por fin conseguimos crear una historia desprovista de secretos. Y si acaso hay ahora alguno se trata de secretos hermosos, brillantes y alegres. Son secretos de placer y de amor que guardaremos en nuestro corazón como el más preciado tesoro.

Son nuestros, y de nadie más, porque tan sólo nosotros dos podemos amarnos como lo hacemos, despertando a esas luciérnagas que jamás nos abandonarán.

Agradecimientos

LE LIBROS

La historia de Héctor y Melissa y todos los demás (Aarón, Dania, Ana, Félix, Naima...) ha llegado a su fin. Pero tan sólo en el papel porque creo que se quedarán por un tiempo en nuestros corazones. Al menos, en el mío lo están. Llevan ahí desde que escribí la primera palabra y ya no se marcharán nunca. Espero que los mantengáis también en el vuestro.

Muchísimas gracias por haberme acompañado hasta aquí. Espero que os hayáis emocionado, que hayáis reído y llorado, que hayáis querido matarme a ratitos y que en otros me hayáis amado, al igual que a los personajes. Espero que muy pronto nuestros sueños se vuelvan a cruzar. Gracias por estar ahí. ¡Y que las luciérnagas os iluminen!



ELENA MONTAGUD (Valencia, 1986) es filóloga y escritora. Ha cultivado sobre todo los géneros erótico y fantástico, y sus relatos han sido premiados en varios certámenes y publicados en algunas antologías. En el año 2014 Montagud se aut publicó en internet las novelas *Trazos de placer* y *Palabras de placer*, que cosecharon grandes elogios y se situaron rápidamente en el top de ventas de Amazon. Ese mismo año, una editorial independiente editó su trilogía de romance erótico «Tiéntame».

Trazos de placer es la primera novela de la «Trilogía del Placer» a la que siguen, *Palabras de placer* y *Secretos de placer*.